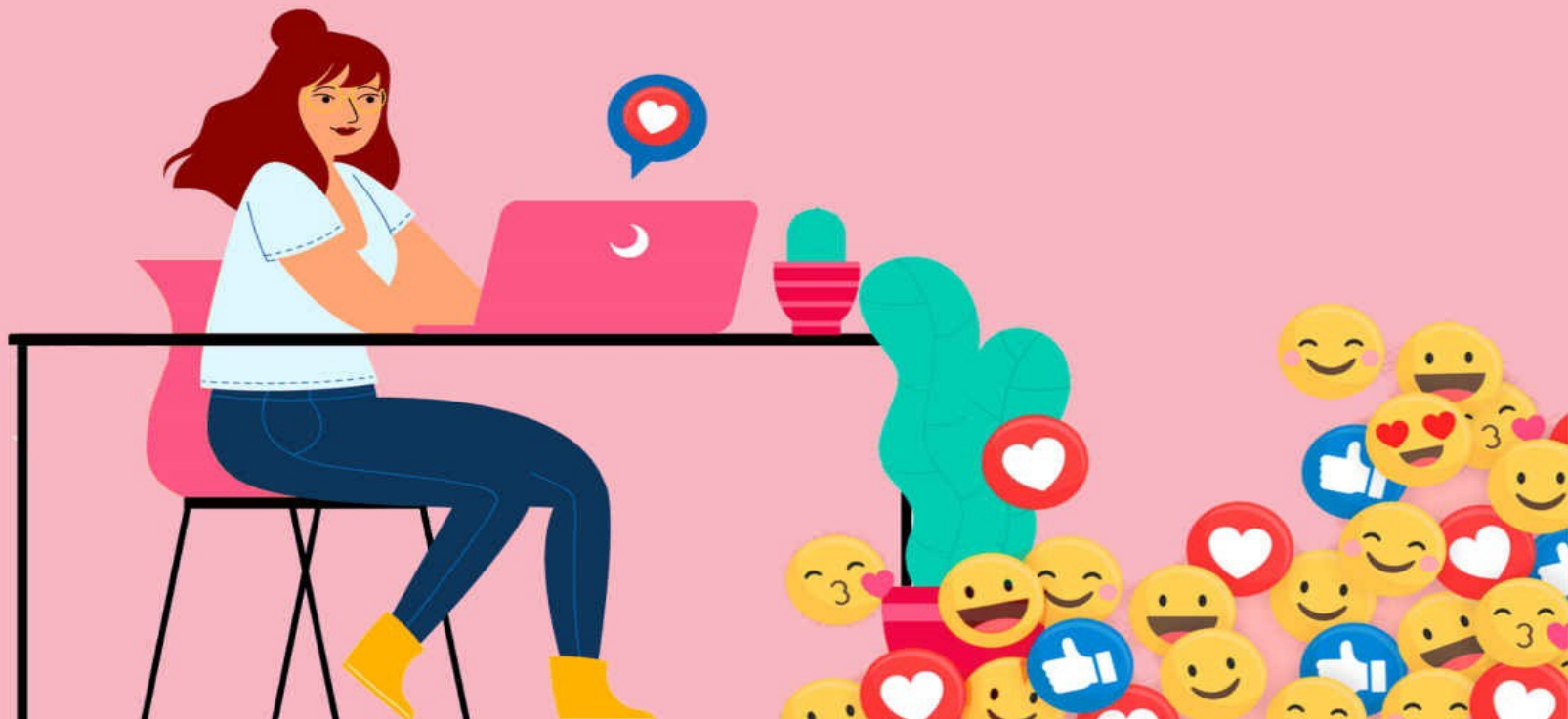
QUIERO UNA CITA

ERIKA FIORUCCI



Quiero una cita

Erika Fiorucci

Título: Quiero una cita

© 2020, Erika Fiorucci

©De los textos: Erika Fiorucci

Ilustración de portada: Aletheia Creative (@aletheia_creative)

1ª edición

Todos los derechos reservados

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de los titulares, salvo excepción prevista en la ley.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personas, lugares y situaciones son parte de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas vivas o muertas, establecimientos comerciales o hechos es pura coincidencia.

Para mi padre, que ya no está.

Contenido

Capítulo Uno
Capítulo dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidos
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Agradecimientos
Los Mandamientos de Laura Capítulo 1
«Si no sabes a dónde vas, terminarás en otro lugar» *Yogi Berra*
Capítulo 2
«Babe Ruth está muerto. Lanza un strike» *Earl Weaver*
Capítulo 3
«Solo hay dos estaciones: Invierno y béisbol» *Bill Veeck*
¿Quieres saber más de Los mandamientos de Laura?

Capítulo Uno

«¿Quieres una cita? Te cuento mi historia»

Ciara Whelan, «Quiero una cita» Episodio 1

—¡Necesito una cita!

El convencimiento me llegó esa mañana al recibir el correo y desde ese momento comenzó a dar vueltas en mi mente a una velocidad estilo huracán hasta que el pensamiento no pudo ser contenido en los confines de mi cerebro y se hizo palabra sin mi permiso.

Un año había pasado desde que el «Señor Basura», como había decidido llamar a mi ex en vista de que «El que no debe ser nombrado» era un apodo ya muy trillado; se marchó, rompiendo, sin ningún remordimiento, una larga relación que todos, incluida yo, aseguraban que estaba destinada al altar.

En esos doce meses enfrenté, en varias oportunidades, las conocidas «Siete Etapas del Duelo»: Estuve furiosa por un tiempo, en negación unas cuantas semanas, deprimida por más días de los que me gusta admitir, etcétera; hasta que finalmente la aceptación llegó y seguí con mi vida.

Al menos eso creí hasta esa mañana cuando el correo trajo un delicado sobre dirigido a mí con una caligrafía antigua e impecable. Dentro contenía una tarjeta de notificación, para todos sus amigos y familiares, de la boda del susodicho en Europa, con varias fotografías, arregladas en un hermoso diseño, de la bienaventurada parejita el día que intercambiaron votos, para más detalles, en una playa en Cerdeña, Italia.

El que me considerara una de sus amigas que requerían notificación de la boda solo demostraba lo estúpido y egocéntrico que era mi ex, y el enviar las notificaciones en físico una muestra irrefutable de que seguía siendo un pomposo de mierda.

¿Qué esperaba? ¿Un regalo de mi parte? ¿Aplausos virtuales?

Obviamente que en el mismo momento en que leí la infortunada misiva, mi estado de soltería, que hasta ese momento no significaba ningún problema y que, incluso, me parecía moderno y perfecto para una mujer adulta y en control de su vida; se sentía como un fracaso, una de tantas pruebas de la vida en las que estaba fallando y en la que otros, aparentemente con menos calificaciones, triunfaban. Como si necesitara más recordatorios.

¡Bienvenidos a mi vida!

Así que aquello de la fulana aceptación ya no era tan real.

Podía aceptar que mi ex fuese feliz, era bueno para el karma y todo eso, siempre y cuando yo fuese feliz primero.

—¿De qué estás hablando?

Fue la expresión anonadada de Matías, además de sus palabras, la que me dejó claro que mis cavilaciones habían trascendido las fronteras de mi boca con menos elocuencia y sentido de lo que esperaba, por lo que escondí el sobre que las había generado lo mejor que pude bajo la pila de promociones y facturas que había sacado del buzón.

Por alguna razón, hacer público el matrimonio de mi ex, aunque fuese únicamente delante de Matías, me daba vergüenza. No podía evitar que la malsana idea que señalaba que todo había sido culpa mía se colara en mi mente. ¿Qué otra explicación había para que un año después de dejarme, su inmadurez y consecuente incapacidad de comprometerse, cosas a las que yo había

atribuido su huida, desaparecieran como por arte de magia?

Culpa= Mía.

—Una cita —dije de lo más inocente—. Me refiero a salir al cine, tal vez a cenar o al teatro, esas cosas —expliqué dejando a un lado el correo y terminando de preparar los bocadillos de atún con mayonesa, ligeramente tostados, que desayunaríamos esa mañana—. Creo que ya es tiempo.

—Hacemos eso todo el tiempo, Ciara —dijo Matías encendiendo la máquina de café y buscando la leche en el refrigerador.

—Me refiero a citas románticas —repliqué pasándole el plato con su bocadillo favorito antes de poner lo más parecido a una expresión de horror—, de esas que no puedo tener contigo porque sería como un incesto.

—«Como» es la palabra clave —me respondió con una mueca al tiempo que me daba mi tazón de café con mucha leche y dos cucharadas de azúcar—. Pareciera un incesto, pero no lo es.

Puse los ojos en blanco mientras recibía la taza y la colocaba estratégicamente al lado del bocadillo para tomar una fotografía para mi Instagram, una con la que daba los buenos días a mis escasos cuatrocientos seguidores.

Objetivamente hablando, Matías y yo no éramos familia, y nuestras diferencias biológicas comenzaban con la apariencia. Matías era finlandés y, como tal, alto, rubio casi platinado, todo un estereotipo escandinavo; mientras yo, gracias a mi herencia irlandesa, era pelirroja, con las pecas de rigor, bajita y, debo admitir, algo redondita.

¡No me gusta la lechuga!

Pero sin importar la genética que nos separaba, Matías había sido una constante en mi vida en los últimos ocho años. En los momentos buenos, malos o simplemente sin definición, estuvo allí conmigo, y eso era más de lo que podía decir de algunos tíos o primos que compartían mi ADN.

Conocí a Matías en mi primer día como estudiante de Periodismo en *Emerson College* en Boston. Ambos éramos prácticamente unos críos sin edad legal para muchas cosas e inmediatamente convertí en una cuestión de honor hacer que el jovencito finlandés, el único estudiante extranjero de ese año, se sintiera «en casa». A fin de cuentas, Boston era la ciudad en la que nací, la que me vio crecer y en la que había vivido toda mi vida.

No fue fácil. Una vez que los otros estudiantes se dieron cuenta de que el pobre Matías no conocía a ningún piloto de Fórmula Uno ni tampoco jugaba hockey, mi amigo quedó relegado a ser el muchacho demasiado delgado, demasiado alto, demasiado rubio, demasiado inteligente y con un acento demasiado extraño, proveniente, además, de un país que no muchas personas podían ubicar en el mapa.

Lo que nadie notó, excepto yo después de unos cuantos meses, fue que Matías era el mejor amigo que alguien podría desear: bueno, leal, divertido, siempre de buen humor y con más cultura general que la mayoría de la gente que lo rodeaba. Podía hablar de cualquier cosa, entenderlo todo y dar los consejos más acertados en cada situación.

Además, era honesto. No había subterfugios con Matías, ni intereses ocultos. Lo que veías era lo que obtenías y siempre podías contar con que te iba a decir exactamente lo que estaba pensando.

Durante los cuatro años de la carrera fuimos inseparables. Ni siquiera el «Señor Basura», un aspirante a publicista del cual me enamoré como una loca al principio del segundo semestre, pudo separarnos.

Matías y yo estudiábamos juntos, comparábamos horarios de clases antes de inscribir las

materias y nos prestábamos nuestros hombros o reservas de licor, según fuera el caso, cuando estábamos deprimidos, estresados o alguien nos había roto el corazón.

A pesar de que después de la graduación tomamos caminos que nos llevaron a sitios muy lejanos, o siendo completamente honesta, él tomó esos caminos porque yo me quedé donde estaba, la relación nunca se rompió.

Matías persiguió su sueño: convertirse en un fotógrafo famoso y vaya que lo consiguió. Dos años después que dejara Boston ya había trabajado para las revistas Times, Newsweek y National Geografic, al igual que para Vogue y Marie Claire. Su agenda siempre estaba copada y por lo general su trabajo involucraba viajes a los destinos más exóticos del planeta o sesiones con modelos o celebridades. Algunas veces ambas en una sola asignación.

Yo, por mi parte, en cierta forma también perseguí mi sueño, uno un poco pasado de moda en estos tiempos, y ese sueño, eventualmente, se transformó en una pesadilla. Me mudé con el Señor Basura inmediatamente después de recibir mi diploma, continué mis estudios haciendo una maestría en Medios de Comunicación y me dediqué a ser un ama de casa sin casa propia.

Estudiaba, limpiaba, lavaba la ropa, tenía la cena a punto a la hora indicada y siempre lo acompañaba en sus compromisos sociales y laborales tratando de ser encantadora en todas las fiestas de Navidad de su trabajo y aprendiendo de su madre las recetas ancestrales del clan familiar y recibiendo críticas agrias con cada uno de mis intentos.

Mi vida parecía que funcionaba según lo planeado, pensé que era lo que quería, hasta que mi prometido «de facto», porque nunca hubo una proposición formal, recibió una oferta de trabajo en Nueva York que me anunció con bombos y platillos y que posteriormente fue celebrada apasionadamente en la privacidad de nuestro nido de amor con velas, champaña y salmón.

¡Fui tan estúpida!

Pensé que me llevaría con él, que continuaríamos con nuestra vida perfecta en Nueva York.

Sin embargo, después de nuestra celebración, Basurilla (algunas veces el término «señor» le quedaba grande) tuvo la amabilidad de notificarme, sin ningún tipo de embarazo, que el contrato de alquiler del departamento donde VIVÍAMOS JUNTOS y que yo, aún por terminar la Maestría, desempleada y con un montón de préstamos estudiantiles a mi espalda, no podía pagar; vencía a finales de mes y que quedaba de mí notificarle al casero si iba a conservarlo una vez que él se marchara.

¿Pueden creerlo?

Bueno, yo tampoco.

Por unos instantes estuve convencida de que mi cerebro había perdido esa función fundamental mediante la cual procesa lo que escuchamos transformándolo en imágenes. Estaba persuadida de que el imbécil ese, al que por cierto adoraba, estaba diciendo una cosa y yo interpretando otra.

Ese lapso de locura momentánea me ayudó a mantener la calma, sin mencionar lo que me quedaba de dignidad, y evitó que le arrojara un jarrón a la cabeza, cosa que hubiese sido muy inconveniente pues, viéndolo en retrospectiva, seguramente me hubiera demandado por asalto o algo así.

Aún en estado de shock, negación o una mezcla de ambos, salí de allí y me di cuenta que no tenía a dónde ir ni a quién llamar. Durante mis seis años de relación, los amigos de Basurilla se habían convertido en los míos, sus aficiones en las mías, sus gustos en los míos y yo me había quedado sola, limitándome a ser la pareja de alguien, y si la pareja desaparecía, ¿quién era yo?

Mi familia tampoco era una opción inmediata. Nunca les gustó mi novio e ir a llorar allá sólo

me ganaría unos cuantos «te lo dijimos» en todas las variaciones posibles. Nadie era mejor en eso que mi hermana, también conocida como la «mujer perfecta».

No me quedó de otra que llamar a lo único que me quedaba que era solo mío, a esa persona que escuchaba sin juzgar y que nunca usaría mis fallas en mi contra: Matías, quien, por suerte, no estaba en África ni en Milán. Estaba a un par de horas de distancia trabajando en Nueva York.

Cumpliendo con su deber de buen amigo, el mejor, el único que me quedaba, tomó el primer vuelo que encontró y al llegar se ofreció como voluntario para darle una paliza al Señor Basura.

Me costó mucho convencerlo de que no lo hiciera, primero porque Matías estaba decidido y segundo porque en ese momento yo también quería ver al causante de mis desgracias aplastado contra el suelo, preferiblemente sangrando y, por sobre todas las cosas, pidiendo clemencia. Tal vez incluso ingresando en una ambulancia a la sala de urgencias. Eso sólo le hubiese dado al mal nacido una pequeña idea de cómo me sentía.

Tras convencer a Matías, y convencerme, de que la violencia no servía de nada, mi héroe finlandés decidió mudarse de regreso a Boston, argumentando que ya era hora de invertir su dinero en algún tipo de bien inmueble. Me sacó del apartamento antes de que el mes pre pagado finalizara y me instaló en su dúplex recién comprado el cual decoramos juntos.

A partir de ese momento, como por arte de magia, mi suerte pareció mejorar: terminé la maestría con buenas calificaciones y conseguí, gracias al primo de un amigo de una de las aspirantes a modelo a la que Matías había ayudado, un trabajo manejando las redes sociales de una plataforma en línea, de esas que comenta películas y series de televisión y da noticias sobre el mundo de la farándula.

Aunque a simple vista no parecía gran cosa (mis padres solían decir que habían gastado una fortuna en la universidad para que yo pasara el día jugando en Facebook, Twitter e Instagram), era un trabajo que me encantaba y, además, tenía mi propio dinero. Eso sin mencionar que me permitió tener una vida que fuese mía.

Descubrí que odiaba cocinar, que estaba bien salir de la casa y dejar la cama sin hacer, que si una mañana me levantaba y no había leche en el refrigerador nadie me culparía por ello, que las novelas de romance eran entretenidas y que nadie tenía derecho a lanzarme ninguna miradita condescendiente si me atrapaban leyendo una.

Además, mi nuevo empleo alimentó una pasión secreta: ver películas y series de televisión.

Una vez que, por motivos estrictamente laborales, tuve que forzosamente saber cuándo se estrenaban las nuevas temporadas de las series de TV más importantes, la diferencia entre las películas de Batman de Tim Burton y las de Christopher Nolan; quiénes eran los actores de moda y cuántos hijos tenía Kim Kardashian, descubrí que había una parte frívola en mí que gracias a mi serio novio anterior, para quien la cena se servía a las ocho de la noche con la mesa puesta y todos los cubiertos, porque jamás uno debía comer en el sofá, había permanecido dormida.

Claro que, a pesar de que mi nueva vida parecía sacada de la pantalla: feliz e independiente, viviendo con mi mejor amigo y cenando comida para llevar; a la luz de los últimos acontecimientos, léase el sobre de hilo escondido bajo la pila, parecía que había descuidado un pequeño aspecto que hasta ese momento ni siquiera había pensado que me hacía falta.

—La gente ya no tiene citas —sentenció Matías con una mueca un tanto burlona mientras terminaba de dar cuenta de su desayuno y lavaba el plato—. Creo que has estado viendo demasiados de esos programas de realidad en Netflix que de reales no tienen nada.

—¿Y cómo se supone entonces, señor sabihondo, que las personas del sexo opuesto se conocen y entablan una relación? —le pregunté capciosa apoyando la cadera en la encimera de la

cocina mientras daba un sorbo a mi café que por cierto estaba perfecto. Ni en *Starbucks* preparaban mi café tan bien como lo hacía Matías—. ¿De qué forma conoces tú a las mujeres con las que sales?

—No puedo afirmar que las conozca, no realmente. —Para ocultar su sonrisa pícara tomó mi bocadillo y le dio un mordisco. Lo espanté con un manotazo—. Algunas me las presentan en las sesiones…

—Dejemos a las modelos fuera de esto —lo interrumpí molesta, levantando una de mis manos en una típica señal de alto. Era un hecho reconocido mundialmente que la gente famosa tenía maneras particulares de relacionarse—. Estoy hablando de los comunes mortales.

Pareció meditarlo unos momentos como si nunca se hubiese tomado la molestia de pensar en de dónde provenían sus compañeras nocturnas.

—Voy a un bar, veo a alguien, o ellas me ven a mí que es como mayormente ocurre —en ese punto sonrió presumido—, y la mañana siguiente busco la manera de deshacerme de ellas lo más rápido posible y libre de dramas.

—¡Eres lo peor! —dije tratando de sonar ofendida, pero, en honor a la verdad, en algún momento de nuestra separación Matías había crecido, dejando atrás su época de jovencito extraño e inadecuado. Ahora las mujeres parecían correr hacia él con el mismo empeño que empleaban antes en evitarlo y ninguna de las que me había tropezado en el pasillo durante esas famosas mañanas libres de drama, como él las llamaba, tenía expresión insatisfecha o molesta, tampoco parecían estarlo las que dejaban mensajes en el contestador—. ¿No quieres estar con alguien que te importe? ¿Alguien que se preocupe por ti y comparta tus sueños?

—Para eso te tengo a ti —dijo encogiéndose de hombros.

—Hablo en serio.

—Yo también —me respondió solemne mirándome fijamente. Luego simplemente suspiró como quien descarta una idea—. Cuando alguien te gusta, simplemente te gusta, y no tiene nada que ver con la forma en que la conoces. Pero te aseguro que la versión acartonada que tienes en mente de una cita no va a funcionar.

—¿Y eso por qué? —pregunté mientras lavaba mi taza.

—Porque primero viene el sujeto y luego la acción. —Al ver lo que obviamente debía ser una expresión de «estás hablando en finés, cariño» en mi cara, continuó—: La forma correcta de abordar esto no es decir que quieres una cita, sino que quieres una cita *con*…Si no tienes el *con,* solamente estás persiguiendo un ideal que no existe.

—Y me lo dice el hombre que desde que dejó la universidad no ha encontrado el sujeto sino la acción. ¿O me equivoco? —pregunté molesta mientras tomaba mi bolso y me encaminaba hacia la puerta.

—Sólo trato de mantenerme en forma, tú sabes, puliendo mis habilidades, mientras mi mujer ideal se da cuenta de que estoy vivo.

—Si tu mujer ideal es Grace Elizabeth y estás esperando el momento en que te llamen para hacer el próximo catálogo de Victoria´s Secret para finalmente conocerla, lamento informarte que ya es un poco tarde. Está comprometida.

Estaba a punto de explicarle sobre la modelo norteamericana y su relación con el futbolista alemán, pero la enorme bolsa de viaje que Matías había dejado cerca de la entrada me hizo tropezar y estuvo a punto de mandarme derechito al suelo

—¿Te vas de viaje otra vez? —pregunté confundida en lo que pude recobrar el equilibrio.

—Ciara, cariño —y su expresión era una mezcla de decepción con fastidio—, eres tan

despistada. ¿Qué voy a hacer contigo?

Capítulo Dos

«No todas las respuestas están en Google »

Ciara Whelan, «Quiero una cita» Episodio 4

Poco me importó la versión profundamente filosófica de las relaciones que me expuso Matías durante el desayuno. Es más, estaba decidida a demostrarle su equivocación. No puedes querer tener una relación *con*, si no has conocido a la persona todavía.

El pobre Matías no había tenido una relación seria desde esa chica brasileña, creo que se llamaba Gloria, que estuvo con él durante unos cuantos meses justo después que empecé a salir con Basurilla, así que no era el más adecuado para darme consejos.

Además, aunque no recordaba exactamente el por qué, esa novia de Matías, la única seria que le había conocido, nunca me agradó del todo.

Con la imagen de la ex de Matías que, aun después de tantos años seguía produciéndome una mueca involuntaria, llegué a las oficinas de «Boston´s Watchers». Aunque pareciera ese tipo de plataformas en la que un grupo de amigos se reúnen para ver películas y se graban, o alguno de ellos hace un conteo de las tendencias de moda o de sus películas favoritas de un género, de forma informal en la sala de su casa; en la realidad era una oficina con cubículos donde se discutían agendas, se hacían guiones, se editaban videos, y teníamos un espacio de grabación que, sí, se asemejaba a un sótano con las paredes llenas de póster de películas famosas, funkos, réplicas de espadas y más, pero que también tenía luces y cámaras profesionales que el mundo no veía.

En mi cubículo, mientras revisaba los correos con las invitaciones que habían llegado durante la noche, los comentarios en la cuenta de YouTube y echaba un vistazo a los perfiles de Twitter o Instagram para medir el rendimiento de las publicaciones en cuanto a respuesta de la audiencia y tomaba nota de todo para hacer las sugerencias del caso, mi mente no dejaba de divagar sobre cuál sería la manera más expedita para conocer un hombre y que me invitara a salir.

En la universidad parecía fácil, había todo un campus para escoger y los candidatos estaban más que dispuestos, según constaté por experiencias vicarias de mis compañeras de clases. Sólo bastaba sonreírle a alguien o, en casos muy desesperados, entrar a la primera fiesta que se te atravesara y situarse estratégicamente entre aquellos que no estaban medio desnudos o completamente borrachos.

No obstante, debía reconocer que después de una relación de años que me había mantenido alejada del mercado, no estaba segura de que la cosa siguiera funcionando de la misma manera. Además, con el paso del tiempo, aquello de que no estuviera desnudo y mantuviera algún nivel de sobriedad no era suficiente buen aval.

Aparentemente, mientras la edad aumentaba también lo hacían los estándares.

«¿Cómo hace una mujer soltera, profesional e independiente para conseguir una cita?», me pregunté al tiempo que recordaba que ser del mal llamado sexo débil te ponía en una seria desventaja pues tenías que esperar que alguien te invitara, ¿o no era así?

Tal vez era el momento de echar mano a mi buen amigo Google. En esta época toda la información necesaria está en Internet.

Si hay tutoriales de cómo hacer tu propio jabón para lavar la ropa, el compost para tu jardín y hasta para peinarte como Sansa Stark; el cómo conseguir una cita debía estar en el Top 10.

—Buenos días, Ciara. ¿Vienes a la reunión de producción?

La voz cantarina de Vanessa Chase me saludó desde la media pared que separaba mi cubículo del resto justo antes de que buscara en Google las mejores estrategias para que una mujer invite a un hombre a salir. Ella hacía un video blog dos veces a la semana sobre libros y era, contrariamente a lo que pudiera esperarse, una de las secciones más populares.

¿Quién dijo que BookTube estaba muerto y era solo territorio de adolescentes?

Claro, más que el tema, su popularidad se basaba en ese aire bohemio que parecía envolverla, convirtiéndola en toda hippie sofisticada que te contaba, actuando y sufriendo, tirándose al suelo y jalándose el cabello, la trama de las nuevas publicaciones. También era la encargada, cuando se trataba de comentar una película basada en un libro, de pelear con nuestro experto en cine sobre lo terrible de la adaptación.

Disfrutaba cada vez que tenía que publicar algún video blog de Vanessa y seguía a pie juntillas sus recomendaciones. Además de regalarme libros y conseguirme copias autografiadas, era una persona divertida. Siempre parecía estar de buen humor.

—Sí, déjame anotar un par de cosas —respondí mientras escribía en mi enorme agenda unas cuantas observaciones que debía llevar a la reunión matinal de todo el personal, donde se decidía qué se iba a publicar y cuándo.

Sí, me gustaba tener una agenda escrita a mano. Tenía el plan de medios diario, semanal y mensual, en digital en mi ordenador, con colores y alarmas que replicaban en mi móvil; pero también tenía una copia física que llevaba conmigo a todas partes.

Era, por decirlo de alguna forma, una de las cosas «raras» que me identificaba en un ambiente en el que todos vivían con los teléfonos pegados en sus manos y se sentían incapaces de responder una pregunta sin echarle antes un vistazo al aparato para estar seguro de los datos.

—Hay unos comentarios un poco hirientes en tu video de ayer —dije en lo que me puse de pie y nos encaminamos hacia la sala de reuniones.

—Ese libro ya fue convertido en una película desastrosa y ahora viene una serie de televisión donde pretenden cambiar la edad de los personajes. —Levantó las manos—. Mis apreciaciones fueron totalmente justificadas.

Me mordí la lengua para no recordarle que sus comentarios, cada vez que se anunciaba una película sobre alguno de sus libros favoritos, invariablemente eran: «dejen el libro en paz ejecutivos de Hollywood. Si quieren algo diferente, hagan su propia historia», sin mencionar que era particularmente hiriente desde el momento en que el primer tráiler salía a la vista del público. Nunca los personajes se parecían en nada a lo que ella tenía en mente. Eso sin mencionar las veces que lanzaba ejemplares contra la pared y gritaba frente a la cámara: «Mujeres, ¿qué les pasa? Despierten, reaccionen. Un hombre maltratador no es romántico».

Sí, Vanessa era bastante teatral y de allí su éxito. Nada es más popular en Internet que alguien a quien todos odian, pero de quien no pueden apartarse.

—¿Les doy la respuesta usual, entonces? —pregunté haciendo una nota mental.

—Desde que te inventaste eso de «no voy a disculparme por mi opinión, aunque respeto profundamente la tuya», en todas sus variaciones semánticas, siento que nos quitaste a todos un peso de encima. No sé qué haríamos sin ti.

Cuando llegamos la sala de reuniones aún estaba a medio llenar.

Aproveché para servirme un gran vaso de café, con dos bolsitas de azúcar y dos tarritos de crema, y mirar por la ventana. Estábamos en un piso tres por lo que no era difícil ver a los transeúntes que, ese día en particular, parecían haberse confabulado para salir, en su mayoría, en

pareja, recordándome mi dilema. Con el recordatorio del dilema, regresaba la pregunta: En qué lugar de esta maldita ciudad podría encontrar al «Señor Adecuado», para yo también, en un futuro no muy lejano, enviarle una tarjeta de hilo con una foto de MI BODA al Señor Basura y, aunque menos evidente, darle envidia, o al menos curiosidad, a incautas mujeres solteras que miraban por la ventana durante la jornada laboral.

—Algo me dice que los comentarios en YouTube no son precisamente lo que te tiene preocupada —insistió Vanessa siguiendo el camino de mi mirada.

También tenía un vaso de café en la mano, solo que en su caso era negro y, podía apostar, sin azúcar.

Aunque el consumo de materiales audiovisuales hubiese cambiado de formato en el transcurso de los años, seguía existiendo una premisa inamovible: A la gente le gusta ver cosas lindas en cualquier pantalla a la que se enfrente y una figura delgada es el estándar de belleza actual.

¿Por qué no nací cuando estar flaca era sinónimo de enfermedad y ser gordita la figura deseada?

—¿Cómo se hace para que un hombre te invite a salir? —solté de pronto sin realmente pensarlo, apartando de mi mente esa conexión inevitable entre el éxito y la masa corporal que, por lo general, me hacía sentir siempre a un peldaño de los que están destinados al éxito.

—¿Tienes a alguien en mente? —me preguntó con una sonrisita.

Allí estaba otra vez la teoría de Matías sobre el sujeto antes que la acción, esa misma que estaba decidida a derrotar.

—Hablaba en general. —Hice un gesto vago con las manos que dejaba bien claro lo general, e incluso hipotético, que era todo—. Quiero tener citas, salir con alguien, y no sé dónde conseguir los candidatos. —Ya en este punto me sentía como una completa idiota sin ningún tipo de habilidad social. ¿Cómo había conseguido un novio en la universidad? Bueno, si era completamente honesta, él me había encontrado a mi escondida bajo una pila de libros y casi no pude creer que semejante belleza me estuviera invitando a salir—. Tú seguro tienes citas todo el tiempo.

La sonora carcajada de Vanessa fue como un remache, un sello de aprobación definitivo que refrendaba todo lo estúpida que me estaba sintiendo. De hecho, estaba segura que me estaba sonrojando.

—No, no muchas. —Vanessa aún se reía—. No recuerdo la última vez que tuve una y creo que no salió muy bien, motivo por el cual mi mente suprimió los hechos como una especie de protección. Por eso ahora prefiero limitarme a encuentros ocasionales con el aparato con baterías que guardo en el cajón junto a mi cama.

¡Por Dios! Traté de no mostrar ningún tipo de sorpresa ante su revelación y forcé el café a bajar tranquilamente por mi garganta, sin ahogarme, sin escupirlo. Siempre había creído que las mujeres que tenían esos aparatos habitaban solamente en los libros o en capítulos aislados de «Sexo en la Nueva York».

Además, yo estaba hablando de citas románticas donde las personas encuentran una conexión etérea y casi mágica. Eso no tenía nada que ver con sexo, al menos no en primera instancia.

—Pero la gente todavía tiene citas, ¿verdad? —insistí un poco temerosa ante la posibilidad de enfrentar la cruda realidad de las mujeres solteras de casi treinta años, esa que parecía indicar que si alcanzaron esa edad sin pareja se quedarían para siempre en ese estado, encontrando una vacía satisfacción sexual en solitario una vez más que otra y teniendo hijos gracias a la inseminación

artificial—. No es que sean un mito o algo así.

—Creo que lo que alcanza proporciones de leyenda son los hombres heterosexuales de nuestra edad que permanecen solteros y quieren una relación. Son casi un unicornio —dijo haciendo un mohín de disgusto—. ¿Has probado con alguna aplicación? ¿Tinder?

—No —dije negando con la cabeza y, de seguro, una completa expresión de horror en mi rostro. La idea me parecía aterradora. Bajé aún más la voz antes de agregar—: Debe haber muchos sujetos raros allí. Tú sabes de esos que citan las enseñanzas del Señor Spock y que se despiden deseando que la fuerza te acompañe…siempre.

—¿Sujetos como estos con los que trabajamos todos los días? —Vanessa soltó una risita—. No somos tan afortunadas, los nerds son sexys y están de moda. Más que nada encontrarás tipos que te mandan fotos de sus pollas o, sin son muy confiados, algún video masturbándose.

—¿En serio? —pregunté con lo que era seguro una completa y absoluta expresión de horror.

—No es para tanto. —Vanessa hizo un gesto displicente con la mano—. Hay que ver la mercancía antes. Evita decepciones. Además, hoy en día vivimos con aplicaciones, son como las muletas de nuestra lisiada existencia. Todo lo hacemos mediante el móvil, nuestra vida social se mueve allí, y una cita es un evento social, ¿no?

—Bueno, sí, pero…

—Siempre puedes salir por allí —me interrumpió, obviamente sintiendo mi reticencia—, ir a un bar, de esos donde pasan deportes en televisión.

—¿Un bar? —la explicación de Matías sobre sus encuentros de una sola noche parecía una clara advertencia sobre el tipo de relación que buscaban los hombres que iban a esos lugares. Además, yo iba a un sitio así cada viernes en la noche que Matías estaba en la ciudad y aún nadie me había pedido mi número telefónico—. Creo que hay estadísticas que prueban que ese no es el lugar para encontrar una pareja si quieres conservarla después de que salga el sol y no me refiero a la película de culto de Tarantino.

—Siempre puedes pedir a tus amigos que te presenten a alguien.

Vanessa se encogió de hombros como si se estuviera quedando sin ideas y le diera vergüenza el hecho de no poder serme de ninguna ayuda.

—¿Tú conoces a alguien que me puedas presentar?

—Si conociera a alguien medianamente decente, lo guardaría para mí. Como te dije, no hay abundancia de candidatos. —Mi expresión debió haber sido patética pues enseguida agregó—: Estaré al pendiente.

Sintiéndome derrotada me senté en la mesa ovalada y repasé mis notas mientras la sala se llenaba de gente.

Me concentré en trabajar. Me gustaban las reuniones de los lunes: Todo el mundo hablaba de lo que tendríamos esa semana y yo podía llenar mi agenda de ideas de publicaciones y promociones para nuestro contenido. No hay nada peor que una agenda de trabajo vacía.

«¡Eso es!», pensé y tuve que hacer un esfuerzo coherente para no gritarlo en voz alta. Necesitaba una agenda de trabajo y para hacerla requería de información: pasos, lugares, estrategias. ¡Mi propia reunión de los lunes!

En las películas, en los libros e incluso en la vida de los famosos, la gente se conocía de la manera más casual y comenzaban relaciones bellísimas. Sin embargo, yo ya tenía tiempo comprando café en el establecimiento de la esquina todas las mañanas, yendo al supermercado por las noches e incluso asistiendo a algunos juegos de los Medias Rojas en el parque Fenway como toda bostoniana respetable, pero nunca nadie se me había acercado con un comentario

ingenioso para invitarme a salir o se había tropezado conmigo quedando, inmediatamente, prendado de mis encantos como en un comercial de desodorante.

Tal vez era porque estaba haciendo todo eso sin una intención determinada, sin un plan.

Una de las primeras cosas que aprendes cuando comienzas a trabajar en redes sociales es que nada ocurre de la noche a la mañana, no te vuelves «viral» por casualidad. Se requiere constancia, un plan y un excelente trabajo de SEO que te de visibilidad.

Solo debía investigar las estrategias adecuadas para este caso.

Cuando regresé a mi oficina, en vez de dedicarme a los mil puntos que había anotado de las promociones para esa semana, hice una búsqueda por Internet donde descubrí que, tal y como lo sospechaba, la cuestión de las citas había alcanzado el terreno académico. Hasta había manuales que podías descargar sobre cómo comportarse con ejemplos de encuentros desastrosos, divertidos e incluso prometedores.

Eso era bueno: Mientras más información, mejor sería el plan de acción.

El detalle era que todos estos manuales y guías te ofrecían trucos para sobrevivir a la cita o ser invitada a una segunda con la misma persona, no para conseguir una.

Debía entonces conseguir ese pedazo de información faltante, ese detalle que, aunque obviado, era el más importante. Si había tanta información circulando por allí sobre cómo hacerlo bien, debía haber una demanda para esa información, y eso quería decir que la gente conseguía citas todo el tiempo y, remitiéndome a los hechos recientes, terminaba casándose en islas europeas.

No todo estaba perdido.

Entré en mi Instagram personal, ese con sus tristes cuatrocientos veinte tres seguidores y muy poco porcentaje en la escala de *engagement*, y revisé las cuentas de todos aquellos que fueron conmigo a la universidad. La gran mayoría no tenía la misma pareja que cuando nos graduamos, pero sí estaban en una relación.

Indagando un poco más, para lo que necesité Facebook, porque, aunque ya de salida en lo que a redes sociales se refería, la plataforma se prestaba para publicar más detalles y explicaciones sobre sus historias de vida, noté que la percepción de Vanessa no estaba del todo errada. No, no me refería a que esas personas hubiesen conseguido a su actual contraparte en Tinder, sino a que, en la mayoría de los casos, la habían hallado por intermedio de otra persona.

Llamé a Matías.

—¿No puedes presentarme a alguien? —le dije sin mediar saludo. Por el ruido de fondo que escuché a través del teléfono pude darme cuenta de que ya estaba en el aeropuerto—. ¿Mattie?

—¿Sigues con eso? —respondió en tono de fastidio —. No voy a presentarte a nadie.

—¿Por qué no? —protesté—. ¿No soy suficientemente buena para tus amigos?

—Eres demasiado buena para mis amigos.

—¡Por favor! —exclamé con un bufido.

—La mayoría de ellos miden el valor de una mujer por lo largo de sus piernas o la talla de su sujetador. —Sin proponérmelo eché una ojeada a mi 34C oculto bajo mi camisa de botones y resistí la tentación de buscar una cinta métrica para saber con precisión matemática la longitud de mis extremidades inferiores—. ¿Y qué se supone que haga cuando cualquiera de esos idiotas se comporte contigo de acuerdo a su naturaleza? —Ya Matías sonaba exasperado—, ¿Cuándo después de la primera cita no vuelva a llamarte porque no saltaste a la cama con él o precisamente porque lo hiciste? Tengo pocos amigos en Boston, Ciara, y no quiero tener que partirle la cara a ninguno de ellos cuando las cosas no resulten.

—Pero podrían resultar, no hay que ser tan pesimistas.

—Mis amigos quieren una linda chica con la que pasar un rato divertido y tú quieres un hombre que te busque en tu casa, te abra la puerta del coche, te lleve a cenar a un sitio romántico y luego te dé un casto beso de despedida en la puerta que haga que se te doblen los deditos de los pies, ¿o me equivoco?

—¿Y eso qué tiene de malo? —la pregunta me salió con tono de puchero.

—Que incluso cuando ocurre, no es real. —El suspiro de Matías se escuchó a través de la línea telefónica.

—La gente se enamora Mattie, se casa y todo eso comienza de alguna manera.

—Déjame decirte un secreto: La mayoría de los hombres son un poco lentos de entendimiento y mientras llegan a darse cuenta de lo encantadora, inteligente y hermosa que eres, en la única cosa en la que estarán pensando es en cuántas cenas deberán invitarte antes de que les permitas acostarse contigo. Por eso siempre eligen el camino más fácil: menos inversión, mismo resultado. Ya te lo dije, debes querer tener una relación con *alguien*, no simplemente tener una relación.

—¿Y cómo se supone que conozca a ese alguien?

—Abre los ojos.

Sin responderle nada más colgué el teléfono.

Aunque seguía molesta con Matías, y más que nada con la situación en general, decidí seguir su consejo y abrí los ojos, incluso me paré sobre la silla y estudié con cuidado la sala de redacción porque también mi investigación reveló que algunos de mis coetáneos encontraron pareja en sus lugares de trabajo.

No todas las empresas tenían una política restrictiva en eso de involucrarse con un compañero. Aquí no la había.

Comencé a evaluar con ojo crítico a todos aquellos que estaban a mí alrededor etiquetándolos: casado, con novia, muy joven, muy viejo, ni que fuera el último hombre de la tierra, etc.

—¿Buscas algo?

Mi jefe, Neil, habló a mis espaldas lo cual me hizo brincar como quien es atrapado en medio de un acto ilícito o sorprendido en medio del bosque por algún ente sobrenatural armado de un machete o una sierra eléctrica.

De más está decir que la silla se tambaleó y por unos aterradores segundos pensé que me estrellaría contra el suelo, y con una contusión o una pierna inmovilizada eso de encontrar una cita iba a ponerse mucho más difícil.

Neil estabilizó la silla y luego me ofreció la mano, como todo un caballero de la Regencia, para ayudarme a descender a un terreno más seguro. Una vez con los pies plantados en algo que no temblaría a menos que un terremoto decidiera honrarnos con su no requerida presencia, miré a mi jefe tratando de parecer regañada, pero él tenía una expresión divertida que hacía juego perfecto con sus vaqueros desgastados y su jersey anaranjado de cuello en V que hacía imposible cualquier expresión contrita.

Era un hombre encantador, la mayoría de las veces, de esos que te hacen sentir relajada. Era tan buen periodista que siempre querías contarle todos tus secretos y ayudaba ese aire de nerd intelectual y exitoso que convirtió su pasión en algo rentable, en un negocio, con la colaboración de sus amigos. Claro que había momentos en que era mejor para la salud de tus oídos encerrarte en el baño más cercano y esos momentos ocurrían invariablemente cuando algún otro canal subía una reacción primero que nosotros, las visitas no mantenían su ritmo normal, o alguien faltaba a

un evento organizado por alguno de los anunciantes.

—¿Te digo la verdad o prefieres una excusa?

—Yo trabajo por la verdad —dijo sonriendo como si él mismo no se lo creyera. Las arruguitas de su sonrisa cínica manifestándose alrededor de sus ojos—, y los chismes, claro, las películas y los servicios de televisión por suscripción.

Suspiré preguntándome si sería buena idea compartir lo que retumbaba en mi mente desde la mañana. Su expresión de «cuéntamelo todo» no estaba funcionando en ese instante, pero igualmente necesitaba algunas respuestas. Era como tener una buena historia entre manos, necesitaba desgranarla, conocer sus oscuros recovecos más allá de las anécdotas en Internet, las hermosas y románticas fotografías en las redes sociales y las versiones de «cena y película» o encuentros en una ferretería que nos mostraba la televisión.

El mundo de las citas estaba allí, debía ser real, al menos en parte. Hasta que no descubriera lo que escondía y desentrañara sus secretos, no me quedaría tranquila. Era la misma sensación de no poder dejar un libro, aunque te estuvieras cayendo del sueño, o terminar toda la temporada de esa serie que estabas loca por ver y que por fin colgaron en Netflix.

Neil no era mi amigo y, por sobre todas las cosas, era un periodista, por lo que estaba segura no me daría una versión parcializada sobre el asunto como, por ejemplo, Matías, cuyas teorías estaba, ahora más que nunca, decidida a refutar.

—Me preguntaba —dije finalmente con una expresión de disculpa—, cómo hace una mujer soltera de casi treinta años para conseguir una cita.

—¿Tiene esto que ver con el enfoque que discutimos esta mañana para una nueva sección? —preguntó—. ¿Ese de darle a la gente información práctica para el día a día?

—No, no, nada tan serio como eso. Es solo que leí por ahí que hay muchas personas que consiguen pareja en el lugar de trabajo y, como estoy soltera —admití mirando a todos lados, menos a él—, estaba evaluando el mercado local.

Miró a su alrededor perplejo como si mis intenciones y el lugar no fuesen compatibles, algo así como proponer un día de campo en un cementerio abandonado.

—Buena suerte con eso —dijo con una mueca—. Los romances en la oficina no son recomendables y, además, los periodistas, y aquí casi todos lo son, más los que nos ganamos la vida viendo películas de culto, son los hombres menos adecuados para tener una relación.

—¿Nunca has leído ese famoso artículo llamado «Diez razones para salir con un periodista»? —le pregunté sonriendo—. Te llevan a eventos importantes, conocen gente famosa, saben cuáles son los mejores lugares y siempre tienen algún contacto…

—Y se pasan el día revisando su teléfono, están de guardia los fines de semana, pueden tener que ir a trabajar a las horas más inadecuadas en los días más inconvenientes y, por lo general, creen que lo saben todo —completó—. Eso sin mencionar que una vez al año quieren ir a Comic Con de San Diego disfrazados de súper héroes a perseguir celebridades y portarse mal.

—Yo también soy periodista.

—Y eso lo haría todo incluso más desastroso.

—¿Tú cómo conociste a tu novia?

Una lenta sonrisa, a todas luces involuntaria, apareció en su rostro.

—Estaba con unos amigos jugando fútbol en el parque…

—¿Juegas fútbol? ¿Tú?

—Que conozca al dedillo en universo de Stars Wars no es incompatible con actividades físicas. —Me miró con reproche—. Estábamos en el parque—continuó—, uno de mis amigos

quiso hacer un movimiento estilo NFL y terminamos en la sala de urgencias del hospital. Ella era la enfermera que lo atendía, le pedí su número y ella me lo dio.

Neil se encogió de hombros, todavía con la sonrisa en la boca y una expresión en el rostro que lo hacía ver muy joven.

—Parece un encuentro de esos de novela romántica.

—Sí, pero imagino que todos son así cuando las cosas funcionan y las cuentas en retrospectiva. —Pestañeó y toda cualidad de embeleso desapareció de su rostro y me miró nuevamente como mi jefe, el hombre de las noticias y la estrategia—. De todas formas, sigo creyendo que tu idea sería muy buena para una nueva sección. ¿Estás segura que no estás interesada en hacer la investigación? ¿Tener una sección?

—Eso sería como poner a un instagramer con cincuenta seguidores a dar consejos de cómo crecer en las redes sociales. Nadie me tomaría en serio.

—Por lo general no es la persona la que hace viral la información, es la información lo que hace viral a la persona. No te subestimes, Ciara.

—No lo hago. —Mentí. Estaba decidida a adoptar el enfoque optimista—. Solo necesito un primer hilo del cual tirar y, estoy segura, todo saldrá bien a partir de allí. Por eso te repito la pregunta: ¿No conocerás por casualidad a algún hombre soltero y agradable que quiera salir con una profesional de las redes sociales joven, inteligente y encantadora? No me importa si es periodista.

—Tal vez.

Por un momento me quedé callada tratando de averiguar en su rostro si me estaba tomando el pelo.

—¿De verdad? —pregunté porque requería algún tipo de confirmación verbal, un contrato firmado o alguna otra forma de compromiso sobre el asunto que pudiese ser usado en una corte de justicia.

—Déjame llamar a mi novia, creo que tiene un compañero de trabajo que podría estar buscando lo mismo.

«¡Toma eso Matías!», pensé mandando mi pesimismo al país de nunca jamás.

Iba a tener una cita.

Aparentemente las cosas no serían tan difíciles como inicialmente había previsto.

Capítulo Tres

«El método científico no sirve de nada»

Ciara Whelan, «Quiero una cita» Episodio 1

La semana transcurrió llena de esperanzas, investigación en Internet y planes, y como Matías estaba de viaje, no pudo arruinarlos que su sabiduría mundana y malos augurios.

Al momento en que se confirmó que iba a salir con mi jefe, su novia, y un doctor recién graduado llamado Daniel, el primer paso, el que creía más difícil, estaba superado.

Me tocó entonces pasar al segundo: La investigación para no cagarla.

Para todo en la vida hay que estar preparado, ¿cierto?

Leí todos esos manuales que descargué, los memoricé y hasta hice notas de voz en mi teléfono que escuchaba una hora al día como si fuese mi Podcast favorito. Luego comencé a meditar profundamente sobre la ropa que iba a usar pues, nos guste o no, las primeras impresiones son importantes porque en este mundo de estímulos visuales constantes, la atención de cualquier sujeto está comprometida. Solo tienes unos pocos minutos antes de que pasen a la siguiente sugerencia del algoritmo. Pasa en las redes, en la televisión y en la vida.

Así que, unas horas de compras fueron necesarias y, de acuerdo a las respuestas de la fotografía del atuendo que publiqué en Instagram, la elección tenía un alto porcentaje de comentarios positivos.

Pero como no se trataba solo de verse bien, porque eso solo servía para atrapar la atención del incauto espectador, también preparé mentalmente algunos planes de conversación para tenerlos listos en caso de que una emergencia, en forma de silencio amenazador, se cerniera sobre la primera cita que iba a tener en mucho tiempo porque, además de linda, tenía que demostrar que era inteligente.

El viernes empaqué mi ropa nueva en un portatrajes, para evitar arrugas que me dieran ese aspecto de alguien a quien no le interesa nada, porque hay que hacerle sentir a tu cita que estás interesada, que estás pendiente de él, que es importante. Mis nuevas adquisiciones para este día tan especial fueron unos pantalones color caramelo que, debido a un corte mágico, me hacían lucir más delgada y una camisa blanca con un escote no demasiado pronunciado, aunque tampoco muy puritano. También formaban parte del equipaje la plancha para el cabello, el perfume, y todo mi arsenal de maquillaje.

Aunque hubiese preferido tener el tiempo suficiente para ir a mi casa a darme un largo baño perfumado y relajante antes de tan esperado evento, Neil me había anunciado que tomaríamos algo al salir del trabajo en un bar de copas que quedaba cerca de la oficina.

«Todo muy casual», enfatizó en el momento, así que me cambiaría en el baño de la oficina antes de salir para verme «casualmente fabulosa».

—Señorita Whelan hay alguien aquí para usted —anunció con una inusual formalidad la recepcionista por el teléfono interno antes de agregar con un tono más bajo y casi con añoranza —, y es tan lindo…

—¿No te dijo como se llama? —pregunté dudando de que alguien «tan lindo» viniese a verme a mí.

Yo no conocía a nadie «tan lindo» y prueba de ello eran las dificultades que había experimentado a la hora de conseguir mi añorado encuentro con alguien del sexo opuesto.

Seguramente se trataba de un error.

No obstante, el sujeto debía ser algo especial para hacer que nuestra experimentada recepcionista olvidara cómo debía hacer su trabajo. ¿No se suponía que el nombre era lo primero que debía preguntar?

Tras unos segundos, en los que escuché ruidos ahogados al otro lado de la línea, llegó la respuesta:

—Matías Vanhala —dijo la chica y juro que lo único que le faltó fue suspirar.

Casi estallé en carcajada. Siempre olvidaba que Matías era bien parecido.

Cuando regresó a Boston para salvarme, no pude evitar notar que ya no era un muchacho desgarbado sino un hombre con evidentes pectorales, abdominales, y todos los otros «ales» que existen en la anatomía masculina y que hacen que aumente la posibilidad de un accidente cerebro vascular entre las mujeres que los avistan, además de un rostro que, aunque siempre fue hermoso, ya no era tan inocente.

¡No soy ciega!

Objetivamente hablando, Matías era un bombón.

Sin embargo, mi mente por lo general hacía un excelente trabajo pasando por alto esas consideraciones que eran evidentes para cualquier ser humano.

Para mí Matías era más que un lindo paquete. Siempre sería el chico que conocí durante mi primer día en la universidad y que después se transformó en mi mejor amigo. No podía verlo como alguien que arrancaba suspiros y volvía inarticuladas a mujeres que, por lo general, eran bastante ecuánimes.

—Déjalo entrar —dije al teléfono sin poder evitar la sonrisa—, él sabe dónde encontrarme.

La impresionable recepcionista pasó por alto mis consejos y al poco rato apareció escoltando a Matías hasta mi cubículo, como si él necesitara un guardaespaldas, uno que, por cierto, mantuviera la vista en su trasero como si fuera patrimonio de la humanidad.

—¿Puedo ofrecerle algo de tomar señor Vanhala? —preguntó la chica batiendo excesivamente las pestañas—. ¿Café? ¿Té?

«¿Un trago de tequila directamente de mi ombligo?», fue lo que le faltó preguntar.

—No, pero muchas gracias por tu amabilidad «dulce Caroline» —contestó Matías con una sonrisa que dio justo en el blanco y como prueba, la pobre Caroline soltó una risita y estuvo a punto de pasar a estado líquido derritiéndose sobre la alfombra.

Casi que puse los ojos en blanco por la desgastada, aunque efectiva, artimaña. De hecho, creo que lo hice y como prueba estuvo el «¿qué?» que un ofendido Matías masculló en mi dirección.

—No uses la rutina de «Lucifer», esa de casualidad se la creo a Tom Ellis —le dije en lo que Caroline desapareció de mi área de trabajo.

—No le pregunté cuál era su más secreto deseo. —Matías se sentó sobre mi escritorio.

—Y no malgastes el himno no oficial de los Medias Rojas en un coqueteo infructuoso —riposté severa cruzando los brazos sobre mi pecho—. Usar «dulce Caroline» para eso es casi un sacrilegio. Lo sabrías si fueses un verdadero bostoniano y no un adoptado.

—¿Quién dice que fue un coqueteo infructuoso?

—¡No con la recepcionista! —le advertí.

La risa de Matías estalló tan sincera que fue contagiosa y en segundos me estaba riendo con él.

—¿Cuándo llegaste?

—Hace como una hora y traje una ofrenda de paz. —Me extendió una bolsa de papel marrón

—. En forma de bocadillo de atún.

—¿Me trajiste un bocadillo de atún desde Nueva York? —dije tomando la bolsa y sacando el contenido que, además del bocadillo, también incluía una soda, una de verdad, nada de cero calorías o cualquier otra mentira; lo que me venía al dedo porque no había tenido tiempo de almorzar ya que mi jefe tenía a toda la redacción revolucionada con las nuevas secciones que quería incluir y todos estaban entregando tarde sus ideas para promocionar sus segmentos habituales.

Si me preguntaban a mí, toda la renovación era una metedura de pata.

¿Para qué cambiar algo que funcionaba?

¿Para qué arriesgarse saliéndose de la cómoda área que nuestros espectadores amaban?

Claro que, como yo era la nueva, nadie me había preguntado y como me gustaba mi trabajo, mejor era quedarme calladita y hacer lo que me pedían. A fin de cuentas, no era una de las mentes creativas de «*Boston´s Watchers*» sino solo la chica que manejaba las redes.

—Estaba en Los Ángeles, despistada —dijo Matías negando con la cabeza—, pero lo compré en tu Deli favorito aquí en Boston para disculparme por esa discusión que tuvimos sobre las citas antes de irme.

—Hemos tenido peores discusiones —dije encogiéndome de hombros y aprovechando para tomar una fotografía del caritativo almuerzo y colgarla con la etiqueta #Mimejoramigoesmejorqueeltuyo—, y recuerdo que en esos casos te enfurruñas y dejas de hablarme por días, no me compras sobornos.

—Lo de la boda de mi hermana fue diferente —dijo adivinando inmediatamente a cuál episodio me refería—. Aún no puedo creer que no quisieras ir a Helsinki.

—No tenía dinero para el boleto.

Una vez lista la actualización en las redes sociales, le di un mordisco al bocadillo y un trago a la soda.

Estaba delicioso.

—Yo me ofrecí a pagarlo.

—¿Vamos a volver a discutir otra vez por algo que pasó hace seis meses? —pregunté y otro mordisco—. Por cierto, hablé con tu hermana ayer por Skype. Tu mamá la sigue molestando porque quiere nietos así que desvió el asunto hacia ti por lo que no sería de extrañar que recibieras una llamada de larga distancia de un momento a otro.

—Estaré pendiente. Gracias por la advertencia. —Matías pareció meditar algo por unos minutos y, como lo conocía tan bien, podía declarar solemnemente que no estaba muy cómodo con lo que iba a decir a continuación—. Mira Ciara, si de verdad quieres una cita podríamos…

—Ya tengo una —lo interrumpí queriendo compartir mis buenas noticias con alguien y también, claro estaba, presumir un poco.

—¿Una qué?

—Una cita, tonto. Esta noche, y nada más y nada menos que con un doctor.

Levanté la nariz y pestañeé varias veces en lo que esperaba se viera como un gesto presumido.

—¿Un doctor?

—Sí, un doctor en Medicina, de esos que curan personas.

El pobre Matías parecía que había sufrido una contusión cerebral o algo así y no hacía sino repetir con expresión de perplejidad todo lo que yo decía. A estas alturas sentía que debería estar feliz por mí, felicitarme; no mirarme como si de repente me hubiesen crecido colmillos.

La carencia de una reacción adecuada me estaba empezando a molestar.

—¿No crees que pueda salir con un doctor?

—¡Por Dios Ciara! No es eso. ¿Por qué tienes que asumir siempre que todo es culpa tuya? —Así, regañándome, pareció sacudirse el estupor—. Es sólo que son tiempos peligrosos y no puedo evitar inquietarme. ¿Quién es este sujeto? ¿Qué sabes de él? ¿Estás segura de que es doctor?

—Trabaja con la novia de mi jefe que es enfermera. No tienes nada de qué preocuparte —le dije dándole unas palmaditas en la espalda, como las que se les dan a los niños pequeños para que expulsen los gases.

—En ese caso —se puso de pie abruptamente y sacudiéndose unas migajas inexistentes de sus vaqueros desgastados—, supongo que está bien. Espero que te diviertas.

—¿Matías?

—¿Qué?

—No creas que no me he dado cuenta. No soy tan despistada como crees.

Por unos segundos se puso más pálido de lo normal.

—¿Cuenta de qué?

—De que cada vez que sales de viaje no sigues mi consejo de mantener actualizada tu cuenta de Instagram. —Lo miré de forma acusadora porque, ¿qué le costaba poner una sola foto de la sesión? Sentía que habíamos tenido esta discusión miles de veces—. Las redes sociales son importantes para darle publicidad a tu trabajo, por eso encadené todas tus cuentas para que lo que publiques en una se vea reflejada en la otra y no quitarte mucho tiempo, pero tú ni siquiera haces el menor esfuerzo. Si no estás en Instagram, es como si no existieses.

—Tengo un agente que se encarga de que exista —dijo mirando todo lo que tenía sobre el escritorio, todo menos a mí—, al menos para ciertas cosas.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Olvídalo. —Negó con la cabeza—. Lo lamento. Prometo recordarlo la próxima vez —dijo como si de verdad no lo lamentara y, todavía sin dedicarme ni una sonrisita, se fue por el pasillo demasiado rápido, con la espalda recta y la vista al frente.

No estaba segura si su actitud fue porque le recordé su falta de seriedad con respecto a la promoción de su trabajo o porque finalmente estaba a punto de destruir su teoría sobre las citas.

Tal vez en ese universo paralelo donde vivía Matías, poblado de modelos y lugares exóticos, las verdaderas citas no existían y la revelación había trastocado su escala de valores.

—¿Y ese quién es? —Vanessa asomó la cabeza desde el cubículo vecino.

Ni me había dado cuenta que estaba allí.

—Matías —contesté en automático mirándolo marcharse todavía tratando de descifrar lo extraño de su comportamiento.

—¿Matías … —en este punto Vanessa movió las manos frente a mi cara, instándome a ampliar la información— el delicioso, Matías el modelo de revista, Matías el Magnífico?

—Vivimos juntos.

En ese momento la mandíbula de Vanessa se abrió tanto que pensé que iba a llegar al suelo.

—¿Y se puede saber por qué estás buscando una cita con desconocidos? ¡No me digas que es gay! —Dicho esto se cubrió los ojos como lo hice yo la primera y única vez que vi «El Exorcista»—. Por favor, por favor, si es así no me lo digas y no destroces las fantasías que a partir de esta noche pretendo tener con él como protagonista.

—No es gay —dije riendo. Siempre me daba gracia ver esa reacción que Matías producía en el sexo opuesto, me recordaba a la gente que se volvía loca por el sushi. Yo podía pasar mi vida

sin tocar esos rollitos de arroz con pescado crudo. Asco—. Es sólo mi mejor amigo.

—¿Lo has visto desnudo?

—¡NO! —Esa posibilidad no hacía más que escandalizarme—. Bueno no del todo.

—Es que es tan rubio —Vanesa sujetó su mejilla con una de sus manos y puso una expresión soñadora—, que me pregunto si es así en…

—¡No pongas imágenes en mi cabeza! —la interrumpí estirando la mano con la palma abierta, como si así pudiese bloquear cualquiera de esos pensamientos que amenazaban con colarse en mi mente en forma bastante gráfica.

Al parecer la advertencia llegó demasiado tarde pues inmediatamente visualicé el suave vello claro que recorría el camino que iba desde el ombligo de Matías hasta ese territorio que muchas mujeres habían explorado antes y que para mí estaba siempre vedado por la cinturilla de sus vaqueros, los pantalones de correr o el pijama.

Instintivamente busqué la lata de soda, olvidando por completo que reposaba, completamente vacía, en el cubo de la basura.

—¿Has visto el color de sus ojos? —Vanessa seguía insistiendo, pero ¡Gracias a Dios! Parecía haberse movido a un territorio más seguro.

—Azules —contesté intentando parecer fastidiada porque esta conversación me estaba haciendo sentir incómoda.

—¿Azules? ¡Azules! —La chica me contestó como si hubiese estado blasfemando en plena Plaza San Pedro mientras el Papa rezaba el *Angelus*—. Son casi blancos y a pesar de eso te mira con una intensidad que te congela y te derrite al mismo tiempo.

Estaba buscando la forma más educada que conocía para recordarle a Vanessa que Matías ni siquiera había mirado en su dirección, por lo que mal podía estar discutiendo sobre la intensidad de su mirada, pero no hizo falta. Ella siguió hablando.

—¿No me lo puedes presentar? ¿Arreglarme una cita con él?

«¡NO!», un grito indignado resonó en mi cabeza y tuve que apretar mis labios para que no encontrara salida a través de mi boca.

—No te conviene —dije intentando una sonrisa de disculpa—. Matías no hace eso de las citas y las relaciones. Te puedo dar una lista de los bares a los que va, pero te aseguro que no te llamará al día siguiente. Es fotógrafo, viaja mucho y se pasa el día viendo mujeres talla cero en bañador.

La pobre Vanessa parecía a punto de echarse a llorar.

—Y parece tan buen chico.

—No te dejes engañar por su cara de ángel. Matías es un demonio.

No lo era. Matías era buena gente, pero no sé por qué sentía la necesidad de defenderlo contra el avance de Vanessa. Si era posible con el sable de luz de doble hoja de Darth Maul.

—¿Pensarías muy mal de mí si te digo que no me importa? Una noche con alguien así…

«Jamás», dijo esa personita desagradable que todos tenemos dentro y creo que hasta cruzó los brazos sobre el pecho y dio un par de golpecitos irritados con su pie en el suelo imaginario de mi mente.

Escuchar los mensajes que mujeres anónimas dejaban en el contestador y servirle café por las mañanas a una eventualmente, era algo que podía soportar, siempre y cuando fueran desconocidas. No obstante, el hecho de hacer toda esa escena civilizada con alguien que tuviera que ver todos los días me producía una sensación muy parecida a la acidez estomacal.

Tal vez en bocadillo de atún no estaba tan fresco como creía.

—No me pongas en esa posición por favor —fue todo lo que pude decir.

—Está bien.

Derrotada Vanessa volvió a desaparecer detrás de la partición de los cubículos y se concentró nuevamente en cualquier cosa en la que estuviera trabajando. No me habló más durante el resto de la tarde.

Capítulo Cuatro

«Si es impar, no es una cita»

Ciara Whelan, «Quiero una cita» Episodio 2

Mucho más tarde, ya cambiada, perfumada y maquillada, gracias a los sabios consejos de los tutoriales de YouTube, me encontré con Neil en el pasillo para emprender mi feliz viaje al mundo mágico de las citas.

Por alguna razón me sentía optimista, llena de ánimo, dispuesta a comerme al mundo. Estaba convencida de que todo iba a resultar muy bien y, por si las dudas, había leído nuevamente las recomendaciones de los manuales digitales.

«No hables mucho sobre ti misma».

«No muestres demasiado interés en estar en una relación, mucho menos menciones la palabra matrimonio».

«Interésate por su trabajo».

«Sonríe».

Todas esas frases las repetía en mi mente una y otra vez como si fuera a presentar un examen.

—Me dan mucha envidia —dijo Vanessa con un exagerado suspiro cuando estábamos a punto de irnos, mirándonos con una especie de añoranza—. Ir a tomar una copa de vino un viernes en la noche al salir del trabajo, acompañada de una buena conversación… Es algo tan sofisticado, más si lo comparas con la noche de Netflix y palomitas que me espera al llegar a casa.

—Deberías venir tú también. —Neil sonrió como si no fuese la gran cosa, mejor dicho, como si fuese una brillante idea, mientras y yo tuve que hacer un gran esfuerzo para no comenzar a gritar en medio del pasillo algo como «¿QUE? ¡NO! ¿POR QUÉ?», palabras que sonaban en mi mente, seguidas unas de otra como un disco rayado de puras expresiones histéricas.

Una cita doble seguía siendo una cita, como su nombre inequívocamente lo indicaba, pero ya con otra persona, que matemáticamente convertía el ensamble en uno impar, todo el propósito de salir a tomar esa copa se diluiría hasta quedar en ese espacio indefinido de los encuentros sin catalogar entre un grupo de personas.

Yo no quería salir por una copa con varias personas. Yo quería una cita que, preferiblemente, llevara a otra un poco más seria, tal vez a una cena o a una película, incluso ambas.

—Si somos un grupo impar, tal vez eso le quitaría la presión a todo el asunto —explicó Neil, pues obviamente mis pensamientos se habían traducido de una forma bastante explícita a mi cara.

¿Quitarle presión?

¿En serio?

¿Nunca había visto *The Barchelor*?

Además, yo no me sentía presionada, no más de lo normal. Es más, era importante que «todo el asunto» trajera algo de presión porque de lo contrario no sería una cita.

Mis objeciones mentales no tenían nada que ver con que la persona que se agregaba a lo que hasta ese momento creí que era una cita, fuese una mujer cuya piel recordaba al chocolate con leche y contrastaba en demasía con la mía que era sólo «leche», sin ningún tipo de aditivo. Nada de eso. Simplemente no era políticamente correcto llevar a alguien más, debería incluso estar escrito en algún manual de buenas maneras.

Tenía buscarlo a través de Google.

Mientras intentaba formar una excusa válida que no ofendiera al responsable de que cobrara puntualmente una vez al mes y, al mismo tiempo, no se escuchara tan infantil como lo hacía dentro de mi cabeza; Vanessa agarró su bolso, con descuido se puso un poco de brillo en los labios y en dos minutos estuvo lista para salir.

«Al menos yo voy mejor arreglada», me dije con resignación mirando su cabello revuelto, recogido descuidadamente en un moño improvisado con un palito chino como todo agarre, su falda larga y su blusa suelta.

Incluso era probable que al buen doctor le gustaran las pecas y tuviese cierto fetiche por las pelirrojas. ¿Por qué no?

En el camino hacia el ascensor y durante el corto trayecto hacia el lugar previamente acordado, traté de recuperar mi estado de ánimo inicial, aferrándome a las últimas hebras de optimismo que parecían querer salir volando.

Al entrar al bar, mi cita «sin presión», pues según un protocolo que desconocía así debía llamarse ahora que éramos un grupo impar, estaba allí conversando animadamente con la novia de mi jefe, a quien conocí en la Fiesta de Navidad.

A primera vista parecía un sujeto agradable. Obviamente, el mundo real me había enseñado que los doctores tipo «Sala de Urgencias» o «La anatomía de Grey», sólo existían en la televisión, por lo que no me extrañó que Daniel fuese un sujeto corriente, ni bello ni feo, con una incipiente barriguita que se asomaba indiscreta por encima de su cinturón y una frente demasiado amplia que vaticinaba calvicie total cuando llegara a los cincuenta.

No tenía nada que ver con George Clooney o Erik Dane, pero a fin de cuentas tampoco lo esperaba.

No seriamente.

De verdad.

¡LO JURO!

Se puso de pie, me saludó amablemente con un fuerte apretón de manos y una sonrisa antes de ayudarme a sentar justo a su lado. Ordenó tres copas más y otra botella de Pinot Grillo y a partir de allí la conversación discurrió tranquila balanceándose entre anécdotas médicas de su trabajo como residente, libros y películas.

Daniel estudió en Yale, trabajaba en la sala de urgencias del Boston Memorial, no le gustaba el béisbol pues lo consideraba un deporte aburrido (¡Horror!), tampoco tenía mucho tiempo para leer otra cosa que no fueran revistas médicas, nunca había visto ningún episodio de «Juego de Tronos» y se había perdido intencionalmente las últimas cinco películas del universo cinematográfico de Marvel porque, según sus palabras «era demasiado». No tenía cuenta alguna en Netflix, Amazon Prime o DisneyPlus.

¡Vale que el sujeto no sabía el verdadero nombre de Baby Yoda!

¿Acaso vivía bajo una piedra?

Una hora y dos copas de vino después, me di cuenta de que me estaba quedando sin temas de conversación pues la lista que había elaborado previamente en mi cabeza incluía muchos deportes, que a él no le interesaban, y uno que otro dato interesante sobre las redes sociales y su crecimiento como parte fundamental de la vida moderna, y Daniel no usaba Facebook, Twitter o Instagram, cosa que quedó clara cuando intenté etiquetarlo en la foto que tomé para marcar el inicio de la velada.

En serio, esa piedra bajo la que se cobijaba debía ser enorme.

Sólo me quedó la opción de sonreír y contestar las preguntas que me hacían, brevemente eso sí, para no acaparar la conversación en mi persona.

¡Eso decían los artículos que había leído!

No supe el momento exacto en el que ocurrió el cambio, pero mientras trataba de recordar a algún pariente enfermo cuyo caso traer a colación o me lamentaba de nunca haber tenido que acudir a urgencias ni siquiera por un dolor de estómago, cosa que era horrible porque era un hecho por el que debía estar agradecida, Daniel y Vanessa parecían haber acaparado la conversación que, en esta oportunidad, versaba sobre acampar y excursiones al aire libre.

¡No era justo! Yo no sabía nada sobre acampar.

Corrección, sabía una cosa y era que no me gustaba.

No entendía la fascinación de la gente por dormir en un saco sobre la dura tierra cubierta de piedras cuando existían en el mundo camas mullidas y hoteles. Tampoco comprendía el supuesto encanto de ir al baño entre los matorrales donde podrías terminar con algún tipo de infección.

Sin embargo, en ese momento, mientras Daniel y Vanessa intercambiaban anécdotas sobre un lugar que, ¡Oh casualidad!, ambos frecuentaban, sentí que las personas que disfrutaban de la comodidad de la vida moderna, como yo, que gustaban de almohadas de plumas y las sábanas de algodón egipcio, eran una minoría despreciable, al igual que las que compran libros o conocen la llamada «Maldición del Bambino» que azotó a los Medias Rojas desde 1919 hasta el 2004.

Miré a mi jefe buscando algo de apoyo solidario, pero él sonreía ante las historias que contaban el par de traidores, mientras tomaba a su novia de la mano en una odiosa muestra de felicidad.

Después de cerca de cuarenta y cinco minutos más en los que debatieron las bondades de las marcas existentes en el mercado de tiendas de campaña y sacos de dormir, y enumeraron los establecimientos más recomendados en todo el territorio norteamericano para encontrar las mejores linternas de cuerda (¡Sí! Aparentemente existían linternas ecológicas que funcionaban sin baterías y yo era la única idiota en el universo que no lo sabía), poco a poco fui cubierta por una especie de niebla de invisibilidad, o por la capa de Harry Potter, llámenlo como quieran, hasta que la tortura terminó con el fin de la reunión.

—¿Necesitas que te lleve a tu casa? —le pregunté inocentemente a Vanessa pues era lo usual en las pocas ocasiones que el equipo se reunía fuera de la oficina.

Era simple, ella no tenía coche y yo sí, aunque fuese uno que requiriera que los pasajeros se pusieran un toxoide antes de subirse.

—No hace falta —intervino Daniel aún sin mirarme mientras se hacía cargo de la cuenta. Era como si la propuesta la hubiese hecho una voz sin cuerpo, un fantasma, no la persona con la que se suponía debió haber compartido la tarde—. Yo puedo llevarla, me queda en la vía.

¡Un momento! ¿Cuándo ese par había intercambiado direcciones?

Luego vino el golpe final.

—¿Pueden ustedes acompañar a Ciara hasta su coche?

Sin esperar respuesta, el flamante doctor ofreció su brazo a Vanessa y se fueron persiguiendo el atardecer.

Realmente no había ningún atardecer. Ya era de noche, pero el toque dramático le sentaba a las mil maravillas a mi estado de ánimo.

Tal vez era alguna especie de karma. Tal vez debí presentarle a Matías y, así, esa arpía hubiese tenido algo más suculento a lo que hincarle el diente.

«No».

A pesar de la decepción, la vocecita odiosa seguía firme en mi cabeza.

Capítulo Cinco

«Puedes estar en una cita y no darte cuenta. Esas son las mejores»

Ciara Whelan, «Quiero una cita» Episodio 1

—¡Me robaron mi cita! —fue lo que atiné a decir dando un portazo en lo que llegué a casa y lo aderecé con un grito furioso.

—¿Robaron a tu cita? —la expresión de Matías cuando se asomó por la baranda del segundo piso donde estaba su oficina, era la definición exacta de la confusión—. ¿Dónde?, ¿Cómo fue?, ¿Estás bien?

Apresurado comenzó a descender por la escalera de caracol.

—¡No! —Moví los brazos exasperada—. A él no lo robaron. La traidora esa que trabaja conmigo, Vanessa, la Youtuber hippy que da recomendaciones de libros, se coló en mi cita, compartió historias fascinantes sobre acampar en las rocallosas y al final de la noche se fue con el doctor quien se olvidó completamente de mi existencia, descartándome como un paquete vacío de patatas fritas.

Matías se pasó las manos por los labios en un intento muy chapucero de evitar soltar la carcajada.

—Si te ríes voy a golpearte. —Lo señalé con el dedo para que mi amenaza tuviese más fuerza.

—No me culpes, es gracioso.

Levantó las manos en señal de rendición.

—¿En qué universo?

—El Multiverso es amplio.

—Te aseguro que el doctor Daniel no sabe nada del Multiverso.

—¿En serio? ¿Vive bajo una roca? —preguntó confundido y quise besarlo. Incluso cuando era odioso Matías lograma que no me sintiera tan rarita—. En todo caso, no creo que robarse una cita esté tipificado en la lista de los delitos que maneja la policía, pero podrías intentar poner una denuncia. Claro, en este caso no sería un robo como tal, en vista de que él se fue voluntariamente.

Mi momento de ternura hacia Matías culminó abruptamente y sulfurada tiré mi bolso con más fuerza de la necesaria sobre el sofá y en el camino a mi habitación me quité los zapatos dejándolos regados en el medio del recibidor.

—¿De veras te gustaba tanto el doctor? —preguntó Matías—. A penas lo conociste hoy.

Me había seguido y estaba apoyado en el marco de la puerta con mis descartados zapatos en una mano. Esa era otra de sus pequeñas manías: vivía recogiendo todas las cosas que yo constantemente dejaba regadas por el lugar.

—¡No lo sé! —Bruscamente tomé una liga de la mesa de noche y me recogí el cabello en una cola de caballo—. Parecía agradable, nada del otro mundo, pero esa no es la cuestión. ¡Era mi cita y ella se la robó! Eso no es ético, las mujeres deberíamos ser más solidarias entre nosotras. Ahora, de seguro, tendré que escuchar todos los días las historias de lo felices que son acampando, de sus paseos en yate, de los planes de su boda, eso sin mencionar la exhibición de fotografías de sus hermosos hijos que asistirán a Yale.

—¿Tiene un yate?

—No lo sé, Matías; pero seguro que eventualmente comprará alguno. Quiere especializarse en

Cardiología, eso quiere decir yate, club y juegos de golf los domingos.

—Creo que ves demasiada televisión y no conoces muchos doctores recién graduados.

—¡No me importa! Ellos van a ser felices y yo tendré que asistir a su boda, patética, sola, y si Vanessa me nombra dama de honor, de seguro elegirá un vestido horrible.

—Estás exagerando. —Era evidente que nuevamente Matías estaba haciendo su mejor esfuerzo por no reírse. Sus ojos azules titilaban con una especie de diversión contenida—. Piénsalo, si es tan ciego como para no darse cuenta de lo maravillosa que eres y tan mal educado para irse con otra cuando tenía una cita contigo, es mejor que lo hayas descubierto ahora. Además, ¿no saber nada del Multiverso? ¿En serio quieres una relación con alguien así? ¿De qué hablarían?

—Supongo que tienes razón. —Derrotada me dejé caer sobre la cama—. Pero todavía me da rabia. ¿Es que acaso no soy lo suficientemente entretenida para mantener la atención de un hombre por un par de horas?

—No tengas una crisis de autoestima ahora, Ciara. —Matías entró a la habitación, dejó los zapatos frente a la puerta del armario y sólo después se acercó hasta la cama y se tumbó a mi lado—. No vale la pena que dudes de ti misma por un sujeto que, si lo piensas bien, no conoces, no te importa y probablemente no verás más nunca en tu vida.

—A menos que se case con Vanessa, me inviten a la boda y luego aparezca en cada fiesta de Navidad en la oficina exhibiendo su existencia perfecta.

—Ninguna existencia es perfecta.

—No se trata del médico. —Instintivamente busqué su cuerpo y me acurruqué como tantas otras veces a lo largo de los años. Era como un muro de protección que disminuiría el golpe emocional que seguramente producirán mis próximas palabras—. Basura se casó.

Un momentáneo silencio, que pareció más bien durar horas, nos envolvió hasta que Matías me abrazó y comenzó a acariciar mi espalda. Ese gesto sin palabras hablaba más alto que un político en campaña.

Matías era alguien con el que siempre podía contar, que entendía lo que me pasaba con tan solo un enunciado.

—¿Todavía lo quieres? —preguntó sin dejar de acariciarme.

—¡Claro que no! —respondí indignada pero no hice nada por soltarme de su abrazo. Se sentía bien—. Es sólo que siempre pensé que yo encontraría a alguien primero, que sería asquerosamente feliz mientras él se quedaba solo y miserable, lamentándose en cada suspiro por haber desperdiciado su oportunidad conmigo.

Matías se rio bajito.

—Eso es un poco melodramático —dijo y todavía la sonrisa se escuchaba claramente en su voz—, y un poco vengativo.

—No sabes nada sobre mujeres. Así somos.

—Sé mucho sobre ti y no eres así.

—Me gustaría no sentir nada, ¿sabes? Es más, creía que no sentía nada hasta que recibí la notificación y vi las fotos. ¿Puedes creer que tuvo la desfachatez de mandarme fotos? —Me separé porque quería verle la cara, porque no quería más mentiras piadosas o solidaridades automáticas. Quería la verdad y si había alguien que podía dármela era Matías—. En ese momento me di cuenta de que si él pasó tantos años conmigo y cuando terminamos fue capaz de encontrar tan rápidamente a alguien más con quien compartir su vida mientras yo sigo sola, tal vez el problema soy yo. Lo del doctor sólo vino a confirmármelo.

—Ciara. —Matías me miró sabiendo de inmediato que la claridad de su mirada y la seguridad de su voz importaba más que el significado de sus palabras—. No hay nada malo contigo y créeme que he conocido más mujeres que esos dos juntos. Eres perfecta.

Por primera vez me di cuenta que lo que decía Vanessa sobre los ojos de Matías era verdad. Había tal intensidad en su mirada glacial que parecía congelarte haciéndote temblar y al mismo tiempo te quemaba. Era una sensación extraña, mala y buena, que te hacía querer, contradictoriamente, huir despavorida alejándote por instinto del calor y quedarte dónde estabas para ser refrescada.

—Tal vez sólo sea perfecta para ti —dije sin darme cuenta, apenas un susurro que se me escapó en voz alta.

—Tal vez —contestó él también en susurro—, y eso es perfecto.

—Tú también eres bastante perfecto.

Estuve a punto de decirle que, así de cerca, podía ver todos los matices de azul que había en sus ojos, también que su aliento olía a menta.

—¿Sí? —preguntó él con una sonrisa que no le había visto antes.

—Ajá —respondí sonriendo también porque en cualquier situación ver sonreír a Matías era contagioso. Había algo cálido en la manera que su rostro se transformaba —. Lo que nos deja atrapados en una situación de mierda porque, ¿cómo se supone que vamos a encontrar pareja?

Matías cerró los ojos, respiró y cuando volvió a abrirlos algo en su expresión cambió. Era como si se hubiese comido un limón creyendo que era una chocolatina, pero el gesto duró tan poco que no fui capaz de identificar qué era lo que la había motivado.

—Vamos a tomarnos unas cervezas. —Saltó de la cama como si lo hubiera picado un bicho —. Los Medias Rojas juegan contra los Bravos y si nos damos prisa podemos llegar al bar de la esquina antes de que concluya la primera entrada. Prometo no dejar que nadie me robe.

—¿Nadie, nadie? —pregunté haciendo un puchero, aún no del todo convencida de que salir era una buena idea.

—Bueno, si aparece Angelina Jolie y ofrece comprarme un trago… —Se encogió de hombros —. Tú lo entenderías, ¿verdad?

Puse los ojos en blanco al mismo tiempo que salía de mi posición fetal para sentarme sobre el colchón.

No puedes mostrarte sarcástica si estás echada en la cama sintiéndote como un despojo.

—Si te vas con Angelina queda entendido que tendrás muchos niños adoptados de un país del tercer mundo.

—¡Perfecto! Me encantan los niños, siempre he querido tener un montón, y eso calmaría la obsesión de mi madre por nietos.

—Yo no sabría qué hacer con tantos. —De mejor humor abandoné la cama donde había pretendido esconderme hecha un ovillo durante todo el fin de semana—. Voy a cambiarme.

Diez minutos más tarde, sin maquillaje, con unos vaqueros y mi camiseta preferida de los Medias Rojas salí a pasar la noche del viernes como estaba acostumbrada: con Matías, en el bar de la esquina, tomando cerveza mientras veíamos un partido de beisbol, gritábamos a la pantalla gigante del televisor y, en entre un bateador y otro, conversábamos sobre lo que nos había pasado durante la semana.

Era tan agradable.

¿Por qué no podían ser así las citas?

Capítulo Seis

«Nunca vayas a ciegas a una cita a ciegas. Nunca»

Ciara Whelan, «Quiero una cita» Episodio 4

Está de más decir que la semana siguiente fue bastante incómoda en la oficina.

Vanessa, conocida ahora como «la traidora» o «la ladrona», según mi estado de ánimo, no hacía sino lanzarme miraditas de disculpa, como de cachorrito arrepentido. Incluso me llevó un *Frapucchino* cada mañana que dejaba, sin decir mayor cosa, en mi escritorio.

En honor a la verdad, hubiese preferido que no lo hiciera. No tenía nada en contra de la bebida, pero esa disculpa en forma de regalos con alto contenido calórico, era evidencia de que las cosas entre ella y el doctor progresaban y de que todos los involucrados estaban al tanto del penoso papel que jugué en el encuentro de ese par.

Las miradas de mi jefe tampoco hacían las cosas más fáciles.

Ser ignoraba por tu cita era malo, haber pasado por eso frente a testigos que tenías que enfrentar cada día era aún mucho peor.

Los *Frapucchinos* ayudaban, pero prefería tomarlos en la soledad del área de la cocina. Podía disfrutar del beneficio de la culpa de Vanessa, pero no iba a darle la satisfacción de verme haciéndolo.

¡Ni siquiera publicaba fotos de ellos en mis redes!

En uno de esos momentos fue que me pilló Joseph, el encargado del departamento de sistemas como pomposamente llamábamos a un solo sujeto cuya función era que las computadoras trabajasen como era debido y el Internet no fallara. Era una especie de nerd y no del tipo interesante y divertido como mi jefe o, ni siquiera, ese otro que puede ser el protagonista de una serie de TV, enamorar a la vecina y a la audiencia como metáforas sobre el gato de Schrödinger, sino del que tiene el pelo grasoso y los lentes torcidos.

Nunca habíamos cruzado más de tres frases que por lo general incluían las palabras «colgada», «reiniciar», «lento» o «virus».

—Hola, Ciara —me saludó mientras yo, apoyada en una de las encimeras, sorbía la bebida como si fuese el remedio para todos mis males.

No le contesté, simplemente sonreí, terminé de atragantarme de café frío con crema batida y eché el vaso vacío en la papelera.

Si hubiese sido otro tipo de chica, seguramente ya estaría haciendo planes para visitar el gimnasio durante el almuerzo y quemar el exceso de calorías. En mi caso, compraría comida china en la esquina para sentir como con cada bocado los pantalones se pegaban más a mi piel.

—¿Puedo preguntarte algo? —insistió mientras, tras lavarme las manos, me secaba con una toalla de papel.

—Claro.

—Sé que tu última cita no salió del todo bien.

Vale. ¿Podría la tierra abrirse y succionarme para luego expulsarme en una playa en Tahití rodeada de todos los modelos del calendario Chippendales?

—Y me preguntaba —continuó Joseph en vista de que me acogí a la Quinta Enmienda y decidí no decir nada que pudiera incriminarme—, si te gustaría volverlo a intentar con otra persona.

¡Oh Dios Mío! Tahití estaba muy cerca. Si Joseph pretendía invitarme a salir, ser seleccionada para colonizar un planeta en la galaxia de Alfa Centauro parecía una buena opción. Incluso el ficticio desierto de Arrakis era demasiado tangible para esconderme, aunque Paul Atreides quisiera defenderme.

—Tengo este amigo —prosiguió interrumpiendo mi esfuerzo por elaborar mentalmente una excusa políticamente correcta para negarme—. Es buena gente, agradable, conversador…

Tuve un segundo de alivio al ver que no se refería a él, pero luego recordé todo lo que había pasado con Daniel y no sabía si estaba lista para soportar nuevamente la presión, y probable humillación, de salir con alguien relacionado, de alguna forma, con las personas con las que trabajaba, sin importar lo que los tutoriales dijeran.

—Joseph —lo corté tratando de sonreír—, creo que no me va bien con eso de las citas a ciegas.

—Está bien —dijo, repentinamente interesado en sus zapatos—. Si vale de algo, él piensa que eres hermosa.

¿Hermosa? ¿En serio?

Pensándolo bien, sí estaba lista y no tenía por qué existir una segunda humillación.

Un rayo no cae dos veces en el mismo lugar.

Además, si pasaba tantas horas en la oficina, mis compañeros de trabajo eran los más idóneos para presentarme al «señor indicado». Eso era lo que había arrojado mi investigación, por eso hablé con Neal en primer lugar.

No había que ser tan prejuiciosa.

Todo podía salir bien a fin de cuentas.

Los tutoriales existían por una razón, más aquellos que acumulaban millones de visitas y miles de comentarios.

—¿Lo conozco? —pregunté ahora sí curiosa.

—No. Es que… —Joseph seguía con la vista en sus zapatos y agregó las manos en los bolsillos—. El me preguntó si podía presentarle a alguien y le enseñé la foto de tu perfil de Facebook y dijo que eras hermosa. Palabras textuales.

Eso era raro. Paseaba justo en la frontera de lo apropiado y se adentraba unos milímetros en esa cosa horrible que era conseguir a alguien por medio de una aplicación. Sin embargo, todos esos bordes ásperos se suavizaban porque no dijo «bonita» o algo más terrible como «agradable». Utilizó, textualmente, la palabra «hermosa» y, bueno, las redes sociales existían para socializar. Si no fuese así no utilizaríamos en ellas nuestra mejor foto llena de filtros.

—Y este amigo tuyo… —pregunté porque algo dentro de mí todavía gritaba que debía poner alguna objeción—, ¿a qué se dedica?

—Maneja su propio sitio de Internet sobre béisbol —respondió Joseph repentinamente animado por mi cabio de actitud—. Es un gran fanático de los Medias Rojas. Va a todos los juegos. Tiene entradas de abonado.

Bueno, ¿qué más pruebas necesitaba? Parecía una señal del destino. Aunque, claro, que si creía que yo era hermosa hasta podría considerar la posibilidad de salir con un seguidor de los Yanquis, más cuando la boda de mi ex aun danzaba sobre mi cabeza entrometiéndose en mi vida sin invitación.

—Está bien. —Improvisé un suspiro de resignación—. Pero que conste que lo hago solo porque te aprecio mucho.

—Gracias, Ciara. —Joseph sonrió aliviado—. Le daré tu número para que te llame y se

pongan de acuerdo.

Con el ánimo un poco más elevado regresé a mi puesto. No tenía un doctor pero sí un empresario, o algo así, que manejaba su propio negocio y cuyas aficiones, aparentemente, concordaban con las mías en algún aspecto. Es era importante.

No habían pasado ni tres minutos de mi conversación con Joseph cuando ya algunas imágenes de mí asistiendo al parque Fenway con un sujeto sin rostro (pero, eso sí, con un cuerpo decente) se instalaron en mi mente como fotografías de un futuro por venir.

Lamentablemente, esas imágenes se esfumaron cuando sonó mi teléfono móvil con una llamada proveniente de un número privado.

—¿Sí? —respondí rápidamente para evitar que toda la oficina se enterara que mi tono de llamada era una canción de Miley Cyrus.

—¿Ciara? —me preguntó una voz desconocida pero agradable.

—Sí, soy yo.

—Soy Frank, el amigo de Joseph.

Eso había sido rápido. Tal vez demasiado rápido.

Las fantasías apresuradas eran una especie de entretenimiento para mi mente inquieta, pero pasar a la acción tan de prisa implicaba saltar al mundo de la realidad.

—Hola —dije un poco recelosa.

—Me preguntaba si te gustaría ir a tomar algo conmigo esta tarde cuando salgas del trabajo.

Por reflejo miré a mi atuendo dudando de lo apropiado de mis vaqueros de los viernes y mi camisa verde para una primera cita, pero decidí ser espontánea. A fin de cuentas, toda la preparación para el encuentro con el doctor no había servido de mucho. Un cambio de estrategia podría venirme al pelo.

—Es un poco apresurado —dije tratando de no sonar excesivamente disponible, otro de los consejos que había leído por allí.

—Sí, sé que es viernes y ya debes tener planes.

¡Ja! A menos que se tratara de pasar el rato con Matías, poco había de planes en mi agenda de los viernes desde hacía bastante tiempo.

—Bueno, sí —mentí porque una cosa era llevar una existencia patética y otra muy diferente exhibirla delante de otros—, pero nada que no pueda suspender por un amigo de Joseph.

—Hay un pequeño café no muy lejos de la revista llamado Trident. ¿Lo conoces?

¿Qué clase de persona sería si no conociera uno de mis sitios favoritos de la toda la ciudad? Trident era un café, una librería y además servían desayunos durante todo el día, ¿cómo no amarlo?

—Sí, claro —respondí suprimiendo por la fuerza un grito de fanática enamorada.

—¿Nos vemos a las siete?

—Allí estaré.

Bueno, bueno, bueno.

Todo pintaba de lo más bien: un sujeto desconocido con una voz encantadora que me invitaba a uno de mis lugares preferidos y, además, era fanático de los Medias Rojas y creía que yo era hermosa.

Tenía que ser una buena señal, ¿verdad?

Claro, si apartábamos todo eso de revisar mi perfil de Facebook y llamarme tres minutos después de que había accedido, mediante un tercero, a salir con él, la cosa se volvía medio rarita.

No obstante, necesitaba una cita porque no quería ser de esas señoras que viven solas, rodeada

de gatos, o aquellas que usan demasiado maquillaje y se van a las discotecas a buscar su próximo «chico juguete», porque no me gustaban los gatos y para tener un «chico juguete», según entendía, debía poseer fondos para darle gustos, comprarle ropa de diseñador y llevarlo a Ibiza, o algo así.

Pero por sobre todas las cosas, no quería ser esa novia abandonada a la que todos miran con lástima cuando se enteran que su ex se casó y ella sigue soltera.

Ni hablar de lo que pasaría cuando «Basura y Compañía» formaran una familia y comenzaran a enviar fotos de Navidad con su progenie y yo me convirtiera en ese tipo de mujer que busca defectos físicos en niños inocentes.

Pasé el resto de la jornada convenciéndome de que lo que pasó con el doctor Daniel fue tan solo una especie de entrenamiento para llevarme de vuelta al mundo de las citas, y que, ahora, proveniente de mi inocuo compañero de trabajo, conocería a un hombre maravilloso aun cuando la forma de encontrarnos fuese poco ortodoxa.

Así era que pasaba en las películas: Terminabas encontrando a la persona adecuada donde menos lo esperabas.

Sería una linda historia para contar en nuestras propias tarjetas de Navidad.

Ya cuando dejé la oficina, mi imaginación estaba desbocada. Frank se parecía a Andrew Sebastian Benitendi, el jardinero de los Medias Rojas, con todo ese aspecto del vecino lindo e inocente de toda la vida, pero con una personalidad parecida a la de Han Solo. Debo admitir, con un poco de vergüenza, que también tuve un par de pensamientos sobre este extraño, que ahora tenía un rostro famoso, pidiéndome matrimonio en el parque Fenway durante un juego de la Serie Mundial.

Exagerado, lo sé, pero una chica tiene el derecho y el deber de convertirse en Bridget Jones de cuando en cuando.

Trident estaba a rebosar, como todo buen viernes por la noche, así que cuidadosamente estudié a cada uno de los sujetos que estaba sólo y con apariencia de esperar por alguien hasta que uno de ellos levantó la mano y saludó en mi dirección.

¡No!

No, no, no, por favor, no.

Adiós Andrew Benitendi y Han Solo. Bienvenido el hijo no deseado de Jabba de Hutt y Chubbaca.

No era un gordito de esos lindos y simpáticos como ese de la película «Hitch», era como aquel sujeto que asesinan en la película «Los Siete Pecados Capitales» por glotonería, pero con mucho más vello corporal.

«No seas superficial, Ciara. No puedes pedir a Chris Hemsworth si no eres Elsa Pataki», me regañé.

«No juzgues a las personas por su apariencia», insistí en vista de que mis piernas, a pesar de mi excelente referencia Hensworth/Pataki, se negaban a acercarse a la mesa. «Aún puede ser alguien perfectamente agradable, considerado y con un excelente sentido del humor. Eso es lo que cuenta. Tú tampoco tienes las medidas de Giselle Bündchen».

Así que, avergonzada por mi reacción inicial, puse en mi rostro la mejor sonrisa que poseía y me encaminé a la mesa.

—Hola, Frank —dije con tanta animación que casi soné en pánico—. Encantada de conocerte.

—Llegas tarde —me amonestó sin ponerse de pie.

—Había algo de tráfico, tú sabes, por la hora —me expliqué aún de pie pues no me había

invitado a sentar.

Resignada a que la cortesía era un arte en desuso, pero aun forzadamente animada por la perspectiva de mi cita, tomé asiento en la silla vacía frente a él.

—¿Quieres ordenar algo? —me preguntó señalando la hamburguesa, la ración extra de patatas fritas y la cerveza que tenía al frente.

—Un té verde estaría bien.

—Si ves a una camarera, llámala. Están atestados y no hacen mucho caso. —Le dio un mordisco a su hamburguesa—. Me dijo Joseph que te gusta el béisbol y que, aparentemente, sabes mucho del deporte.

—Saber mucho, no exactamente —dije todavía sonriendo. Ya los músculos de mi cara comenzaban a protestar de lo lindo. Si esto seguía así, probablemente necesitaría darme un masaje en algún momento—. Simplemente me gusta ir al estadio, vitorear cuando se anota una carrera e insultar a los jugadores del equipo contrario. Lo he hecho toda la vida. Mi papá me llevaba de pequeña.

—Ah, eres una de esas.

—¿Una de cuál?

—Esas mujeres que quieren presumir de que les gusta el deporte, pero que en realidad no tienen idea de lo que hablan y solo ven lo bien parecidos que son algunos jugadores. —Se metió en la boca tres patatas fritas al mismo tiempo—. El béisbol es una ciencia, no sé por qué hay personas que lo llaman juego. Para poder entenderlo verdaderamente y disfrutarlo en toda su magnificencia, hay que estudiar todas las estadísticas. Es una cuestión de números, no de acción.

—Bueno, si un jugador la saca del parque gracias a un cuadrangular y están todas las bases llenas, yo diría que hay bastante acción en el campo.

Me miró como si le estuviese tomando el pelo y no le gustara en lo más mínimo.

—Las mujeres no entienden nada —dijo antes de tomar aire y comenzar a explicármelo todo.

Cuarenta y cinco minutos después, que incluyeron otra hamburguesa para Frank y una modesta taza de té para mí, mi cerebro se había desconectado debido a la sobre carga de información que, para colmo, no me interesaba. Números, promedios de bateo, lanzamientos por entrada, probabilidades en casa y como visitante, eso sin mencionar toda la información detallada del libro de reglas y la técnica correcta para las anotaciones.

El juego que toda la vida me había parecido tan entretenido quedó reducido a una especie de explicación teórica únicamente entendible para estudiantes avanzados del MIT.

—Eso es lo que intento hacer con mi sitio de Internet —dijo finalmente, pero yo hacía rato que había perdido el hilo por lo que no tenía ni idea de lo que podría ser «eso» a lo que se refería —. Tengo muchísimas visitas diarias de verdaderos fanáticos, pero no he podido monetizarlo todavía porque, aunque todos me conocen en el medio, es un círculo muy cerrado y no me dejan entrar completamente.

«Porque podrías matarlos de aburrimiento», completé mentalmente.

—¡Mira la hora! —dije fingiendo sorpresa y suprimiendo por la fuerza un bostezo—. No tenía idea de que era tan tarde. Ya debo irme.

—Déjame pagar —anunció presuroso haciendo un gesto apresurado a la camarera que no se molestó en llamar cuando llegué.

Callada, pero eso sí, con mi sonrisa aún en el rostro, esperé. Frank intentó hacer conversación nuevamente, pero me limité a los monosílabos. De verdad quería salir de allí. Estaba agotada y no me refería únicamente a los músculos de mi cara.

Cuando trajeron la cuenta, la revisó como si fuera Sherlock Holmes, obviando, claro, las comparaciones con Benedict Cumberbatch; buscando pistas de un crimen y luego sacó la billetera en el bolsillo trasero de sus pantalones.

—Me da mucha pena —anunció tras revolver el interior de la billetera casi por un minuto—, pero olvidé tomar dinero en efectivo antes de venir y estaba seguro que tenía mi tarjeta de crédito conmigo. ¿Te molestaría?

Empujó el papelito de la cuenta hacia mí y todas esas leyendas urbanas sobre momentos incómodos con el pago de consumos en lugares públicos se hicieron realidad.

—No hay problema —dije y estoy segura que a esas alturas mi sonrisa no era más que una mueca desdibujada.

Saqué una de mis tarjetas, pagué la cuenta e incluí en efectivo la propina necesaria. Una vez que la transacción estuvo completada me colgué mi bolso al hombro y me puse de pie.

—Ha sido un gusto Frank —mentí.

—¿Trajiste coche? —me preguntó poniéndose de pie él también—. Es que como no tengo efectivo no podré tomar un taxi hasta mi casa y no me gusta el autobús, me deja muy lejos y tengo por fuerza que caminar. Me preguntaba si me podrías llevar.

«¿Qué hay de Uber?», me pregunté mentalmente.

Quería decir no, inventar una excusa perfectamente plausible como que mi coche estaba en el taller o debía atender de urgencia una crisis noticiosa internacional que involucraba a Kim Kardashian divorciándose otra vez, pero si todo el cuento era cierto, y no una artimaña de una persona extremadamente tacaña o aprovechada, no podía dejarlo abandonado.

Además, estaba demasiado cansada para inventar algún cuento creíble.

—Seguro —le respondí finalmente, pensando que estaba acumulando buen karma para mi próxima vida, o tal vez para mi próxima cita y, debido a mi reciente historial, con seguridad iba a necesitarlo.

—Gracias.

Me siguió al exterior, tal vez demasiado cerca, por lo que comencé a caminar apresurada hasta donde había dejado aparcado el coche. De más está decir que durante todo el trayecto, Frank siguió con su discurso sobre la posición de los Medias Rojas en la tabla de clasificación y sus probabilidades estadísticas para el resto de la temporada.

Estaba arruinando uno de mis pasatiempos favoritos.

Finalmente pude divisar mi oxidado Honda Civic y casi me pareció que estaba rodeado de una luz salvadora.

—Es aquí —dije mientras hurgaba en mi bolso por las llaves.

—¿Tienes un Mercedes Kompressor? —preguntó refiriéndose a esa joya que estaba aparcada justo delante del mío. Quise sacarlo de su error, pero no me dio tiempo pues siguió, con incluso más entusiasmo que cuando hablaba de las diferencias entre la Liga Nacional y la Americana—. Ha sido mi coche favorito desde que tengo memoria. Es perfecto, y es todavía más perfecto que tú lo tengas, casi como una señal.

Se recargó en la puerta lateral del Mercedes sonriendo como un niño frente a una tienda de dulces. Casi creí que iba a sacar su teléfono y hacerse un *selfie*.

—Ese no es mi coche —dije tras tragar grueso y luego señalé el correcto, esperando desvanecer con un solo gesto todas esas señales que él pretendía ver—. El mío es el Honda.

—¿Ese vejestorio? —exclamó con expresión de horror.

Tuve que contar hasta diez para no soltarle en su cara que, vejestorio o no, al menos yo tenía

un automóvil para movilizarme y no era sabio que abusar de la caridad de extraños.

—¿Vienes o no? —le pregunté sin tratar de disimular mi desagrado porque los coches son como los novios, solo una tiene la potestad de insultar a los que le pertenecen.

—¡Qué remedio! —dijo con un gesto resignación, que incluyó hasta un fruncido de labios, y se subió antes de que pudiera pisar el acelerador y dejarlo botado.

Encendí la radio para dejarle bien claro que no tenía la más mínima intención de continuar con la charla intrascendente. No obstante, hasta sobre la música Frank tenía una opinión bien definida que quería compartir con el mundo.

Como todo un experto disertó de los arreglos, de las mezclas, de la afinación de las voces y de cómo la cultura popular estaba muy por debajo de su acertadísimo gusto musical, todo eso aderezado con los incisos necesarios para darme su dirección al igual que facilitarme unos cuantos datos sobre cómo podría mejorar mis habilidades como conductor: «Gira a la derecha», «En el próximo semáforo a la izquierda», «No olvides poner el indicador», «No tomes las curvas tan cerradas», etc.

Finalmente llegamos a una casita de lo más linda, con todo y jardincito en la parte delantera, que estaba totalmente a oscuras, a excepción de la luz del pórtico.

—Aquí me quedo —me dijo sonriendo, pero no actuaba en consecuencia—. Parece que mi mamá está dormida.

—¿Vives con tu madre? —pregunté mientras una extraña vocecita me repetía en mi cabeza que más estereotipado no podía ser.

—Sí, pero ella tiene el sueño pesado. Así que si quieres entrar y quedarte un rato… —Puso su mano sobre mi pierna y comenzó a inclinarse hacia mí.

Estaba tan estupefacta que casi no atiné a reaccionar. ¿Qué se creía? Después de lo mal que se comportó, de su grosería y falta de tacto, ni que se viera como Leonardo DiCaprio.

Bueno, tal vez si fuese realmente Leonardo DiCaprio.

¡No!

—Fuera —alcancé a decir cuando ya su aliento amenazaba con invadir mi aire.

—¿Qué? —En su defensa se veía genuinamente confundido.

—Buenas noches, Frank —dije poniendo la mejor cara de maestra de parvulario molesta con un pequeñín dispuesto a pasarse de listo.

—Buenas noches —dijo luciendo tan derrotado que casi me dio lástima. Se apeó del coche, pero se negaba a irse de una buena vez: se inclinó para verme a través de la ventanilla abierta—. Tienes mí número, puedes llamarme cuando quieras.

—Está bien —dije poniendo la primera y fijando la vista en la calle. Más evidencia de mis inmediatas intenciones, imposible.

—Estaré esperando tu llamada.

Finalmente se apartó de la ventanilla con cara de cachorrito en un albergue, de esos que te miran desde las jaulas y parecen decirte «llévame a casa por favor».

Haciendo de tipas corazón, pisé el acelerador y escuché un último «llámame» rompiendo el silencio de la noche.

Capítulo Siete

«Espada del Augurio, déjame ver más allá de lo evidente»

Ciara Whelan, «Quiero una cita» Episodio 5

Un delicioso olor a comida me recibió en lo que abrí la puerta del dúplex.

Durante todo el tiempo que permanecí presa en lo que podía ser calificada como la peor cita de la historia de las citas, viendo como Frank engullía una hamburguesa tras otra y aburriéndome hasta la tortura con su sabiduría infinita sobre temas que a nadie le importaban, olvidé completamente que no había cenado, así de abrumada estaría.

—Ordené comida tailandesa —fue el saludo de Matías quien diligentemente ponía la mesa, con todo y mantelitos individuales, y sacaba de las bolsas los recipientes de comida para llevar —. ¿Quieres una cerveza?

—Bendito seas tú y tu impecable intuición —dije en medio de un suspiro, cerrando la puerta y lanzando mi bolso en la primera superficie que se me atravesó. De camino hacia la mesa me saqué los zapatos y los dejé abandonados—, y me refiero tanto a la cerveza como a la comida. Creo que estoy a punto de morir de hambre.

—¿Qué te pasó? —preguntó ahora sí viéndome con una expresión ligeramente preocupada—. ¿Por qué llegas tan tarde y con cara de que el mundo acaba de derrotarte?

Me tendió la cerveza.

—Porque lo hizo, otra vez. Aparentemente el universo intenta enseñarme alguna cosa y constantemente fallo en adivinar de qué se trata. Me gustaría que, si no es mucho pedir, hiciera su mensaje más evidente —dije antes de tomar un largo trago directamente de la botella—. Si creía que la cita con Daniel había sido mala, la de hoy elevó la barra a niveles estratosféricos.

—¿Tuviste otra cita?

—Vamos a comer —dije negando suavemente con la cabeza.

Si tenía que revivir el último par de horas de mi existencia, mejor era hacerlo de modo casual y no había nada más casual y rutinario que cenar comida entregada a domicilio, acompañada de unas cervezas y del buen humor de mi mejor amigo.

En algún lugar remoto, tal vez mágico, la vida debería ser así de sencilla, sin tanto esfuerzo y poses, sin investigaciones ni resultados adversos.

De más está decir que Matías no paró de reír durante toda la historia como si estuviese viendo un show de comedia presentado por el mismísimo Jerry Seinfeld. Creo que hasta lo vi enjugar unas cuantas lágrimas y eso, en vez de enfurecerme, logró poner las cosas en perspectiva y quitarle un poco de drama al asunto.

Tal vez de ahora en adelante debía considerar la posibilidad de llevar a Matías a mis citas, si es que volvía a tener otra. Mis desventuras a través de sus ojos dejaban de ser experiencias terribles para convertirse en anécdotas divertidas.

Claro que cargar con Matías mientras intentaba hallar a mí otra mitad sería algo más que extraño.

—Tienes que entender a este Frank —me dijo en una de las pocas ocasiones que dejó de carcajearse y que conste que lo hizo sólo para tomar aire—. Apareces tú, hermosa, inteligente, con un buen trabajo, y él hizo lo mejor que pudo para impresionarte con las herramientas que tenía a su disposición.

—Y vaya que dejó una impresión. —Puse los ojos en blanco—. Creo que no podré olvidarlo mientas viva.

—Yo era como él —dijo luciendo de repente como si estuviera viendo una escena muy lejana.

—De ninguna manera. —Le di un golpecito en el brazo para traerlo de vuelta y negué con la cabeza para reafirmar el mensaje—. No, nunca.

—¡Claro que sí! —Sonrió—. ¿No recuerdas cómo era hasta que descubrí que la vida se volvía más sencilla visitando regularmente el gimnasio?

—Eras exactamente cómo eres ahora: educado, culto, encantador; sólo que menos…definido.

—Y trataba de solventar mi falta de definición impresionando a las mujeres con mis vastos conocimientos sobre cualquier cosa. Hablaba y hablaba hasta que las aburría y salían corriendo. —Dio el último trago que le quedaba a su cerveza—. Ahora sólo me quito la camisa y es suficiente.

—No todas las mujeres somos tan superficiales —me quejé mientras me servía otra ración de Curry Panang con cerdo y ponía un par de Rollitos Primavera, sus favoritos, en el plato de Matías—. A mí nunca me aburriste y, evidentemente, no salí corriendo. La definición actual, ni la noto.

—Y por eso tienes un lugar muy especial en mi corazón.

—Y tú en el mío. —Diligentemente fui hasta el refrigerador, saqué dos cervezas más y le tendí una—. Eres la única persona con la que me siento completamente cómoda siendo yo misma.

—Ciara…

—Aun no entiendo por qué te empeñas en mantener esa rutina de «soy un ardiente y exótico finlandés con abdominales definidos» —marqué las comillas con las manos mientras regresaba a mi sitio en la mesa—, cuando eso es lo menos importante de lo que eres. Si yo fuese la mitad de interesante …

—Ciara —me interrumpió tomando mi mano a través de la mesa—, sabes que no salgo con nadie seriamente desde hace tiempo y tal vez tú…

—¡No sales con nadie seriamente porque no quieres!

—De eso estoy hablando.

—Pero yo sí quiero salir seriamente con alguien. Quiero a alguien que me quiera y a quién querer, alguien con quien todo sea sencillo, que me haga reír y que no le importen mis defectos, que los considere encantadores.

—Eso es bueno. Yo…

—No se trata de ti, Matías, o de tu visión sobre la vida y las relaciones. Eres hombre, estás como un tren…

—¿En serio crees eso?

Puse los ojos en blanco.

—No me vengas ahora con que tienes problemas de autoestima, ambos sabemos que no es así. La cosa es que, aunque odie admitirlo, tú lo tienes más fácil.

—No siempre, no con la chica adecuada.

—Sé que quieres hacerme sentir mejor, pero estamos en un «mercado de vendedores»: Los hombres tienen el poder y a las mujeres, aparentemente, no nos queda de otra que conformarnos con lo poco que hay disponible. Hay que sonreír, verse linda, interesarse por la vida de la otra persona, ¡ser todo un encanto! y ellos no se molestan en lo más mínimo en devolver el favor porque saben que tienen la sartén por el mango. Yo quiero a alguien que también haga el

esfuerzo por gustarme, no simplemente que espere que yo le agrade. No quiero conformarme.

—No te conformes entonces. —Matías abrió los brazos a los lados.

—Sabias palabras del hombre que podría salir con la mujer que le diera la gana.

—No estés tan segura. —Suspiró y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¡Por favor! —Fue mi turno de hacer un gesto exasperado con las manos—. Eres exitoso, bello, inteligente y estás en el punto medio entre el vecinito de al lado y el hombre de mundo. Cualquier mujer que se niegue a salir contigo estaría loca.

—Ciara…

—¿Qué?

—¿Sabes que estás loca?

—¿Por qué? ¿Es que acaso en este mundo de gente independiente que experimenta la vida a través de una pantalla es pecado querer tener una relación? ¿Va en contra de algún código de la mujer moderna? Pues no me interesa.

Matías suspiró y se metió un rollito primavera entero en la boca.

A él no le molestaba hacer ejercicio.

Capítulo Ocho

«No beses sapos. No sirve de nada»

Ciara Whelan, «Quiero una cita» Episodio 3

—¿De qué estás hablando?

No podía dar crédito a lo que escuché. Necesitaba oírlo repetidas veces antes de convencerme de que no estaba enfrentando mi peor miedo: estar en una situación donde la gente dijera una cosa y yo entendiera otra completamente diferente, ocasionando una crisis internacional que, probablemente, desencadenaría en un conflicto bélico.

—Eso fue lo que dijo Frank. —Joseph lucía confundido, pero, para ser honesta, eso era común en él—. Me contó que habían tenido una cita maravillosa y que terminó, palabras textuales, con fuegos artificiales.

—Ese maldito mentiroso —dije tratando de contener la rabia asesina que se había apoderado de mí desde el momento en que entré en la oficina el lunes siguiente a mi cita desastrosa, me dirigí a la cocina por mi taza de café acostumbrada y Joseph me dio la buena nueva.

—No tienes de qué avergonzarte, Ciara. —Joseph sonrió, obviamente intentando hacerme sentir mejor, cosa que, por cierto, no estaba funcionando—. He leído que tener sexo en la primera cita no necesariamente significa la muerte de la relación.

—¡No tuvimos sexo! —grité horrorizada, lo que me ganó unas cuantas miradas curiosas de otros adictos a la cafeína—. Ni siquiera nos tocamos —agregué un poco más bajito—. Y no hay ni habrá nunca una relación. Frank es el hombre más desagradable que he conocido y, recién descubro que, además, es un mentiroso patológico.

Indignada, y cada segundo más cerca de cometer un asesinato, le di la espalda a Joseph y salí de la cocina para dirigirme a mi cubículo. Tal vez sentada podría pensar en otra cosa que no fuera ver por enésima vez «El Silencio de los Corderos» para tomar notas de cómo desollar a un ser humano vivo.

¡Esa rata mentirosa, grande y peluda iba a conocer todo el peso de mi ira!

—Ciara, ¿puedes venir a mi oficina? —Neil asomó la cabeza en mi cubículo distrayéndome de mi búsqueda mental de posibles locaciones remotas donde cavar un hoyo en el suelo y encerrar a ese miserable, sin comida y con la única compañía de un bote de crema humectante.

—Voy —respondí sonriendo inocentemente para ocultar que en mi mente me había convertido en una asesina en serie digna de ser estudiada por todo un equipo de análisis de conducta del FBI.

Imaginando lo que sería ser perseguida por el Doctor Spencer Reid, del drama televisivo «Mentes Criminales» quien, por cierto, en el proceso de captura se enamoraría de mí, entré a la oficia de mi jefe y cerré la puerta.

No era que eso nos diera mucha privacidad. La oficina tenía todas las paredes de vidrio en un intento moderno de demostrar que en su espacio personal no había secretos y que todos eran bienvenidos.

—Ciara, yo… —comenzó a decir en lo que puse un pie dentro. En primera instancia no podía ni mirarme a la cara y su vista continuaba danzando intermitentemente desde el escritorio hasta la ventana, haciendo unas cuantas escalas en el ínterin. Por un momento pensé que iba a despedirme—. Lo siento mucho.

Era cierto entonces. Iba a quedarme sin trabajo.

¡Lo que me faltaba!

Tal vez la mentira de Frank se había expandido y la empresa tenía una política que yo desconocía en contra de las mujeres que dormían con sujetos desagradables en su primera cita. Contrario, claro, a lo que era práctica casi común entre todas aquellas celebridades escandalosas que perseguíamos.

—¿De qué estás hablando? —pregunté con un hilo de voz. No podía aguantar más la expectación.

Si me quedaba sin trabajo eso significaría depender totalmente de Matías y ya nuestra situación actual era lo suficientemente desigual: Vivía en su casa, él pagaba las facturas y yo solo hacía la compra cuando me acordaba.

—De lo que pasó con Daniel —explicó Neil—. Fue mi culpa, no debí invitar a Vanessa y ahora me siento terrible…

¿Daniel? ¿El médico? ¿Quién pensaba en él a estas alturas? Bueno, seguramente Vanessa lo hacía, pero esa experiencia había quedado minimizada por los sucesos recientes.

Claro que, ahora que Neil la mencionaba, la vergüenza pública volvía a retomar, si no el sitial de honor, uno bastante prominente en mi mente.

No estaba en capacidad de manejar dos tipos diferentes de humillación sentimental. Tres, si contábamos las recientes nupcias de Basurilla.

—Por favor no hablemos de eso. —Intenté sonreír e hice un gesto displicente con la mano porque las paredes eran de vidrio y de seguro todos me veían—. No es gran cosa, no hace falta que te disculpes, ni que lo menciones. Es más, ni siquiera pienses en ello, nunca. Yo ya lo había olvidado completamente.

Sólo me faltó decir por favor, por favorcito.

—Está bien —dijo y por la expresión de su cara me di cuenta de que mi súplica, aunque no había sido verbalizada, de alguna forma logró escucharse—. De todas formas, mi hermano tiene este otro amigo…

—No creo que sea buena idea —lo interrumpí bruscamente. Sólo me faltó hacer el baile de Las Supremas cuando interpretaban *Stop in the name of Love*.

—Es un gran sujeto, aparentemente. Viudo, joven, bien parecido, ejecutivo de una compañía farmacéutica —insistió sin darse cuenta que estaba a un paso de abrazar mi Diana Ross interior —, y justamente anoche nos preguntó si conocíamos a una mujer agradable…

—No quiero que te sientas obligado…

¿No había alguna manera civilizada de evitar esta tortura? Tal vez si le decía que recientemente había visto la luz y que ingresaría próximamente a un convento para consagrar mi vida al Señor.

Claro, eso me dejaría con la incómoda tarea de conseguir otro trabajo, lo que me llevaría a esa posición que había temido cuando entré en la oficina.

¡Qué difícil era todo!

—No es obligación. —Sonrió de una forma que parecía una mezcla extraña entre la disculpa y la esperanza—. Es él quien lo pidió y puedo arreglar que vayan a cenar solos. Una cita de verdad.

«Una cita de verdad».

Las palabras actuaron como un bálsamo mágico y una inoportuna vocecita en mi cabeza, que no tenía nada que ver con Divas de la música Soul, repetía y repetía eso de la tercera es la

vencida.

Ya que estábamos en eso, decía otro adagio popular que había que besar muchos sapos antes de encontrar al príncipe y yo no había besado ni al primer anfibio desde que decidí que estaba lista para encontrar al nuevo protagonista de mi cuento de hadas.

Fue en ese momento que centenares de frases motivacionales, algunas hasta en latín como la famosa *Per ardua ad astra* de la Real Fuerza Aérea Británica, culpemos a mis antepasados por esa, llenaron mi mente recordándome que no podía desistir tan pronto pues con mi maravillosa suerte seguramente en el momento menos adecuado me encontraría son el Señor Basura y la nueva Señora Basura y no podía permitirme exhibir mi soltería con el desparpajo acostumbrado.

—Está bien —accedí finalmente.

Mi jefe dio una sonora palmada, como si su equipo favorito acabara de anotar o, más en su estilo, como cuando Khaleesi destruyó el ejército Lannister, para luego asegurarme que se encargaría de todo y lo hizo.

Para cuando me despedía el viernes, tras ignorar decenas de llamadas de Frank durante toda la semana y rechazar un par de ofrecimientos de Matías de ir a ponerlo en su lugar, tenía perfectamente programada mi actividad principal para el fin de semana: ir a cenar con Jonathan Worthington, hasta el nombre sonaba prometedor, en un exclusivo restaurante.

Si analizaba todo el asunto estadísticamente, a pesar de la falta de resultados palpables, el trabajo de campo mostraba un buen balance: tres semanas, tres citas.

Con esta tasa de encuentros formales con el sexo opuesto, eventualmente, algo bueno tenía que conseguir, ¿o no?

No obstante, en esta oportunidad no iba a dejar nada al azar. Fui al salón de belleza a que me hicieran un peinado sencillo pero sofisticado, además de arreglarme las uñas, y recogí de la tintorería mi perfecto y famoso vestidito negro de coctel con un importante nombre de diseñador en la etiqueta, que de no ser por los contactos de Matías nunca hubiese podido costear.

Claro que el vestidito tenía algún tiempo que no veía acción y tras ponérmelo noté que me quedaba más ajustado de lo que recordaba, pegándose a mis caderas casi hasta el punto de la ruptura. Al menos tenía la esperanza que las pequeñas llantitas que salían de mi cintura no se vieran cuando estuviera sentada tras la mesa del restaurante.

Si estaba de pie la cosa no era tan grave. Tal vez lucía un poco como J Lo de la cintura para abajo, pero la mujer había salido hasta con Ben Afflec, así que el exceso de curvas no podía ser considerado una desventaja.

Completé el atuendo con unos Leoubutin negros, un regalo de cumpleaños de mi hermana, y un pequeño bolso rojo que combinaba tanto con la suela de mis zapatos como con el color de mis labios.

Cuando salí al recibidor, Matías jugaba con el control remoto del televisor y en lo que me vio el aparato fue a dar al suelo.

—¿Así de bien? —pregunté levantando una ceja—. ¿O así de mal?

—¡No vas a salir vestida así! —Matías se puso de pie de golpe. Me recorrió con la vista un par de veces y luego casi con rabia, en un gesto absolutamente extraño, se sacó la camisa dejándola colgar por fuera de sus pantalones—. Ese vestido es demasiado corto, demasiado apretado y con esos zapatos…¡Dios Ciara! No estoy seguro de que sea correcto.

—Eres todo un hermano mayor —le respondí riendo aliviada.

—No soy tu hermano.

—Pero es como si lo fueras. —Me acerqué y le di un cariñoso beso en la mejilla—. Voy a

necesitar tu coche.

—¿Mi coche?

—Es un restaurant de lujo. No voy a llegar en mi desvencijado Honda. Además de ser totalmente inadecuado, algún pedazo de oxido podría arruinar mis medias.

Estiré la pierna para mostrarle las medias, y en el proceso el vestido se subió un poco más, pero Matías no se dio cuenta. Miraba a todas partes menos a mí.

—Tú odias mi coche —dijo.

No me había dado cuenta, pero cuando me acerqué a besarlo Matías había tomado mi mano y ahora con su pulgar estaba dándome un masaje circular en el interior de mi muñeca.

—No lo odio. —Extrañamente mi voz sonó algo estrangulada. Tal vez lo apretado del vestido estaba afectando mi circulación porque no era normal que tuviera tanto calor—. Es sólo que no comprendo la necesidad de los hombres de manejar coches tan grandes, a menos que sea para compensar sus carencias en otro departamento.

—Créeme, yo no tengo carencias —dijo Matías y no sonaba ofendido. Era más bien un ronroneo—. Puedo enseñarte si quieres.

¡Sí!

¿Qué?

¿De dónde había venido ese pensamiento?

Obviamente la cita me tenía más nerviosa de lo que había anticipado.

—No, gracias —dije tratando de sonar displicente, pero a mi cuerpo como que no le había llegado la orden. Por alguna razón mi corazón había comenzado a latir más deprisa ante la perspectiva, el calor llegó casi a ser insoportable e incluso me sonrojé.

—¿Qué? —me preguntó ahora sí estudiando mi rostro con curiosidad, aún sin soltar mi mano.

—¿Cómo te sentirías tú si te ofreciera enseñarte mis pechos? —le pregunté desafiante, tratando de defenderme de una reacción ajena a mí y que no entendía completamente.

Matías me soltó la mano, cerró los ojos y se concentró en respirar mientras se apretaba el puente de la nariz.

—Ciara… —comenzó a decir y abrió los ojos que lucían de un azul mucho más oscuro que el habitual.

—Ahora entiendes.

—Tú eres la que no entiende.

—¿Qué es lo que no entiendo?

—No vayas Ciara, quédate en casa, quédate conmigo.

—Las llaves, Mattie. —Extendí la mano en su dirección. Necesitaba salir de allí para poder volver a respirar con normalidad y estar presentable para mi cita con…con…el ejecutivo ese cuyo nombre se me escapaba en ese instante—. Dejemos la exhibición de partes íntimas para cuando sea médicamente necesario.

—¿Médicamente necesario? —me preguntó hurgando en el bolsillo delantero de sus pantalones y sacando las llaves.

—Me refiero a situaciones que vayan acompañadas de frases como «¿sientes este extraño bulto?» o también «¿Este enrojecimiento es normal?».

—No tienes ni idea de lo que pueden significar esas palabras.

Matías rio negando con la cabeza, yo tomé las llaves y el extraño momento incómodo desapareció.

Capítulo Nueve

«Si quieres que deje el pastel de chocolate, tu pene tendrá que saber mejor»

Ciara Whelan, «Quiero una cita» Episodio 1

El problema con el coche de Matías, o para ser honesta, el problema con cualquier SUV, es que hay que escalarlas para entrar en ellas, labor por cierto titánica cuando estás usando un pequeño vestidito que te aprieta por todas partes.

Cuando salí con destino a mi cita sorteé fácilmente el hecho de subirme al coche porque estaba sola en el estacionamiento del edificio y, por lo tanto, no había testigos ni de mi incómoda lucha ni del color de mi ropa interior que seguro se mostró un par de veces en el proceso.

La cuestión era que ahora, al llegar al restaurante, no tenía la ventaja que proporciona la soledad.

El encargado del estacionamiento, un hombre de mediana edad que no parecía disfrutar su trabajo en lo más mínimo, me recibió en la entrada. Abrió la puerta del coche y me encontré con el problema de bajar graciosamente de esa monstruosa máquina con motor. Si me deslizaba seguramente mi vestido se subiría, si me lanzaba me rompería un tobillo por los tacones y si simplemente me apeaba le daría a todos una gran vista de mi entrepierna cubierta a duras penas con un minúsculo triangulito de encajes y las medias.

Toda la situación no hacía sino probar que nunca se podía estar lo suficientemente preparada para todo lo que una cita envolvía.

¡Dios! ¿Por qué todo tenía que ser tan complicado?

—No puedo bajarme con este vestido —le dije al empleado decidiendo que la honestidad era mi única opción mientras lanzaba una mirada de disculpa, aderezada con mi mejor sonrisa de damisela en apuros—. Es demasiado corto.

—¿Para qué se lo puso? —preguntó más fastidiado que curioso.

Obviamente mi rutina de chica en problemas no lo impresionaba en lo más mínimo.

¿Dónde estaban los caballeros encantadores que se ríen de las desventuras y auxilian a la dama porque quieren contribuir de alguna forma a su final feliz?

—En ese momento —expliqué—, no consideré la logística que implicaría bajarme de aquí

Un bocinazo exasperado del vehículo que esperaba detrás y no mis dificultades de vestuario fue lo que puso a empleado en acción.

—Siga hasta el fondo y deje el coche en algún lugar disponible —dijo haciendo con la cabeza un gesto seco que indicaba vagamente a dónde debía ir—. Luego regrese y entregue las llaves para darle su recibo.

Cerró nuevamente la puerta del conductor y seguí adelante encontrando un lugar vacío en una esquina del enorme y mal iluminado aparcadero.

Aprovechando la soledad del lugar, y antes de que alguien trajera el siguiente coche o viniera a retirar uno, me bajé lo mejor que pude, aunque debo reconocer que no fue un descenso grácil, y emprendí el camino de regreso a la entrada del restaurante.

Nunca hubiese adivinado que el caminar con unos zapatos Leoubotin por un suelo de gravilla con un vestido que se subía un centímetro con cada paso iba a ser más agotador que correr un maratón.

Para el momento en que llegué a la entrada, había comenzado a transpirar, me dolían los pies,

particularmente los tobillos, y sentía cada una de las costuras del famoso vestidito clavarse incómodamente en mi piel.

Entregué las llaves, me dieron mi recibo y finalmente entré al restaurante para ser recibida por mi propia imagen reflejada en un espejo enorme.

¿Por qué no puedes verte toda la noche como cuando sales de casa? ¿Cómo le hacen las famosas para lucir tan bien en la alfombra roja?

Ese era uno de los grandes misterios de la vida o al menos me lo pareció en ese momento.

Nota mental: Proponer en la reunión del lunes, ahora que Neil quería nuevas secciones tipo «estilo de vida», hacer un video con unos tips sobre cómo lucir como si acabaras salir de casa tras un encuentro con un famoso estilista.

Aprovechando el enorme espejo, traté de recomponer mi aspecto general lo mejor que pude y descubrí que no era conveniente tratar de tapar la transpiración con polvos traslucidos porque la superficie de tu piel nunca quedará uniforme, por decirlo de la manera más elegante y no el honesto «te queda un pesgoste».

Finalmente, convencida de que eso era lo mejor que podía hacer con los limitados recursos empacados en mi pequeño bolso de noche, me acerqué al mostrador, di el nombre de mi cita a la anfitriona quien con una sonrisa prefabricada me escoltó hasta una mesa.

Jonathan Worthington me estaba esperando y no era para nada lo que yo había imaginado, aunque, debo aclarar, no de una mala manera.

Era mayor, más de lo que yo normalmente elegiría. Debería tener cuarenta y tantos, con algunas canas en las sienes de su cabello perfectamente cortado, un traje gris oscuro muy serio y una corbata azul.

A pesar de su seriedad, o tal vez debido a ella, resultaba atractivo.

«Probablemente esto sea lo que necesito», me dije a mí misma al tiempo que mi imaginación comenzaba a volar, otra vez.

Un hombre serio para una vida de adulta, alguien que seguramente necesitaría desesperadamente el rastro de alegría que una persona alegre y divertida como yo de seguro traería a su aburrida y monótona vida.

—¿Ciara Whelan? —preguntó con un rostro carente de expresión mientras me recorría escrutadoramente con la mirada. Luego hizo un gesto casi imperceptible con la boca—. No eres lo que esperaba.

Seguidamente, y sin más explicación, hizo un gesto hacia la silla vacía invitándome a ocuparla. No se puso de pie para saludarme, tampoco estrechó mi mano. Simplemente tomó el menú para estudiarlo con la misma concentración con la que yo leía los tweets de TMZ cada mañana al llegar a la oficina.

Confundida, me senté mirando a mi alrededor pues esto debía tratarse de una situación de esas de cámara escondida.

—Hola, mi nombre es Stephany y seré la encargada de atenderlos esta noche —una voz cantarina nos saludó y, a pesar de que lo último que cruzaba por mi mente era la comida, agradecí la providencial interrupción del silencio incómodo—. ¿Puedo ofrecerles algo de beber? ¿Tal vez deseen ver la carta de vinos?

—No —respondió Jonathan Worthington sin mirarla ni preguntarme nada sobre mis preferencias—. Agua mineral estará bien.

—¿Perrier? —preguntó la mesonera.

—No. Nada carbonatado.

La chica desapareció con la orden y volvió ese silencio amenazador y terrible.

Aparenté estudiar el menú para no verme tan perdida como me sentía, pero no estaba leyendo nada, solo escuchaba el sonido de los cubiertos contra los platos, el murmullo de las conversaciones, la suave música instrumental que sonaba al fondo y tuve la súbita necesidad de tomar mi bolso rojo y salir de allí.

Me rebané los sesos tratando de inventar alguna excusa. Algo así como que olvidé alimentar a mi pececito dorado o tal vez que dejé la plancha encendida, y lamenté no haberle pedido a Matías hacer uso de esa táctica que siempre parece funcionar en las novelas románticas en las que recibes una llamada falsa previamente acordada y finges una emergencia para escapar de una situación terrible. Sin embargo, aparté el inicio incipiente de la planificación de mi estrategia de escape recordando que era inaceptable tener tres citas desastrosas de forma consecutiva porque el Señor Basura estaba allá afuera, en el ancho mundo, casado para más señas, y tuvo la desfachatez de enviarme una tarjeta.

Si ese idiota pudo, yo también podía.

Nuevamente Diana Ross vino en mi auxilio cantando a mi oído «No hay montaña suficientemente alta». Así que respiré hondo y traté de encontrar una explicación probable para toda esta situación, pensar en positivo por así decirlo.

Neil dijo que Jonathan era viudo. Tal vez el silencio incómodo se debía a que estaba más nervioso que yo y, por lo tanto, olvidó cómo comportarse en una cita o simplemente la forma correcta de comportarse en general.

Eso debía ser.

Seguro.

Tal vez sería yo Bella y él, La Bestia.

Con la música de la famosa película de Disney, la original, no la de Ariana Grande porque, por favor, Celine Dion y Peabo Bryson fueron los mejores, espié el rostro de piedra de mi acompañante y, para mi pesar, me di cuenta que no parecía nervioso en lo más mínimo, ni siquiera perdido o incómodo. Si hubiese tenido que apostar un poco del dinero que no tenía diría que, en el mejor de los casos, simplemente parecía fastidiado.

No obstante, después de tantas molestias para bajarme del coche, el sufrimiento para meterme en el vestido, la factura de la peluquería y las esperanzas puestas en esta noche, no iba a desesperarme, no todavía. A fin de cuentas, en todas esas novelas que la traidora Vanessa solía prestarme, siempre el protagonista masculino era, en primera instancia, un hombre frío y distante que, después de doscientas páginas, admitía su vulnerabilidad emocional, enamorándose irrevocablemente de la chica rarita y alejada del estereotipo usual de belleza.

Podía trabajar con eso.

—Entonces —dije llenándome de valor, negándome a fallar otra vez, poniendo todas mis esperanzas en la ficción—, ¿trabajas en una compañía farmacéutica?

Sonreí como una tonta.

—Soy el director ejecutivo —respondió secamente.

—¿Es una compañía con múltiples intereses? —insistí recordando los consejos de los tutoriales porque yo me había preparado para esto. Busqué información y la estudié para enfrentar este tipo de situaciones—, ¿o se dedican a un solo tipo de producto? ¿Tal vez alguno que yo conozca?

—Lo dudo —respondió lacónico—. Nuestros mejores productos están enfocados en medicamentos para la pérdida de peso, supresores de grasas, controladores del apetito y

sustitutos de las comidas.

—Extraño cuando la vida era más sencilla —dije, creyendo haber encontrado finalmente un tema de conversación—, y todo se limitaba a llevar una alimentación sana y hacer ejercicios regularmente.

—Algunas personas carecen de la fuerza de voluntad o la disciplina necesarias. Nosotros les ayudamos. Sin embargo, no hacemos milagros. El paciente debe poner de su parte.

—Claro, claro.

—¿Listos para ordenar? —la camarera, con su sonrisa prefabricada y su tono competente, reapareció y yo estaba, otra vez, más que agradecida por su interrupción.

Tomé nuevamente el menú que fingí estudiar, sin verlo, momentos antes para, ahora sí, escoger lo primero que me pareciera medianamente apetitoso.

—Dos Ensaladas Jardín, sin queso, por favor —ordenó Jonathan devolviendo el menú a la mesonera.

—¿Qué tipo de aderezo?

—Sin aderezo.

—¿Gustaría pan para su orden?

—Sin pan.

—¿Algo más?

—No, eso será todo.

La mesonera desapareció de la vista y estoy segura que mi expresión era la misma que tenía cuando terminé de ver «El Club de la Pelea», es decir, evidenciando que me había perdido parte vital de la trama porque no entendía nada.

—¿Acabas de ordenar por mí? —conseguí decir cuando pude sacudirme el estupor—. ¿Una ensalada sin aderezo?

—Claramente no eres capaz de tomar decisiones acertadas sobre tu alimentación —lo dijo sin ningún tipo de embarazo. ¡Descarado!—. Puedo darte algunas muestras de nuestros productos, pero no funcionarán si no cuidas lo que comes. Como te comenté, no hacemos milagros.

—¿Estás llamándome gorda? —pregunté más incrédula con cada segundo que pasaba.

—Obviamente no eres delgada, pero con un poco de disciplina podrías llegar a ser muy hermosa.

Abrí la boca para decir algo, pero no se me ocurría nada lo suficientemente ofensivo. Intenté nuevamente pero no había caso. Yo era demasiado educada para ese sujeto.

Así que mandando al infierno todas esas excusas en las que había estado trabajando sobre alimentar a la mascota o algún artefacto electrónico que había olvidado desconectar, me puse de pie y ni siquiera me esforcé por meter la panza.

—Eres el patán más imbécil que he conocido en mi vida.

—Sólo soy honesto. —Se encogió de hombros sin mostrar la más mínima sorpresa.

—No. —Tomé mi bolso y sonreí—. Simplemente tienes mal gusto. Disfruta tus dos ensaladas.

Y con la demostración más perfecta de una airada retirada, salí del restaurant sintiéndome más hermosa que una diosa griega.

Capítulo Diez

«¿Cuánto debo esperar para acostarme con él?»

Ciara Whelan, «Quiero una cita» Episodio 6

Toda esa seguridad con la que salí del restaurante se fue desvaneciendo a medida que la ira inicial retrocedía, dando paso a la frustración y luego a una especie de tristeza rabiosa que, por lo general, se genera cuando se es tratada injustamente sin poder hacer nada al respecto.

Llegué a casa y no había ni rastro de Matías. Lo que sí había eran espejos traidores que parecían captar cualquier imperfección de mi cuerpo y magnificarla.

Hice lo único que podía hacer: me quité el vestido, me puse mi pijama favorito de pantalón con pequeños conejitos rosados estampados, y me metí en la cama con una cubeta de helado más grande que mi cabeza a ver episodios repetidos de *America`s Next Top Model.*

Nada mejor que un show de realidad donde mujeres hermosas son descartadas a diestra y siniestra para darse cuenta que la belleza es algo absolutamente subjetivo.

Serían cerca de las tres de la mañana cuando escuché a Matías regresar. Sentí sus pasos atravesar el recibidor y encaminarse hacia la escalera de caracol para ir arriba donde estaba su habitación y su estudio.

Unos segundos después los pasos se detuvieron y regresaron hasta mi puerta. Sentí girar la cerradura y por un momento pensé en hacerme la dormida para no tener que explicar nada, pero con una cubeta de helado a medio consumir en mi regazo seguramente pondría al pobre Mattie en la posición de quitármela, creyéndome ya en los terrenos de Morfeo, para devolverla al refrigerador y yo todavía necesitaba más de esas chispas de chocolate para consumirlas en medio de la depresión de mi soledad.

Finalmente la puerta se abrió y nuestras miradas se encontraron. La mía seguramente era de derrota y la de Matías dejaba bien claro que había pasado mejor rato que yo o, al menos, había ingerido alguna cosa de esas que te hacen estar automáticamente de buen humor y levantarte con resaca al día siguiente.

—¿Qué te pasó? —preguntó y encendió la luz.

—¡Apágala! —grité cubriéndome los ojos como un vampiro enfrentándose a los primeros rayos matutinos.

Inmediatamente la orden fue acatada.

Matías se acercó, su figura generando una sombra sobre la cama gracias a la iluminación de la pantalla del televisor.

—¿Qué pasó? —preguntó más suavemente, aunque aún su tono tenía cierto deje de urgencia.

—Lo de siempre —respondí tratando de sonar aburrida y señalando la pantalla—. Se reunió un grupo de modelos en la piscina, comenzaron a hablar mal de las otras, pelearon y alguien gritó «vine a ganar no a hacer amigas». Siempre que están en la casa las veo comiendo. Tú que sabes más esto, ¿las modelos comen?

—Estoy hablando de tu cita.

—Me llamó gorda —respondí sin despegar los ojos del drama televisivo y esperando sonar tan desapegada como cuando hablaba del argumento del programa.

—¿Qué? —Matías me vio con expresión horrorizada.

—Mi cita —dije metiéndome en la boca una cucharada llena de helado con chispas de

chocolate—, me llamó gorda.

—Maldito —lo dijo casi como una amenaza—. Hazte a un lado.

Me moví para hacerle espacio y en lo que se sentó en la cama, con las piernas estiradas sobre las mantas y la espalda en las almohadas, me pegué a su costado, notando el típico olor a alcohol, sudor y cigarrillos de quien ha pasado una noche en algún antro bailando y bebiendo.

Me quitó la cubeta de helado, la puso en su regazo para que pudiéramos compartirla y pasó un brazo por mis hombros, atrayéndome más hacia él.

Era extraño, pero en esa posición se sentía casi natural pasar una de mis piernas sobre las suyas. Claro que no lo hice. Me detuve un segundo antes de hacerlo repitiéndome que eso sería extraño.

—No eres gorda y lo sabes, ¿verdad? —dijo completamente ajeno a los pensamientos que estaba teniendo sobre la locación de mis extremidades inferiores.

—Tampoco soy delgada —contesté cínicamente—, al menos eso fue lo que él dijo.

Tomé la cuchara, hurgué en la cubeta de helado y saqué una porción enorme.

—Las mujeres deben tener curvas, esa redondez en sus caderas, la forma de su trasero, incluso una pequeña barriguita es lo que las hace endemoniadamente sexys y las diferencian de las niñas.

—¡Por favor!

—En serio —dijo tomando la cuchara lo que hizo que nuestros dedos se rozaran y experimentara lo más parecido a una descarga eléctrica que me recorrió el cuerpo.

¿Qué me estaba pasando?

¿Sobredosis de azúcar?

—Te hablo por experiencia.

—Tú fotografías modelos, todas talla cero, porque ese es el ideal de la belleza femenina que impera en estos tiempos. He pensado que se trata de una conspiración mundial de toda una industria para que las mujeres se sientan mal con ellas mismas y compren toda esa ropa pensando que al usarlas se verán socialmente aceptables.

—Me importa poco lo que esté de moda y cualquier hombre con suficiente testosterona en su cuerpo piensa lo mismo. Me encanta sentir el suave cuerpo de una mujer debajo del mío, me vuelve loco recorrer la curva de su cintura con mi mano sin sentir los huesos. —Para demostrar su punto movió el brazo desde mis hombros y delicadamente acarició mis costillas, mis caderas cerrando la mano al final al final del trayecto—. Tener algo de que agarrarme cuando ella está sobre mí. No hay nada mejor que tomar una mujer por detrás y tener un trasero en forma de pera que acariciar. Eres una mujer tremendamente sexy, Ciara, y no dejes que ningún idiota que no sabe lo que es bueno te diga lo contrario.

Sentí un extraño escalofrío que no era enteramente atribuible al helado que me estaba comiendo.

Objetivamente podía deberse a que, a pesar de que teníamos tantos años siendo amigos, ese había sido un tema tácito. Yo sabía que Matías tenía sexo, era un conocimiento empírico. Sin embargo, sus gustos y técnicas nunca formaron parte de la conversación, ni siquiera de forma referencial.

Era todo un descubrimiento.

No obstante, no iba a engañarme. En ese momento no estaba pensando en lo apropiado de la conversación, tampoco revisaba una lista mental de los temas discutidos a través de los años y mucho menos catalogaba descubrimientos sobre la psique masculina.

No estaba pensando en nada.

Se trataba puramente de sensaciones. Del efecto y las imágenes que esas palabras evocaban más que de las palabras en sí mismas y de la simple, y a la vez complicadísima revelación: yo quiero sentir un poco de ese desparpajo sin vergüenza, de ese amor por las formas redondeadas, de esa adoración por la figura femenina primaria.

Subí la mirada y me encontré con sus ojos que, aun en medio de la penumbra parecían quemarme.

En ese momento hasta mi memoria a corto plazo se tomó un descanso. Olvidé que había tenido una mala noche, olvidé el escalofrío que me recorría el cuerpo como si hubiese aterrizado en Narnia sin tomar abrigo alguno del armario, hasta olvidé a Tyra Banks y a todas sus aspirantes a modelo cuyo drama servía únicamente para darle al salón esa iluminación tenue que las cosas prohibidas y, por lo tanto, secretas debían tener.

—Toma esto.

Matías acercó a mi boca una cuchara llena de helado mientras con su otra mano acariciaba distraídamente mi cadera, por lo que tuve que hacer un esfuerzo enorme para no atragantarme con las chispas de chocolate y ese instinto sin memoria ni consciencia que parecía guiar mis acciones, hizo que succionara la cuchara como si algo menos frío, y nada metálico, por cierto, estuviera en mi boca.

Un sonido inidentificable y al mismo tiempo típicamente masculino brotó de su garganta y me sentí complacida.

—Más —dije sin estar segura de qué era exactamente lo que estaba pidiendo, si quería más helado o más de esa reacción.

Tal vez sí lo sabía solo que me negaba a reconocerlo.

No obstante, la motivación no importaba, sino el resultado. La cuchara hizo el recorrido nuevamente desde la cubeta hasta mi boca y la mano de Matías bajó unos centímetros más hasta acariciar la piel justo debajo de la cinturilla de mis pijamas.

Había un ruido extraño en el fondo de mi mente, una advertencia, pero era un susurro que se podía obviar con facilidad, más cuando estaba en modo perro de Pávlov y eso era extrañamente liberador.

Estaba cansada de pensar, de programar, de leer manuales en Internet y de imaginar escenarios probables y las posibles reacciones para cada uno y, a pesar de ello, salir siempre con las tablas en la cabeza sintiendo que no valía nada. Solo quería más de ese extraño cosquilleo, de ese calofrío que me recorría el cuerpo, esa anticipación que me hacía temblar.

Se sentía bien y mal, peligroso y seguro, y eso era un Tsunami para mi adormecida existencia como ser físico.

La mano bajó un poco más, tanteando, esperando mi respuesta y la obtuvo. Finalmente, mi pierna tomó el control y no solo se enredó con las de él, sino que me impulsó a sentarme en su regazo a horcajadas, mis rodillas en el colchón a ambos lados de sus caderas, mi pelvis alineada con la suya.

Sentí la cubeta de helado ir a dar al suelo y no me importó.

Pensaría mañana, me preocuparía mañana, haría el balance de lo bueno y malo después de ejecutar las acciones, no antes.

Él no dijo nada. En ese punto debía saber, tanto como yo, que cualquier palabra lo arruinaría pues nos traería de vuelta a la realidad.

Sólo se escuchaban las respiraciones agitadas y al mismo tiempo contenidas, casi como un

secreto, amparadas bajo la penumbra de esa luz fría que emanaba del televisor y una voz de fondo que recordaba a las chicas de la competencia que la que no fuera llamada debía recoger sus cosas e irse a casa.

Sin embargo, hasta ese ruido de fondo que era la voz de la primera modelo negra en aparecer en la portada de *Sports Ilustrated* desapareció por completo cuando me incliné poniendo mis manos sobre sus hombros y lo besé, mi lengua invadiendo su boca sin pensarlo mucho, con un desespero como si estuviese hambrienta de un alimento que solo él podía darme.

Un corrientazo.

Sí, eso fue lo que sentí. Un corrientazo como si hubiese tocado un cable pelado conectado a alguna toma de electricidad, uno que hizo tensar todos los músculos de mi cuerpo y, al mismo tiempo, removerme inquieta.

La boca de Matías sabía dulce, y no era únicamente debido al helado con chispas de chocolate. Cuando yo sólo quería chocar contra él, sus labios acariciaban mi boca suavemente al igual que lo hacían sus manos, primero en mis piernas y después en mi espalda, como si yo fuese una reliquia que no quisiera dañar, un viejo tesoro que no puedes resistir tocar pero que temes que desaparezca entre tus dedos en medio de una maldición pirata.

Leo muchos libros de magia y fantasía, lo sé.

Claro que después de muchos besos que me dejaron sin aliento y unas manos andariegas que exploraban sin decidir asentarse en ningún punto específico de mi anatomía, estaba lista para más, estaba lista para todo y más que dispuesta a aceptar la condenación eterna, ese círculo sin número en el infierno destinado a aquellas personas que por lujuria arruinan la mejor relación que han tenido en su vida.

Comencé a levantar su camiseta, descubriendo su abdomen y su pecho. Matías dócilmente levantó los brazos para permitirme sacarle la prenda quedando adorablemente despeinado en el proceso.

Busqué el botón de sus vaqueros luchando en medio del apuro que representaba ser descubierta por mi propia consciencia.

No se resistió, me dejó hacer. Incluso levantó sus caderas para facilitarme el trabajo de descartar el hijo más amado del señor Levi y hasta se sacó los zapatos, que escuché caer con un ruido sordo sobre el piso de madera.

El proverbial zapato había caído.

Yo sabía de dónde provenía ese dicho. Algo que ver con Nueva York y las casas de alquiler atestadas, pero no quería desperdiciar ni una neurona en recordarlo.

Una vez que esa parte de la logística estuvo resuelta, me dediqué a admirar el panorama y…

Guao.

¿Dónde había mantenido escondido *eso*?

Yo no era precisamente una mujer de mucha experiencia en el tema de partes ocultas de la anatomía masculina, pero si de compararlo con comida rápida se trataba, aquello era el combo extra grande con patatas fritas y coca cola, lo que era un eufemismo para decir que no podría comérmelo todo.

Aún estupefacta, y más por curiosidad que por un esfuerzo consciente, intenté cerrar mi mano sobre aquella erección que ahora estaba extendida sobre el vientre de Matías y mis dedos no pudieron abarcarla completa.

Estuve a punto de cancelar el asunto porque nadie quiere un bote de patatas Pringles como juguete sexual, pero algo a medio camino entre un suspiro y un gruñido escapó de su boca

nuevamente y eso fue suficiente para desterrar todas mis preocupaciones. Comencé a mover mi mano de arriba abajo sintiendo la suavidad de su piel que envolvía algo más rígido y que parecía tensarse más con cada una de mis atenciones.

Era una extraña satisfacción tener ese poder, hacer sentir a alguien de esa manera, sólo con el movimiento acompasado de mi mano.

Su pelvis comenzó a moverse al mismo ritmo de mis atenciones y su boca buscó la mía para darme otro beso que parecía estar cargado de urgencia y desesperación, aderezado por el sonido de respiraciones agitadas y gemidos guturales que escapaban sin permiso tanto de su garganta como de la mía.

Sentí algo tirar hacia abajo mi pantalón de pijama. Era él. Me incorporé sobre las rodillas, deteniendo el trabajo de mis manos solo el tiempo necesario para ayudarlo a deshacerse de esa prenda incómoda que, aunque era mi favorita, se sentía como una barricada.

Con el pantalón del pijama desapareció también la ropa interior y rápidamente me saqué la parte de arriba quedando totalmente expuesta.

Por unos segundos sentí mi consciencia reaparecer lanzándome gritos airados que no quería escuchar. Si les prestaba atención, sabía que tendría la obligación moral de parar por decencia cuando era evidente que él estaba punto de estallar y yo estaba más que lista para meterlo dentro de mí con la menor de las incomodidades posibles, teniendo en cuenta el tamaño de *aquello*.

Silenciando mi mente tomé su erección con una de mis manos, descendí nuevamente sobre él colocando la punta en mi entrada y simplemente me dejé caer.

—¡Dios! —masculló—. No lo puedo creer.

Si era honesta, yo tampoco. A pesar de mi brusca aproximación y de que ahora estaba llena hasta el punto de «no me cabe una pulgada más», ese que te dice que todo está a un paso de resultar verdaderamente doloroso, estaba segura que no todo estaba dentro.

¿Quién me mandaba a pasar un año sin tener sexo? Obviamente la elasticidad de mis partes internas estaba afectada por la falta de ejercicio.

—Mattie —dije casi en sollozo. Me daba miedo moverme, hacer cualquier cosa—. No sé…

«Si ahora debo mudarme a Siberia, avergonzada hasta el día de mi muerte», completé mentalmente.

—Paciencia. —Sus palabras sonaron como una caricia, una que relajó todos los músculos de mi cuerpo—. Se va a sentir bien. Lo prometo.

Matías tomó la situación en sus manos.

Literalmente.

Agarró mi trasero y comenzó a moverme poco a poco, de arriba a abajo de su erección, ganando un poco de terreno cada vez.

Y poco a poco, tal y como lo prometió, porque mi amigo era un hombre de palabra, la incomodidad fue desapareciendo para dar paso a esa sensación deliciosa, a esa fricción que crea una necesidad intangible pero muy real.

Una parte de mí sabía que la clandestinidad del silencio era mi mejor aliada y, sin embargo, no puede evitar el suspiro que escapó de mis labios. De hecho, no fue un solo suspiro, fueron varios que eventualmente se transformaron en gemidos y que iban de la mano cada vez que se enterraba un poco más en mí.

Estaba perdiendo la cordura con esa lenta y persistente penetración. Cada centímetro me separaba de la sanidad mental y me acercaba a algo que creía no haber extrañado nunca pero que obviamente me había hecho falta.

Mis manos y mi boca comenzaron a explorar su abdomen, su pecho y cuando nuestras pelvis finalmente estuvieron completamente unidas, la verdadera diversión comenzó. Eso es, calificando diversión como la desesperación de dos personas que se mueven de manera frenética hacia el mismo objetivo.

Matías continuó controlando tanto el ritmo como el movimiento. Con sus manos agarrando mi trasero, me estampó contra él una y otra vez hasta que estuve convencida que no podría volver a caminar derecha en algún tiempo, mucho menos sentarme.

—Estoy tan cerca —dijo entre dientes—. Me voy a correr.

Oh no amigo mío. No sin mí.

No sé si en algún momento verbalicé mis pensamientos, lo que habría sido tremendamente vergonzoso, pero como si me hubiese escuchando claramente, una de las manos de Matías soltó mi trasero donde con seguridad sus dedos habían quedado marcados y se deslizó en medio de ese amasijo de terminaciones nerviosas en las que se concentra el placer femenino, por decirlo con un térmico académico antiguo.

Su mano me abarcaba toda, tocándome, frotándome. No había lugar en mi cuerpo donde no la sintiera acercándome cada vez más al precipicio del que estaba desesperada por saltar.

Es más, con solo el toque de sus dedos estaba cayendo y no había más modelos despedidas, ni rechazos en un restaurante, tampoco vestidos ajustados. Únicamente permanecía esa sensación de bienestar que te llena después de la explosión y el grito, que te asegura, aunque sea por unos minutos, que estás en el lugar correcto con la persona correcta.

Me sentía como si hubiese estado perdida en una ventisca y finalmente hubiese llegado a casa.

Capítulo Once

«Puedes tener sexo en la primera cita, siempre y cuando no te arrepientas después»

Ciara Whelan, «Quiero una cita» Episodio 6

Cuando abrí los ojos la mañana siguiente me sentía bien.

Estaba relajada y contenta… hasta que me di cuenta que no estaba sola en mi cama.

La espalda de Matías, toda cubierta de pecas, que hasta ese punto nunca pensé que eran sexys pero que en ese instante me provocaba besar, estaba directamente en mi campo de visión.

Los recuerdos entraron en mi mente, sin filtro, como si una presa se hubiese roto. Las imágenes no fluían, me golpeaban.

—¡Oh por Dios! ¿Qué hice? —dije en voz baja sin poder contenerme y escondí la cara entre las manos como si eso solucionara algo. Una especie de «si no lo ves, no es real».

Claro que el no ver el cuerpo tendido a mi lado no bloqueaba el olor y la piel de Matías olía deliciosa esa mañana.

Nunca en mi vida había tenido una aventura de una sola noche. Ni siquiera en los primeros tiempos de universidad antes de que el Señor Basura entrara en el panorama. Tuve un par de novios en la secundaria, muchos flirteos inocentes en mi primer año de universidad, y luego Basurilla. Eso fue todo. Por lo que el protocolo a seguir ahora estaba fuera de mi área de experticia.

Aunque, claro, no estaba segura si existía un protocolo establecido sobre cómo actuar después de tener sexo salvaje, más de una vez, por cierto, en el transcurso de la madrugada y sin mediar ningún tipo de conversación entre folladas, con tu mejor amigo, el cual, hasta ese momento, había sido para ti el Ken de Barbie. Es decir, un tipo perfecto, pero sin genitales.

En un arranque había sexualizado a Matías y no sabía si existía una forma de «desexualizarlo», más cuando estaba segura que esa no era una palabra real.

Para colmo de males, las sábanas marcaban el contorno de su cuerpo trayendo de vuelta el recuerdo de todo lo que había visto e incluso saboreado. Además, se veía despeinadamente sexy y su labio inferior completamente mordible. Quería despertarlo besando cada una de las pecas de su espalda, que volviéramos a follar haciendo mucho ruido y si no hablábamos de ello, pues todavía mejor.

Por lo pronto, y antes de seguir asesinando el idioma con sustantivos inexistentes y entreteniendo fantasías pecaminosas, necesitaba salir de allí, organizar mis pensamientos en palabras que existiesen en el diccionario, y elaborar algún tipo de disculpa o explicación antes que Matías se despertara, pues no estaba segura de mi ecuanimidad si en ese momento él abría los ojos y me miraba.

Tal vez me abalanzaría sobre sus labios para evitar cualquier conversación incómoda, pero eso solo pospondría el momento, ese que, a la luz del día, sin sombras en las cual ocultarse, sería imposible no caer en la tentación de definir en palabras.

O tal vez simplemente estallaría de vergüenza dejando cenizas de cobardía detrás y, aún si por algún milagro la combustión espontánea no ocurría y seguía con vida después de enfrentar su mirada, con seguridad perdería a Matías. Mi Matías. Aunque sonara dramática, en este punto de mi vida prefería perder cualquier cosa menos a mi mejor amigo.

Por unos cuantos segundos dejé que el más puro y primario terror me inmovilizara.

No era lo mismo acostarte con un desconocido que con la persona con la que vives, que te ha visto sin maquillaje, que sabes cómo luces cuando estás enferma, que conoce mejor que tú tus defectos.

El último misterio que quedaba entre nosotros había desaparecido y eso iba a cambiarlo todo.

Tenía que arreglar el entuerto, encontrar una alternativa para que retomáramos nuestra existencia cotidiana y pacífica. Todos perdemos cosas en el camino de la vida, algunas más, otras menos importantes; pero Matías, mi vida con él, era tal vez lo único que nunca contemplé perder.

Lentamente, porque no quería despertarlo y también porque todo músculo de la cintura para abajo me dolía, salí de la cama. Alguien, probablemente Matías, a menos que tuviera en casa algún elfo doméstico voyeur, se había encargado de la cubeta de helado que, si bien seguía en el suelo, estaba en una posición vertical, evitando cualquier desastre. Un poco más allá, estaban mis pijamas de conejitos, más incongruentes que nunca con la situación.

Como una intrusa en mi propia habitación, abrí el armario tratando de no hacer ruido, echando ojeadas alarmadas a la cama para ver si había un cambio en su parámetro de respiración.

Saqué algo de ropa y salí de puntillas cerrando la puerta lo más suavemente posible.

Y allí estaba yo, parada desnuda con unas piezas de ropa, que seguramente no combinaban en cada mano, en el recibidor del dúplex. Era como la peor pesadilla jamás contada hecha realidad. La denominada y siempre temida «caminata de la vergüenza» a punto de ser ejecutada, para colmo de males, en la casa donde vivía.

Aún de puntillas, vaya a saber Dios por qué, tal vez no quería despertar aún más a mi propia consciencia, me encerré en el baño y abrí el agua caliente.

Tomaría una ducha, me calmaría de la impresión inicial y luego haría un maravilloso plan para lidiar con ese desastre que un exceso de lujuria, del que ni siquiera sabía que era capaz, había tomado posesión de mi cuerpo.

Sí, fue eso. Una extraña y lujuriosa posesión diabólica.

Fue entonces que lo sentí: los restos de humedad entre mis piernas.

—Mierda, mierda, mierda.

Me vi en el espejo, mi mano sobre mi boca para evitar seguir hablando. Aparentemente era el día de taparse la boca o la cara, día que por cierto no hubiese llegado si la noche anterior hubiese mantenido tapadas cosas más importantes.

La cuestión era que no lo había hecho y aunque mantuviese la mano sobre la boca, eso no evitaba que me gritara a mí misma frente al espejo, sin voz, sin sonido, solo con el retumbar de las palabras en la mente: HABÍA TENIDO SEXO SIN PROTECCIÒN CON MI MEJOR AMIGO.

Como si necesitara agregarle una capa más de complicación a todo el asunto.

—Lo que quiere decir …—me dije finalmente retirando la mano que cubría mi boca y suspiré porque se supone que esa bocanada de aire debía calmar los nervios, sólo que no lo hizo—. ¡No! No pienses en eso. No es nada. Tienes que tomar una ducha y buscar tu calendario antes de sacar conclusiones apresuradas.

Me metí bajo el chorro de agua caliente y aunque trataba de seguir mi propio consejo y no pensar, las imágenes eran incontrolable, una mezcla de la noche anterior con un futuro a todas luces improbable que involucraba una Ciara mucho más gorda que publicaba en Instagram fotos de ecografías incomprensibles para cualquier ser humano que no hubiese estudiado Medicina.

—Eso no va a pasar. Sería demasiada casualidad —dije en voz alta mientras tomaba la toalla para secarme—. Claro, si tienes como referencia que hay vampiros, en la literatura y en la

televisión —me respondió mi reflejo—, que a pesar de estar muertos, logran procrear formas de vida extrañas con tan solo unos minutos de sexo irrefrenable…

En serio, tenía que dejar la ficción de lado. Edward y Niklaus no eran buenos ejemplos porque no eran reales.

También tenía que dejar de hablar frente al espejo.

La ropa que había sacado apresurada del armario era un pantalón de ejercicio y una camiseta. Todo parecía indicar que sería buena idea hacer otra cosa loca y poco característica de mi personalidad: salir a correr.

¿No decían que eso aclaraba la mente y ayudaba a pensar?

Mirando mis pies descalzos decidí que, por al menos por una vez en las últimas seis horas, iba a atenerme a mis viejos y seguros hábitos, no fuera ser que me diera por asaltar sexualmente a un corredor incauto. Así que solo fui a buscar el desayuno.

Encontré en el aparador una caja de un cereal nuevo, con miel y almendras. No era el que acostumbrábamos comer sino uno que había visto hacía poco en un comercial de televisión que me llamó la atención y ahora estaba allí, comprado por Matías solo porque yo lo había mencionado de pasada.

Los serví en mi plato sopero favorito, le puse leche helada y me senté sobre la encimera a desayunar.

Eso estaba bien, era la típica mañana del sábado; desayunando recién duchada con la tibia luz natural que se filtraba por la ventana.

Necesitaba mi normalidad. Era lo único que me hacía sentir segura.

Levanté la cuchara, metí un poco del nuevo cereal en mi boca y era delicioso, justo lo que necesitaba porque Mattie siempre parecía saberlo.

¿De eso se trataba todo?

El buenazo de Matías. El que regresaba a Boston para salvar a su patética amiga abandonada, el que le daba un lugar donde vivir y le conseguía un trabajo, el que recogía mi desastre, me alimentaba y me acompañaba en mi soledad, el que se dejaba convertir en un juguete sexual para hacerme sentir mejor, solo para que tuviera lo que creía que necesitaba después de tres semanas de rechazos y decepciones.

Lo recordé la noche anterior, tendido en la cama, dejándome hacer, facilitando las cosas. Era su papel en mi vida, siempre había sido su papel en mi vida, ¿me gustaba que ese fuera su papel en mi vida?

Click.

El ruido del obturador interrumpió, gracias a Dios, mi línea de pensamiento, y allí estaba el protagonista de mi tortura mental: duchado, vestido, con su cámara en la mano y viéndose casi comestible, a pesar de que seguramente se levantó con resaca, durmió poco y fue asaltado sexualmente por su mejor amiga a la que nunca había podido decirle que no.

De verdad que me sentía la peor persona del planeta.

—¿Me tomaste una foto? —pregunté confundida y, por qué negarlo, tal vez un poco paranoica—. ¿Por qué me tomaste una foto?

Sonrió y todas mis partes femeninas respondieron al gesto despertándose del letargo como si no hubiesen tenido suficiente la noche anterior.

—Es lo que hago. —Se encogió de hombros—. Soy fotógrafo y cuando la luz, el entorno y la figura encajan en el momento preciso no puedes hacer otra cosa que intentar capturar esa coincidencia y conservarla para siempre así perfecta, como estás tú esta mañana con la luz del sol

sobre tu cabeza y tus pies descalzos.

Como si fuera una mañana cualquiera, Matías encendió la cafetera, sacó la leche del refrigerador y buscó una taza en la alacena.

—¿Te gustó? —preguntó al descuido y casi se me cae el plato con la pregunta.

—¿Qué? —pregunté sintiendo que cada músculo de mi cuerpo se tensaba.

El momento más temido había llegado.

¿Todavía estaba a tiempo de fingir un dolor y salir corriendo?

—El cereal. —Señaló el plato que por milagro no había ido a parar al suelo—. ¿Era ese el que querías verdad?

—Sí, sí era ese. Está muy bueno, hace *crunch* cuando masticas y aunque tiene una textura áspera, la dulzura de la miel le da un gusto delicioso. Me provoca succionar mi propia boca.

«Ciara, cállate. Cierra la boca ahora».

—¿Café? —preguntó levantando mi taza favorita.

Aunque estaba segura que no necesitaba ninguna bebida estimulante, simplemente asentí con la cabeza porque toda esta charla cotidiana me compraba tiempo para no enfrentar la otra situación para la cual aún no había encontrado una salida plausible. Así como estaban las cosas se parecían mucho a la normalidad y yo quería perpetuar esa normalidad el mayor tiempo posible.

—Tengo una sesión hoy —anunció entregándome la taza con ese café perfecto que solo él podía preparar —. Es aquí mismo en Boston, pero estaré fuera la mayor parte del día. Volveré en la noche. ¿Quieres que traiga algo de cenar?

—Voy a ir a visitar a mi hermana —dije tratando de convencerme cada segundo que no había pasado nada, que los recuerdos de la noche anterior eran producto de una sobredosis de azúcar —, necesita ayuda con unos centros de mesa para el cumpleaños del pequeño Paddy y, la conoces, seguramente mandará toneladas de comida.

—Perfecto. Me encanta la comida de tu hermana. —Cuando ya estaba casi convencida de que todo había sido una pesadilla, de que podíamos seguir con nuestra perfecta y pacífica existencia, que no todo estaba perdido porque él había decidido seguir mi plan y fingir amnesia; Matías se inclinó, me dio un beso suave en los labios—. Te amo, Ciara.

Mi estómago dio un par de volteretas, todo se ladeó como si la tierra se hubiera inclinado de un solo golpe diez grados sobre su propio eje y, para colmo, mi boca tuvo el desparpajo de tratar de iniciar una sonrisa sin mi permiso.

¿De qué iba todo eso?

Sentía que quería cantar dando vueltas, vomitar, esconderme bajo las mantas, reír con carcajadas casi histéricas y hasta bailar tap. Todo al mismo tiempo, lo que, por cierto, no tenía ningún sentido.

Me había convertido en todo un nuevo caso clínico. Una especie de definición de «bipolaridad bulímica con complejo de la Novicia Rebelde».

—¿Qué? —fue lo único que pude decir porque otro de los síntomas de mi enfermedad era que mis pensamientos iban tan rápido y en todas direcciones que no podía articular una oración coherente.

Pero lo que me faltaba en elocuencia lo tenía coordinación: salté del mostrador de la cocina con más agilidad que una gimnasta en un remate durante un campeonato mundial, aterrizando en mis dos pies y sin dar un solo paso hacia atrás. Vale que hasta el juez ruso me hubiese dado un diez.

Necesitaba poner espacio entre su cuerpo y el mío.

—¿Qué? —Matías me miró confundido, seguramente impresionado por mi rutina Comanechi —. ¿Muy pronto?

—¿Muy pronto? —pregunté y sonó como una acusación, pero la cosa estaba mejorando pues conseguí decir dos palabras. Miré a mí alrededor buscando algo de apoyo, pero estábamos solos en la cocina. Siempre habíamos sido solo Matías y yo, y estaba frente a una decisión que me podría dejar siendo solo yo, lo cual era aterrador—. Mattie no tienes que hacer esto.

—¿Hacer qué?

Había cierta cualidad de animal herido en su mirada, parte confusión parte dolor, como aquella vez que olvidé entregar un proyecto de fotografía en la universidad y cuando vi la calificación final, una no merecida A, supe que él había hecho mi trabajo y lo confronté al respecto.

—Sé por qué lo haces. —Suspiré tratando de encontrar las palabras. No debería ser tan difícil. Normalmente no había nada que no pudiera discutir con él—. Siempre estás allí para arreglarme, Mattie, siempre tratas de hacer las cosas más fáciles, pero está bien, no necesito que mientas cuando la verdad es que tú estabas bebido y yo me sentía terrible y sé cuánto odias verme hecha un guiñapo.

—¿De verdad crees que dije que te amo porque te quiero hacer sentir mejor? ¡Por todos los cielos, Ciara! ¿Qué clase de hombre crees que soy? —Movió las manos exasperado—. Te amo desde que descubrí que había ciertos sentimientos que solo se asociaban con esa palabra y únicamente los provocabas tú. Te amo porque hace muchos años decidí darme por vencido y afrontar que no había otra cosa que pudiera hacer por más que lo intentara. Te amo porque te metiste debajo de mi piel y en mis pensamientos simplemente con ser espontánea, buena, hermosa, brillante. Te amo, toda completa, incluso las partes de ti que odias y que yo encuentro encantadoras…

—Matías…

—¿Qué crees que hago aquí en Boston, Ciara? —Su voz comenzó a subir de tono—. ¿Por qué crees que es imposible para mí involucrarme con alguien de forma permanente? Tengo años en espera porque me convencí que sería muy cruel que la vida me hiciera sentir esto sin darme la posibilidad de recibir aunque fuera una sola parte en retorno. Y cuando esa basura te dejó, el muy estúpido, pensé que una vez que sanaras, que estuvieses lista, yo tendría mi oportunidad y anoche… —Cerró los ojos y respiró. No sabía cómo estaba respirando. Yo, definitivamente, no podía—. Finalmente supe a qué sabía el cielo. —Abrió los ojos nuevamente y su mirada azul estaba empañada—. ¿Fue así para ti?

No sabía qué decir. Las palabras de Matías hablaban de esa fuerza de la pasión que lo arrastra todo, más cuando había sido contenida por mucho tiempo; pero al mismo tiempo hablaban de una mentira que transformaba todo lo que yo creí que éramos.

—¿Desde cuándo? —pregunté con miedo.

—¿Quieres una fecha exacta? ¿Un momento? No lo sé, Ciara, creo que desde siempre.

—Pensé que habías regresado porque éramos amigos; que esta casa, el trabajo que conseguiste para mí, todas esas veces que compraste mi cena favorita o me dejaste el control remoto de la televisión, significaban… —No podía terminar. Esa relación maravillosa que yo creía que teníamos no fue nada más que una tapadera—. ¿Nunca fue así, verdad? ¿Nunca fuiste mi amigo? ¿Siempre estuviste esperando algo? ¿Cuánto tiempo más pensabas mantener esta actuación de amigo incondicional?

—Ciara. —Matías dio un par de pasos hacia mí, pero debía haber algo en mi mirada que lo hizo detenerse—. No son cosas excluyentes. Tú eres mi mejor amiga, haría lo que fuera por ti, aunque no sientas lo mismo que yo.

—No, no eres mi amigo. Sólo me hiciste creer que lo eras.

Matías me miró en silencio por unos segundos con miles de emociones, que tenían la facultad de romperme el corazón, pero a las que no les di espacio en mi mente, apareciendo por turnos en su rostro; y sin ninguna otra palabra, tomó su cámara, la bolsa con sus otros aparatos y se fue dejándome triste, molesta y frustrada.

Sentía que me habían quitado algo especial que era solo mío para transformarlo en el cliché más viejo de la historia y ni siquiera tenía el hombro de mi mejor amigo para llorar.

Era el momento de ir en busca de mi segunda mejor opción.

Capítulo Doce

«Si en algún momento sientes que estás atascada, no busque tutoriales en YouTube, busca a una amiga»

Ciara Whelan, «Quiero una cita» Episodio 1

Tener una hermana mayor es de lo mejor. Siempre tendrás a alguien que te entienda, que ya pasó por cualquier tontería que te acontezca, que te preste ropa y cuide de ti en las buenas y en las malas.

El caso con mi hermana Moira, es que es todo eso y mucho más, y en el «mucho más» es donde está el problema. Tiene una manera particular de ver la vida y quién no esté de acuerdo con ella está de plano equivocado. Nunca fue más cierto aquello de «a mi manera o a la carretera» que con ella.

Por eso siempre es un riesgo pedirle un favor o tan siquiera un consejo. De allí que, con el paso de los años, Matías se convirtió en mi primera opción. Sin embargo, a la luz de los nuevos acontecimientos, debía reorganizar mi lista de personas a las que acudir en un caso de emergencia.

Tres años mayor que yo, Moira nunca quiso ir a la universidad. Sin embargo, sabe coser, bordar, tejer, tiene un gusto increíble para la decoración, pinta, es capaz de cambiar las llantas del coche con una sola mano, instalar una lámpara, cocinar desde una langosta hasta los más deliciosos postres y una vez, solo para demostrar que podía hacerlo, hizo su propia mesa de centro con las puertas viejas de su casa remodelada. Toda una súper heroína.

Siempre digo que debería tener su propio programa de televisión o al menos un canal en YouTube.

Cuando Moira tenía veintiún años acudió a una despedida de soltera en un bar y allí conoció a un constructor prometedor. Se enamoró, se casó y tuvo dos hijos. Su esposo, Steve, es bien parecido, encantador, con un negocio propio lo suficientemente rentable para vivir de forma confortable e ir de vacaciones dos veces al año: una toda la familia y otra ellos dos solos.

En serio, Ryan Seacrest debería ofrecerle a mi hermana un contrato para un programa de realidad que se llamaría «La vida perfecta de Moira» y donde yo aparecería algunas veces como invitada especial para dar un poco de contraste, haciendo ver que la genética no tiene nada que ver en eso de ser maravillosa.

Claro que con tanta perfección circundante: estar sentada en esa cocina con el olor de un pie de limón escapando del horno, un estofado de cordero en la hornilla y decenas de cestas para rellenar de caramelos y piruletas, para ser usados como centros de mesa en el cumpleaños de mi sobrino mayor; admitir cualquier tipo de mancha ponzoñosa en tu vida es cincuenta millones de veces peor.

Tampoco ayudaba que mientras Moira ya había armado, rellenado y adornado con cintas como cinco de esos centros de mesa, yo todavía trataba de darle algún tipo de contenido armónico al primero.

¿Manualidades? Otros de los talentos con el que no fui bendecida al nacer.

—Y entonces le dije: Mujer deja de buscar problemas para cada solución. —Moira llevaba rato hablando mientras hacía lazos de cintas y combinaba los colores de las piruletas sin que yo tuviera ni idea de en cuál tema nos estábamos moviendo—. Ese fue el momento en el que

comprendí tu trabajo.

—¿Mi trabajo?

—Sí, tú sabes, todos esos letreros que ponen en Facebook y en Instagram y que en algún momento te serán de ayuda.

Me quedé viendo ese rostro, tan parecido al mío, pero lleno de esa confianza que da la felicidad, y me sentí repentinamente cansada. ¿Cuántas veces iba a explicar que mi trabajo no tenía nada que ver con mensajes de ranas verdes, gatitos adorables o una lista de amigos que probablemente no conocías?

Yo usaba las redes sociales como una herramienta con un plan elaborado, no como una forma de espiar la vida de los otros o de quejarse sobre alguna persona anónima que había hecho algo horrible y con la queja pública lograr que todos te quisieran dar virtuales palmaditas en la espalda.

Nadie entendía mi trabajo y ya había descartado el explicarlo porque tampoco les interesaba.

—Me acosté con Matías —solté porque, aunque no era exactamente eso lo que me tenía loca, había sido el detonante, y siempre era mejor comenzar por el principio.

Moira se me quedó mirando y aunque su boca no se movió podría jurar que estaba sonriendo simplemente por el brillo que tenían sus ojos.

—¿Estuvo bueno?

—¡Ese no es el problema! —respondí indignada.

—Lo que quiere decir que estuvo o muy bueno o muy malo. —Suspiró y abandonó la mesa para ir a atender la estufa—. De lo contrario no habría ningún problema del que hablar.

—Tuve sexo con Matías. —Yo también me puse de pie y la perseguí hasta la estufa para obligarla a verme. Tal vez estaba sorda y necesitaba leer mis labios para entender. Sería la primera vez que le encontrara un defecto a mi hermana—. ¿Recuerdas a Matías? ¿Mi mejor amigo de toda la vida?

—¿Y después te pusiste a llorar o algo así?

—¡No!

—¿Él se puso a llorar?

—No.

—¿Tuviste un orgasmo?

—¡Hola, Ciara!

Mi cuñado Steve emergió de las profundidades del sótano, donde estaba encerrado con los dos niños tratando de enseñarles la belleza que entraña para todo bostoniano un juego de los Medias Rojas, salvándome de tener que dar una respuesta.

Todavía, aún después de haber sido domesticado por mi hermana y de haber ganado unas cuantas libras, gracias al poder de la comida hecha en casa, tenía ese aire un poco rudo de «soy un constructor», del tipo que te imaginas que se vería muy bien con un casco de seguridad, un martillo en la mano y nada más, posando para un calendario de caridad.

Ahora que lo pensaba bien, Steve también podría tener su canal en YouTube donde reparara cosas sin camisa. Ganaría un buen dinerito extra.

Suspiré frustrada.

Sí, definitivamente la vida de mi hermana era la envidia de toda mujer soltera que quiere desesperadamente dejar de serlo. Lo ideal, la Meca.

—Hola, Steve —lo saludé de vuelta con una sonrisa inocente.

—Ciara se acostó con Matías —anunció Moira y casi me da un patatús.

—Ya era hora —contestó Steve como si no fuera la mayor cosa acercándose a la estufa para curiosear.

—¡Steve! —grité porque estaba segura que si no dejaban de hablar del uso que le daba a mis genitales me iba a dar algo parecido a una embolia.

—¿Qué? —me preguntó perplejo con la cuchara de madera a medio camino entre la olla y su boca—. ¡Son como una pareja con cincuenta años de casada! Han pasado de todo juntos. Eso era lo que les faltaba para completar la lista.

—Creo que las parejas con cincuenta años de casadas ya no tienen sexo —dije de lo más digna.

—Espero que eso no sea verdad —respondió Steve perplejo—. Aunque, imagino, habría que tomar en cuenta la edad en la que se casaron.

—¿Te acuerdas aquella vez que a Ciara le dio mononucleosis en la universidad? —intervino Moira emocionadísima, pasando de nuestras consideraciones sobre los hábitos de dormitorio de las personas de la tercera edad. Nunca nadie habló de la mononucleosis con tanta alegría.

—El pobre Matías la cuidó sin importarle el contagio —respondió Steve tras darle una probada al estofado—, y te llamó para que le dieras tu receta de sopa de pollo casera que preparó con una hornilla eléctrica que metió a hurtadillas en el dormitorio universitario.

—O el día de nuestra boda…

—Bailaron como si hubieran tomado clases.

—Tomamos clases —aclaré casi gruñendo.

—Y eso, querida Ciara —Steve me apuntó con el dedo—, se llama compromiso. Ningún hombre toma clases de baile por gusto.

—Y ahora, cariño —Moirá pasó los brazos por el cuello de su esposo—, mantén a los niños allá abajo que mi hermanita y yo vamos a sostener una conversación sobre penes, vaginas y orgasmos, y tú sabes que todo lo repiten en la escuela.

—Ustedes las mujeres son unas pervertidas. —La abrazó por la cintura—. Luego hablan mal de los obreros de la construcción.

—Y procura que se cansen mucho brincando de un lado para el otro. Debemos meterlos en la cama temprano. —Le dio un beso breve en los labios—. Tú sabes cómo me ponen esas conversaciones.

—Hasta las conversaciones sobre punto de cruz te ponen así. —La besó de vuelta, aunque en esta oportunidad el beso se demoró un poco más.

—Bordar es sexy. —Moira lo besó. Sí, otra vez—. Con todo eso de agujas de entran y salen. Entran y salen.

Aunque hice la mímica de quién está vomitando, más que nada porque era mi deber como hermana menor, no pude evitar pensar «eso es lo que yo quiero». La intimidad, el afecto, el amor y la complicidad que se manifestaba en esa casa a pesar de que tanta perfección, representada en cojines perfectamente colocados, tarros de especias siempre con la etiqueta hacia afuera y alfeizares con violetas florecientes, podría hacerlo parecer ficticio.

—Adiós, Ciara —se despidió Steve cuando iba de salida con una sonrisa pícara, aunque ausente, en sus labios.

Obviamente ya estaba haciendo planes sobre lo que ocurriría cuando el par de diablos, también conocidos como mis sobrinos, estuviesen dormidos.

—Muy bien, hermanita mía —anunció Moira poniendo una botella de escocés sobre la mesa, justo al lado del plato de galletas que habíamos estado consumiendo antes. Obviamente ya

habíamos dejado atrás el horario infantil—, comienza desde el principio.

Y así, entre un trago y otro, le conté todo: la boda de Basura, las citas y todo lo ocurrido con Matías en los más elaborados detalles que fui capaz de recordar o de admitir públicamente.

—¡Y esta mañana casi creí que estaba actuando como si nada hubiese pasado! —dije para finalizar la historia—. Preparó el café, me contó de su día y cuando pensé que estaba a salvo me soltó la bomba: «te amo, Ciara».

—¿A salvo?

—Y la cosa se pone peor.

—¿Peor?

—Tiene tiempo planeando todo esto —dije horrorizada—. Aparentemente ha estado enamorado de mí toda la vida.

—¿Quién lo hubiese imaginado? —dijo sarcástica.

—Y toda su bondad y su actuación de amigo perfecto —proseguí porque no quería explorar en ese momento el porqué del humor ácido de la primogénita de mis padres—, no ha sido más que una tapadera. Nunca ha sido mi amigo, siempre estuvo esperando algo a cambio.

—Toda una mente criminal.

—Exacto.

—Eres una imbécil.

Por unos segundos la miré confundida.

—¿Quién? ¿Yo? —pregunté indignada. ¿Es que acaso no había escuchado nada? —. ¿Te das cuenta que Matías ha estado mintiendo y su confesión, tal vez, era solo un plan para ponerme donde quería?

—Creo que ya te tuvo donde quería. —Se encogió de hombros—. Y, sí, eres una imbécil.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¿Hubiese sido mejor que tras tener el mejor sexo de tu vida, el sujeto con el que vives, al que tienes que ver diariamente, actuara como si nada ocurriera?

—Sí —dije desafiante.

—¿Por qué?

—Porque ahora todo cambió, las bases fundacionales de mi vida tienen una grieta.

—No seas dramática. —Con un gesto displicente se puso de pie y comenzó a trajinar nuevamente en la cocina—. Solías ser más divertida. De niña siempre te reías, no tenías miedo a nada, te arriesgabas a todo.

—Así son los niños. Todos nos damos cuenta de nuestras carencias cuando llegamos a la adolescencia.

—La mayoría de los adolescentes pasan por eso y lo superan, pero tú nunca lo sufriste, no mientas que yo estuve ahí. Aun de adolescente eras divertida y te importaba poco lo que los demás pensaran, tú familia incluida. Cuando te fuiste a la universidad, todavía eras el tipo de mujer que pone en alto la reputación de despreocupadas de las pelirrojas, pero desde Basura… —Negó con la cabeza y suspiró como si ese fuera un tema que prefería no discutir—. Te acostaste con un hombre encantador que te ha amado por años, todos lo sabíamos menos tú, y, considerando que, además, está dotado, según tus propias palabras, como un actor porno, cualquier mujer estaría elevando una plegaria por su buena suerte, incluso considerando algún tipo de ofrenda que involucre un fuego.

—No es un hombre cualquiera. ¡Es Matías!

—¿No has pensando que fue tan bueno precisamente porque es Matías?

—No —le dije horrorizada.

—Es bien sabido que el sexo es mucho mejor con una persona que conoces y que te conoce, que se preocupa por ti. La intimidad hace todo mucho más divertido porque no tenemos miedos, porque no nos preocupamos por lo que la otra persona podrá pensar de nosotros.

—No se suponía que debería ser así. —Con los dedos me di unos golpecitos en la boca tratando de encontrar las palabras precisas—. Yo quería tener citas, conocer a una persona de la cual me enamoraría, por la que perdería la cabeza, y él, esa persona sin rostro, eventualmente me seduciría con pequeños roces y tiernos besos. En ninguna de mis fantasías terminaba yo saltando sobre un hombre como un león hambriento, sobre todo un hombre que significa tanto para mí como Matías.

—Toda esta premisa de querer enamorarse de un extraño suena mucho a cobardía con un toque de inmadurez. Quieres el cuento infantil, el romance de época, no los problemas de la vida real. ¡Deja de esconderte, Ciara!

—¿Ahora eres discípula de Freud? ¿Vas a decir que las adolescentes que quieren ser sirenas esconden un profundo terror al sexo?

Moira suspiró frustrada.

—Toda relación es distinta hermanita, no hay una fórmula. —Regresó a la mesa y se sentó frente a mí—. Algunas personas tienen sexo el día que se conocen y, a pesar de lo que se dice, entablan una relación duradera; otras siguen esa progresión con la que sueñas o son amigos antes de convertirse en pareja y, en algunos casos muy raros, hay personas se convierten en pareja antes de darse cuenta que lo son. —Moira sonrió indulgente y, tal vez un poco triste—. Lo que nunca sucede es encontrar nuestra pareja ideal cuando pretendemos ser otra persona, una versión más amable y comedida de nosotras mismas. Mentir o mentirnos, nunca es una buena opción.

—Mentir es lo que hizo Matías.

—Y esa es una excusa de mierda y lo sabes; algo a lo que te estás aferrando para justificar tu estúpida reacción. —Me señaló con la cuchara de madera que todavía tenía en la mano—. ¿Por qué es tan terrible tan solo considerar que Matías te ama? ¿De qué tienes miedo?

Inmediatamente por mi mente pasaron imágenes aterradoras: mi novio de secundaria que me dejó la noche antes de la graduación, mi relación con Basura, la forma en la que me dejó para un año después casarse con otra, todas mis citas desastrosas de las últimas semanas. Era todo un catálogo de horror, una prueba fehaciente de algo tan terrible que me negaba a admitirlo en voz alta.

—Tienes que preguntarte qué es lo que quieres, Ciara —estaba a punto de responder, pero Moira levantó el dedo silenciándome—, y no se vale decir que quiere que todo siga como estaba porque eso ya no es posible.

—En ese caso, no tengo la menor idea. —Crucé los brazos sobre el pecho como toda una niña malcriada—. Vine para que me aclararas las cosas, no para tener que hacerlo yo solita.

Moira suspiro nuevamente, pero este suspiro era diferente. Mi hermana tenía todo un catálogo. Este último era del tipo que solo las madres saben hacer cuando sus hijos se ponen difíciles y quieren que se den cuenta sin emitir palabra.

No sé por qué, pero nosotras, las mujeres sin hijos, somos incapaces de emularlo.

—Imagina esto entonces —dijo finalmente—: En algunos años, tal vez menos, Matías encontrará a alguien que lo aprecie y lo haga feliz. Como todos los machos de la especie humana, cuando esté cansado de estar solito, decidirá que es momento de tener una familia y, si la mujer con la que está reúne los requisitos básicos de hacerlo sentir bien y no generar mucho

drama, se casará con ella y tendrán una prole de niñitos muy rubios con los ojos azules, porque, contrario a lo que dice tu experiencia con la ficción, el amor no toca a la puerta una sola vez. Todos tenemos la facultad de enamorarnos muchas veces y de distintas maneras. Matías no será la excepción. ¿Eso cómo te hace sentir?

Vale que a medida que Moira fue hablando, cada escenario tomó forma en mi mente con Matías y una protagonista femenina que no era yo, sino que tenía un rostro tan invisible como el de aquel con el que imaginaba tener la cita perfecta. De más está decir que las sensaciones de mi estómago fueron mucho más fuertes que cuando vi todas y cada una de las entregas de «El Conjuro». Es decir, el pánico irracional tomó posesión de mi lóbulo frontal.

—Si siguen siendo amigos para ese momento —continuó Moira porque mi hermana podría fácilmente hacerle a suplencia a John Kramer, el famoso Puzzle de la película «Saw»—, estarás paradita en la iglesia con tu mejor vestido viéndolos a ambos salir hacia el atardecer e irás a los bautizos…

—Matías no es católico —la interrumpí porque necesitaba que dejara de pintar imágenes terribles en mi cabeza—. No habría bautizos.

—Pero sí cumpleaños, aniversarios, y serías para los hijos de Matías lo que eres para los míos: La divertida tía Ciara.

Quería vomitar.

—¡Calla ya! Eres malvada.

Moira sonrió ampliamente como si le hubiese hecho un cumplido.

—Pensé que te agradaba ser la divertida tía Ciara.

—Amo ser la divertida tía Ciara para tus hijos.

—No para los hijos de Matías —afirmó ampliando todavía más a sonrisa. Vale que no sabía que mi hermana pudiese sonreír tanto—. Si quieres evitar esos escenarios apocalípticos —continuó—, tienes que hablar con Matías, poner las cosas en claro. Honestamente, si querías salir con un tipo encantador y comenzar una relación, bien podrías comenzar por la opción que tienes más cerca. A fin de cuentas, ya conoces todos sus defectos y él los tuyos. A menos, claro, que no sientas ningún tipo de atracción por Mattie y no te veas volviendo a besarlo, acurrucándote con él mientras le metes las manos por debajo de la camisa…

—Una relación es más que eso.

—Sí, pero todo el más, ustedes ya lo tienen, ¿por qué crees que nunca pensaste en tener una relación después de Basura? ¿Por qué crees que no echabas en falta tener una pareja? Solo falta querer dar el siguiente paso, que tú, concretamente, quieras dar el siguiente paso.

Yo.

Todo dependía de mí: Mi felicidad futura, mis relaciones, la forma en la que mi vida iba a transcurrir a partir de este punto.

¡Joder que eso de ser una mujer moderna e independiente que se encarga de su vida algunas veces apestaba!

Como ven, mi hermana es la deidad universal de poner lo que puede estar mal, todavía peor, y en vista de los escenarios esbozados, tomar una decisión y hablar con Matías parecía ser mi mejor opción.

¡Moira siempre tiene la razón!

Ese debería ser el nombre de su canal de YouTube.

Capítulo Trece

«Lo hombres son un poco lentos. Algunas veces no entienden las sutilezas»

Ciara Whelan, «Quiero una cita» Episodio 2

La visión que tuve cuando regresé al dúplex no ayudó mucho al propósito de sostener una conversación y poner las cosas en claro sobre lo que iba a suceder con nosotros. Matías estaba acostado en el sofá, vestido únicamente con unos vaqueros desgastados, jugando con tu teléfono.

No se trataba de una visión que inspirara precisamente hablar.

¿Desde cuándo hasta sus pies eran perfectos?

¿Desde cuándo eran sexys?

¿Por qué sentía que había vagado por el desierto y él era un oasis?

—Menos mal que llegaste —me dijo apartando la mirada del teléfono y sonriendo lo que, de más está decir, hizo que se me aflojaran las rodillas—. Muero de hambre. ¿Moira mandó algo?

—Estofado de cordero y pie de limón —dije escurriéndome hacia la cocina sin molestarme si quiera en encender la luz.

Muchas veces había visto a Matías sin camisa y descalzo. No había razón lógica para que ahora me entraran calorones como si estuviese en medio de un episodio de menopausia anticipada.

Claro que antes no sabía que se escondía debajo, lo que era capaz de hacer con sus manos y su boca, los sonidos que emitía desde su garganta cuando se aproximaba al final.

—Él no ayuda y tú tampoco —dije reprendiendo a mi mente en voz baja porque ya bastaba de repetir esas imágenes una y otra vez ante la menor provocación.

¿Sería que morí y estaba ahora en mi infierno particular? ¿Ese que repite una y otra vez tu peor temor? ¿Dónde estaba entonces Lucifer Morningstar?

Lo más triste es que ni imaginar a Tom Elis torturándome lograba que dejara de pensar en Matías medio desnudo.

Abrí el refrigerador buscando refrescarme y también algo de comer a pesar de que el estofado y el pie de limón de Moira estaban sobre la encimera.

Era esa extraña sensación, muchas veces recurrente: quería algo, sólo que no sabía exactamente qué. ¿Chocolate? ¿Crema Batida? ¿Chocolate y crema batida sobre un pecho desnudo?

¡Basta!

—¿Quieres una cerveza? —pregunté con un grito y sin voltear porque debía sacar esos pensamientos de mi cabeza. Necesitaba retomar la normalidad para poder tener una conversación adulta con Matías.

—Seguro. —La voz del susodicho sonó en mi oído justo en el momento en que sentí sus manos posarse delicadamente sobre mis caderas.

Involuntariamente di un respingo que me llevó a estrellar mi espalda en el pecho desnudo y mi trasero contra…No podía ni siquiera pensarlo, a pesar de que mi *derriere* tenía la extraña necesidad de bailar Lambada.

—¿Qué pasa Ciara? —preguntó todavía con ese tono bajo, seductor. Lo que llaman «tono de dormitorio»—. Pareces nerviosa por algo.

—¿Yo? No, por nada.

Y tratando de escaparme, de pretender que estaba fresca como una lechuga, cometí la estupidez de inclinarme para sacar las dos cervezas.

En lo que me di cuenta de la comprometida posición en la que me encontraba, teniendo en cuenta que ni Matías ni sus manos se habían movido, cerré el refrigerador sin sacar las botellas y me incorporé lentamente, como para que nadie notara que yo sí me había dado cuenta que estaba en la posición perfecta para ser descubierta como la estrella porno *plus size* del momento.

Claro que eso nos dejó justo donde estábamos antes de que intentara escapar hacia adelante, con el añadido de que ahora estábamos a oscuras y alguien, o más bien dicho algo, se había despertado dentro de los pantalones de Matías en el proceso y, es más, quería hacer notar su presencia tal vez con la secreta intención de que hiciéramos algo al respecto.

¡Pues no señor pene!

Hay que hablar primero.

Lo normal, racional y adulto hubiese sido que me apartara, encendiera la luz y sacara los platos para que nos comiéramos el puto estofado; sumergiéndonos a la fuerza en nuestra cómoda cotidianidad donde éramos ciegos y sordos ante evidentes bultos bajo los vaqueros, pechos desnudos o pezones que, sin previo aviso, se ponían en alerta.

La cosa era que no quería moverme.

—Ciara —la voz de Matías sonó otra vez en mi oído. Parecía al mismo tiempo una súplica y una orden. Toda mi piel se erizó—. ¿Quieres que me aparte?

—¡No!

La negativa fue espontánea y salió, al igual que la voz de Matías hacía pocos segundos, como una súplica y una orden. Al parecer estábamos ambos contagiados de la misma cosa.

«De amoooooorrrrr», dijo una vocecita burlona en mi cabeza.

—Matías…

Y alguien llamando a la puerta cortó toda posibilidad de que descubriera qué diríamos o haríamos a continuación, qué opción pondríamos sobre la mesa, porque en una situación como esa teníamos que escoger alguna: el estofado o mi culo.

Por unos buenos dos segundos, simplemente nos quedamos allí, sintiendo el sonido de nuestras respiraciones, como dos malhechores que escapan por los pelos de una situación de riesgo y contienen hasta sus exhalaciones esperando que la policía no los descubra.

Claro que, en este caso, sería la «Policía de los Amigos de Toda la Vida», institución que tiene un severo código de comportamiento sobre conductas sexuales inapropiadas entre sus miembros o, tal vez, la «Policía de las conversaciones que deben tenerse antes de seguir metiendo la pata».

Ese era, a todas luces, un título demasiado largo.

La puerta volvió a sonar. Escuché un suspiro y luego solo el frío que trae la ausencia del cuerpo que deseas cuando se aleja para ir a atender llamadas inoportunas.

Aquel que movía las palancas del universo se debía estar divirtiendo o, tal vez, le había dejado el mando a un bebé de dos años que tocaba botones al azar moviéndonos a nosotros, los pobres humanos, en cualquier dirección, como marionetas a merced de alguien con epilepsia.

—¡Matías! ¿Cuánto tiempo sin verte?

Mierda.

¿Se podían escuchar visiones?

Otra pregunta para Google.

La voz me dejó mucho más paralizada de lo que ya estaba, pero no con añoranza, expectativa

o extraños calorones; sino con un horror helado. De mi sesión de «El Conjuro» con Moira, había pasado directamente a la fértil imaginación de Stephen King.

No podía ser.

Era imposible.

Poco a poco me di la vuelta y ahí, en todo su horrendo y malvado esplendor, ensuciando con su odioso recuerdo nuestro hermoso recibidor, estaba, nada más y nada menos, que el causante de todos mis males: El Señor Basura.

—Jon —dije como si al decir su nombre, el de verdad, esa denominación sin la H correspondiente que solo utiliza la gente pretenciosa, o más recientemente los seguidores de Juego de Tronos, fuese a hacerlo desaparecer.

Volteó a verme y sonrió más ampliamente.

Primero Moira y sus sonrisas extrañas y ahora Basura. Como que era el día oficial para que las personas normales exhibieran sonrisas dignas de Venom.

No había cambiado mucho. Tampoco es que la gente sufra grandes transformaciones en el lapso de un año, más si ya son adultos, pero en mi mente y en mi vida había pasado demasiado tiempo. Vestido de traje y corbata, con su cabello oscuro perfectamente peinado y el rostro bien afeitado, era la imagen de un publicista salido de «Mad Men».

—¡Ciara! —dijo como si de verdad se alegrase de verme, con esa sonrisa fácil y amigable que siempre tuvo que dejaba con la boca abierta a incautas jovencitas y a potenciales clientes. Vaya que tanta efusividad gratuita me hacía sentir el ratón Mickey y él un niño de cuatro años—. La vida te trata bien, aparentemente. Comida de seguro no te falta. —Se rio en voz alta de su propia broma de mal gusto y necesité de todo mi autocontrol para no pedirle a gritos que se fuera de mi casa. Tomó la mano de una mujer en la que no había reparado hasta ese momento—. Déjame presentarte a mi esposa, Helena. Creo que debes haber recibido la notificación de nuestra boda en el correo. —Se volvió hacia su nueva mujercita—. Amor, ella es Ciara, la amiga de la universidad de quien te hablé.

¿Amiga de la universidad?

¿Amiga?

No la novia de la universidad, no la mujer que vivió con él hasta hace poco más de un año. No. Solo la amiga de la universidad, una simple compañera de clases.

Hijo de puta.

«Inhala y exhala, Ciara. Si te poner a dar gritos ahora, el imbécil va a pensar que todavía te importa. Jamás creería que tus gritos tienen que ver únicamente con su exhibición de malos modales».

Con una sonrisa de dientes perfectamente blancos e irrealmente parejos iluminando su rostro, Helena me tendió una mano con una manicura sin fallas rematada con un color de esmalte beige, ese que combina con todo y que siempre se ve de lo más elegante. Es más, todo en ella parecía ser así, suavemente distinguido: la ropa color crema en su delgada figura que contrastaba con un cabello oscuro súper brillante, los zapatos *nude* y las joyas discretas. Hasta la enorme roca, que suponía era el anillo de compromiso que le regaló el señor regente de los desperdicios mundiales y que ahora estaba antecedido por un aro matrimonial que parecía ser de platino, no lucía estrambótica. Si había imaginado a la ahora esposa de mi ex como Versace, pues resultó Carolina Herrera.

La pregunta era, ¿cómo alguien como Basura, había atrapado a una mujer así?

—Encantada —dije estrechando su mano.

Aunque aún no había podido convocar una sonrisa, merecía una medalla de buen comportamiento.

—Y este es el famoso Matías Vanhala —intervino Jon, redirigiendo la vista de su esposa hacia ese Matías sin camisa. MI Matías sin camisa, que parecía estudiar toda la situación con cautela y ojo crítico.

El rostro de Helena no tuvo nada de cauteloso cuando se encontró con el de Matías. Se iluminó como si le hubiesen conectado una batería y yo solo quería atravesarme en su camino con los brazos abiertos en cruz para mayor seguridad, y mandar a Matías a buscar algo de ropa.

—Soy una gran admiradora de tu trabajo —dijo Helena antes de que pudiese interceptar su mano y decirle: «Mío. No te lo presto. No lo toques que se rompe».

—Muchísimas gracias —respondió Matías devolviendo el gesto; cordial, pero no excesivamente interesado.

Bien por Matías.

—Lamento si interrumpimos algo —intervino Jon, obviamente dándose cuenta de que su esposa estaba de lo más interesada en el pecho desnudo de Matías—. Debí avisar que vendríamos, pero si bien tenía tu dirección, Ciara, no tenía tu número de teléfono, así que nos aventuramos.

—Que nadie diga que no eres todo un valiente —dije tratando de sonar dulce y no lográndolo completamente.

—¿Quieren sentarse? —ofreció Matías haciendo el gesto respectivo, aunque sin la sonrisa que normalmente lo acompaña, y nuestros dos invitados inesperados no perdieron tiempo para apoltronarse en el sofá—. ¿Les ofrezco algo?

—Yo me encargo de eso. —Me adelanté y lo miré significativamente—. Tú deberías buscar una camisa mientras tanto y, ya que vas a estar en eso, los zapatos también vendrían bien.

Un gesto de duda pasó por el rostro de Matías, miró alternativamente a Basura y a su flamante esposa en el sofá, y luego a mí, de pie y con mi cara de palo. Luego se inclinó y me dio en beso en la mejilla.

—Pórtate bien —susurró en mi oído—. Terminará pronto.

—Si no la mato antes por estar viéndote medio desnudo —susurré de vuelta—, y será tu culpa por exhibicionista.

Cuando Matías se incorporó lucía en su rostro la expresión que temí que tuviera tras la mirada apreciativa de Helena y, por alguna razón que no me atrevía indagar, le sonreí de vuelta.

—¿Qué les puedo ofrecer? —pregunté a la parejita en lo que Matías alcanzó la escalera—. ¿Café? ¿Té? ¿Cerveza?

—Agua para mí —dijo Helena y casi puse los ojos en blanco.

—Yo te acepto la cerveza.

Regresé a la cocina, y solo por llevar la contraria, a nadie en particular solo al mundo; le llevé a Helena el agua en la botella plástica original y lo mismo hice con la cerveza de Basura. Sin vasos, sin bandeja. Solo se los ofrecí directo de mi mano a la de ellos.

—¿Y qué los trae por aquí? —pregunté sin sentarme. Ahora que no estaba el escudo que siempre significó Matías, mi tono era levemente altanero. Solo me faltó ponerme las manos en la cintura.

—Helena es una gran admiradora del trabajo de Matías desde que comenzó su carrera como modelo —explicó Jon—, y cuando se enteró de que fuimos juntos a la universidad, me pidió que si podía arreglar algo para conocerlo. Sabía que si alguien mantenía todavía contacto con el

famoso Matías Vanhala, ese alguien eras tú. Por eso se me ocurrió venir a visitarte. —Miró a su alrededor como evaluando el precio de nuestro apartamento, muebles incluidos, y su mirada de detuvo en las fotografías de nosotros juntos que estaban repartidas en varios lugares—. Nunca pensé que me los encontraría viviendo juntos. Claro que debí imaginarlo cuando conseguí tu dirección para enviarte la notificación de la boda: Un apartamento en este edificio y en esta zona, no es algo que esté a tu alcance. Pero bueno, en esos momentos estaba pensando en otra cosa.

Miró a su esposa con adoración, le tomó la mano y se la llevó a los labios.

—Es curioso, cuando recibí la notificación de la boda no pude dejar de preguntarme en qué estarías pensando cuando la enviaste. —Lo miré levantando las cejas y con una sonrisa apretada en los labios. El muy hijo de puta no pareció ni notarlo.

—Debo decir que cuando Mattie abrió la puerta ni siquiera me sorprendí. Es tan obvio que debí preverlo. Si hay una definición de la pareja perfecta, eso son ustedes. —Miró a Helena—. Tendrías que haberlos visto en la universidad, antes de que nadie imaginara que Matías se convertiría en uno de esos fotógrafos capaces de impulsar carreras. Eran de esos que hasta completaban las frases del otro. Una vez…

Dejé de escucharlo porque el horror llegaba en alta definición: Si lo conocía bien, y vaya que lo conocía, la visita de Basura era solamente un intento por impulsar una carrera en el mundo del modelaje de su esposita, que tenía todo el tipo, y quería usar para ello al pobre de Matías al que prácticamente ignoró durante toda nuestra vida universitaria, y cuando no lo ignoraba, era para hacer algún tipo de comentario fuera de lugar, como ahora estaba haciendo conmigo.

«¿Qué esperabas, Ciara? Por algo lo llamas Basura».

No iba a permitirlo.

¡No señor!

También estaba lo otro, claro: Jon estaba convencido de que Matías y yo éramos pareja. Tenía que sacarlo de su error, ¿verdad?

Ahora.

Lo más pronto posible.

Antes de que Matías regresara.

No quería.

Llámenme superficial, idiota, malvada u oportunista. Lo que quieran.

Mi peor miedo estaba allí, sentado en mi recibidor: Mi ex, casado con una mujer que no solo parecía modelo, sino que lo era; obligándome a admitir en voz alta «estoy soltera, tengo sobrepeso y el delicioso finlandés que vive conmigo, que paga todas las cuentas y es dueño de este apartamento divino, es solo mi amigo. Sí, hiciste bien en huir, algo está mal conmigo».

Horror de los horrores.

Y lo más gracioso, y no de lo gracioso que da risa precisamente, era que no tenía nada que ver con Jon específicamente, con nuestra relación de dramático final. Verlo allí, tomado de la mano con Helena en mi sofá, no me llenaba de celos o envidia. Después de la impresión inicial, el remanente de mis sentimientos por ese hombre, buenos o malos, habían vuelto al mínimo, simplemente lo encontraba desagradable. Era más bien que su presencia sacaba a flote una especie de espíritu competitivo que ni siquiera sabía que tenía y que estaba segura que saldría a relucir con cualquier compañero de la universidad o, incluso, de la secundaria.

Quería demostrarle al mundo que mi vida era perfecta, una maravilla, digna de ser exhibida. Una foto con millones de corazoncitos y un alto porcentaje de respuesta en las redes sociales.

¡Culpemos a los algoritmos malvados y a la cultura mediática actual que nos hacen creer que

el valor real del mundo es lo que parecemos y no lo que somos, y a la baja autoestima que eso trae consigo!

Claro que esa imagen perfecta que quería proyectar, era MI imagen perfecta, no la de Basura, ni la de Moira; era la que tenía en mi mente, una suma de mis sueños y aspiraciones superficiales, de nadie más. Lo curioso es que esa era la vida que tenía, más o menos, solo le faltaba Matías durmiendo cada noche en mi cama, o yo en la suya. No soy exigente.

¡Mierda!

Como el que convencimiento llegaba en el momento menos oportuno y gracias a una respuesta visceral y no meditada.

¿Quién lo diría?

—Y así es que se volvieron inseparables —concluyó Jon la historia que seguramente estaba errada y yo solo sonreí distraída, todavía procesando el horror de que mi foto perfecta incluía a Matías no solamente como mi mejor amigo y yo me había negado la posibilidad por estúpida. Moira tenía razón, como de costumbre, pero todavía tenía tiempo de arreglar esto. Todavía podíamos hablar. Solo tenía que deshacerme de Jon—. Imagino que un afamado fotógrafo de modas termina harto de cuerpos perfectos. No quiere volver a ver uno cuando llega a casa.

Jon, nuevamente, volvió a reírse solo de su broma que no era graciosa, Helena se veía un poco incómoda y yo solo tenía una cara de WTF, pero por razones completamente diferentes.

—¿Y tú en qué trabajas? —me preguntó la esposa tal vez intentando cubrir las faltas de su marido que a estas alturas ni siquiera escuchaba.

—Estoy en *Boston´s Watchers*.

—¿En serio? —pregunto Jon mirándome de lado, como estudiando una realidad que no se equiparaba con el estereotipo que tenía en la mente—. Los sigo y veo todos sus videos, son geniales, pero nunca te he visto.

—No todos los que trabajan allí tienen segmentos.

—¿Eres secretaria o algo así?

—Soy periodista, con un post grado en Medios de Comunicación —le recordé con una sonrisita en caso de que eso también lo hubiera olvidado—. Así que planifico los contenidos de las redes sociales…

—¿No tienes una sección ni sales en las reacciones o comentarios generales? ¿Sólo pones lo que otros hacen en Twitter y en Instagram? —insistió—. Ese no es un trabajo muy creativo. Imagino que por eso decidiste ser periodista y no publicista.

—Debe ser un trabajo interesante —intervino Helena cuando abrí la boca para mandarlo a la mismísima mierda.

—Lo es —dije y me senté en el sillón con un suspiro derrotado.

Mejor era salir de esto sin drama, recordar lo que me dijo Matías sobre la brevedad del encuentro y no intentar explicar mi trabajo a esta gente. Sería tiempo perdido porque no pensaba incluirlos en mi círculo cercano. Mi enfoque debía estar en deshacerme de ellos lo más pronto posible para poder hablar con Matías y comenzar el resto de mi vida de una buena vez.

—Ya era hora que comenzaras a trabajar, aunque sea en eso —dijo Jon y luego miró a su esposa—. Ciara es de las que le gusta estudiar siempre y no terminar nunca.

—¿Y están en Boston de visita? —interrumpió Matías, apareciendo de la nada ya completamente vestido y empujándome nuevamente al sillón del que me había parado como impulsada por un resorte. Se sentó en el apoyabrazos y dejó su mano en mi hombro.

—No, vivimos aquí ahora —respondió Helena perdiendo todo interés en mí y en mi trabajo

«tan interesante» para mirar a Matías como si concentrara toda la luz del universo.

—¿Qué pasó con Nueva York? —Miré a Jon—. ¿El trabajo soñado en la agencia de publicidad?

—No corrió tan bien como esperaba —contestó de forma desdeñosa, mirando a todos lados.

—¿Y eso por qué? ¿Te despidieron? —insistí. Era mi turno de ser curiosa, insoportable y políticamente incorrecta—. ¿La creatividad no lo es todo?

—Ahora Jon trabaja para mi padre —anunció de lo más orgullosa la flamante esposa.

—¿Tu padre es publicista? —preguntó Matías.

—No, tiene una inmobiliaria. Compra y vende propiedades, y esperamos que, en corto plazo, Jon se convierta en su vendedor estrella utilizando sus habilidades.

—¿Trabajas para su padre? —pregunté viendo a Jon y señalando a Helena con el pulgar —. ¿Vendiendo casas?

Vale, que yo no menosprecio a las personas por el trabajo que realizan. Mi cuñado arregla casas y creo firmemente que es uno de los tipos más exitosos que conozco, mi padre fue empleado de los muelles toda su vida y levantó a una familia; pero en el caso de Jon, que siempre estuvo montado en su gran pedestal mirando desde arriba al resto de los mortales, trabajar para el padre de su esposa, no ejerciendo la carrera de la que tanto se vanagloriaba, era como Navidad en Primavera.

Y el muy maldito se atrevía a criticar mi trabajo.

—Las técnicas son similares —respondió Jon cada vez más incómodo—. Vender es vender.

—Y te iría mejor si usaras las redes sociales —dije con una sonrisa de suficiencia—. Puedo recomendarte un par de cursos que son muy buenos. Tú mismo lo dijiste, me he pasado la vida estudiando.

—Debió ser difícil regresar a Boston —intervino Matías casi hablando por encima de mí—. A mí me encanta Nueva York.

—Jon estaba pasando por un momento muy malo en la agencia —explicó Helena. La conversación parecía moverse en dos líneas paralelas. La mía con Jon llena de insinuaciones de lado y lado y una más civilizada entre Helena y Matías—. Queríamos mudarnos juntos, pero no teníamos seguridad del futuro con el trabajo de Jon pendiendo de un hilo porque la crisis ha golpeado a todo el mundo. Entonces papi intervino. —Sonrió como si acabara entrar a escena Henry Cavill con la capa de Superman. Toda una niña de papá—. Le ofreció el trabajo a Jon con la única condición de que nos casáramos y nos mudáramos nuevamente a Boston. Mi familia quería tenerme de vuelta porque me fui a Nueva York a intentar trabajar como modelo. —Vio a Matías de soslayo tal vez un poco avergonzada—. Eso tampoco estaba resultando.

—Es por eso que están aquí ahora. Te buscaban a ti —afirmé mirando a Matías con una sonrisita en los labios—. De hecho, esperaban que yo —me toqué el pecho—, los pusiera en contacto contigo. —Lo señalé—. Un favor y no una visita social, por decirlo de alguna forma.

Matías dejó de verme y le lanzó una mirada helada a Basura.

—Todo es mi culpa —dijo Helena porque había que ser muy estúpido para darse cuenta que esta no era una visita social bien recibida—. Jon dejó su trabajo en Boston por mí y cuando decidimos regresar también lo hizo por mí. Ahora estamos aquí porque yo se lo pedí.

—¿Cómo que dejó Boston por ti? —pregunté porque eso no cuadraba.

—Nos conocimos en uno de sus viajes de trabajo a Nueva York, pero las relaciones a distancia son muy difíciles y yo estaba tan enfocada en tratar de hacerme un portafolio que no podía venir frecuentemente. Así que Jon buscó trabajo en Nueva York y cuando lo consiguió se

fue inmediatamente a vivir conmigo. Ahora me siento responsable…

—Un momento. —Detuve a Helena porque sentía que iba a hiperventilar. La mano de Matías apretó un poco mi hombro—. ¿Ustedes dos comenzaron su relación cuando Jon todavía vivía en Boston?

—Sí y esos meses de relación a larga distancia…

—¿Meses? —insistí, mi voz saliendo un poco más aguda de lo normal, casi un chillido.

—No tienes por qué culparte, amor. —Basura tomó la mano de su esposa. Luego me miró—. No es su culpa. Mis decisiones, mis errores, son míos.

—Y eres tú quien debe pagar las consecuencias o hacer lo posible por enmendarlos —dijo Matías con un tono que podría congelar el infierno—. No andar por allí pretendiendo que no ocurrió nada.

—Pero todo ocurrió como debía de ocurrir —dijo Basura mirando a Matías—. Estoy casado con la mujer que amo y estoy de vuelta a la ciudad en la que realmente quiero vivir. Es así como tú y Ciara, finalmente una pareja, juntos y felices. Como le estaba diciendo a Helena, es como siempre debió ser. Hay quien incluso podría pensar que les hice un favor. —Miró a su esposa—. Yo los junté.

Matías me miró confundido, finalmente poniéndose al día con las suposiciones de Jon, y yo le respondí con el pánico reflejado en los ojos, como el de un pequeño animal herido y acorralado.

—Solo quiero tu opinión sobre mi portafolio —intervino Helena porque habría que ser demasiado tonto para no entender que había algo raro en todo el intercambio, que, de alguna forma, Jon no estaba en posición de pedir ningún tipo de favor en esta casa—. Una opinión honesta y algún consejo, si no es mucho pedir.

Ahora era Matías el que se veía un poco incómodo. El eterno caballero nunca podría resistirse a una damisela en apuros, y en este caso había dos damiselas muy, muy apuradas y cuyos intereses iban en direcciones opuestas porque esta damisela solo quería deshacerse de la inoportuna visita porque sentía que el viejo cáncer había regresado causándome un dolor insoportable en el medio del pecho.

—¿Lo trajiste contigo? —preguntó Matías sin dedicarle a Jon ni la intención de su visión periférica.

—Nunca sería tan osada de hacer algo así sin preguntar antes —respondió Helena apenada—, pero podríamos organizar algo. He estado pensando en hacer una cena con unos amigos. Como ahora vivimos en Boston y estamos casados, estamos buscando otras parejas con las cuales relacionarnos. Nos encantaría que pudieran venir.

¿Iban a seguir machacando lo de la pareja?

No tenía tiempo para ese conflicto. No tenía sentimientos de sobra para ese malentendido.

Basura no solo me había abandonado de la peor manera posible, había sido premeditado. ¡Me había estado engañando por meses!

Matías me miró con la duda en sus ojos. No sé si quería que confirmara en voz alta que quería pasar otra jornada con Jon y Helena, con el añadido de sus amigos, que probablemente serían tan odiosos como ellos; o si esperaba que fuese yo la que desmintiera el error de apreciación sobre nuestro estatus sentimental que este par insistía en señalar, como si sintieran que mi mejor amigo y yo teníamos una conversación pendiente sobre ese tema y quisieran enterrar más el aguijón de mis malas decisiones, pero yo no estaba para pensar en pequeñeces. Como dije, no tenía sentimientos de sobra para emplearlos en esa situación.

En ese momento yo solo podía concentrarme en respirar. Inhalar y exhalar. Estaba a punto de

estallar.

—Puedes llamarme cuando tengas todo organizado —dijo Matías, como si tuviera una especie de sexto sentido que le indicaba que de un momento a otro yo iba a empezar a berrear—, y yo veré cómo está mi agenda para la fecha.

—Pero me gustaría tanto que pudieran venir. —A Helena lo que le faltó fue hacer un puchero —. ¿Por qué no me dices cuándo tienes tiempo libre y yo organizo de acuerdo a esa fecha? Podría ser mañana mismo.

—Mañana es la fiesta de cumpleaños de mi sobrino —dije casi que en automático.

—¿Y cómo está Moira? —preguntó Jon dándole el último trago a su cerveza.

—La misma de siempre —le respondió Matías dejando implícito con su tono el «si te ve, te pateará el trasero y tal vez usará uno de los martillos de Steve»—Avísanos cuándo organices tu reunión —dijo Matías mirando a Helena y poniéndose de pie abruptamente—. Te prometo que haré lo posible por ir.

Los inoportunos e insistentes visitantes captaron que estaban siendo invitados a marcharse y se pusieron de pie.

—¿Te molesto con una foto? —dijo Helena sacando su teléfono cuando ya estábamos llegando a la puerta—. No todos los días conozco una celebridad y puedo presumir.

Todos nos quedamos congelados por unos segundos.

Esta mujer definitivamente no entendía las indirectas.

Sentía que estaba atrapada en una de esas películas de horror donde los protagonistas escapan por los pelos de una situación horrible para entrar en otra situación horrible y pasas dos horas en medio de una crisis de ansiedad.

—Yo la tomo —extendí mi mano para que me diera el teléfono. Cualquier cosa por hacer que se fueran, rápido.

—¿Vienes, cariño? —preguntó Helena ya colocándose para dar su mejor lado a la cámara.

Extendí el brazo que tenía libre, evitando que Jon avanzara y se colara en la fotografía.

—¿Sabes cómo llamaba Jon a Matías en la universidad? —le pregunté a Helena.

—Ciara… —dijo Jon con voz estrangulada.

—Vikingo desnutrido.

Helena abrió mucho los ojos. Matías comenzó a sonreír.

—¿Qué era lo que siempre me decías? —le pregunté a Jon.

—Ciara —insistió. Esta vez sonó como una súplica.

—«¿Por qué no puedes dejar de comer? ¿Es que quieres ser gorda toda tu vida?». Sí, eso era lo que decías.

La cara de Helena era ya de completo horror. Matías estaba sonriendo un poquito. Fue el momento perfecto para tomar la foto.

—Que tengan un lindo día —dije entregándole el teléfono a Jon, que era el que estaba más cerca. Fui hasta la puerta e hice un ademán para que salieran. Algunas veces las sutilezas no son entendidas y debes mostrar, literalmente, la ruta.

Finalmente el mensaje como que llegó donde tenía que llegar y Helena se apresuró hacia la puerta con Jon siguiéndola sin siquiera despedirse.

Cerré tras ellos y me recosté en la puerta mirando a Matías.

—¿Puedes creer a ese par? —pregunté y comencé a reír.

Capítulo Catorce

«No hables de tu ex, mucho menos después del sexo»

Ciara Whelan, «Quiero una cita» Episodio 4

Mi risa se convirtió en carcajadas incontrolables y allí estaba Matías frente a mí, tomando mi rostro entre sus manos como si anticipara que ese arranque de hilaridad no era auténtico, que era solo una respuesta defensiva que pronto se convertiría en otra cosa.

Tenía razón.

La risa casi histérica dio paso a las lágrimas. Primero eran unas silenciosas y discretas que rodaron por mi rostro sin que me diera cuenta, pero pronto se transformaron en sollozos incontrolables, una energía malsana mucho tiempo contenida que estalló de repente.

Si me preguntaban en ese momento, no tenía la menor idea de por qué lloraba de esa forma. Simplemente dolía, dolía mucho y no era por Jon y su felicidad sin mácula, ni siquiera por su falta de remordimiento o arrepentimiento por su reprochable conducta; dolía la humillación, dolía la vergüenza, dolía ser considerada tan poca cosa que ni siquiera ameritaba una disculpa.

—Ciara —dijo Matías limpiando mis lágrimas delicadamente con sus pulgares.

—Me engañó —dije en medio de los sollozos mezclados con esa risa que era mitad amarga mitad asombrada—, como si lo otro no hubiese sido horrible, ahora resulta que también me engañó.

—Lo sé.

—Puse mi vida en pausa, me quedé en la casa tratando de hacerlo feliz y mientras investigaba recetas, pasaba la aspiradora y planchaba sus camisas, él consiguió a alguien más que seguramente no sabe ni freír un huevo. —Otro sollozo—. Se acostaba a mi lado cada noche y hacía planes sobre su nueva vida, con ella.

El rostro de Matías se endureció con una especie de furia asesina.

—Y cuando llegó el momento —continué. Odiaba esa cualidad temblorosa de mi voz, pero no podía evitarla—, simplemente se fue, con ella, y me dejó atrás como a una fea sirvienta poco eficiente en la que no vale la pena ni pensar, y lo peor es que tal vez tuvo razón.

—¿De qué hablas?

—¿La viste? ¿Realmente viste a Helena con su manicura perfecta y ese cabello digno de un comercial de champú?

—La vi. Estuvo sentada frente a mí.

—Es bellísima y seguramente es del tipo de mujer que nunca en su vida se ha manchado de salsa cuando come espagueti. ¿Qué digo? Probablemente Helena no recuerda la última vez que comió espagueti.

—Helena es hermosa y amable, y tú también lo eres.

—En mi forma particular —completé con una sonrisa derrotada.

—No.

—Sí. Es lo que la gente te dice cuando te quiere hacer sentir mejor: Eres linda a tu manera.

—Por favor, Ciara. No es una cuestión estética, por favor no lo mires así, no pongas la culpa donde no va.

—¿En la genética?

—No, no tiene que ver con lo que nos gusta o no, con una apreciación subjetiva de belleza.

Jon fue deshonesto, abusivo y un completo hijo de puta, y todavía lo sigue siendo. Estás mejor sin él, sin una persona que te hace sentir menos a cada paso, que te critica constantemente. Él no te amaba, solo amaba tener a alguien sobre quien sentirse superior, porque cuando amamos a alguien, cuando realmente perdemos la cabeza por esa persona; pueden molestarnos ciertas cosas, pero no queremos cambiarla porque sabemos que cada pequeño detalle, incluso los molestos, conforman esa totalidad maravillosa que nos hace sonreír de solo recordarla. —Matías sonrió, soltó mi rostro y tocó un mechón de mi cabello que rozaba mi mejilla. Lo acarició como si fuese seda—. Yo no cambiaría nada de ti, ni una sola hebra de tu loco cabello. Me gusta llegar a casa y encontrar tus zapatos y tu bolso por todas partes porque me hace sentir que es nuestro hogar, que vives aquí conmigo; me gusta que olvides hacer la compra porque eso me da la excusa perfecta para cuidar de ti, y hasta tu incesante charla sobre series de televisión me agrada porque me permite descubrir cosas divertidas.

Había tanto amor en sus ojos casi transparentes, tanta dulzura en su rostro que mi corazón se infló lleno de ese aire caliente y reconfortante que eran sus palabras.

Mis labios buscaron los suyos. No sé si intentaba que fuese un beso breve o muchos de ellos porque el movimiento fue instintivo, una demanda de mi cuerpo que a mi mente ni siquiera se le ocurrió objetar.

Todo desapareció, tanto los objetos sólidos a mi alrededor como el dolor. Sus besos eran el remedio para cualquier cosa que estuviese mal. De haberlo sabido antes…

Solo recordé que había estado llorando y triste cuando sentí el sabor de las lágrimas en mi boca, ese rastro que deja la melancolía, pero en ese momento, con mis labios sobre los de Matías y él respondiendo el beso, no podía recordar qué las había generado en primer lugar.

¿Cómo no estar feliz cuando tus poros cantan con esperanza y tu cabeza da vueltas, embriagada de tanta dulzura?

¿Cómo parar para sostener conversaciones profundas cuando tu cuerpo te dice que no pares y tu cerebro parece haberse ido de vacaciones y estar disfrutando de demasiados Mojitos en Cancún?

¡Todos sabemos lo que les pasa a los cerebros después de muchos mojitos!

Así que, por segunda noche consecutiva, me apresuré a sacarle la ropa que hacía menos de una hora le había mandado a vestir. El suelo estaba frío, pero no importaba porque hacía un delicioso contraste con el calor que su cuerpo traspasaba al mío y la incomodidad de la dura superficie era un pequeño precio a pagar ya que hubiese sido una tortura mayor apartarme de sus labios, aunque fuese por pocos segundos.

En ese momento no creí que estaba siendo apresurada o irracional, tampoco que estaba aprovechando el momento para evitar la famosa conversación o para brindar una especie de agradecimiento por ser él tan perfecto y estar en mi vida. Simplemente me sentía como si hubiese escapado por los pelos de un asesino en serie y al darme cuenta de lo que pude perder, mi existencia como ser humano independiente, quería ponerme al día con todo: con el amor, el sexo, la vida; el sentirse bien sin complejos con la persona más maravillosa que podría existir en la vida, con mi amigo, antes de ser cualquier otra cosa; con el que estuvo allí desde el inicio y al que, por idiota, nunca vi.

Cuando entró en mí, afortunadamente con menos incomodidad que la noche anterior, aunque con más cautela porque en esta oportunidad él estaba a cargo, quería gritar, carcajearme, dejar salir de alguna forma el placer delicioso que inundaba mi cuerpo. Claro que para hacer eso, hubiese necesitado mis labios, mi boca, y esa parte de mi anatomía estaba demasiado ocupada

besándolo por cualquier lugar que me quedara cerca.

Nunca había sido fanática del sexo. No era que no me gustara ni nada por el estilo, estaba bien; solo que no podía entender por qué la gente arriesgaba todo por él, perdía la cabeza, lo consideraba tan importante. Había pasado un año sin pensar en sexo, sin necesitarlo, y ahora sintiendo a Matías moverse dentro de mí, su peso, su piel sobre mi cuerpo; escuchando nuestras pieles encontrarse y ese delicioso sonido que escapaba de su garganta, quería que no terminara nunca y al mismo tiempo deseaba más fricción para llegar cuando antes a ese punto cumbre, a ese segundo antes de que todo termine para dejarme caer hacia el vacío envuelta en sus brazos. Tal vez, después, quedarme ahí un buen rato, porque cuando esa pasión urgente que parecía consumirme se apagara, estaría en compañía del hombre más encantador, inteligente y divertido que conocía, uno con el que era una delicia conversar o ver los minutos caminar por el reloj sin decir palabra, simplemente vivir, estar.

Estábamos echados ya uno al lado del otro, en ese momento mágico, porque ya no entrañaba la incomodidad vergonzosa del día anterior y el silencio no era forzado sino confortable, y simplemente porque podía, estiré mi mano y rocé sus dedos, una caricia apenas sentida. Sonreí, imaginando la fotografía perfecta: nuestras manos descansando a milímetros de la otra, haciendo saltar la electricidad de invisibles átomos, nuestros dedos apenas tocándose, los brazos sudorosos y sólo una insinuación de los cuerpos desnudos a los que pertenecían.

Era una imagen hermosa.

—Siento que debo ir a buscar el teléfono —dije.

—¿Para qué? ¿A quién quieres llamar?

—A nadie. —Sonreí—. Es solo para tomar una fotografía de nuestras manos, tú sabes, para inmortalizar el momento.

—Créeme lo tengo muy claro en mi mente y no voy a olvidarlo mientras viva.

—Es que quiero gritárselo al mundo: Estoy con el mejor hombre del universo y él piensa que soy hermosa y encantadora. Mueran todos de la envidia.

Esperé su respuesta. Nunca llegó. Volteé a verlo.

Matías miraba al techo. Su expresión seria, ni un rastro de sonrisa.

—¿Es por Jon? —preguntó sin verme.

—¿Por Jon?

«¿Qué Jon?» «¿Quién es Jon?».

—¿Quieres que Jon lo sepa? —insistió.

—No creo que Jon me siga en Instagram —dije en medio de un bufido—. Ni siquiera sé si tiene cuenta en alguna red social, salvo de la Facebook de toda la vida que tengo bloqueada porque es mejor no ver lo que hace para evitar amarguras.

—¡Por el amor de Dios, Ciara. Ya es suficiente! —Matías se sentó abruptamente e inmediatamente extrañé la cercanía de sus dedos. Era como si la conexión que sosteníamos casi sin tocarnos hubiese sido rota.

¿Cómo un contacto que casi no existe puede romperse dejando una ausencia tan grande cuando dos personas continúan una al lado de la otra?

Volteé a verlo para cerciorarme de que siguiera ahí. Tal vez su rápida incorporación se debía a que había sufrido un calambre.

Su rostro era mortalmente serio. Es más, parecía que estaba a punto de entrar en una batalla tras tomar algún tipo de poción estilo The Witcher.

—Jon siempre fue un patán, abusador y presumido que cree que todo se lo merece y que sus

errores deben ser perdonados porque él es Jon —dijo—. Tú te negabas a verlo porque para ti el sol salía y se ocultaba según el reloj de ese imbécil, de cierta forma te sentías afortunada de que alguien como él te dedicara aunque fuera una sonrisa. Creí que te habías enterado de la clase de persona que era cuando te dejó sin previo aviso, y más después de hoy, después de averiguar que te engañó; pero todavía todo lo que haces tiene que ver con Jon. Antes era para complacer a Jon, ahora es para demostrarle algo.

—Claro que no. —Me senté yo también.

—Hoy tu peor pesadilla apareció en tu puerta a pedirte un favor, y tú fuiste toda sonrisas y educación.

—¿Yo? ¿Yo fui toda sonrisas y educación? —Me toqué el pecho por si tenía dudas de a quién me refería con YO—. Fuiste tú quien lo dejó entrar, los invitó a sentarse y les ofreció refrigerios. Yo les habría dado con la puerta en la nariz. Estuve a dos segundos de romperle la cara y echarlo en varias oportunidades, y tú me detuviste.

—Necesitaba ver.

—¿Ver qué?

Matías se quedó en silencio por más segundos de los políticamente correctos cuando sostienes una discusión con alguien, tantos que pensé que no me respondería.

—Precisamente lo que vi.

—¿Y qué viste? ¿Una esposa modelo con un cabello como de comercial de televisión? ¿Un patán con una suerte infinita que aunque la cague consigue quien lo rescate?

—Que todavía te importa él y lo que piensa de ti. —Se puso de pie y fue cuando me di cuenta que estábamos sosteniendo esta conversación todavía desnudos y eso me hizo sentir extrañamente vulnerable. Sin embargo, no me atreví a moverme—. Que todavía aguantas sus insultos como si fuesen verdades duras que debes escuchar, que todavía tratas de entender por qué te dejó, buscando las razones en cualquier lado menos en donde están: Jon es una basura.

—¡Claro que es una basura! Si se te olvida, fui yo la que le puso el nombre.

—Y, aun así, todavía quieres probarle algo, a él, a una basura; todavía te afecta su presencia cuando debería importarte poco si mañana lo atropella un coche.

—¡No!

—¿Por qué entonces la actuación de la parejita perfecta y feliz? ¿Por qué la mentira?

—No hubo ninguna actuación ni ninguna mentira —respondí a la defensiva—. Así somos: felices y perfectos.

—No como les hiciste creer.

—No les hice creer nada. Ellos lo asumieron.

—No lo desmentiste y ahora solo tratas de perpetuar tu propia fantasía para mostrársela al mundo, para demostrarle que seguiste con tu vida, que estás mejor que cuando vivías con él, pero no es así, ¿verdad?

—Matías… —Suspiré tratando de poner en orden mis ideas. No era posible que todo hubiese escalado tan rápido cuando hace un par de minutos estábamos tumbados uno al lado del otro, sudorosos y felices. Tal vez me había quedado dormida y perdido parte vital de la trama. Esto no podía provenir del inocente comentario sobre una foto—. La visita de Jon llegó en el peor momento, tiene ese talento. Pasé todo el día dándole vuelta a lo que dijiste esta mañana…

—Que te amo…

No pude evitar dar un respingo. Todavía escuchar esas palabras saliendo de su boca era un tanto irreal.

—Y a lo que pasó anoche.

—El mejor sexo de mi vida, repetido en varias ocasiones.

—Sí, eso. —Miré a todos lados tratando de enfocarme porque cuando Matías me veía de esa forma, parado desnudo frente a mí para más detalles, y las imágenes de nuestros cuerpos haciendo el amor inundaban mi mente, era difícil poner las cosas en palabras y no en acciones, y ahora necesitaba palabras, unas muy elocuentes porque toda esta situación era un completo desastre—. Eres la persona más importante de mi vida. Me veo contigo de aquí hasta que sea una viejita que no recuerda tomar su medicación. Te amo. —Matías sonrió un tipo de sonrisa que nunca le había visto, y eso que creía conocer todo su repertorio. Era una que incitaba a todos mis músculos faciales a corresponderla, pero debía proceder con cuidado. Todavía el miedo a cagarla estaba ahí porque, y a las muy recientes pruebas me remito, estaba metida en un follón y ni siquiera sabía cómo llegué a él—. Y estoy dispuesta a intentarlo, a darnos una oportunidad.

—¿Es serio?

—Acabamos de tener sexo, idiota y, a mi entender, fue incluso mejor que el de anoche. —Lo miré directamente y sonreí esperando que, como siempre, pudiera leerme sin necesidad de tantas explicaciones porque el discurso que venía a continuación era medio cliché, pero era el único que tenía—. No hay mejor momento como el presente y por eso, todo lo de Jon y Helena, no fue una mentira o un engaño deliberado. Es la realidad, es lo que somos, y si no estaba convencida de nosotros cuando llegué a casa hoy, si había preparado un discurso donde necesitaríamos poner reglas y límites para no arruinar lo que ya teníamos, vernos con ellos me dio el empuje que necesitaba. Somos mejores, somos mejores que cualquier pareja que esté empezando a salir en todo el estado.

Y cuando esperaba que Matías me tomara en sus brazos y me plantara uno de sus besos que me hacía olvidar hasta mi propio nombre, como en una película, lo que obtuve fue una expresión de horror que poco a poco se transformó en una amarga miseria.

—Es por eso —dijo y tomó sus pantalones.

—¿Perdón?

—Esta mañana te dije que te amaba y volteaste toda la situación para hacerme ver como un villano manipulador y oportunista…

—Estaba asustada…

—Doce horas después —continuó sin dar la mínima indicación de haberme escuchado—, llegas y sigues fingiendo demencia. Solo cuando él aparece…

—No, no Matías. No es así. —Me puse de pie e intenté alcanzarlo, pero dio un paso atrás—. Cuando regresé era porque quería, necesitaba, que lo habláramos.

—Y, sin embargo, no hablaste.

—Me emboscaste con tu falta de ropa y tu ataque por la espalda frente a la nevera.

—Me estaba jugando mi última carta y tú seguiste sin reaccionar aun entonces.

—¡Porque no sabía cómo reaccionar!

—Y solo ahora lo sabes. Lo tienes muy claro porque llegó a tu puerta el incentivo que necesitas; porque Jon, no yo ni mis sentimientos, Jon te lo dio, porque te hizo sentir mal y yo te hago sentir bien.

—Estás siendo deliberadamente obtuso.

—Y tú estás siendo deliberadamente mentirosa, aunque no estoy seguro si me mientes a mí o te mientes a ti misma. —Matías negó con la cabeza y comenzó a vestirse—. Decidiste que querías comenzar a tener citas solo cuando te enteraste que Jon volvió a la ciudad, casado, y al

verlo en nuestra casa, aun sin encontrar a ese señor correcto que buscaste desesperadamente solo para llenar una casilla que sentías que necesitabas llenar, echaste mano a la primera opción que tenías disponible: yo. —Se vestía y hablaba, sin verme, sin dedicarme ni una miradita—. Todavía él manipula tu vida y tus acciones, y por mucho que te quiera, no estoy dispuesto a entrar contigo en esta espiral poco saludable que eventualmente nos destruirá a ambos.

—¡Por el amor de Dios! ¡Escribe un libro! Definitivamente tienes mucha imaginación.

Fue mi turno de buscar mi ropa.

—Me voy.

—¿Te vas? —Lo miré de forma acusadora, aunque era difícil hacerlo con las bragas en una mano y la camisa en la otra—. ¿En medio de la discusión?

—Ya terminamos.

—No hemos terminado.

—¿Te preocupa que no te siga el juego frente a Jon si vuelve a aparecer? —Se pasó las manos por el cabello bruscamente—. No te preocupes. Yo nunca te haría quedar mal frente a otros. No puedo encender y apagar mis sentimientos a conveniencia como tú lo haces. Tal vez es porque lo míos son reales.

—Estás siendo injusto. Esto no se trata de Jon —mi voz sonó como una súplica—. Se trata de nosotros.

—Estoy cansado de nosotros, Ciara. —Cerró los ojos y sí, se veía positivamente agotado—. Estoy cansado de esta dinámica en la que tengo que observar con una sonrisa todas tus indecisiones, miedos y la falta de fe en ti misma, siempre esperando a que estés lista para verte como yo te veo, para que creas que es posible. Necesito vacaciones, de ti, de mí, de esta relación dependiente, de este espejismo que hemos creado que ahora solo se pone peor porque ya descubriste que cuando estás triste, acostarte conmigo te hace sentir mejor y yo no puedo decirte que no.

—Hace menos de media hora dijiste que me amabas como era, que no cambiarías ni una sola cosa de mí.

—Y te amo. Amo a la Ciara que conocí, a la que era divertida y encantadora. Esta nueva Ciara que duda de todo, que no tiene ni un ápice de fe en sí misma, que solo reacciona de acuerdo a lo que otros esperan, no es la mujer de la que me enamoré. Pensé que era una fase, que estabas herida y poco a poco volverías a ser tú. Ahora no estoy tan seguro.

Hurgó en su bolsillo y encontró sus llaves. Un gesto típico para cuando iba a salir.

—No te vayas.

—Necesito hacerlo. —Cerró los ojos y negó con la cabeza—. Toda mi vida adulta he esperado pacientemente a que me veas, a que me ames tan solo un poco. Eso sería suficiente, con eso me conformaría, pero no con esto, no puedo soportar que me elijas como última opción, porque no te queda más remedio, porque estás contra la espada y la pared y yo soy la única escapatoria que tienes a mano. —Abrió los ojos y me vio—. ¿Cómo crees que eso me hace sentir?

Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta.

—Mañana es el cumpleaños de Paddy —grité, utilizando mi último recurso, una tabla de salvación en medio de un naufragio. La discusión típica de la pareja con muchos años de casada hacía su entrada justo cuando era incompatible con la situación—. Moira nunca te perdonará si faltas.

—Allí estaré.

Sin verme, se marchó y me quedé sola en ese hermoso apartamento que no era mío, sintiéndome muy triste y, al mismo tiempo, cabreada como nunca antes. Siempre se podía contar con Jon para que arruinara las cosas, siempre se podía contar con el destino para que Matías decidiera ser intransigente y poco comprensivo justo ahora.

Sin embargo, por sobre todas las cosas, estaba cabreada conmigo misma porque más allá de mis protestas superficiales sabía que, de cierta forma, visto desde su perspectiva, Matías tenía razón.

«Mierda. Volví a tener sexo sin protección».

Capítulo Quince

«Tu felicidad es demasiado importante para que dependa de otra persona»

Ciara Whelan, «Quiero una cita» Episodio 8

Desde la ventana de la cocina de Moira, observaba a Matías siendo el alma de la fiesta para todos los pequeños asistentes al cumpleaños de mi sobrino. No había juego que no quisiera intentar, comentario infantil que no es pareciera profundamente importante, ni posición comprometida o ridícula que se avergonzara de intentar.

Sí, definitivamente seríamos los perfectos «tíos divertidos», solo que, a la luz de los nuevos acontecimientos, esos tíos como que no serían pareja, sino entidades separadas que no podían compartir ni el más civilizado de los saludos.

—¿Problemas en el Paraíso?

La voz de mi hermana, un poco presumida, un poco cínica, me asaltó haciéndome dar un respingo que logró que apartara las manos de mi vientre donde habían ido a posarse sin mi permiso.

Sí, otro de mis «asuntos pendientes» que discutir con Matías que, probablemente, también tomaría como un engaño o una treta.

Es que después de casi una década de amistad sin escollos, ahora parecía que no ganaba una con él, dijese lo que dijese.

—¿No vas a contarme qué está pasando? —insistió Moira dejándome un sentimiento residual de resentimiento.

Matías no regresó a casa la noche anterior, no lo había hecho todavía cuando, resignada a su ausencia y más cabreada por minuto, vine a casa de Moira para la fiesta, y aunque nada de esto era culpa de mi hermana, me sentía con todo el derecho de odiar al mundo y, si no era mucho pedir, odiarlo en soledad y silencio.

—¿Y bien?

El grito de frustración que sonó en mi mente hubiese espantado a los niños que correteaban en el jardín si hubiese sido audible.

¿Ven por qué nunca involucro a mi hermana?

Una vez que la haces parte de un problema, no se retira hasta que lo ve resuelto.

—¿No tendrías que estar gerenciando la fiesta de cumpleaños? —pregunté sin despegar la mirada de la ventana.

—Steve está allí, Matías está allí, mamá y papá están allí, así como docenas de madres que se creen perfectas y las animadoras a las que se les paga por hora. Tú, en cambio, estás aquí sola, escondida y amargada. Me necesitas más que ellos.

La miré con resentimiento por encima del hombro.

No hay nada más odioso que esas personas que resaltan lo obvio y, además, quieren que hables sobre ello.

—Y no pude dejar de notar —prosiguió con su tono conversacional—, que Matías y tú llegaron, por primera vez en mucho tiempo, en coches diferentes y se han evitado durante todo el rato. Imagino que no hablaron.

—Sí, hablamos —dije con amargura.

—¿Y la cagaste?

—¿Por qué todos insisten en creer que cualquier cosa que corra mal en el mundo es mi culpa? —Dejé de ver por la ventana y encaré a mi hermana quien recostada en la encimera de la cocina parecía estarse divirtiendo de lo lindo—. No me extrañaría que en algún momento alguien sugiriera que el Covid, el derretimiento de los glaciares, la dictadora de Nicolás Maduro en Venezuela y el desastre que fue la última temporada de Juego de Tronos son también, de alguna forma perfectamente razonable, culpa mía.

Moira me miró impávida. Las hermanas mayores tienen la facultad de nunca asustarse por las pataletas de las menores.

—Porque normalmente lo es.

—Que te jodan, Moira.

Atravesé la cocina en dirección a la puerta. Ya encontraría otro lugar donde esconderme y regodearme en esa mezcla de rabia y tristeza.

—A ver, hermanita, no seas tan hostil. Solo quiero ayudarte. —Sacó una de las sillas que rodeaba la mesa de la cocina, la misma en la que habíamos conversado el día anterior, y se sentó —. Cuéntamelo todo.

Miré alternativamente hacia la salida y hacia la silla que Moira me ofrecía con la mano extendida frente a ella.

—No fue mi culpa —dije como una colegiala regañada, pero sin moverme en ninguna de las dos direcciones—. Fue Jon.

—¿Jon?

—También conocido como Basura o El señor Basura, Emperador de los desechos tóxicos mundiales y causante de todos los males de mi vida.

—Estoy de acuerdo con la mayoría de las denominaciones, pero, ¿qué tiene que ver ese miserable con todo esto?

—Que llegó anoche a la casa, con su esposa, justo antes de que pudiera hablar con Matías y asumió que Matías y yo estábamos juntos, juntos, casi casados. Ahora Matías está convencido, sabrá Dios por qué, que quiero que estemos juntos solo porque Jon está de vuelta en Boston.

—Ya va, ya va. —Moira levantó las manos—. Pon el freno y siéntate. —Señaló la silla, ahora con más vigor, y me senté—. Comencemos por el principio. ¿Jon fue a tu casa?

—Anoche, con su esposa, con la que empezó a salir, por cierto, cuando todavía vivíamos juntos…

—Hijo de la gran puta. Que no se cruce en mi camino.

—Y su aparición interrumpió mi conversación con Matías. ¿No me estás escuchando?

—Claro que te estoy escuchando, pero no entiendo qué haría Jon en tu casa con su esposa. Sé que no tiene vergüenza, pero hacerle una visita social a la ex para enseñar el nuevo modelo es estúpido hasta para él.

—La mujercita es modelo y quería conocer a Matías. Es su ídolo, o algo así. Fueron a preguntar por él y lo encontraron medio desnudo en el recibidor.

—¿Por qué Matías estaba medio desnudo en el recibidor?

—Porque algunas veces anda por la casa sin camisa. Es normal, como cuando yo salgo a tomar café en mis pijamas con huecos. Somos amigos, vivimos juntos, esas cosas pasan. — Moira me miró como si no me creyera, pero decidí no hacerle caso—. Por eso Jon creyó que éramos pareja y Matías cree que accedí a intentarlo con él solo porque deseo presumir ante Basura y señora que soy la leche.

—¿Y no es así?

—No sé si soy la leche, pero si otros lo creen…

—No me refiero a eso. ¿El que Jon apareciera tuvo algo que ver con…?

—¿Tú también?

Hice amago de pararme de la silla.

—Siéntate, Ciara, y escúchame. —Moira usó su voz de «mamá», esa que tiene una especie de poder mágico que te hace obedecerla—. Estoy convencida de que amas a Matías, de que estás enamorada de él de esa manera maravillosa de las cosas que ocurren porque deben ser, sin que nos esforcemos por ellas ni nos demos cuenta; pero si bien yo lo sé, creo que tú todavía no estás convencida. No lo estabas cuando te fuiste de aquí ayer, por eso pregunté. —Abrí la boca para protestar, pero Moira no me dio tiempo de formar las palabras—. Los que te conocemos bien, sabemos que tienes esta imagen perfecta en tu cabeza de cómo deberían ser las cosas en tu vida…

—¿No la tiene todo el mundo?

—Sí, pero el problema es que, en tú caso, es como si quisieras lograr la foto perfecta para ser compartida en redes sociales. Nunca se sabe si es lo que realmente quieres o lo que quieres que la gente crea de ti.

—¿Hablaste con Matías?

—No —sonrió indulgente—, pero no es difícil de imaginar.

—Me haces parecer demasiado superficial y oportunista—protesté—, y no tienes ningún derecho a criticarme porque si hablamos de fotos perfectas, tú tienes todo el álbum.

—¿Crees que tengo una vida perfecta? ¿Digna de una de tus fotos con marco, filtros y animaciones? —Moira puso los ojos en blanco—. Tengo un marido que trabaja doce horas al día, llega agotado y sigue pendiente del teléfono; paso mi día con dos niños de menos de una década que solo me ven como una proveedora de lo que necesitan cuando lo necesitan y los únicos adultos con los que puedo hablar son otras mamás odiosas que solo saben discutir lo encantadores y geniales que son sus hijos o aquellas que trabajan y nos miran a las que nos quedamos en casa como si fuésemos una especie mentalmente inferior. ¿Tú crees que soy emprendedora con todo mi bricolaje del que tanto te gusta burlarte?

—No me burlo… —dije bajito porque, algunas veces lo hacía.

—Necesito hacerlo para no sentirme un robot que hace cosas para los demás y que está a un paso de comenzar a quejarse con las otras madres porque no obtengo suficiente atención o reconocimiento, convirtiéndome en un puto cliché. —Moira me miró un poco triste—. Lo hago porque todos necesitamos tener una vida propia, personal, que no esté relacionada o dependa de la de otra persona, ni aunque esas otras personas sean tus hijos.

—Moira…

—No me estoy quejando. —Levantó las manos—. En serio que no. Amo a Steve, me encanta ser su esposa. Amo a mis hijos y soy afortunada de estar con ellos mientras crecen. Tengo una buena vida que no cambiaría por nada, pero no es una fotografía, no es perfecta ni se resume en desayunos familiares con la mesa puesta y cenas servidas a la hora indicada y perfectamente balanceadas. Tiene sus altas y bajas, tiene momentos felices, otros tediosos y bastantes en los que solo quieres gritar. Tienes que entender, de una vez por todas, que la cita perfecta, la vida perfecta, no es una que imaginaste como salida de un adaptación moderna de un cuento de hadas; es la que te hace feliz la mayor parte del tiempo, tanto que no quieres renunciar a ella aun en los momentos malos. —Me sonrió—. Y por cierto, no creo que seas superficial. Si lo fueras, hace tiempo que le hubieses puesto las garras a ese bomboncito que es Matías.

Puse los ojos en blanco.

—Pues Matías como que no lo ha entendido.

—Todos tenemos nuestros puntos débiles, nuestras inseguridades y Jon representa la de Matías.

—Matías cree que Jon es un patán sinvergüenza.

—Y, aún así, estuviste con él por años mientras tu perfecto mejor amigo te amaba y se preguntaba por qué él y no yo. Por eso, a pesar de que siempre fue la mejor opción y que ahora es la imagen perfecta de lo que toda mujer podría querer, cuando aparece Basura —Se encogió de hombros—, sus inseguridades vuelven a la superficie y en esos momentos siempre creemos lo peor. Tú deberías saberlo.

—Bueno, en conclusión —dije sin reconocerme en el comentario—, soy una idiota sin pista de nada. ¿No se suponía que en esta etapa de mi vida sería sabia y tendría todo resuelto?

—¿Antes de cumplir treinta? —Me miró con horror y negó con la cabeza—. Creo que te exiges demasiado. Eres una *millenial* con una buena dosis de ingenuidad, como todos los de tu generación que crecieron en una sociedad que te hace creer que todo está al alcance de tu teléfono, que la felicidad son las *storys* de Instagram con filtros y emoticonos y que basta teclear un par de veces para conseguir las respuestas.

—Está bien, abuelita…

—Saliste de casa donde papá lo resolvía todo —continuó—, fuiste a la universidad y allí, casi de inmediato, te echaste un novio controlador con el que te mudaste en lo que recibiste tu diploma y cuando el susodicho te dejó, Matías vino a rescatarte. Necesitas experimentar la vida, tu vida, la de verdad, esa que no admite fotografías perfectas ni se vive a través del móvil, y decidir qué quieres ser y hacer.

—¿Es tan terrible que quiera ser esposa? ¿Mamá? ¿Tener una pareja? ¿Cuidar de alguien?

—Debería decir que no, que la gente quiere lo que quiere y eso está bien. Sería una forma de defender mis propias elecciones, pero es muy triste ser definida solamente como la pareja o la mamá de alguien. Todos necesitamos construir una identidad propia, no para mostrar a los demás, sino que nos satisfaga a nosotros mismos. —Pareció meditarlo un momento y luego rio divertida—. Además, no creo que sea lo que realmente quieres: No cocinas muy bien, no limpias, no eres ordenada, no aguantas más de dos horas con mis hijos sin dejarlos hacer lo que les dé la gana; así que ser mamá y esposa no es tu vocación. Puede ser parte de tu vida, pero no tu vida. No creo que quieras cuidar de alguien, más bien quieres a alguien que te haga sentir segura y esa es la contraprestación que estás dispuesta a dar, sin darte cuenta de que la mejor persona para el trabajo eres tú misma.

La miré con un poquito de resentimiento, pero uno que no tenía detrás la fuerza del convencimiento.

—¿Cómo terminamos hablando del sentido de mi vida y no de lo testarudo que está siendo Matías? Además, no puedo creer que estemos haciendo esto sin una gota de alcohol. Nuestra sobriedad desdice de nuestra herencia irlandesa. ¿Qué dirían nuestros ancestros?

Moira se puso de pie, fue hasta el refrigerador y sacó dos cervezas.

—Piensa que la actitud de Matías puede ser algo positivo —dijo ofreciéndome una de las botellas y volviendo a ocupar su silla frente a mí—. No es la adecuada, pero podría venirte bien.

—¿Ahora eres coach de vida o algo así? —le pregunté mientras hacía una composición entre las dos cervezas con el bonito fondo hecho con papel de regalo que Moira usaba para su mesa y que cambiaba cada vez que podía. Daba para hacer una bella fotografía para mis redes personales

—. ¿Qué diría tu padrino Freud?

Moira se rio un poco y negó con la cabeza.

—Para nada soy coach de vida, para eso creo que necesitas certificarte, pero me encanta dar consejos. Para eso son las mamás y las hermanas mayores.

No tomé la fotografía. Levanté la cámara del móvil, la puse en función de video y enfoqué a mi hermana.

—¿Cómo es algo positivo, Moira, que Matías esté siendo un inmaduro gruñón? —pregunté medio en broma mientras presionaba el botón para comenzar a grabar.

—Elemental, mi querida Ciara —respondió sin inmutarse por la cámara en su cara—: Necesitas saber quién eres, amarte y amar tu vida, levantarte y pensar en qué quieres para ti ese día sin que haya que involucrar a otra persona en ese logro, antes de decidir compartirla con alguien.

—Aunque lo niegues, suenas como coach de vida —respondí torciendo el gesto, aunque dudo que lo viera con la cámara atravesada en su campo de visión.

—Es como esa tontería de las citas —continuó con una sonrisita de suficiencia—. No puedes supeditar tu felicidad a otra persona. Es demasiado importante y vital para que dependa de alguien más. —Frunció el ceño—. Ahora deja de grabar, pero guarda el video. Es probable que necesites escucharlo muchas veces hasta que estés convencida de que tienes que usar este tiempo para saber si lo que sientes por Matías es real o simplemente conveniente.

Nota mental: Moira necesita tener su propio programa en IGTV donde cada mañana de una charla motivacional a sus seguidores porque tras hablar con ella estaba tranquila y tenía ganas de comerme al mundo.

Capítulo Dieciséis

«Si sientes que el mundo está en tu contra, ponte tú contra él»

Ciara Whelan, «Quiero una cita» Episodio 8

¿Saben por qué los coach de vida son tan demandados y ganan tanto dinero? Porque el efecto de sus palabras se desvanece pronto y necesitas otra dosis de confianza en ti misma generada por terceros cuando te das cuenta que tienes que mover el culo para que las cosas sucedan y todo parece ir en tu contra.

Sí son como una puta droga.

Cuando alguien te habla de cambiar, te lo imaginas con todo y la ropa que usarás, cuando tienes que generar ese cambio tu solita es cuando todo te parece cuesta arriba. Es lo mismo que ocurre cuando ves esos entrenadores personales haciendo trasmisiones en vivo: estás en tu sofá con una bolsa de patatas fritas y te parece una genial idea, hasta que tienes que mover algún músculo que no esté en la mandíbula.

De lo más digna, ignoré a Matías durante toda la fiesta. Era su culpa ser tan idiota, más cuando finalmente le abrí mi corazón con toda la vulnerabilidad que eso implicaba y solo recibí acusaciones infundadas.

Era mi momento de ser decidida y poderosa. De actuar como una adulta y decirle: «Tenemos que poner las cosas en claro, ahora», y establecer una serie de condiciones, que no había meditado pero que de seguro se me ocurrirían en el momento, para entablar con él una futura relación de tipo romántico.

Regresé a casa, desterrando el pensamiento que me señalaba que era más su casa que la mía, que bien podía ponerme de patitas en la calle y no me quedaría más remedio que ir a vivir con mi hermana, porque eso le producía una fuga de energía a mi aura de poder femenino, y esperé.

En la aplicación de notas del móvil enumeré todo lo que quería decirle, de más importante hasta más trivial, y esperé.

Preparé la cafetera en caso de que la conversación se extendiera, me senté en el sillón porque de hacerlo en el sofá hubiese dado pie a que se sentara a mi lado y yo estaba cabreada, y esperé.

Eventualmente me trasladé al sofá porque era más cómodo y planeé que cuando Matías entrara, me pondría de pie, le señalaría el sofá para que se sentara y yo me alejaría de lo más digna y me sentaría en el sillón. Y esperé.

Esperé.

Esperé.

Esperé.

Matías nunca regresó.

En la mañana estaba más cabreada y menos triste, aunque debo reconocer que un poquitín preocupada.

Después de abandonar el sofá donde había pasado la noche esperando, espié a mi alrededor por alguna de las señales usuales de que, mientras dormía, Matías hubiese regresado, pero no había ninguna. Entré a la cocina y no había ni un puto mensajito pegado en la nevera como era nuestra costumbre cada vez que él salía de viaje y estaría ausente. Como última instancia, chequeé el móvil: Nada.

¿Cuándo dijo vacaciones acaso se refería a más de unas cuantas horas?

¿Semanas?

¿Meses?

¿La eternidad?

Respiré profundo, tratando de obviar el sabor de las lágrimas que sentía subir por mi garganta.

Matías viajaba mucho, así que eso de desayunar sola y tener el lugar para mí no era algo nuevo. Debería estar costumbrada.

Ya se le pasaría el berrinche y podríamos aclarar todo.

Sí, mejor hacer todo esto cuando su ánimo y el mío estuviesen menos caldeados.

Fui hasta el refrigerador y no pude abrirlo.

Esa mañana la ausencia de cualquier ruido a mí alrededor me aplastaba y el hecho de tener que preparar desayuno para una sola persona, que no ejecutáramos nuestra perfecta danza matutina en la que ambos hacíamos en la cocina lo que teníamos que hacer sin estorbarnos, dejaba una sensación de ausencia que palpitaba como una herida abierta, una que escocía.

Ya no me sentía ni decidida ni poderosa, en control de mi vida y mis sentimientos. Me sentía triste, abandonada y patética. Abandonada dos veces en un año por dos hombres diferentes.

Idiotas ambos.

Idiotas todos.

Idiota yo, que siempre tuve mi foto perfecta al alcance de la mano y la perdí por estar viendo las de otras personas y tratando de imitarla.

Fue en ese momento en el que el combustible que me inyectó Moira el día interior comenzó a mostrar esa luz de advertencia similar a la de los coches, esa que parpadea dejándote saber que estás a punto de quedarte varada en alguna parte del camino y, en mi caso particular, se sentía como un camino secundario, rural y abandonado, en medio de la noche, con una tormenta amenazando el horizonte y con el anuncio del Hotel Bates parpadeando a la distancia.

Quería ir a la cama en la que no había dormido la noche anterior, taparme la cabeza con los cobertores y allí escondida reportarme enferma al trabajo para luego pasar el día cuidando mi corazón roto con buenas dosis de comida y autocompasión.

Estaba destinada a estar sola toda la vida.

A nunca ser feliz.

A solo rozar con los dedos eso que realmente quería, para que me fuese arrebatado sin explicaciones.

Le di la espalda a la cocina y comencé a desandar el trayecto hacia la habitación y con cada paso no pensaba en Matías, no. Pensaba en todas las veces que por Jon dejé de cursar una materia que me interesaba (haya sido porque él la considerara intrascendente o porque pondría mi horario en oposición al suyo), todas las veces que ya viviendo juntos corría de regreso del postgrado, aunque mis compañeros me invitaran a tomar una cerveza, porque debía tener la cena lista (lista para ser criticada, claro) cuando él llegara del trabajo e incluso recordé todas las veces que me encerraba en el baño o salía a la calle cuando Matías me llamaba porque a Jon no le gustaba que todavía, y a pesar de la distancia, fuésemos amigos.

Luego se fue y yo me quedé sin nada más que muchas deudas y una sensación de abandono.

Matías me rescató aquella vez. Ahora no había nadie que lo hiciera.

«Deja de ser la reina del drama. Claro que hay quien te rescate: Tú misma», escuché la voz de mi hermana en mi cabeza, aunque nunca me hubiese dicho esas palabras.

Moira tenía razón, una vez más: La felicidad propia es demasiado importante para dejársela a alguien más.

Busqué en el móvil el video que grabé con su consejo y volví a escucharlo.

En serio tenía que armarle el proyecto de sus consejos diarios en Instagram. Podría llamarse «Gotas de sabiduría» o algo así.

Pero más allá de eso, necesitaba armar una vida para mí misma, sin muletas ni redes de seguridad, y luego, si me apetecía, compartirla con alguien. No podía seguir siendo esa persona que acomoda su existencia para encajar en la de otra y se hace pequeña para no ocupar mucho espacio.

Vaya que mi figura podría ocupar bastante espacio si se lo permitiera. ¡Hasta tuve una cita que me llamó gorda sin el menor embarazo!

En vez de seguir hacia mi habitación, esa que tenía las deseadas mantas tipo escudo, tomé un giro hacia la ducha y una hora después entraba a mi sitio de trabajo, abría mi agenda y comenzaba hacerlo con pasión y no con esa poca de vergüenza que sientes cuando lo que haces te encanta, pero te han mirado de reojo tantas veces, porque la gente no lo entendía, que termina dándote como pena admitir tu ocupación.

Sí, Facebook, YouTube, Twitter e Instagram. En eso trabajaba y el marketing digital era algo de lo que todos ahora querían tomar clases.

La gente y sus prejuicios ya no tendrían más lugar en mi vida porque vaya que me habían jodido, principalmente los míos, debía admitir, y si la voluntad me fallaba siempre podía llamar a Moira para otra charla. A fin de cuentas, eran gratis.

—Silencio que vamos a grabar —escuché a Neil gritar y seguidamente una voz masculina que no reconocía como a uno de nuestros comentaristas regulares.

Intrigada, porque si había una nueva sección yo debería saberlo, dejé mi lugar tras el escritorio y fui hasta el espacio que nos servía como glorificado estudio de grabación donde cada una de sus tres paredes tenía un fondo diferente que se acomodaba de acuerdo al segmento a grabar ese día.

En esta oportunidad, un hombre joven y muy guapo, bien vestido y peinado a la última moda, a quien no conocía de nada, hablaba frente a la cámara de Ácido Hialurónico y la correcta rutina para la limpieza del cutis cada noche. Cometía los errores básicos del principiante acostumbrado a grabarse con el teléfono y a trabajar sin teleponpter y Neil estaba comenzando a perder la paciencia.

—¿Y este quién es? —le pregunté en susurro.

—Estamos haciendo pruebas. Queríamos secciones nuevas para expandirnos de ser solo los nerds que leen y ven series de televisión, a una revista audiovisual de estilo de vida, ¿no lo recuerdas? He estado jodiendo a la redacción con eso la última semana, pero nadie me ha ofrecido nada. Las de cuidado personal tienen muchas visitas. Pensé que sería buena idea.

—¿Y tenías que buscar un hombre para que nos hablara a nosotras las mujeres de cremas humectantes?

—Jake es dermatólogo, metrosexual y bien parecido. Será un batacazo. A las mujeres les encantan los doctores jóvenes que explican cosas en Internet.

Por la fuerza tuve que suprimir un gruñido.

—¿Nos estamos convirtiendo en una plataforma de «machoexplicación»? ¿Esa es tu nueva visión? En la época del #Metoo le vaticino una corta vida a tu expansión.

—No entiendo qué te dio esa impresión.

—La mayoría de nuestros comentaristas son hombres.

—Te ofrecí una sección y no quisiste. —Neil bufó frustrado ante otro de los errores del doctor

Jake—. Si solo lograra que ese fuese tan desenvuelto como cuando conversamos.

—Algunos vamos a la universidad para aprender eso —dije mirándolo de reojo.

—No todos. Hay quien tiene talento natural.

—No todos. —Sonreí aunque Neil no me estaba viendo. Una idea se estaba formando en mi cabeza—. ¡Pedro, cariño! —llamé al camarógrafo del día, uno de los amigos de Neil que veía con él películas y series de ciencia ficción desde que eran compañeros de habitación en la universidad—. Para un segundo.

Me metí en nuestro espacio de grabación con una sonrisa que esperaba tranquilizar al muy nervioso, y de cerca todavía más guapetón, doctor.

—Hola, mi nombre es Ciara —me presenté—. Todo esto —señalé a mi alrededor—, olvídalo. No hay luces, no hay gente, no hay telepronter. —Me acerqué al teléfono colocado encima de la cámara donde corría en forma de letras la información que estaba recitando y lo apagué. Después, volví a mirarlo, le guiñé un ojo y sonreí—. Eres médico y sabes de lo que estás hablando. No te hace falta leerlo. Solo imagina que yo soy tu paciente, una muy dejada y un poco brutica, y me lo vas a explicar paso a paso. No me interesan los términos porque no voy a hacer nada con eso, sino el resultado práctico. —Me paré detrás de la cámara, le hice un gesto a Pedro para que se perdiera, cosa que agradeció porque odiaba grabar con gente que se equivocaba—. Comencemos. Recuerda mirarme a mí. No hay nadie más.

Encendí la cámara, sonreí para darle ánimos y, ahora sí, tras un par de pequeños tropiezos, el doctor Jake comenzó a hablar seguro de sí.

Aunque estuve tentada a mirar a Neil con aire de superioridad, no le quité la vista al doctor hasta que terminó el segmento de prueba. Lo hizo en una sola toma, pero igual habría que editarlo porque tenía demasiados detalles y allí es donde se pierde el interés de la audiencia.

Hoy en día, todos tememos déficit de atención debido a tantos estímulos externos. Por eso es tan difícil mantener la atención de quien te escucha a través de una pantalla.

—Y estamos listos —dije apagando la cámara.

—¡Muchísimas gracias! —dijo nuestro nuevo aspirante después de soltar un suspiro aliviado —. ¿Crees que quedó bien?

—Es lo decide Neil. Fue un placer ayudarte. —Me di la vuelta y miré a mi jefe con una sonrisa falsa en los labios—. Necesito hablar contigo —susurré cuando pasé a su lado—. Pronto.

Regresé a mi cubículo todavía dándole la vuelta al plan que comenzó a formarse con el horror que me produjo el tener una sección de belleza en una página dedicada al entretenimiento y más siendo presentada por un hombre, por más doctor que fuese.

«Eres periodista con un máster en medios de comunicación alternativos. Tienes un año haciendo este trabajo. Has aprendido muchísimo de plataformas y redes sociales en el sentido práctico. Sabes de lo que hablas», me dije en mi mente, aunque extrañamente sonaba como mi hermana.

Es más, estuve a punto de llamar a Moira para contarle mi plan y me diera una de sus charlas que levantaban el espíritu y daban confianza, o por el contrario, me dijera que estaba a punto de cagarla nuevamente y perder mi empleo. Sin embargo, mi jefe no me dio tiempo ni a hacer la llamada ni mucho menos a recibir alguna de las dos respuestas. No pasaron ni diez minutos de estar de vuelta frente a mi enorme pantalla donde mi charla mental tuvo lugar, cuando Neil me llamó a su oficina de paredes de vidrio.

—Gracias por tu ayuda en el estudio, Ciara. —Neil me sonreía un poco intrigado—. Dime qué necesitas.

Tomé una bocanada de aire porque en ese momento era lo que más necesitaba.

—Amo el trabajo que hacemos —expliqué—, amo el concepto, la audiencia que nos sigue, sus comentarios… —Si seguía por ese camino, no iba a llegar al punto nunca jamás y mientras más demorara, mi valor momentáneo y la necesidad de cambio iba a desaparecer porque cambiar es difícil y quedarse en la comodidad de siempre, fácil—. No quiero que la cagues y vas a cagarla.

Neil me miró confundido por un momento.

—¿Te refieres al doctor Jake?

—No necesariamente. —Otra bocanada de aire—. Esta plataforma se llama *Boston´s Watchers* y nuestro éxito se debe a que vemos cosas, leemos libros, y opinamos sobre ellos, hacemos conteos, comparamos el original con el remake, la serie con la película. Comenzar a hablar de las tendencias de modas, de decoración, de cremas humectantes que puedes preparar en casa, toda esta cosa de estilo de vida… —Negué con la cabeza—. No sé si esas dos audiencias converjan, si al abarcar tanto…

—Aprecio tu retroactividad, Ciara. Honestamente lo hago. Cuando comencé este proyecto, cuando veía Juego de Tronos con mis amigos en casa y me grababa y lo subía a YouTube y vi la respuesta que conseguía y la posibilidad de convertirlo en un negocio del cual vivir, todos me dijeron que estaba loco, que no podía dejar mi empleo como periodista porque las redes sociales y YouTube estaban muriendo, que la era de los *influencer* estaba llegando a su fin.

—No somos *influencers*. Somos un medio alternativo de entretenimiento.

—¡Exacto! La gente no entendía la diferencia, todavía hay quien no lo hace. En ese momento eran incapaces de ver que ahora el mundo, para bien o para mal, se consume a través del teléfono y los ordenadores, y eso incluye el entretenimiento, que la televisión tradicional está desapareciendo para dar paso a una menos fría, más interactiva. Luego vino la cuarentena, los aislamientos, y sí, todo se aceleró: El consumo de pantallas por hogar aumentó, las compras por Internet que ya existían tuvieron un auge definitivo, los *deliveries*, el hacer hasta la compra desde el teléfono, es ahora nuestra forma de vivir. Nos gusta que extraños vean con nosotros lo que disfrutamos para ver si opinan lo mismo, si queremos una recomendación desde sobre cómo plantar vegetales en nuestra terraza hasta si son necesarios dos servicios de *streaming*, allí están las redes sociales para encontrarla. Lo que es difícil ahora, dentro de este universo, es crear una marca nueva porque ya las que están se posicionaron y encontrar tu nicho, tu audiencia, es treinta veces más difícil que hace cinco años. Voy a expandirme, Ciara. No es un error.

Neil hablaba con pasión, sí. Era su negocio y pensaba en él las veinticuatro horas del día. Estudiaba las tendencias, las estadísticas, la competencia hasta dar con lo que la gente quería. Sin embargo, nadie era infalible y estaba pasando por alto un punto de lo más obvio, pero como algunas veces era tan terco pues hacérselo ver sería cuesta arriba.

¿De verdad quería discutir con mi jefe cuando tenía menos de un año trabajando para él? ¿Justo en este momento de mi vida?

«Sí, Ciara. Justo en este momento de tu vida necesitas hacerlo, necesitas dar un paso al frente en cualquier dirección, necesitas dejar de ser para ti misma la pobre Ciara».

—¿Qué dice Pedro? ¿Walter? —pregunté tentativamente—. Tus amigos que comenzaron contigo desde el principio.

Neil torció el gesto.

—Pedro solo quiere ver películas de StarWars y Walter leer fantasía épica y esperar las adaptaciones cinematográficas, pero yo sé que tengo la razón, que hay más nichos para nosotros.

Sonreí indulgente.

Esto no iba a ser fácil, pero si *Boston´s Watchers* se iba al garete, pues tendría que buscar otro trabajo.

—¿Qué tal si te expandes sin pelear con tus amigos?

—Ya te dije que no voy a crear otra marca.

—No la necesitas. Solo crear otro canal, otras cuentas en redes sociales, otro blog…

—Eso es crear otra marca. —Me miró como si yo fuese idiota.

—No si la llamas, *Boston´s Watchers* estilo de vida». —Sonreí—. Tu marca la respalda, tu marca le da publicidad hasta que pueda caminar por sí misma. Además, compartirán el estilo de presentación, los estudios, y puedes considerar que con los presentadores nuevos incluyas a algunos de los viejos. Es diferente, pero familiar. Un primo menor, por así decirlo, y, si todo sale mal, la plataforma original permanecerá intacta.

Neil me miraba como si le hubiese revelado un secreto escondido por milenios en una cueva pirata y, siendo honestos, si hubiese tenido un espejo y algo de privacidad, probablemente yo también me hubiese visto de esa manera, no por la idea en sí, esa me parecía tan lógica que era casi evidente; era por el hecho de que, de la nada hubiese decidido involucrarme, alzar mi voz y decir lo que pensaba.

Si esta mañana cuando desperté en el sofá con ganas de esconderme bajo las mantas alguien me hubiese mostrado esta escena en un espejo milagroso, hubiese dicho que se trataba de una ventana a un universo paralelo o aquel espejo de Harry Potter que te mostraba lo más deseas.

Me hubiese sentido igual si de la nada me levantase del sofá y comenzara a hacer ejercicio.

—Esa es, de hecho, una muy buena idea —dijo Neil finalmente—. No entiendo por qué no se me ocurrió ni nadie lo sugirió.

Hice mi mayor esfuerzo por no poner los ojos en blanco.

—La estoy sugiriendo yo ahora y, por cierto, no siempre tendrás todas las respuestas. Para eso tienes un equipo.

—No es que fueron de mucha ayuda…

—Crearon esta plataforma contigo. —Me encogí de hombros—. Están emocionalmente involucrados y aunque hay personas como tú que les encanta el cambio, a la mayoría de los seres humanos nos da un poco de miedo.

«Como a mí en este instante de mi vida, pero he decidido ser valiente».

—Gracias, Ciara. Es bueno tenerte en el equipo.

—No he terminado —dije aunque una parte de mi mente me decía que era momento de levantarme y salir de la oficina, de atesorar mi triunfo y no apostar las ganancias.

Tenía que ser valiente.

Valiente.

—¿Dime? —preguntó curioso, no sé si porque todavía quería decir más o porque hice el anuncio y me quedé callada.

Esperaba que no se diera cuenta de que era porque la idea no había pasado a esa fase en la que se convierte en palabras ordenadas.

—Voy a hacer el segmento.

—¿El de las citas?

—No exactamente. Después de mi desastrosa experiencia, no creo que ese mundo de las citas sea algo a lo que las mujeres deban aproximarse de forma tan cerebral, con investigaciones y subterfugios. ¿Por qué en vez no les decimos que no necesitan buscar una? No necesitamos ese

estrés…

—Ya va, Ciara —Neil levantó las manos—. Entiendo que creas que quiero convertir la plataforma en una variante de «machoexplicaciones» para lo que sea, llámame misógino si quieres, pero no creo que sea conveniente para ti convertirte en el rostro público de una mujer que no está interesada en las relaciones de ningún tipo. Te traería una clase de atención negativa. La gente odia a las feminazis.

—No me importa.

—El mundo de Internet puede ser cruel.

—Lo sé y no me importa. Además, no estoy hablando de no querer relaciones, sino de no aproximarse a ellas como a una asignación. Uno no puede querer una cita si no sabes ni con quién quieres tener esa cita. —La frase de Matías no me trajo recuerdos en forma de imágenes sino de una sensación de malestar con tristeza que amenazaba con devorarme. Le cerré la puerta al sentimiento. No era el momento de concentrarme en mis estúpidos errores sino en la forma de salir de ellos y esta era una forma—. Hablaré desde mi experiencia y lo haré divertido. Piensa en él como un segmento de comedia.

—¿Y cómo llamaríamos ese segmento?

—«Quiero una cita».

Neil fingió meditarlo, pero estaba tratando de esconder la sonrisa.

—Quiero los guiones de, al menos, tres segmentos antes de darle luz verde.

—Y antes de entregarte esos guiones quiero discutir mi salario.

—¿Tu salario?

Bueno tal vez estaba forzando un poco la barra, pero si hoy era el día de salir del caparazón, que me hiciese un moretón no era una mala estadística.

—Aquí trabajamos dos tipos de personas: Los que cobramos una vez al mes por un trabajo rutinario como la señora que hace el café, Caroline la recepcionista, tu secretaria, Joseph…

—¿Joseph?

—El que repara las computadoras y nos mantiene la conexión de Internet funcionando.

—Siempre se me olvida como se llama…

—Y están los que presentan segmentos, que se encargan de sus guiones, y la producción y edición de sus videos, y cobran un porcentaje de las ganancias que hacen sus segmentos al mes.

—Ajá…

—Imagino que quieres que continúe con mi trabajo de redes sociales. —Lo miré y el asintió con el ceño fruncido—. Entonces tendría dos trabajos, así que espero seguir cobrando mi sueldo como encargada de las redes y también el porcentaje estándar por las vistas de mi video.

—Te doy el veinte por ciento.

—A los otros les pagas el treinta por ciento.

—Si tus videos superan las treinta mil vistas, te pagaré el treinta por ciento.

—Hecho.

—Primero quiero los guiones.

—Mañana los tendrás en tu correo.

Me puse de pie con dos sensaciones diferentes: Una era una especie de energía que me circulaba por el cuerpo y me hacía creer que podía hacerlo todo, triunfar. Quería escribir esos guiones, quería terminar mi agenda de trabajo del día, quería llegar a casa y cocinar comida cantonesa. Era una ganadora. El otro sentimiento se concentraba en la base de mi estómago y se parecía mucho al miedo.

Llegué a mi escritorio y mi primer impulso fue tomar el teléfono y llamar a esa persona que durante años se había encargado de ahuyentar mis miedos: Matías. Me detuve cuando ya pulsaba el botón.

En vez de eso busqué, nuevamente, el video de Moira, ese que grabé en su cocina y escuché varias veces la frase: «Necesitas saber quién eres, amarte y amar tu vida, levantarte y pensar en qué quieres para ti ese día sin que haya que involucrar a otra persona en ese logro».

Suspiré: Mis miedos, mis logros. Todos eran y siempre serían míos. No podía buscar una muleta cada vez. Además, estaba decidida a desentrañar mis sentimientos por Matías y, extrañamente, para eso necesitaba enfrentarme sola a la vida. Saber si lo quería o simplemente no sabía vivir sin él.

Tomé mi agenda y me puse a trabajar.

Capítulo Diecisiete

«Si tu vida es emocionante y llena, pues tendrá que ser un hombre extraordinario para que decidas dedicarle alguno de tus preciosos minutos»

Ciara Whelan, «Quiero una cita» Episodio 8

Me despertó el sonido del teléfono. Nuevamente amanecí en el sofá, aunque en esta oportunidad fue por razones mucho más productivas que esperar la llegada de Matías para sostener alguna de esas famosas conversaciones que siempre teníamos pendientes. Tratando de encontrar el móvil, estuve a punto de tirar al suelo el portátil que todavía estaba sobre mi cuerpo y se me clavó en un costado el bolígrafo con el que hice anotaciones en esa libreta que ahora estaba entre mi trasero y el cojín.

Sí, pasé la noche trabajando en los guiones que Neil pidió y sí, tal y como lo prometí, cuando llegara esta mañana a la oficina los tendría en su correo, si es que, como buen adicto al trabajo que era, no los había visto en la madrugada, al momento en que aterrizaron en su bandeja de entrada.

El móvil seguía sonando.

—Hermana de mi vida —saludé a Moira mientras me ponía de pie y echaba un vistazo al reloj de la pantalla del portátil. Todavía tenía tiempo de llegar a una hora decente a la oficina.

—¿Por qué de tan buen humor? ¿Has sabido algo de Matías? ¿Regresó?

—Soy una mujer independiente —dije mientras ponía a funcionar la máquina de café—. Mi felicidad no viene dictada por la presencia de un hombre en mi vida.

—¿Quién eres y qué hiciste con mi hermana?

—Solo sigo tu consejo.

—Los extremos son malos, Ciara, y cambiar de actitud de un día para otro es ficticio.

—Finge hasta que lo logres, es mi nuevo mantra.

—No estás actuando desde el convencimiento sino desde el impulso que da la frustración. Recuerda que todo lo que vale la pena, tiene que costar, y las relaciones sanas y duraderas no son la excepción.

—Espera un segundo.

Regresé a la carrera al sofá y busqué la libreta y el bolígrafo y anoté la frase de Moira, podía darme pie para un nuevo guion.

—Además —prosiguió Moira cuando consideró que ya había estado en silencio por suficiente tiempo—, no es tan extraño preguntar si Matías regresó. Es su casa, hay cuestiones logísticas que considerar.

Miré a mi alrededor. Nunca la había considerado solo «la casa de Matías», siempre había sido «nuestra casa», excepto en esos momentos en los que me torturaba por ser un fracaso, una mujer adulta incapaz de mantenerse. Sólo allí pensaba en él como el proveedor de todo lo que poseía, pero era solo para torturarme.

Sin embargo, me gustaba torturarme. Era una de esas conductas dañinas que insistía en retomar sin darme cuenta.

Otra cosa que debía irse.

—Necesito mudarme.

—¿Qué? —escuché decir a Moira, muy alarmada—. Creo que estás llevando esto demasiado

lejos, Ciara. Esto con Matías es un bache, de seguro lo solucionarán.

—Espero que sí. Espero que podamos solucionarlo en cualquier dirección que nos permita mantener una relación del tipo que sea, pero tú misma lo dijiste: Todo ya cambió, y resolvamos lo que resolvamos, si es que algún día regresa, voy a necesitar mi propio lugar donde vivir. Si comienzo una relación con Matías, una de tipo romántica, no puedo hacerlo viviendo en un sitio que él paga. No quiero volver a estar en esa posición.

—Matías no es Jon.

—Lo sé, pero yo sigo siendo Ciara, en proceso de cambio, pero todavía Ciara, y siempre estará la tentación de desaparecer en él, de ocupar poco espacio para no molestar, de estar agradecida. Además, si Matías y yo decidimos solo ser amigos, pues sería muy incómodo que siguiéramos viviendo juntos.

—Si lo explicas de esa forma…

—A ver, madre moderna y capaz que conoce a todo el mundo en esta ciudad. Consígueme un lugar donde vivir.

—¿Con tu salario?

—No dije que tuviese que ser un apartamento como este, o en este barrio. Además, creo que pronto conseguiré un ingreso extra.

—¿Se puede saber proveniente de dónde?

—Todo a su tiempo, no quiero traerle malas vibras a mi nuevo proyecto.

—¿Te doy mala vibra?

—No intentes sonsacarme información con un viaje de culpabilidad. Tú solo búscame dónde vivir.

—Déjame ver qué puedo hacer, aunque todavía pienso que te estás apresurando. Matías podría tomar eso como…

—Te dejo porque voy tarde y, justo ahora, no puedo permitirme quedarme sin empleo o que mi jefe tenga alguna duda de mi compromiso hacia el trabajo.

Lancé un sonoro beso al aire, terminé la comunicación y, nuevamente, sin prestarle atención al miedo que me subía por el estómago, salté a la ducha.

«Finge hasta que lo logres. No repares en el miedo hasta que eventualmente desaparezca».

El día de trabajo fue como cualquier otro, salvo que con una especie de Espada de Damocles sobre mi cabeza. Cada vez que Neil entraba o salía de su oficina, pretendía que no lo veía, pero monitoreaba cada uno de sus movimientos y, por si acaso, revisaba mi correo cada diez minutos en caso de que hubiese decidido responder por esa vía. Igualmente, cada vez que lo veía revisando algo en el ordenador, trataba de estudiar su expresión para adivinar qué estaba leyendo.

Notando finalmente que me estaba poniendo en posición de tortura, nuevamente; quise distraerme buscando opciones de apartamentos para mudarme y con cada opción que revisaba, pues el dolor de estómago era mayor que el producido por los movimientos de mi jefe.

¿Es el miedo una señal de que no estás lista o es simplemente inseguridad?

Estuve a punto de buscar la respuesta en Google, pero si a los casi treinta años no estaba lista, pues vaya a saber Dios cuándo lo estaría.

—¡Ciara! —Neil venía trotando hacia mi cubículo con una sonrisa en los labios.

¿Estaría sonriendo para que el golpe doliera menos?

¿Le habría gustado mucho muchísimo lo que escribí?

Mi estómago se debatía entre querer saber y pedirle que olvidara todo el asunto.

—Te voy a enviar unas promociones en las que queremos trabajar con algunos anunciantes para que hagas el plan de redes. No las incluí en la reunión de esta semana porque las alianzas acaban de entrar.

—Perfecto.

Finalmente llegó a mi escritorio y se inclinó un poco.

—Gracias por tu consejo —dijo en voz más baja—. Pedro y Walter amaron la idea de sacar un canal adicional amparado en la misma marca.

—Te dije que era una buena idea.

—La imagen gráfica debe estar lista hoy. Pedí que te la enviaran, al igual que los resúmenes de los contenidos que esperamos tener, porque quiero ver la estrategia de marketing para ese nuevo canal. Cuanto antes mejor.

—Está bien.

—Cuando te contraté supe que serías una bendición para este lugar. Te tomó tu tiempo adaptarte, pero ya estás aquí.

Neil sonrió y se dio la vuelta para marcharse.

«Tal vez no ha visto lo que le enviaste».

«Tal vez no le gustó la idea y pretende dejarlo pasar porque no quiere discutir contigo para preservarte para el trabajo para el que realmente eres buena».

«Debería darte una respuesta, de cualquier forma. Es de mala educación no hacerlo».

«¿Pero de verdad quieres saber qué piensa? Si quieres saber pregunta».

Estaba a punto de abrir la boca, no sé si para pedirle a las dos Ciaras que conversaban en mi cabeza y sobre las cuales debería, eventualmente, buscar terapia, que se callaran de una buena vez; o para seguir sus consejos y llamar a Neil para hacer la pregunta del millón de dólares.

Al menos sobre el millón de dólares de mi vida, con el cual podría mudarme y vivir como un adulto responsable de su vida y sus gastos.

Sin embargo. Neil no me lo permitió. A mitad de camino entre mi escritorio y su pecera, se volvió.

—Se me olvidaba, Ciara. Trae ropa mañana, necesito que grabes los dos primeros segmentos que me enviaste. Pedro será tu camarógrafo. —Sonrió ampliamente, dejándome perfectamente claro que no había olvidado nada y que se estaba divirtiendo de lo lindo—. Chicos —anunció en voz más alta—. Ciara será ahora comentarista para nuestro nuevo canal, la que lo inaugurará, de hecho. Tendrá un segmento sobre citas y lo mucho que los hombres apestan, así que siéntanse libres de abrumarla con sus historias sobre citas desastrosas y lo horrible que es estar en el mercado de solteros. —Toda la redacción aplaudió y yo sentí que mi rostro estaba del mismo color de mi cabello—. También les anuncio que Ciara continuará trabajando en nuestras redes sociales, así que también pueden molestarla con eso al ritmo usual. Explotemos todo su potencial.

Dicho esto, como una gran despedida triunfal, Neil continuó hacia su oficina y todos los ojos de la redacción estaban en mí y debo reconocer que los labios que estaban en esos rostros sonreían genuinamente.

—Todos vuelvan a trabajar y dejen de mirarme —grité desde mi escritorio y, para mayor efecto, hice un gesto con la mano como quien espanta una mosca—. Me van a poner nerviosa.

Mientras intentaba regresar a mi trabajo habitual sin permitirle a mi imaginación que volara hasta el infinito y más allá, no pude evitar la sonrisa que, de lo más espontánea y testaruda, se negaba a desaparecer de mi boca.

Capítulo Dieciocho

«Todo lo bueno tiene que costar. Entonces que les cueste a ellos conseguir una cita contigo»
Ciara Whelan, «Quiero una cita» Episodio 8

Cualquiera podría asumir que mi día terminó en una nota encantadora, que compré helado de camino a casa y me lo comí directo desde el bote mientras bailaba esperanzada por las calles de Boston.

Pues no.

Aparentemente los logros no tienen precisamente un efecto bailarín cuando la tristeza tiene un espacio asegurado en tu cuerpo, puedes olvidarla por un rato cuando estás ocupada, sumida hasta el cuello en trabajo o en el medio del subidón que te produce tu éxito momentáneo, pero si te distraes un momento te ataca por la espalda e ir en el coche de camino a casa y con la mente necesitando un descanso, aparentemente es su momento favorito.

Todavía podía sentir la necesidad de llamar a Matías para contarle que, finalmente, mi vida se estaba encaminando, que me sentía feliz y esperanzada. Quería sentir su sonrisa solo por el tono con el que me respondía, porque era algo que siempre había podido hacer, y escucharle prometer que lo celebraríamos cuando él regresara, porque una parte de mí, esa que todos tenemos y que es el niño que fuimos, seguía atascada en ese lugar en el que la ausencia de Matías era porque estaba de viaje, como tantas otras veces, fotografiando modelos en Nueva York o tigres en África.

Sin embargo, la adulta consciente sabía que no estaba simplemente de viaje y esa lo extrañaba a rabiar, no con la miseria constante, aunque eventualmente pasajera, de un corazón roto; sino con la desesperanza de quien pierde una parte de sí mismo. Vale, que si me hubiesen extirpado parte de mi hígado creo que no lo notaría tanto como la falta de Matías en mi vida porque los hígados se regeneran, pero otro Matías nunca encontraría.

Lo más ilógico, al igual que lo fue esta mañana, era que no debería sentirme así. No estábamos todo el tiempo juntos, no hablábamos a cada hora ni nos mandábamos textos o memes. La ausencia de Matías no era algo inusual en mi vida y solo habían pasado dos días.

¿Por qué entonces me hacía tanta falta que tenía que distraerme con trabajo para no pensar en él?

«Porque sabes que puede no volver y aunque lo haga no será lo mismo».

En mi rato de tortura en el coche, miré de reojo al teléfono varias veces. El muy hijo de puta parecía guiñarme el ojo que no tenía para darme entender que no pasaría nada si lo llamaba, que no era que estábamos peleados o en la lista negra del otro, o que si quería ser discreta y solo saber si estaba bien, podía llamar a su agente que siempre estaba al tanto de sus movimientos.

Sí, definitivamente el móvil estaba poseído por alguna especie de espíritu maligno que de seguro manejaba todo lo relacionado con las tentaciones, el mismo que te dice que está bien comerse otro pedazo de pastel de chocolate.

¡Pues no!

Los cambios no pasan solos, hay que trabajar por ellos y yo estaba decidida a cambiar.

Estuve tentada a llamar a Moira para contarle las buenas nuevas, pero era un pobre sustituto. Mi hermana jamás entendería por qué era un logro en mi carrera haber conseguido mi propio segmento, simplemente porque para ciertas personas el tipo de trabajo que yo hacía no era un trabajo «de verdad». Tener un segmento en YouTube para un canal tan prestigioso como *Boston*

´s Watchers, aunque fuese en un canal auxiliar y no en el principal, se parecía más a hobbies de adolescentes que se graban en sus habitaciones con luces de colores en el fondo y no a una carrera para la cual había ido a la universidad y hecho un postgrado.

Finalmente llegué a casa, sin llamar a nadie por el camino ni pararme a comprar torta de chocolate, encendí la luz y me recibió nuevamente el vacío y el silencio, y eso agregó decibelios a la frustración y alimentó el fuego de esa tristeza que había hecho lo posible por arrojar a ese armario que todos tenemos en nuestra mente donde escondemos esos sentimientos terribles con los cuales no tenemos las herramientas para lidiar en un momento determinado.

Sin embargo, mi armario estaba ya lleno y con la cerradura, aparentemente, en mal estado, porque al ser recibida por el apartamento vacío, pero al mismo tiempo lleno de recuerdos; por ese silencio que retumbaba, la puerta se abrió y todos esos sentimientos reprimidos me golpearon tan fuerte que me recosté en la pared al lado de la puerta y poco a poco me fui deslizando hasta quedar sentada en el suelo.

—¿Dónde estás Matías? —pregunté en voz baja—. De verdad no era para tanto drama.

Lo extrañaba. Su presencia, la calma que aportaba a mi vida, la forma en que siempre ponía las cosas en perspectiva y me hacía reírme de mí misma, la felicidad tan poco evidente que su presencia me producía y que solo podía notar ahora que no la tenía.

¿Repetirlo varias veces podía generar un desgaste del sentimiento?

Eso esperaba.

Quería llorar y no había repetición del discurso de Moira sobre que debía ser feliz por mí misma y por nadie más que detuviera el sabor de las lágrimas que se agolpaba en mi garganta y que amenazaban en manifestarse en mis mejillas.

En un impulso, o tentada por el demonio ese que guiñaba ojos, tomé el teléfono y marqué su número.

Siempre he sido débil, siempre ordeno pasta y no lechuga sin importar lo que sea mejor para mi salud.

No sé si fue una bendición o una maldición que la llamada fuera directamente al buzón. Cerré los ojos al escuchar su voz, tan calmada, tan profesional y sin quererlo estaba sonriendo.

¡Maldito finlandés idiota con su acento extraño y familiar al mismo tiempo!

Luego vino la señal.

—Matías voy a mudarme —anuncié solemne, sin meditarlo y colgué.

¿Por qué no pude decirle «Matías te extraño» o «Matías, por favor, regresa. Tenemos que hablar»? Incluso si quería algo de drama poético algo como «Te llevaste mi felicidad y la quiero de vuelta», pero no.

Creo que en el fondo todavía estaba más cabreada que triste y me importó poco que el mensaje sonara más a amenaza que a otra cosa. Tal vez simplemente buscaba algún tipo de reacción.

Alguien llamó a la puerta justo en el momento en que cerré la comunicación y di un respingo para luego mirar alternativamente al teléfono en mi mano y a la puerta a mi derecha. ¿Será que Matías tendría un teletransportador molecular?

«No seas idiota. Matías tiene llave».

El golpe impaciente en la puerta me dio una muy buena idea de quién podría ser y no era precisamente mi mejor amigo/posible futuro novio desaparecido en acción por cabezota.

Me levanté del suelo tratando de recomponer todas mis piezas. Porque eso es lo que uno tiene que hacer cuando cae: levantarse solita.

—¿Qué haces aquí? —pregunté en lo que abrí la puerta y me encontré a Moira con un tupper en la mano—. ¿Y los niños?

—Los dejé con su padre, para eso lo tienen —respondió entrando—. No tienen que estar conmigo las veinticuatro horas del día. —Me ofreció el tupper—. Te traje pastel de carne. Sé que no eres buena cocinando y sin Matías aquí probablemente engordes consumiendo pura comida para llevar o te de anemia por falta de vitaminas y vegetales orgánicos.

—Gracias —dije recibiendo la comida porque tristeza o no, nadie le ponía mala cara a los guisos de mi hermana—. Aunque debo reconocer que mi cuerpo está acostumbrado a vivir desde hace un año con un mínimo de comida casera y ese mínimo es el que tu provees todas las semanas.

Moira siguió hasta la cocina y yo fui tras ella.

—¿Te ofrezco algo de beber? ¡Moira, no vayas a revisar mi refrigerador!

Mi hermana se detuvo justo antes de ejecutar la invasiva acción.

—Solo intento ayudar. Sé que olvidas hacer la compra si Matías no te hace la lista.

—¿Qué haces aquí?

—Quería ver cómo estabas, qué tal había ido tu día. No estás acostumbrada a estar sola.

—Pues bastante bien, si supieras —dije altanera como si no hubiese estado hacía segundos tirada en el suelo, con las lágrimas en los ojos y llamando al móvil de Matías. ¡Patética! Lo sabía, reconocía mi momento de debilidad, pero no hacía falta que Moira me recordara mi propia miseria porque, sí, había olvidado traer pan y leche y, probablemente, el pastel de carne era lo único que tendría para desayunar mañana—. Voy a tener mi propio segmento en *Boston´s Watchers*.

¿Dónde estaba mi filtro últimamente?

¿No había quedado conmigo misma que a mi familia le importaba poco? ¿Qué no entendía?

Bueno, ni modo.

Esperando un comentario desdeñoso en 3, 2, 1…

—¿En serio? —La sonrisa de Moira amenazaba con tragar su cara. Era tan grande que estaba convencida de que había entendido algo mal—. ¡Felicitaciones! Tendré una hermana famosa. —Sacó su teléfono—. No olvides avisarme cuando salga el segmento para activar las notificaciones. Tal vez haga una reunión en casa para que lo veamos todos juntos.

—Por favor no hagas eso.

—¿Por qué no?

—Tengo que producir mi propio segmento y presentarlo. Nunca he hecho eso. Quién sabe si a la gente le guste. Tal vez sea un desastre.

—No sé por qué tienes que hacer llover sobre tu propio desfile, pero si así lo quieres —dijo con una mueca—. No nos dejes participar en tu felicidad y en tus logros. Total, solo somos tu familia

Hasta yo pude ver mi propia contradicción

¿No me quejaba constantemente de la supuesta falta de entendimiento y apoyo por parte de mi familia?

Vaya que además de patética era una hipócrita.

—Disculpa, es que todavía no me lo creo. Estoy nerviosa, esperando que algo salga mal.

—¿Por qué algo habría de salir mal? Eres buena en tu trabajo, te has partido el trasero por ellos en este último año, es lógico que te dieran una promoción.

—Supongo.

Moira negó con la cabeza como quien descarta un tema.

—¿Y de Matías? ¿Has sabido algo?

No había ningún tema seguro que discutir con Moira. Todos parecían emboscadas de respuestas erróneas.

—No —dije olvidando intencionalmente mencionar el hecho que lo había llamado y acababa de sostener un breve y amenazante conversación unilateral con su contestador—. Por lo que sé, puede estar en cualquier parte del mundo enrollado con una modelo talla cero.

—Eres capaz de deprimir a un niño de dos años. —Nuevamente negó con la cabeza—. ¿Todavía sigues con esa idea de mudarte?

«Ahora más que nunca pues ya le di el ultimátum y nada es más vacío que una amenaza sin ejecutar».

—Si.

—Sigo creyendo que es un error.

—Yo no —dije tratando de imprimir todo el convencimiento que no sentía—. Vivir aquí, además de todo eso de la independencia y de no ponerme nunca más en la posición de tener que agradecer algo; es como vivir en una casa embrujada, solo que los fantasmas son recuerdos que están escondidos en cada lugar, en cada fotografía. Miro hacia arriba y espero ver a Matías asomar la cabeza por la baranda y preguntar qué quiero para cenar; veo la alfombra y recuerdo la discusión en la tienda que la compramos. Igual sucede con los platos y hasta con las toallas.

—Ciara, Matías no está muerto y, déjame decirte que hasta que no tomes una decisión, el fantasma viajará contigo y estará allí cuando abras los ojos.

—Yo ya tomé mi decisión.

—¿Y cuál es?

—Que voy a mudarme.

Moira suspiró frustrada.

—En ese caso. Steve acaba de terminar las paredes del apartamento que estamos haciendo sobre el garaje. No habría tiempo de hacer las divisiones internas que queríamos, así que imagina que tendrás un enorme espacio abierto, como un *loft*. El baño sí está terminado, la cocina no. Así que no hay gabinetes ni electrodomésticos, solo las conexiones. Hoy llamé a varias personas y conseguí que nos regalaran una estufa y un refrigerador, son usados y no muy nuevos, pero funcionan bien. Sé que no tienes muchos ahorros porque tienes la deuda del postgrado, así que solo tendrías que comprar los muebles que necesites, la cama y, no sé, alguna silla. ¿Algo de lo que está aquí es tuyo? —preguntó mirando a su alrededor y yo solo me la quedé mirando porque todavía mi cerebro estaba tratando de procesar toda esa información soltada así de golpe—. ¿Algo que no requiera un exorcista?

—No compré nada de lo que está aquí. Todo lo pagó Matías —dije todavía tratando de ponerme al día con la información.

—Esto se siente como un divorcio —con un suspiro disgustado, Moira abandonó la cocina y fue al salón—. No me gustan los divorcios. Siempre he pensado que en la mayoría de los casos las cosas se pueden arreglar.

—¿Quieres que me mude contigo? —pregunté alcanzándola nuevamente. Como que era el día de perseguir a Moira dentro de mi propia casa, bueno no tan propia—. ¿Dónde quedó todo ese discurso de que debo valerme por mí misma? Ir a vivir en el apartamento sobre el garaje de la hermosa casa en los suburbios de mi hermana y su perfecta familia sabe un poco a fracaso.

—No vivirías conmigo, vivirías en un anexo de mi casa que tiene su entrada independiente,

tendrás que pagar alquiler, obviamente, y contratar tus propios servicios, incluido el Internet. Sé que no tienes mucho dinero y pagar un depósito y un alquiler te podrían en un aprieto, probablemente tendría que prestarte el dinero. —En eso tenía razón—. Imagina que es como un entrenamiento que te permitiría vivir de forma independiente y guardar un poco de dinero. No lo pienses como una solución permanente sino como un arreglo temporal mientras te organizas. Yo tampoco te quiero en mi casa para siempre.

—¿Por qué haces esto?

Me miró entre sorprendida y ofendida.

—Por qué eres mi hermana y necesitas ayuda. —Se sentó en el sofá—. Nunca me has pedido ayuda, Ciara, y he visto con mucha impotencia cómo metías la pata una y otra vez, pero ya sabes como soy: no me inmiscuyo si no me llaman.

«Y en lo que alguien te llama, te inmiscuyes, los haces todo a tu modo y nunca te sales».

Claro que, mirándolo de forma objetiva, y obviando el pequeño hecho de que vivir con Moira era dejar la puerta abierta para se metiera de lleno en mi vida sin pedir permiso y ofreciera consejos en forma de órdenes a toda hora, ahora tenía la presión de mudarme rápido, después del estúpido mensaje que dejé en el teléfono de Matías, y el buscar un lugar donde vivir era imperativo y, si era honesta conmigo misma no tenía los fondos para pagar otra cosa.

—¿Cuándo me puedo mudar? —pregunté tratando de lucir más animada y menos forzada a lo que la realidad determinaba.

Poco a poco Moira sonrió. Mi hermana lucía realmente hermosa cuando estaba feliz.

¿Quién diría que vivir conmigo la haría feliz?

—Todavía hace falta pintar. Steve se encargará de ello el fin de semana. ¿Quieres algún color en particular?

—El que les sobre por allí. —Sonreí de vuelta—. Por cierto, no voy a cuidar a tus hijos como parte de pago.

—Como si yo fuese tan loca de permitírtelo.

—Y me tienes que decir cuánto voy a pagar de alquiler.

—Claro, claro. Haremos el cálculo tomando en cuenta tu salario actual, no el que tendrás ahora que serás comentarista.

—La sección tiene que generar dividendos para que me paguen y de eso pueden pasar unos meses.

—¿Y de qué hablarás?

—De citas y relaciones.

Moira me miró abriendo muchos los ojos.

—Hay que cagarla bastante para reunir la experiencia necesaria —expliqué con una sonrisa de suficiencia—, y si algún día me quedo sin ideas siempre puedo preguntarte.

Me dejé caer a su lado en la silla.

—Estoy muy feliz por ti. Ya verás que te volverás viral y tendrás miles de vistas y comentarios. Hasta te podrá caer un contrato de publicidad y esas cosas. La televisión tradicional ha muerto, y todos buscamos lo que antes encontrábamos de forma fría y distante en pantallas interactivas que nos dan la ilusión de que participamos.

—¿Cuándo te volviste una experta? —La miré con miedo de que esta mujer no fuese mi hermana, sino algún ente en control de su cuerpo—. Siempre te has burlado de mi trabajo, tú y toda la familia.

—Solo bromeábamos, como papá cuando dice que Steve solo sirve para cargar neveras. —Se

encogió de hombros—. Tú te lo tomabas a mal porque en el fondo tampoco estabas muy convencida de tu elección, no lo suficiente para defenderla delante del mundo.

—¿Estás segura que no quieres ir a la universidad y estudiar psicología o algo así?

—No, pero si quieres algo de sabiduría, respecto a tu mudanza…

—Moira, ¿no fuiste tú quien me dijo que debía valerme por mí misma? No te contradigas, te resta credibilidad.

Moira suspiró y sonrió.

—Aquí va una píldora de sabiduría para el futuro: toda mujer tiene que ser capaz de vivir su vida de forma independiente, como ente único, como persona; pero el ser capaz de hacer algo no es lo mismo que tomarlo como una cuestión de honor. —Miró la foto sobre la mesa que estaba a su derecha, esa en la que Matías y yo mostrábamos a la cámara nuestros diplomas de la universidad—. Es saludable dejarse ayudar de vez en cuando, a los hombres les gusta sentirse necesitados, mucho más cuando saben que eres perfectamente capaz de hacerlo todo sin ayuda y solo les estás dando una concesión para que no se sientan inútiles.

Capítulo Diecinueve

«No tomos los hombres son venenosos. La culpa es nuestra por querer endilgarle a los pobrecillos cualidades que no tienen y no tendrán»

Ciara Whelan, «Quiero una cita» Episodio 8

—Silencio vamos a grabar.

La luz roja de la cámara pestañeaba y no podía hablar. Tomé aire, abrí la boca y nada salía.

—¿Ciara? —preguntó Pedro en voz baja y me miró un poquito preocupado.

Toda la oficina estaba en silencio y no precisamente por el grito de Pedro pidiendo silencio. Desde sus escritorios todos querían saber cómo me iría. No era que me deseaban mal, no expresamente, pero el ser humano siente un placer morboso en ver fallar a otros. Tal vez eso los reconforta sobre sus propios errores pasados.

«Pero tú no vas a fallar Ciara Whelan porque eres fabulosa, o lo serás, si decides dejar de ser una palomita asustada y te conviertes en esa pelirroja de un metro setenta centímetros y setenta y cinco kilos que eres. Ocupa tu espacio».

Cerré los ojos, me dije que había que fingirlo hasta que se volviera real y canalicé a la Ciara de la universidad, a esa que se divertía y que hacía el tonto con Matías cada vez que tenía la oportunidad.

Los abrí y sonreí como quien está a punto de jugarle una broma a alguien que, sin sospechar nada, se acerca inocente por un pasillo.

—Hola, yo soy Ciara y un día me vi soltera, con casi treinta años y grité desesperada «quiero una cita» y allí comenzó un periplo que me enseñó muchas cosas de ese mundo misterioso y, algunas veces, un poquito aterrador. ¿Quieres una cita? Te cuento mi historia…

Una vez que canalicé a mi pelirroja interior, la grabación corrió mejor de lo que esperaba. Pedro fue paciente y su risa contenida ante la historia que narraba me dio la confianza para seguir hablando.

La grabación del segundo segmento, que narraba lo que sucede cuando llevas a un número impar a un encuentro, pues no tuvo ni una falla y varios compañeros se acercaron y, parados al lado de Pedro, también contenían las carcajadas.

¿Quién diría que tendría talento de comediante? ¿Qué podría reírme de mis propios fracasos con la sola intención de contar una historia aleccionadora?

Me sentía cómoda haciendo eso, me sentía cómoda manejando el plan de medios de dos plataformas. Era una tonelada de trabajo, era agotador, pero cada vez que estaba en ello sentía que tenía un fondo musical como el montaje de una película; algo estilo el entrenamiento de la Mujer Maravilla en la primera película, la segunda era mejor olvidarla.

Editar fue un poco más complicado. No lo hacía desde la universidad, salvo los pequeños videos promocionales de las redes, pero con un par de consejos de Neil, que estuvo a mi lado durante todo el proceso, pronto le tomé el gusto y también a eso le ponía mi propio fondo musical mental.

Es más, eso de la musiquita lo usaba para todo: Cuando caminaba por el pasillo del súper porque ya no olvidaba hacer la compra, cuando empacaba cosas con Moira porque resultó que tenía más de lo que creía y, sí, también había una banda sonora un poco más melancólica (bastante más melancólica, digamos que desesperada) cuando me daba cuenta que había pasado

más de una semana y Matías no había reaccionado ante el anuncio de mi mudanza.

Cada día era más difícil vivir allí, en ese lugar que construimos ambos y que ahora se sentía extrañamente vacío, aunque las cosas que me había llevado estaban solo en mi dormitorio.

Por eso una sensación de paz me asaltó al ver que el apartamento sobre el garaje de mi hermana ya estaba pintado, de un hermoso color verde menta, y Moira, utilizando sus habilidades, había usado papel de regalo para decorar ciertas paredes dándoles textura. Igual sucedió con unas puertas de madera algo apolilladas y que mi hermana, con una lija, barniz y pintura, convirtió en unas rústicas encimeras para la cocina y unas hermosas cortinas con encajes que eran ahora las puertas de los gabinetes.

—¿Estás segura que no quieres que te recomiende con mi jefe para tener tu propia sección de «Hágalo usted mismo»? —le pregunté mirando a mi alrededor asombrada—. Ganarías dinero extra, no solo con el segmento sino con contratos de publicidad y asociaciones.

Moira sonrió complacida dándole un trago a su cerveza.

—¿Te gusta?

—Me encanta.

—Y eso que no has visto la mampara que te estoy haciendo para separar la habitación del resto del lugar. Papá me consiguió unas paletas en el muelle y con un poco de papel de seda pintado a mano, está quedando preciosa.

La miré más que asombrada.

—Te lo digo en serio. Incluso podrías comenzar tu propio canal y monetizarlo.

—Hago estas cosas porque me hacen feliz, pero comprometerme a algo fijo, porque sé que los canales requieren consistencia y preproducción, consumiría demasiado de mi tiempo. Aunque me exasperen, me gusta estar allí para mis hijos.

—¡Steve! —llamé a mi cuñado que en ese momento, con uno de sus obreros, hacía entrada al apartamento con mi nuevo colchón a cuestas—. Tu esposa podría tener una carrera como decoradora en YouTube. Tienes que convencerla.

—No hay respuesta que pueda dar a eso que me deje bien parado —respondió Steve—. Si digo que sí, me acusará de que la quiero mandar a trabajar; si digo que no, dirá que pretendo que sea una esclava sin vida propia. Moira hará siempre lo que desee y no seré yo quien se interponga en su camino, solo estoy aquí para apoyarla y ayudarla cuando me necesite. No tengo la más mínima intención de que comience a comparar mis habilidades con una torta de chocolate.

—¿Lo viste? —le pregunté con una mezcla de orgullo y timidez.

—¿Ver qué? —preguntó Moira—. ¿De qué hablan ustedes dos?

—La promoción del segmento de Ciara salió hoy en Instagram. —Steve me miró y levantó las cejas un par de veces de forma pícara—. Te veías fantástica en ese vestido negro.

—¿Por qué no me dijiste? —Moira me miraba ofendida.

—Es solo una promo. —Levanté un hombro e hice una mueca con la boca como si no fuera mayor cosa aunque, ahora que Steve había traído el tema a mi lóbulo frontal, quería ir a echarle una miradita a Instagram y a YouTube para ver las reacciones de la publicación.

—¿Qué fue eso de la torta de chocolate? —insistió Moira.

Suspiré resignada.

Contarle era como abrir una caja de Pandora, pero eventualmente lo iba a saber.

—Solo dije que, si a un hombre no le gustan mis curvas e insiste en decírmelo en nuestra primera cita, deberá probar que su pene sabe mejor que una torta de chocolate y eso nunca

sucede.

«Salvo el de uno que nunca me prohibiría comer torta de chocolate» completé mentalmente.

Moira me miró unos segundos con los ojos muy abiertos y luego soltó una ruidosa carcajada, de esas que te hacen inclinar el cuello hacia atrás, y esa risa ahuyentó la tristeza que pensar en Matías siempre traía. No obstante, sabía por experiencia que era una retirada momentánea y estratégica; que esa tristeza regresaría con fuerza ante la menor invitación de los recuerdos para golpearme con fuerza, preferiblemente cuando estuviese sola.

Dos semanas habían bastado para cambiar el carril de mi vida, con la invaluable ayuda de mi hermana, eso sí. Me sentía creativa, productiva, llena de energía, en control como nunca antes y hasta de cierta forma feliz, en ciertos momentos, pero esa tristeza estaba allí solidificándose como una parte integral de mi personalidad. Ya no estaba cabreada con Matías, no tenía la energía ni el tiempo para eso, también estaba más allá del punto de culparme porque, aunque tuve suficiente tiempo para analizar las cosas en perspectiva y darme cuenta que fui una estúpida corta de vistas; lo hecho, hecho estaba y en ese momento probablemente no hubiese estado lista para darme cuenta de lo que tenía ante mis ojos.

Estaba solo triste. No quería llorar, lanzar cosas o comer helado. Matías me hacía falta, mi corazón me lo recordaba no con dolor sino con vacío.

—Recuérdame no invitar a nuestros padres a la fiesta que haré para que todos lo veamos juntos —prosiguió Moira, ajena a los sentimientos que me cruzaban por la cabeza—. No queremos que se escandalicen.

—Acuesta temprano a los niños también —dijo Steve ya de salida—. Todo lo repiten en la escuela.

—Debo recordarles a algunos de nuestros invitados que dejen a los menores en casa —dijo Moira a nadie en particular, solo haciendo una nota mental.

Ese último comentario me trajo de vuelta a lo que sería próximamente mi nuevo apartamento y a las dos mentes criminales que conspiraban en mi presencia.

—¿Algunos de tus invitados? ¿Cuántas personas serán? —pregunté sintiendo que los nervios ante el inminente estreno me asaltaban nuevamente. Mis estados de ánimo parecían mutar de un segundo al otro: alegría, preocupación, tristeza y vuelta a empezar—. No sé si esa idea de hacer una fiesta el día del estreno de mi segmento valga la pena. Dura solo once minutos y se estrenará durante el día, no hay nada que pueda hacer con respecto al horario.

—Oh no, hermana. —Moira negó con la cabeza—. Tengo una nueva receta de quiche de calabacín que quiero presumir ante las visitas y necesito una noche con adultos, conversando de temas de adultos.

—Pero…

—Ya advertí a todos que no pueden verlo hasta que estemos todos juntos, en la noche, aquí en mi casa con un trago en una mano y un delicioso pedazo de quiche en la otra. Será divertido.

—¿Tu diversión es que nuestros familiares y algunos de tus conocidos me vean haciendo el ridículo en YouTube?

—El mundo te va a ver de todas formas y no haciendo el ridículo, sino siendo una mujer segura de sí misma que exhibe su experiencia porque no la avergüenza.

—¿Y si el mundo se entera de que soy un fraude?

—¿Por qué piensas que eres un fraude? Hablas de citas horribles y de lo bueno que puede ser estar soltera. Al menos eso fue lo que me dijiste. —Me miró curiosa y yo asentí—. Es lo que eres.

—No lo soy. ¡Extraño a Matías! —La miré a los ojos como si acabara de confesar una verdad terrible—. ¿Cómo se supone que le diga a las mujeres del mundo «Deja de perseguir esa cita idílica que solo está en un tu cabeza, deja de pensar que solo estarás completa y feliz si tienes una pareja», cuando me duele su ausencia y las noches que no caigo agotada en la cama pienso en todos los posibles futuros que pudimos tener juntos, en lo felices que éramos sin darnos cuenta?

Terminé de hablar con la respiración agitada como si hubiese corrido un maratón.

Miré a los lados. Steve y su acompañante habían desaparecido sin dejar rastro tras dejar la cama en el primer lugar que les pareció adecuado.

—¿Por qué tiene que ser una cosa o la otra? —preguntó Moira calmada, ladeando la cabeza. Esperó en silencio una respuesta que no sabía si podía darle porque no entendía el fondo de su pregunta y esperaba que fuese un cuestionamiento retórico—. Digo —prosiguió Moira en lo que entendió que no tendría una respuesta—, se puede ser una mujer independiente que no deja que de una relación dependa su felicidad entera, pero al mismo tiempo querer una relación. Puedes querer un compañero de vida y no a alguien que te defina.

La miré un poquito resentida. No tenía derecho a querer hacerme cambiar de opinión cada dos emanas.

—Porque, irónicamente, me puse en movimiento, busqué cosas que no reconocía que quería por estar ocupada buscando las equivocadas, solo cuando Matías se fue.

—¿Volverías a ser la Ciara de antes si eso te permitiera estar con Matías? ¿Olvidarías este nuevo camino que has elegido para ti?

Miles de imágenes pasaron por mi mente: Me vi buscando citas desesperada para intentar alcanzar ese tonto ideal de felicidad que tenía en mi mente, deprimiéndome cuando las cosas salían mal pues el valor que me daba como persona venía determinado por los resultados que obtenía de una vida amorosa que no existía.

—No —dije antes de darme cuenta—, pero todavía quiero estar con él y no de la forma en que estábamos antes. No quiero ser su amiga, lo quiero de pareja. Soy una hipócrita.

Moira bufó.

—Por favor hermanita querida no te conviertas en una de esas feministas radicales que creen que todos los hombres son malos y venenosos. Para dar consejos efectivos sobre relaciones necesitas haber estado en unas cuantas relaciones horribles. —Levantó una mano—. Pero también tener una extraordinaria. Tú misma lo dijiste: Quieres una relación con Matías, no simplemente una relación con el señor sin rostro. Esa es tu premisa.

—Matías dijo que estaba cansado de nosotros —dije y casi hice un puchero.

—Obviamente. Hasta yo estaba cansada de ustedes en ese viejo formato, pero ahora no eres la misma y la situación en la que están, cambió.

—Tal vez nunca regrese. Tal vez ahora está en Finlandia.

Una lenta sonrisa comenzó a aparecer en los labios de Moira.

—Algo me dice que sabremos de él muy pronto.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Conozco a los hombres, a los buenos, claro. Los malos los repelo y siguen siendo un misterio para mí.

Capítulo Veinte

«Busca a alguien que siempre vea la mejor versión de ti misma»
Ciara Whelan, «Quiero una cita» Episodio 8

El día del estreno llego y fue como cualquier otro en la oficina. Todo el mundo seguía su rutina y yo me encargaba de las redes, promocionando todos los contenidos de las dos plataformas, incluido el mío que requería un poco de atención adicional porque era nuevo y era su día.

¡Lo hacía con todos!

De cierta forma fue bueno. Estaba tan inundada de trabajo que no tuve tiempo de contar los lentos segundos que pasaban desganados por el reloj. Solo podía hacerlo cada media hora y ya era suficiente tortura.

Claro que el estar lo suficientemente ocupada para no ver el reloj, no disminuía para nada la ansiedad que, por cierto, me hacía estar de un humor de perros que no era mi estado natural. Si alguien pasaba por mi escritorio a pedir cualquier cosa relacionada o no con mis obligaciones, era capaz de arrancarle la cabeza de un mordisco. Afortunadamente para la integridad física de mis compañeros de trabajo, todos lo entendieron en algún momento de la mañana y, sabiamente, evitaron acercarse a menos de un metro de mi sitio de trabajo y enviaron sus requerimientos vía el servicio de mensajería interna, cosa que les agradecí. Era más fácil ser productiva de esa forma y, además, estaba el beneficio de no ir a la cárcel por homicidio involuntario.

Claro que, como soy humana, por más que evité tomar café o agua para no tener que moverme de mi silla y contaminar al resto de la oficina con mi virus de mal humor, en algún momento tuve que ir al baño. Lo pospuse lo más que pude porque nada propicia más la invasión de pensamientos intrusivos que estar en un lugar cerrado, donde nadie habla y en el que no hay que pensar mucho para hacer lo que hay que hacer.

Y allí, ante mis ojos, encontré la causa de mi excesivo mal humor, desproporcionado incluso teniendo en cuenta que era la fecha de estreno de mi segmento.

Un tsunami de sensaciones invadió mi cuerpo tomando posesión de cada célula que vivía debajo de mi epidermis al ver esa pequeña mancha que debía representar un alivio, el proverbial suspiro que nos asalta de forma inconsciente cuando nos quitamos un peso, ya sea real o ficticio, de nuestras espaldas, y sí, estaba aliviada, pero no tanto como debía estarlo. Si soy completamente sincera, tenía un poquito de ganas de llorar y no era de alegría precisamente. Tal vez fue simplemente la sorpresa, el recordatorio, porque había dejado de pensar en ello, porque logré apartar ese pensamiento intrusivo que me recordaba que tuve sexo sin protección, dos veces, con Matías.

No era que había olvidado lo del sexo, esas imágenes me asaltaban, así como la tristeza, en los momentos menos oportunos ya fuera dormida o despierta, era la falta de condón en lo que había dejado de pensar a fuerza de buscar unos calendarios de fertilidad con todo y calculadoras que el siempre diligente Google puso a mi disposición y que me convencieron de que la concepción de oro ser humano era prácticamente imposible.

Sin embargo, tener la confirmación que proveía la biología debió representar un alivio más grande del que sentía y, bajo ningún concepto, debió traer consigo también algo que se parecía mucho a la decepción.

Lo atribuí a las hormonas alborotadas, a esa carta blanca que usan los hombres y algunas mujeres para explicar lo que consideran un comportamiento errático y excesivamente emocional en algunas mujeres. Siempre desprecié esa explicación y ahora simplemente echaba mano de ella porque era mejor que indagar un poco más, que escarbar en la superficie de los clichés, para encontrar la verdadera causa del desencanto por un resultado que ya esperaba.

No obstante, y mientras me lavaba las manos pensé que el mal humor era mucho menos patético que este desencanto sin razón, y necesitaba retomar mi estado previo para que mi propia imagen en el espejo dejase de burlarse de mi porque no quería burlas de mi consciencia en el día en que debía sentirme poderosa y realizada.

«Fíngelo hasta que lo logres», me dije frente al espejo y emulé la cara de palo que debí tener cuando todavía estaba en mi escritorio. Una vez que consideré que la tenía dominada, regresé a mi puesto y como que surtió efecto porque toda la oficina continuó manteniéndose alejada de mí.

El segmento estaba programado para estrenarse en una hora y una hora pasaba rápido. Luego tendría que lidiar con las críticas de los usuarios, los comentarios, el odio y el amor; al mismo tiempo me estaba preparando para recibir indiferencia, ese agujero negro en las redes sociales donde caen las publicaciones sin clicks y sin interacción. En ese último caso, se haría, como era usual, una agresiva campaña, que ya había preparado, y si el segmento no levantaba cabeza en dos semanas, sería eliminado.

«Haz hecho esto centenares de veces. Solo olvida que eres tú», me dije mientras distraída lanzaba otra miradita furtiva al reloj.

Tenía bastante en mi plato, suficiente para olvidar todo lo demás, la decepción y el alivio; la tristeza que esa ausencia omnipresente traía consigo y la rabia por mis propias decisiones.

¿Era sano? Probablemente algún psicólogo o gurú de Instagram me diría que no, que los sentimientos no deben reprimirse, esconderse bajo la alfombra de las preocupaciones. No obstante, hacía algunas décadas se consideraba malo para el colesterol comer mucho aguacate o más de un huevo al día; hoy esos conceptos habían sido destruidos por la modernidad. Tal vez dentro de poco alguien probaría que enterrar sentimientos que nos molestan mientras esperamos que desaparezcan era el curso más sano para llevar una vida productiva.

Regresé a mis agendas revisando por enésima vez el plan de medios diarios de esa semana, preparando las imágenes y los videos y casi, casi, pude olvidar el movimiento lento pero constante de los minutos en la parte inferior derecha de la pantalla de mi ordenador. Incluso mostré una capacidad de control increíble, una que pondría en práctica en mi próxima dieta, si decidía hacer una, de esperar diez minutos después que el video estuvo disponible antes de mirar las estadísticas y las reacciones.

—Esto no puede ser posible —dije mirando la pantalla con la boca abierta.

Levanté la vista a ver si alguien más en la oficina estaba viendo lo mismo que yo. No había muchos por ahí, pero los que estaban parecían estar preocupados por sus propios asuntos.

—¡Ciara! —la voz de mi jefe me hizo enderezar la espalda.

«¿Debo parecer distraída? «¿Sorprendida?».

—¿Viste los números? —insistió Neil. Más allá en su pecera/oficina estaban sus amigos y socios, todos con la vista en la pantalla—. ¿Los comentarios?

—Estaba comenzando a ponerme en eso.

—¡Son los mejores números que hemos tenido en un estreno desde las reacciones atrasadas de Juego de Tronos que pusimos a hacer a Walter!

—No sabía. No trabajaba aquí.

—Vamos a mover la promoción del próximo episodio —continuó emocionado mientras yo había conseguido, a causa de la impresión que me dejó anonadada, ese distanciamiento que había estado fingiendo—. Necesitamos que salga hoy en todas partes, Instagram, en Twitter cada media hora, y a partir de la próxima semana debe ir inmediatamente después del segmento.

Asentí porque no confiaba en que si abría la boca saldrían palabras y no gritos emocionados. Levanté la vista y desde la pecera, Pedro despegó la vista de la pantalla y levantó los pulgares mientras me regalaba una de sus raras sonrisas.

Eso estuvo a punto de hacerme perder mi concentración, mi estado zen o mi negación, como quieran llamarlo, así que sin permitirle a un músculo de mi rostro que se moviera, regresé mi vista a la pantalla.

—Felicitaciones, Ciara —dijo Neil antes de marcharse—. Siempre pensé que eras eficiente y talentosa, pero nunca pensé que tenías tanto talento para la comedia.

«Eso es porque no vives dentro de mi cabeza».

Actualicé las estadísticas y no podía creer las cinco mil vistas en menos de media hora. Sí, éramos un canal importante con un millón de seguidores; pero este era un canal nuevo, alternativo, amparado en la marca pero que no apuntaba a la misma audiencia y yo era una presentadora a la que nadie conocía y que distaba mucho del estándar tradicional que, aun en medios alternativos, todavía reinaba. Podía creer que solo se trataba de curiosidad, pero los doscientos comentarios parecían contradecirme.

«Primero las promociones», me dije y era una especie de tortura deliciosa posponer la lectura de esos comentarios. Como todo lo que proviene del Internet habría allí mucho odio, pero quería leerlos.

Y nuevamente vino uno de esos pensamientos intrusivos, uno que me mostraba una imagen mía con Matías disfrutando de este momento, leyendo esos comentarios juntos. De seguro, él encontraría algo divertido y al mismo tiempo profundo que decir que me hiciera sentir mejor sobre los comentarios negativos.

«No sea idiota. No necesitas a nadie que te suavice los golpes de la vida. Tú eres perfectamente capaz».

Poner las promociones, reprogramar la agenda de medios y luego navegar los comentarios, responderlos y tragar grueso con aquellos que no eran precisamente halagadores, no era un paseo por el parque en un día soleado, me tomó el resto de mi día de trabajo en el que entendí la conveniencia de que los presentadores no revisaran los comentarios de sus propios segmentos. Normalmente ese era mi trabajo y en la reunión semanal hacía un resumen de las estadísticas de los videos y las respuestas de la audiencia en las redes sociales resaltando algún comentario negativo, siempre con humor, y algunos de los positivos. No obstante, enfrentarse directamente podría hacer tambalear la confianza hasta de una de esas mujeres súper seguras de sí misma.

Afortunadamente tenía bastante práctica tras ser la pareja de Jon por tanto tiempo y también por moderar todos los comentarios de la plataforma durante un año, así que tragué grueso, pretendí que los que me llamaban «gorda frustrada» y me sugerían que me pusiera a dieta si quería conseguir una cita hablaban de otra persona y hasta conseguí unas buenas ideas, la mayoría de ellas procedentes de esos odiosos comentarios, para nuevos videos.

El día pasó volando y al momento en que terminé todo el trabajo tenía el tiempo justo para llegar a la «Fiesta de Lanzamiento» de mi hermana y por muy tentador que fuese obviarla, ahora que vivía encima de su garaje era prácticamente imposible.

—¡Ciara! —Caroline, la recepcionista me detuvo justo cuando salía apurada, tratando de

recordar si le había puesto gasolina a mi coche o si debería hacer una parada de camino a casa—. Esto acaba de llegar para ti. —Me ofreció una caja rectangular—. Lo trajo una compañía de mensajería privada.

La caja era pesada, pero bastante plana, y estaba coronada con un enorme lazo rojo.

—¿Ya comenzaron a llegarte los regalos? —Vanessa, que también iba de salida, de seguro a una encantadora cita o a una tarde llena de tedio con su novio el doctor, miró la caja de forma curiosa, una que no era del todo amable. Recordé que el próximo de mis segmentos que sería publicado era sobre los peligros de llevar a una amiga a una cita y la poca solidaridad existente entre el gremio femenino. Probablemente ya Vanessa había visto la promoción.

—No creo que esto tenga nada que ver con el segmento y si lo tiene de seguro será de parte de mi familia.

—¿No vas a abrirlo?

—Tal vez mañana, voy apurada. Mi hermana está ofreciendo una fiesta y si llego tarde me desollara viva. Pondré esta caja en mi escritorio y la veré mañana.

—¿No te la llevas?

«¡Por todos los cielos! ¿La curiosidad no es un pecado?».

«No, Ciara, pero desear a la pareja de otra mujer sí lo es, así que Vanessa irá al infierno de todas formas».

—Las cosas de trabajo, las atiendo en el trabajo.

Claro que eso era una mentira descarada, moría por saber que había dentro de la caja, solo que no quería compartirlo con ella.

De regreso a mi escritorio no perdí tiempo en retirar la cinta roja con el lazo, toda la cinta adhesiva que la mantenía cerrada y luego el papel de burbujas y más cinta adhesiva. Cuando finalmente el contenido fue revelado contuve la respiración sin darme cuenta y estaba convencida de que el corazón se me iba a salir del pecho.

Era una fotografía mía, una hermosa fotografía mía en blanco y negro, montada en un delicado marco de madera y con un vidrio protector. Era la foto que Matías me tomó aquella mañana. Estaba sentada en la encimera de la cocina, descalza, con el cabello mojado, aquella ropa de ejercicio que no combinaba y mi tazón de cereal en la mano. Me veía hermosa, tranquila, incluso feliz. La expresión de mi rostro era la de quién tiene un delicioso secreto que no quiere compartir. Una exuberante y moderna Monalisa.

Matías sin duda era un artista a la hora de capturar esos momentos mágicos que mientras los vivimos ni siquiera nos damos cuentas de que lo son y ni siquiera tenía que preparar el escenario o ajustar las luces.

Tuve que dejar la fotografía sobre la silla y recostarme en el escritorio porque la ola de tristeza que me asaltó amenazaba con partirme en dos, la grieta comenzando en el medio de mi pecho donde casi podía jurar que escuché un crujido, tanto que involuntariamente allí fue donde mi mano se posó, tratando de mitigar el dolor, de sosegar los latidos acelerados. Mis ojos también se cerraron, deseando recordar el momento y, al mismo tiempo, que no regresara en toda su magnitud.

Solo cuando los abrí noté que en el fondo de la caja había un sobre.

Me gustaría decir que ese ejercicio de control que hice durante todo el día dio sus frutos y que pude aproximarme a esa nota con los lentos movimientos de una calma cultivada gracias a difíciles ejercicios de fuerza de voluntad.

Nada más alejado de la verdad.

Rompí el sobre con dedos temblorosos y tuve que leer varias veces las tres líneas antes de poder reconocer las palabras y darles algún significado, aunque fuera meramente literal, y no tuvo nada que ver con que la nota estuviese escrita a mano. Como todo lo demás en él, la caligrafía de Matías era elegante y clara y, además, era tan familiar para mí como su olor que, a pesar de haberme mudado, todavía me asaltaba algunas noches.

«Felicitaciones. Ahora el mundo puede verte finalmente como yo te veo y de seguro te amarán tanto como yo. Matías».

Miré a mi alrededor, y no me da pena reconocerlo, esperando verlo haciendo una entrada triunfal por las puertas de la oficina, todo como en una película.

No ocurrió.

La vida no es una película.

Saqué mi teléfono del bolso, pero no había mensajes o llamadas perdidas.

Toda la tarde había intentado evitar ir a la famosa fiesta de Moira, pero ahora necesitaba ir.

Nadie entendía la mente masculina, mejor que mi hermana.

Capítulo Veintiuno

«La mejor foto es la que no se produce»
Ciara Whelan, «Quiero una cita» Episodio 8

—¿Qué significa esto?

Entré a la cocina de Moira como un vendaval y sostuve frente a mí la enorme fotografía enmarcada como un escudo o como una acusación, no estoy segura.

Moira me miró ladeando la cabeza haciéndome sentir como si yo fuese un bicho raro que apareció de la nada en su ventana, tal vez de cierta forma lo era, solo que no estaba en su ventana sino en su puerta, la que no me había tomado la molestia de cerrar.

—Llegas tarde —fue todo lo que mi hermana respondió, extremadamente calmada, teniendo en cuenta mi arrebato—. Hay gente esperando.

—¡Que esperen! —Moira me vio con horror—. Es un segmento grabado y que, además, se estrenó en la tarde. No importa si lo ven diez minutos después de lo que tu programación indica —grité tratando de que se enfocara en lo que era importante—. Esto. —Levanté la fotografía nuevamente—. ¿Qué significa?

Moira se secó las manos en su delantal floreado con borde de encaje, suspiró y fue hasta la puerta que yo había dejado abierta. La cerró. Yo, mientras tanto, daba vueltas sobre mi eje para que Moira siempre tuviera en su campo de visión la fotografía, aunque no pareció prestarle la más mínima atención.

Sólo después de que cerró la puerta, dio un par de pasos hacia la fotografía, más que mirándola, detallándola, arrugando las cejas y frunciendo los labios de cuando en cuando. Parecía un coleccionista en una galería.

—Es de Matías —sentenció finalmente.

—¡Eso ya lo sé!

—Tiene un talento y un estilo que se reconoce a leguas y que la hiciera en blanco y negro le da cierto toque de intimidad. Es una fotografía preciosa. Quedará maravillosa en tu nueva sala. —Frunció nuevamente los labios—. Creo que sé exactamente el lugar donde colocarla.

—No me interesan tus habilidades artísticas y de observación —volví a gritar y Moira me miró primero visiblemente ofendida y luego como si no comprendiera lo que esperaba de ella. Mi hermana puede ser obtusa cuando quiere—. Vino con esto —insistí a ver si se le iluminaba el entendimiento y, tras dejar la fotografía sobre la mesa, saqué del bolsillo trasero de mi pantalón el sobre con la nota y se lo entregué—. Un mensajero privado trajo el paquete a la oficina unas horas después de que el segmento se estrenó.

Moira tomó la nota y se dio su buen tiempo en leer las cuatro líneas.

¡Vaya que no era el Ulises de James Joyce!

Solo cuando terminó la lectura y levantó la vista pude notar la sonrisita que estaba apenas allí, pero cuyo brillo triunfal se colaba a través de sus ojos.

—¿Qué significa? —insistí porque ya no estaba para claves no verbales.

—Que Matías está en Boston, mi querido Watson. —Me devolvió la nota y parecía estar a punto de soltar la carcajada, lo que hizo que me enfureciera todavía más.

—¿Qué? —pregunté porque fue lo primero que pensé, aunque lo que realmente quería decirle era que esa afirmación no era la respuesta que esperaba. La locación de Matías, su ubicación en

el globo terráqueo, aunque interesante, no definía el profundo significado del regalo que era lo que yo necesitaba saber.

—Vio el segmento y te envió la fotografía —explicó Moira—. El margen de tiempo significa que ya la tenía lista y, lo que es más importante, que Matías no ha dejado la ciudad. —Pareció pensarlo un momento—. Claro que pudo enviarla después de ver la promoción, pero para que llegara justo a tiempo, y con un mensajero privado, además; lo más lejos que puede estar nuestro querido amigo es en Nueva York.

—¿Por qué?

—Bueno, si calculas la distancia y el tiempo que toma…

—No, Moira, no. —Negué con la cabeza y también con las manos para reafirmar el mensaje —. No me interesa dónde está Matías.

—¿No?

—Bueno, sí, tal vez, no lo sé. —Suspiré—. Ahora lo que me está matando es saber por qué envió esta fotografía, por qué ahora, qué significa…

—¿Es serio no lo sabes?

—Si lo supiera no te estaría preguntando.

—Y tú eres la que da consejos sobre citas por Internet…

—Moira… —Mi tono era realmente amenazador.

—Ciara… —Y como siempre, Moira respondía a mis pataletas con una sonrisa indulgente—. Obviamente, Matías se cansó de esperar que hicieras tú algo con respecto a su ausencia y está dejándote claro, en caso de que no lo tuvieras ya, que sus sentimientos no han cambiado y que la bola ahora está en tu cancha. Es tu turno de hacer algo.

—Pero fue él quien se marchó en un arrebato de furia y terquedad…

—¿Vas a ponerte terca tú también o vas a hacer algo al respecto? Recuerda que todo el lío comenzó por tu ceguera y tu incapacidad de tomar de una decisión en el momento adecuado, aunque, como vaticiné, eso te benefició…

Hacer algo.

¿Quería hacer algo?

¡Quería hacer algo!

Estaba cansada de extrañar a Matías y de estar triste.

¿Qué hacer?

No quería volver a cagarla.

¿Qué hacer para no volver a cagarla?

—¿Qué hago? —pregunté desesperada.

—¿Qué quieres hacer?

Miré a Moira con resentimiento.

—Si lo supiera, ¿estaría aquí ahora?

Moira suspiró.

—Lamentablemente si tú no lo sabes, no lo sabe nadie. —El horno emitió un sonido y Moira enfocó sus prioridades en otro lugar—. Tenemos invitados y hay que atenderlos.

Me dio la espalda y sacó una enorme bandeja con lo que suponía eran sus tan publicitados quiches de calabacín. Si no hubiese estado tan alterada, probablemente me hubiese dado cuenta que olían delicioso y que mi estómago requería uno de inmediato, y si no era mucho pedir, algo de beber también, pero no estaba como para ocuparme de las funciones básicas de mi cuerpo.

—Quiero que vuelva —dije bajito, casi para mí misma cuando Moira terminó de pasar los

quiches de la bandeja del horno a una de servir y estaba en proceso de desanudar su delantal—. Quiero que todo vuelva a ser como era.

—¿Quieres decir cuando eran amigos con un amor en el armario?

—¡No! Quiero a Matías en mi vida, y en mi cama —dije y sentí como me sonrojaba un poco. Vale que tengo una buena relación con mi hermana, pero para hablar de esos detalles con ella necesito algo de alcohol. Debí haber pedido algo de beber—. Para siempre.

Moira torció el gesto.

—¿Qué? —quise saber.

—Nada. —Se encogió de hombros—. Es que el apartamento sobre el garaje quedó tan bonito…

Mi mente fue a mi hermoso y recién estrenado apartamento que me encantaba y luego hizo un cambio hasta el dúplex que compartí con Matías desde que Basura me dejó. Extrañamente la Ciara que habitaba en ese apartamento era diferente y no me agradaba tanto como la actual.

—No quiero vivir con Matías, no aun, no todavía. Quiero hacerlo bien esta vez, que sea mi novio, en casas separadas, con vidas separadas. —Sonreí poco a poco—. Quiero que tengamos citas.

—¿Citas?

—Sí. —Sonreí todavía un poco más recordando el dicho con la voz en mi cabeza del autor original—. Ahora no solamente quiero una cita, quiero tener citas, muchas, con Matías, con nadie más, pero necesito que vea no solo a la Ciara que está en la foto, sino a la que soy ahora, a la que he descubierto que me gusta a mí.

—En ese caso —dijo Moira tomando la bandeja y con una sonrisa que mostraba todos sus dientes—, lo primero que hay que hacer cuando uno quiere una cita *con alguien* es extender la invitación correspondiente y es una suerte que ahora sepamos que quien debe recibir la invitación no está al otro lado del mundo, aunque siendo Matías no creo que sería mayor obstáculo que estuviese en Singapur.

—No tiene un teletransportador molecular.

—No, pero si lo llamas y está en Marte, estoy segura que abordaría la primera cápsula espacial que se le atravesara.

Fue mi turno de sonreír. El entusiasmo de Moira era contagioso y siempre era bueno creer que alguien atravesaría hasta montañas nevadas por ti.

—¿Lo llamo entonces? —dije e inmediatamente comencé a hurgar en mi bolso buscando el teléfono.

—Ni se te ocurra.

—¿Por qué no? Hermana querida, me vas a volver loca. Ha pasado mucho tiempo. Estoy cansada de esperar. ¿Qué tal si cambia de opinión?

—Paciencia, pequeña Padawan. Todavía tenemos un margen de tiempo.

Moira dejó la bandeja sobre la encimera.

—¿Margen de tiempo para qué?

—Creo que, en vista de que Matías ha mostrado un poco su lado más teatral, es momento de que tú también muestres el tuyo.

—No sé si lo tengo.

—Lo tienes y, afortunadamente para ti, tu hermana lo tiene por triplicado. No hay nada que me guste más que montar una buena producción. —Tomó nuevamente la bandeja—. Ahora sí debo ir a atender a nuestros invitados y tu deberías hacer lo mismo. Nada hace fluir más la

imaginación que recibir halagos.

—Y poder beber un trago —dije entre dientes.

—Ciara… —Moira se volvió justo antes de salir de la cocina—. Esa mujer que está en la foto, esa que ahora Matías comparte con el mundo, eres la tú de ahora, pero no es nueva. Siempre existió, siempre estuvo allí y todos lo sabíamos; solo que la escondiste entre un mar de inseguridades que alguien más puso en tu mente. Es momento de dejarlas ir completamente. Ya tienes tu fotografía perfecta. —Señaló con la cabeza la fotografía que había quedado sobre la mesa—. No es solo para exhibirla al mundo, es para recordarte quién eres.

Capítulo Veintidós

«No puedes querer una cita, tienes que querer una cita con»
Ciara Whelan, «Quiero una cita» Episodio 3

—Durante esta semana, he recibido muchos comentarios en mi segmento «Quiero una cita» para *Boston´s Watchers*. Unos dicen que soy gorda y fea y por eso soy una amargada; otros dicen que odio a los hombres, y no han faltado elementos masculinos que se ofrezcan a invitarme a salir para que descubra a «un hombre de verdad». —Puse los ojos en blanco—. Primero que nada, gracias a todos por estar tan interesados en mi vida, espero que mis experiencias les sirvan de algo. Aunque tendremos nuestra sección regular el próximo jueves, les quería compartir hoy una lección que alguien me dio hace mucho tiempo y que me costó aprender. Es más, no la asumí hasta que la realidad me golpeó en la cara. La lección es esta: No puedes querer simplemente tener una cita, tienes que querer una cita con alguien en particular. El sujeto debe estar antes que la acción, porque si no sabes lo que quieres, perderás el tiempo en una búsqueda frenética que sólo traerá decepciones acumuladas que a la larga te llevarán a ese inexorable vacío que representa la duda en nosotros mismos. Por cierto, el consejo sobre las citas sirve para todo en la vida: Tienes que saber lo que quieres, tener un objetivo e ir hacia él.

»Esto no tiene nada que ver con disertaciones filosóficas, ni es un discurso empírico copiado de un libro de autoayuda. Me sucedió, lo he experimentado y, como seguro te ha sucedido a ti en muchas oportunidades, no escuché el consejo de mi mejor amigo en el momento oportuno. Ya aprendí la verdad y estoy clara en ella: no quiero solamente tener una cita. Ahora sé exactamente con quién quiero tener una cita y no, no es con Henry Cavill, ¿pueden creerlo? Espero que ese alguien, tú sabes quién eres, todavía quiera tener una conmigo, como todas esas que tuvimos a lo largo de los años sin que me diera cuenta de que eran las mejores citas de mi vida. Sé que me estás viendo, al menos lo espero, así que ahora es tu momento de dejar de huir y decirme lo que quieres. Nos vemos el sábado, en nuestro bar favorito y no porque jueguen los Medias Rojas sino porque quiero tener una cita, contigo, con nadie más. Yo soy Ciara Whelan y nos vemos la próxima semana en «Quiero una cita».

Pedro, quien había permanecido al lado del trípode que sostenía mi teléfono paró la grabación y apagó las luces que iluminaban mi rostro. Fue la única persona en la que pensé para que me ayudara a hacer esto.

—No puedo creer que Neil te dejara hacer esto —dijo mientras miraba la pantalla, de seguro editando el principio y el final del video para que no tuviera ningún sobrante, solo el mensaje que pretendía enviar.

—Mis redes sociales personales, son eso, personales—dije fingiendo un optimismo que no sentía—. Además, Neil nos alienta a todos a promocionar nuestros segmentos por nuestra cuenta, poco le importaría si lo hiciera desnuda.

—Eso sería una manera devolverse viral.

—Más viral —lo corregí con una sonrisa.

—Esto está listo —dijo todavía con el teléfono entre sus manos—. ¿Quieres que lo publique?

—Por favor.

Subió la vista y me miró a los ojos.

—¿Segura?

—Por el amor de Dios, Pedro, no es para tanto.

—No todos somos tan valientes como tú, Ciara.

—¿Valiente? ¿Yo?

—Te paras frente a una cámara todas las semanas a burlarte de tus propias experiencias negativas, a contarle a mundo cosas que a muchos de nosotros nos mandarían a terapia o cuando menos nos generarían una crisis de confianza. Hace falta valor para eso. Ahora, tomas tus redes personales en las que te siguen, ¿cuántas? ¿quince mil personas?

—Veinte mil y contando. Ni pensar que antes de comenzar todo esto no llegaba a quinientas.

—Veinte mil personas que no son tus amigos, que te siguen solo por el morbo de tu contenido, que verán un mensaje en el que nuevamente te paras ahí afuera, metafóricamente desnuda, invitando a un sujeto a salir. —Negó con la cabeza—. Creo que yo nunca me atrevería a eso, ni con el coraje líquido de una botella de buen tequila.

—Velo desde ese punto de vista: ¿Qué es mejor? ¿Estar asustados y no hacer nada o estar asustados, pero igual hacer algo al respecto? Con la segunda opción, tenemos la posibilidad de lograr algo.

—Y esa es la definición de valor: «Solo podemos ser valientes cuando tenemos miedo».

—Deja de citar Juego de Tronos.

—Eres el sueño de todo hombre.

Pedro sonrió y tras mirarme levantando las cejas mostrándome el teléfono y obtener un asentimiento de mi parte, publicó el video y me devolvió el móvil.

Con un guiño me despedí de Pedro sin mencionar ese escozor en el estómago que no era precisamente anticipación, al menos no en su totalidad.

A todos nos da miedo saltar al vacío sin red de seguridad y eso era precisamente lo que estaba haciendo, sin importar el estudiado plan de Moira, más preciso que el de una batalla, en el que todo el tiempo estaba medido y las palabras revisadas para que nada pudiera tomarse en el sentido equivocado.

Era perfectamente consciente de que estaba dejando la puerta abierta a la decepción y también, contradictoriamente, al cierre definitivo de un capítulo que no quería que se terminara, salvo, eso sí, que concluyera como yo quería; pero al menos la estaba dejando abierta.

Nada bueno podía llegar a ti si mantenías la puerta cerrada.

Respiré hondo y comencé a regresar a mi escritorio.

—Ciara —llamó Pedro cuando ya estaba alcanzando mi silla.

—¿Sí?

—Espero que todo salga bien.

«Yo también», pensé, aunque solo le respondí con una sonrisa aguada.

Cuando finalmente me senté frente a mi enorme pantalla, noté que la redacción me miraba curiosa, ojos siguiéndome con expresiones distintas porque como nuestro estudio era abierto, todos los presentes escuchaban lo que los presentadores conversaban frente a las cámaras.

Grabar ese mensaje en la oficina fue un riesgo calculado. Pude haberlo hecho en casa, pero necesitaba que quedara bien.

Algunos, aquí y afuera, pensarían que era patética, otros que mi ego había alcanzado proporciones estratosféricas y que estaba poniendo en práctica un movimiento arriesgado, un truco publicitario, demasiado pronto para mi recién adquirida audiencia y mi incipiente y, tal vez, breve fama en el mundo digital.

No me importaba.

Cuando te expones al Internet aprendes muy rápido que los comentarios serán hirientes, que la gente se esconde detrás de sus teclados para decir cosas que nunca se atreverían a decirte en tu cara. Lo había visto con otros en mi primer año de silencioso trabajo en *Boston´s Watchers* y lo había comprobado en carne propia desde el estreno de mi segmento.

Sin embargo, yo fui novia de Jon, nada de lo que el Internet pudiera hacerme era peor.

Además, desde que Basura reapareció y Matías se fue, entendí que nada es más terrible que enfrentar que tus propios miedos e inseguridades, mucho más incluso que mirarse en el espejo desnuda porque no hay posibilidad de aguantar la respiración y meter la panza. Había decidido enfrentar esos miedos e inseguridades, quitarles el poder que les otorgué en mi vida y mis decisiones, y la manera que encontré de hacerlo fue parándome frente a una cámara y desudando mi alma al tiempo que dejaba que el mundo escudriñara mi vida.

La única opinión que importaba la conocería el sábado. Tendría mi respuesta fuera como fuera, porque las ausencias también son una respuesta.

Capítulo Veintitrés

«Si te dejan plantada, todavía puedes pasar un buen rato. Eres la mejor compañía que alguien puede querer»

Ciara Whelan, «Quiero una cita» Episodio 9

Los Medias Rojas de Boston no son solo el equipo de béisbol de la ciudad, son también una especie de religión para los nativos, una que los creyentes observamos con todas sus regulaciones y ritos de febrero a octubre, y uno de los mandamientos de esta religión es que los juegos contra los Yankees hay que verlos, no importa el lugar o la forma. Nuestro equipo necesita de nuestro poder mental para aplastar a los de Nueva York porque la maldición de Babe Ruth, aunque superada, siempre existe como una amenaza que nos recuerda un pasado terrible, y, nosotros, ofrecemos nuestras plegarias deportivas gustosamente para evitarla.

Por esto nuestro rincón especial, el de Matías y mío, ese bar de deportes ubicado en la misma calle del dúplex, estaba a reventar. Parte de ese «poder mental bostoniano» necesario para el triunfo, implicaba que cada pequeña ventaja fuese celebrada con gritos de alegría y cada revés respondido con insultos lanzados al aire.

Afortunadamente, Matías y yo veníamos seguido y, sabiendo de ante mano el calendario y vaticinando la asistencia, solo bastó acercarme al bar un día antes y hablar con nuestro camarero usual para que nos reservara nuestra mesa favorita al fondo desde donde podíamos ver claramente una de las enormes pantallas, pero también conversar sin quedarnos roncos.

—¡Ciara! —me saludó el camarero en lo que entré—. Menos mal que llegaste, estaba por prender fuego alrededor de la mesa para seguir apartando a la gente.

—No creo que eso detuviera a nadie.

—¿Matías vendrá pronto? —preguntó y el corazón se me arrugó un poquito.

Su afirmación sobre la mesa había sido un indicador más que claro de que Matías todavía no había hecho acto de presencia, pero la clara confirmación no hacía sino ponerme más nerviosa.

Tal vez esta invitación lanzada al aire y que tenía como escenario un bar de deportes justo el día de un partido importante no había sido una de las mejores ideas de Moira.

—Espero que sí —dije tratando de sonar optimista mientras lo seguía entre el tumulto de gente—. Está fuera de la ciudad y no sé si llegará a tiempo —agregué porque el orgullo es un gusanito que no podemos controlar—. Trae lo usual de todas formas. Sabes bien que puedo con todo sin ayuda.

Me senté sola en esa mesa, en un bar atestado de personas con camisetas y gorras del equipo, y hasta alguno que otro banderín con el par de mediecitas rojas pintadas por si alguien le quedaba alguna duda, y traté de verme como si ver el juego allí, sola, hubiese sido mi plan desde el principio.

Era un buen ejercicio para futuras oportunidades, uno que toda mujer soltera independiente y que no persigue una cita por miedo a la soledad o al qué dirán, debe practicar si no quiere pasar todos los fines de semana en casa.

¡Nadie necesita compañía para salir a disfrutar un rato fuera de casa!

Saqué mi libreta y comencé a hacer unas notas para un próximo segmento. «Si queremos ser independientes, ir solas a un sitio público, a un bar, a un restaurant o al cine es una buena manera de comenzar a ejercitar ese músculo. Si ellos son perfectamente capaces de estar felices solo con

su propia compañía, ¿por qué no nosotras? Cambia el modelo, ese estereotipo te hace sentir incómoda solo a ti, por las ideas preconcebidas que el mundo pone en tu cabeza a través del proceso de socialización. No necesitas quien te complete, ya estás completa».

Miré el párrafo y me pareció encantador y, al mismo tiempo, me hizo sentir como una impostora. ¡Dios era horrible estar allí sentada sola y para colmo con esa espada de Damocles que representaba que Matías me dejara plantada guindando sobre mi cabeza!

—Hola. ¿Esta silla está ocupada?

El hombre que estaba frente a mí, con su camiseta de Andrew Benitendi con el número dieciséis en el brazo, sonreía amablemente.

—Sí —dije y sonreí también. Nervios o no, nada justificada no ser educada. Además, conversar amablemente con un extraño me haría dejar de ver la entrada de bar cada cinco segundos—. Estoy esperando a alguien. Si no llega, te aviso para que puedas llevarte la silla.

—No pretendía llevarme la silla. —Sonrió más ampliamente y solo en ese momento pude notar que era lindo, con todo el aspecto y el brillo en los ojos de los que ligan en los bares de deportes, pero lindo—. Más bien quería saber si querías compañía.

Sonreí ampliamente al darme cuenta que me estaba volviendo buena en esto. Ya podía identificarlos.

Claro que, el susodicho, tomó mi sonrisa como una invitación y antes de que pudiera sacarlo de su error estaba sentado a mi lado.

Miré nuevamente hacia la puerta y de regreso a mis notas.

Bien podía agregar a la investigación que, en esa aventura de salir solas, se podrían presentar dos opciones: 1) Verte rodeadas de sujetos que no entienden la independencia femenina y son incapaces de comprender que podemos querer salir solas sin que esté implícito que deseamos ligarnos a alguien, y 2) Verte tan segura de ti misma que comenzarás a captar las miradas. Te volverás interesante.

Veamos frente a cuál caso estaba.

—¿Qué te hizo pensar que necesitaba compañía? —pregunté mirándolo de arriba abajo.

—No creo que necesites compañía. —Levantó las manos—. Yo, en cambio…

Este sujeto era bueno. Hizo toda la tarea.

—Soy Ciara. —Estiré mi mano hacia él.

—Andy —se presentó.

—Y, de verdad, estoy esperando a alguien.

Miré de nuevo hacia la puerta.

—¿Una amiga?

Lo miré levantando las cejas.

—Ibas muy bien.

—Un amigo, entonces. —Sonrió—. ¿Novio? ¿Cita?

—Solo ese tipo de persona especial en tu vida que es todas las anteriores y al mismo tiempo ninguna.

—Eso lo explica.

—¿Explica qué, exactamente?

—Que no te preocupe que tu cita entre, nos vea juntos y se moleste.

Mi camarero favorito apareció con nuestra orden usual de una jarra de cerveza y una ración de alitas fritas en salsa picante.

—A eso se le conoce como un «follamigo» o un «amigo con derechos» —explicó

casualmente Andy mientras servía cerveza en mi vaso, pero me miraba de reojo a ver cómo reaccionaba ante la palabra.

Este Andy era un encantador de serpientes, pero yo ya había dejado de la reina del desastre.

—Si fuera un follamigo, lo citaría en un lugar con una cama disponible, no a un bar para ver como destrozamos a los Yankees. —Le guiñé un ojo y luego le di un trago a mi cerveza. Miré nuevamente hacia la puerta y luego al reloj que estaba sobre la barra. Media hora tarde—. Si quieres cerveza —le dije a Andy señalando la jarra—, puedes servirte con confianza.

Tomé una de las alitas y comencé a masticarla.

—¿Viene tarde? ¿Tu cita?

—Está fuera de la ciudad y esto fue una idea de última hora—dije como si no fuera muy importante—. Así que hay una alta probabilidad de que no aparezca.

Otra alita.

—Yo nunca dejaría plantada a una mujer como tú.

Tuve que resistir el impulso de poner los ojos en blanco. Solo lo miré levantando las cejas.

—Lo digo en serio —insistió—, pero si él no viene, marcaré la fecha en el calendario como mi día de suerte.

—¿Tu día de suerte?

—Al no tener una cita con él, tendrás una cita conmigo.

Suspiré.

Ahora el universo se encargaba de mostrarme la diferencia entre querer tener una cita y querer tener una cita con.

¿Ya no había admitido ante el ciberespacio y, por ende, ante el mundo que estaba equivocada?

¿Esto era lo que me estaba perdiendo cuando soñaba con encontrar una cita en un bar, en el supermercado o en la ferretería?

—¿Tú lo harías? —le pregunté.

—¿Qué exactamente? —preguntó de vuelta con una sonrisa pícara en los labios.

—Conseguir otra cita en un bar si tu cita original te deja plantado.

Lo dudó uno segundo. Era lo suficientemente inteligente para saber que estaba cayendo en una trampa y cualquier respuesta lo colocaría en una situación peligrosa.

—Bueno… —dudó un momento y luego volvió a hacer uso de la sonrisa chulita que tan bien se le daba—, si la alternativa es una mujer tan hermosa como tú, hasta desearía que me dejaran plantado.

Apoyé mi quijada en el puño y sonreí.

—Halagos. Bien. Siempre es buena estrategia.

—Presiento que viene un pero.

Me encogí de hombros.

—Hace un par de meses, esto —y lo señalé con la mano y luego me señalé a mi—, era todo lo que quería. Parece el principio de una película romántica: a una chica la dejan plantada en un bar y conoce a un hombre encantador que, en medio de su miseria, la hace sonreír. Él la consuela, le pide su número de teléfono y tras salir unas cuantas veces y tener el mejor sexo de sus vidas —levanté las cejas un par de veces—, encuentran en el camino un escollo que parece insalvable, la mayoría de las veces producto de un mal entendido o de su poca capacidad de comunicación, pero lo superan y viven felices para siempre.

Andy me miró ladeando la cabeza.

—¿Eres escritora?

—No, pero veo muchas películas y leo bastantes libros, de esos que tienen hombres sin camisa en la portada.

Andy se carcajeó.

—¿Me darás tu número de teléfono si te lo pido?

—¿Vas a llamarme?

—Te parecerá discurso hecho, pero nuestra conversación no está resultando lo que esperaba y me tiene fascinado.

—La cosa es, Andy, que las citas no son intercambiable. Vine aquí esperando a alguien y ese alguien no puede ser sustituido. Si lo fuera, si es tan prescindible, ¿para qué salir con él en primer lugar?

—Hagamos una cita otro día, nacida desde el principio para nosotros dos.

—Gracias, pero aunque un poco trillado, no eres tú, que pareces un candidato perfecto para conocer un poco más, aunque un poco chulito para quien pueda ver las señales; soy yo, que no quiero una cita.

—Solo con él.

—Solo con él. —Miré de nuevo hacia la puerta, aunque ya no con la misma emoción. Estaba convencida de que Matías no vendría.

Andy pareció meditar mi respuesta, sacó un bolígrafo y anotó algo en una servilleta.

—Este es mi número, si cambias de opinión.

—Gracias.

—Un placer conocerte, Ciara —dijo poniéndose de pie y tras una leve inclinación de cabeza regresó a su lugar cerca de la barra.

Tomé la servilleta y la guardé, no porque pensara usarla sino como un recordatorio de cómo tus expectativas y deseos pueden cambiar en corto tiempo. Tras una nueva mirada al reloj decidí pagar la cuenta porque no valía la pena quedarme allí torturándome hasta último minuto por algo que evidentemente no iba a suceder.

Salí del bar menos apaleada de lo que pensaba, a pesar de que mis sueños y esperanzas habían sido estrellados contra el suelo, pero todavía me tenía a mí, a mi familia, a mi trabajo. No estaba molesta, ni con Matías ni conmigo, estaba triste, pero era esa misma tristeza que me acompañaba desde hacía tiempo.

Todos metemos la pata, algunas veces podemos remediarlo y si está a nuestro alcance debemos intentarlo, pero otras veces no hay nada que podamos hacer y tenemos que aprender a vivir con nuestras grandes equivocaciones y nunca quedarnos anclados en ellas.

Tal vez Matías volvería, eventualmente; tal vez quería venir y algo se lo impidió; tal vez ni siquiera tuvo tiempo de ver el video y tomar una decisión. El plan de Moira tenía sus fallas desde su concepción, por mucho que mi hermana, en su perenne confianza en su infalibilidad, se empeñara en negarlo. Aparentemente, Moira era mucho más romántica que yo, mucho más dada a creer que si pasaba en las películas, podía pasar en la vida.

Yo desde hacía rato había comenzado a dudarlo.

Sin embargo, fuese cual fuese la razón de su ausencia, no iba a quedarme pensando en las posibilidades, alimentando una esperanza que no me dejaría avanzar.

Tocaba analizar las cosas desde la razón, era imperativo, aunque difícil, porque si me dejaba arrastrar por esa mezcla de culpa con esperanza, por ese coctel peligroso que sentía mezclarse en el centro de mi pecho, sería nuevamente esa Ciara que trabajé mucho por desterrar.

Ahora era otra persona, una más optimista y con más confianza que aquella que estudiaba

manuales para ser la cita perfecta de alguien sin ni siquiera pensar quién podría ser la cita perfecta para ella. Todavía la romántica, ingenua y un poquito vulnerable seguía allí, era divertida y me ayudaba a no convertirme en una cínica sin corazón, pero la mantenía controlada porque ya había aprendido que dejarla suelta a su gusto era la receta perfecta para acurrucarme en una tierra de fantasía

Saqué mi teléfono, abrí la cámara y sonreí.

—Aquí estoy en mi bar favorito viendo a los Medias Rojas vencer a los Yankees y siendo plantada por una cita. ¿Qué creían? Debo hacer investigación de campo para darle consejos a todos ustedes. —Me encogí de hombros—. ¿A alguno de ustedes los han dejado plantados? Es una experiencia enriquecedora porque si elegimos ver las cosas en perspectiva, sin esa rabia que nos impulsa a decir «él se lo pierde» o la tristeza que nos deja con dudas sobre nuestro valor, lo que nos quedará es una experiencia como tantas otras. Hoy aprendí que me siento confortable sentada sola en un bar viendo el juego de béisbol, también que nunca falta un caballero sin armadura que quiera remediar tu situación y hasta te dé su número de teléfono. —Saqué la servilleta con el número de Andy y la agité frente a la cámara—. Más que nada aprendí que lo que tenga que ser será y hay que disfrutar el viaje y cuando se trata de citas, no hagan películas en su mente, bajen las expectativas y dejen que lo que tenga que pasar, pasé. Nos vemos el jueves, no olviden sintonizar «Quiero una cita».

Todavía sonriendo paré la grabación y subí la historia.

Vaya que este segmento se había convertido en mi terapia. Gracias a él podía ver mi vida como si fuera la de otra persona, en perspectiva, y darles a las cosas su justo valor. Si hubiese hecho esto desde el principio, tal vez me hubiese equivocado menos.

Guardé el teléfono y decidí dar una caminata porque podía racionalizar lo ocurrido para no obsesionarme, pero todavía necesitaba drenar energías. El que me había dejado plantada no era cualquier cita desconocida, aunque con potencial; era Matías, el hombre del que estaba enamorada y que me amaba tanto o más que yo a él, de eso no tenía dudas. Que no estuviéramos juntos por un estúpido malentendido era una desgracia.

Así que caminé, observé la animada vida de la ciudad en un día de juego en casa, recordé lo afortunada que era en vivir en un sitio hermoso, que amaba y del que conocía cada rincón, donde tenía mi familia y un trabajo divertido. Estaba sola, o más bien dicho, sin pareja, pero la vida no puede resumirse a eso, sin importar cuán enamorada estés.

—¡Ciara!

Levanté la vista y me encontré con el rostro de Helena que caminaba hacia mí mostrando su sonrisa de dientes perfectos y, como era de esperar, Basura estaba en su brazo, como siempre, sin mostrar el menor embarazo.

Lo que no era de esperar era que se detuvieran a hacer conversación. Después de su visita, pensé que a ambos les había quedado claro que lo único que podían obtener de mí era una cordialidad estándar y esa no incluía detenerse en mitad de calle a intercambiar saludos y conversaciones triviales.

—¿Cómo estás? —insistió ella toda sonreída.

—Venimos del estadio —me informó Jon como si me importara—. La familia de Helena tiene los mejores asientos, casi que detrás del *Home*.

—¿Qué estás haciendo por aquí? —quiso saber Helena.

—Caminando. Vi el juego en un bar cerca del dúplex…

—¿Con amigos?

—No, yo sola.

—¿Fuiste a un bar sola a ver el juego? ¿Por qué? —preguntó Basura y se estaba riendo—. ¿No tienes nadie que te acompañe? ¿Ni un solo amigo que se interese por ti?

—Eso es muy valiente —intervino Helena y me pregunté si algún día se cansaría de intentar atajar las idioteces de su marido—. Yo no me atrevería.

—¿Valiente por qué? —pregunté—. No estaba viendo el juego sentada en un callejón de un barrio malo de la ciudad, estaba en un bar respetable, rodeada de personas.

—Pero tú sola…

—Si no eres capaz de disfrutar de tu propia compañía, si necesitas a otra persona para sentirte bien…

—Imagino que esa es la excusa…—comenzó a decir Jon.

No lo dejé terminar.

—Te sugiero que, por una vez en la vida, cierres la boca —le dije mirándolo severa—. Como un servicio público a la humanidad me siento en el deber de decirte que tus supuestas bromas no son graciosas para nadie y hacen sentir incómodas a las personas. Presiento que has estado rodeado de gente demasiado educada o excesivamente imbécil porque nunca nadie te lo ha dicho. Imagino que eso fue lo que pasó en Nueva York, te encontraste con personas que no estaban dispuestas a soportar tu estupidez y se dieron cuenta de que eras un patán y un abusador, y el padre de tu novia tuvo que venir al rescate porque casi nadie te soporta. Así que sí, aprende a quedarte callado, antes de que tu querido suegro también se canse de ti.

—Guao —dijo ofendido dando un paso atrás y levantando las manos—, ¿de dónde viene tanta hostilidad, gordita? Aquí todos somos amigos.

—No, no lo somos y si lo crees eres más idiota de lo que creí. Deja que te instruya: Te presentas en mi casa, con tu esposa con la que empezaste a salir cuando todavía vivías conmigo y esperabas que planchara tus camisas y tuviera tu cena lista a las ocho, llegaras o no, y lo haces como si fuera lo más normal del mundo, sin ningún tipo de arrepentimiento o vergüenza, a pedir un favor, a mí, a Matías. Hay que ser cara dura.

—No seas dramática, Ciara. Al final todo resultó bien.

—¿Tienes la desfachatez de insinuar que tienes algo que ver con la maravilla que es mi vida ahora? —Bufé—. Soy asombrosa porque eso era lo que era antes de que llegaras a mi vida y todavía lo soy, no por ti sino a pesar de ti, porque Matías es un hombre tan genial que sostuvo todas mis piezas hasta que yo estuve lista para ponerlas en su lugar, porque mi hermana es la leche. Por cierto, cuidado por las calles de Boston porque si Moira te ve, pateará tu trasero sin arrugar su vestido.

—No hace falta ser grosera.

—Recuerda eso y aplícalo a tu propia vida, no por mi bien, porque tus insultos no son ya ni hirientes ni graciosos, no son nada; sino por el tuyo propio y, por sobre todas las cosas, no regreses a mi casa o a mi vida. —Miré a su esposa—. Helena.

Les di la espalda, en más de un sentido, y seguí caminando.

Lo curioso era que ya no sentía rabia o frustración, sino alivio.

Por primera vez en mucho tiempo, ver a Jon, pensar en él, recordar lo que me hizo y lo que era como ser humano, llegaba en un momento propicio. Ahora sí podía afirmar que, si bien no tenía a Matías, y eso era horrible en muchos sentidos, al menos me tenía a mí misma, completa, con todas las partes que importaban que eran, básicamente, mi orgullo y mi autoestima.

Mi teléfono sonó y sonreí al ver la pantalla.

—Hermana mayor —respondí.

—Ciara…

—Matías no apareció, no vino —le informé y aunque no me estaba viendo la sonrisa que se coló en mis labios fue triste.

Podía abrazar todos mis conceptos de empoderamiento, racionalizarlo, pero los sentimientos estaban allí. No me controlaban, pero los tenía.

—¿Dónde estás?

—Caminando. Boston es una hermosa ciudad de noche.

—Y de día también.

—Y de día también.

—Ven a casa, hermanita. Toma un Uber y ven a casa. Lo necesitas y, créeme, te hará sentir mejor que seguir divagando sin rumbo.

—Ya no divago sin rumbo, Moira, ya no, pero, ¿sabes? Creo que ya es hora de ir a casa.

Cerré la comunicación, tomé un taxi que pasaba, y regresé.

Al llegar noté que todas las luces en lo de Moira estaban encendidas, pero no tenía ganas de relatar los eventos de la noche, ni siquiera lo de Jon. Tal vez mañana.

Tomé la escalera lateral, esa que llevaba a mi lindo apartamento sobre el garaje.

Al abrir la puerta noté que las luces estaban encendidas y una figura familiar estaba sentada en la única silla que tenía, esa que ponía cerca de la inusual encimera que Moira hizo para mí y que usaba para comer o trabajar.

Tuve que pestañear un par de veces.

—¿Matías?

Capítulo Veinticuatro

«¿Despedirse con un beso en la primera cita es buena idea?»
Ciara Whelan, «Quiero una cita» Episodio 9

—Este lugar está genial —dijo Matías e intentó una sonrisa, una que parecía de disculpa, pero a estas alturas no quería asumir nada. Lo único que tenía claro era que mi corazón latía demasiado fuerte y mi respiración no iba tan serena y natural como se suponía.

—Moira lo decoró.

Fue lo único que se me ocurrió decir, todavía temiendo que el momento se escurriera entre mis dedos como si fuese la arena con la que grano a grano construimos nuestras fantasías.

—Se nota en muchas partes, aunque hay cosas que demuestran que es tú casa, realmente tú espacio —dijo mirando a su alrededor con cierta nota de orgullo en su voz.

Era tan frustrante. Siempre había podido leer a Matías fácilmente, pero ahora todo lo ponía en duda.

«Porque fallaste en leer la parte más importante. Tuvo que deletreártela y todavía no lo creíste».

—¿Cuáles partes? —pregunté mirando curiosa a mi alrededor—. ¿Los zapatos regados?

—Bueno, tenemos eso. —Me miró con una sonrisa en sus labios y tomé una bocanada de aire enorme, como si tomar grandes cantidades del oxígeno de esa habitación que compartíamos, me fuese a llenar de la maravilla que eran sus ojos y la dulzura de su mirada que tanto había extrañado—. También están los libros. Creo que nunca había visto tantos pechos masculinos desnudos concentrados en un solo salón.

—Deberías visitar la sección de romance en cualquier librería.

Me quité el abrigo y lo dejé en el suelo al lado de la puerta y dejé caer encima mi bolso. Era lo que siempre hacía.

—También están las tazas.

—¿Las tazas?

—Sí, tienes demasiadas para una persona que vive sola y están esparcidas por todo el lugar. —Miró hacia varios sitios, señalando con su nariz la evidencia incriminatoria— La mayoría de ellas sin que su contenido haya sido consumido completamente, como si alguna idea te asaltara en un lugar, dejaras la taza y luego te olvidaras de ella porque ese nuevo pensamiento ocupa totalmente tu atención y necesitas encargarte de él. —Me miró nuevamente—. Te he visto hacerlo miles de veces y es encantador. También está la manera en que ordenas la compra. Lo que más te gusta está al fondo de la nevera y los gabinetes, como si quisieras quitarlo de tu vista y ocultarlo para momentos especiales. Las galletas con chispas de chocolate están detrás del arroz y hay un bote de helado detrás de la bolsa de vegetales congelados y, sin embargo, la cerveza está en primer plano, pero ordenada de forma artística para que te lo pienses dos veces antes de destruir el hermoso triángulo y crear otro.

—¿Revisaste mi nevera? ¿Por qué todos quieren siempre revisar mi nevera?

—Pero lo más importante es el olor. —Matías cerró los ojos y fue su turno de inspirar ruidosamente—. Podría reconocer tu olor en cualquier lugar y es el más maravilloso aroma en el mundo.

—¿Mejor que el de las galletas recién horneadas?

Matías abrió los ojos y ya yo estaba frente a él. Me fui acercando poco a poco, sin que se tratara de una estrategia u otro tipo de esfuerzo consciente, tampoco sentía ese impulso gravitacional que me instaba a estar a su lado y que siempre describían tan bien en los libros, era que solo con su presencia y esa conversación tan casual había vuelto a esa etapa en nuestra vida en la que todo era así de sencillo, natural.

Estar cerca de Matías era fácil.

—Lo siento, Ciara —dijo abriendo los ojos y recorriendo mi rostro con cierta tristeza.

Y en ese momento la magia se rompió y algo parecido al miedo hizo notar su presencia.

¿Qué era lo sentía exactamente?

¿Por qué se disculpaba?

Había muchas opciones y no todas eran placenteras.

—Siento haberme ido de la forma en que lo hice —aclaró y yo pude volver a respirar.

—Lo necesitabas y, aunque suene horrible decirlo, yo también. Fue lo correcto.

—Siento no haber llegado a tiempo hoy. Estaba en una sesión en Nueva York y no vi tu video, tu invitación, hasta muy tarde y me costó mucho conseguir un vuelo. Cuando llegué al bar ya te habías ido y no sabía dónde vivías ahora. —Negó con la cabeza—. Se me ocurrió llamar a Moira…

—Ya no importa. —Tomé sus manos entre las mías—. Ya estás aquí.

—Pero de verdad quería tener una cita contigo, una de verdad…

—Hemos estado teniendo citas desde que nos conocimos. No importa.

—Claro que importa. Quería que tuviéramos una en la que tú estuvieras perfectamente clara de lo que estaba ocurriendo. —Se puso de pie, pero mantuvo nuestras manos unidas—. Ciara Whelan, ¿te gustaría salir a cenar conmigo?

—¿Cómo en una cita?

Matías se carcajeó y era un sonido que enviaba cosquillas de alegría por todo mi cuerpo.

—Sí, exactamente como en una cita. Vendría a recogerte en mi coche, te llevaría a un lugar lindo a comer, me aseguraría de llevar mi tarjeta de crédito para pagar y de dejarte ordenar lo que quisieras.

—¿También postre?

—Uno para ti y uno para mí, el cual podrás probar también.

—Y no debes irte con otra mujer en medio de la cita.

—Nunca.

—Tampoco olvides hacer una lista de temas importantes, en caso de que nos quedemos sin tema de conversación.

—¿Crees que eso pueda sucedernos?

—No lo sé. —Lo miré ladeando la cabeza—. ¿Viste el juego de hoy?

—Lo seguí por el teléfono mientras te esperaba.

—Buen chico.

Todavía la sonrisa seguía en su rostro y, como ocurría siempre cuando Matías sonreía de esa manera, mis labios se apresuraron a imitarlo.

—¿Puedo besarte ahora o tendré que esperar el final de nuestra cita? —preguntó mientras dejaba ir una de mis manos y la usaba para acariciar mi rostro—. Siempre es bueno saber la opinión de la experta.

—Lo soy, no te quepa duda. Por eso te aseguro, con toda la autoridad que me da ser una personalidad en Internet, que teniendo en cuenta la cantidad de citas que hemos tenido, estuviese

yo consciente de ellas o no, puedes hacer mucho más que solo besarme. Es más, si no lo haces, tendré que tomar medidas drásticas.

—¿Medidas drásticas?

—No soy la misma Ciara.

—Sí, sí lo eres: Mi Ciara.

—¿Te vas a volver un loco posesivo?

—Siempre lo he sido.

—No creo que entiendas el significado profundo de la palabra. Tal vez porque tu primer idioma es el finés. Déjame explicarte…

—Eres una loca divina, mi loca divina.

Sus labios sonrientes se encontraron con los míos y fue familiar y nuevo al mismo tiempo, el reconocimiento de una sensación que fue y seguía siendo exhilarante a pesar de no ser más que un beso.

Solo en ese momento comprendí porqué los cuentos de hadas y las películas antiguas terminan con un beso, porque cuando es el beso adecuado puede sentirse al mismo tiempo y cada vez, el final de un viaje y el principio de una nueva aventura y, ¿a quién no le gusta iniciar una nueva aventura con su compañero de toda la vida?

Agradecimientos

(Si eres de las que te salta esta parte, sigue leyendo que hay más historias después)

2019 fue un año difícil. Para mí no fue el año del Covid19 o del confinamiento, fue el año en que murió mi padre, y durante un tiempo pensé que esto de escribir novelas se había terminado, que era algo que no quería volver a hacer. Publiqué «Los mandamientos de Laura» tratando de buscar ese gusto perdido y aunque la novela fue recibida con mucho amor y muy buenas ventas, todavía no tenía ganas de sentarme a terminar esta novela que había dejado a la mitad.

Por esto debo agradecer a todo mi grupo de escritura (sí, tengo uno de esos y para mí fue la mejor terapia). Mis amigas, todas autoras venezolanas, práticamente me obligaron a asistir a nuestras sesiones de los viernes y a hacer sprint, a sumar palabras. Sin Miriam, Guadalupe, Stefania, Lorena y Helena tal vez nunca hubiese terminado esta novela.

También a Aletheia Creative (@aletheia_creative) que me hizo la portada. Solo dije que quería algo rosado, con más letras que gente y muchos corazones, y me devolvieron esa hermosura que le da rostro a esta historia.

Como escritora siempre me gusta saber sus opiniones, me ayudan a crecer, a mejorar. Siempre estoy en Twitter @erikafiorucci y en Instagram @erika_fiorucci esperando para contestar sus mensajes, así como en mi blog erikafiorucci.wordpress.com.También puedes suscribirte a mi lista de correo pinchando aquí (o puedes hacerlo directamente en mi blog). Mensualmente envío un boletín con escenas extras de mis novelas, así como informaciones de nuevas publicaciones y promociones.

Como premio por haber llegado hasta aquí, te dejo para que leas los primeros capítulos de «Los mandamientos de Laura» y también los de «Mi ultimo sí acepto» de mi colega Stefania Gil. Sigue pasando las páginas.

Los mandamientos de Laura

Erika Fiorucci

Los mandamientos de Laura:

1° Vive tu vida lejos del drama.
2° Nunca te enamores de un jugador de béisbol.
3° Nunca le digas que «no» a Lorena Moore.

Capítulo 1

«Si no sabes a dónde vas, terminarás en otro lugar» *Yogi Berra*

—Como te das cuenta, Laura, cariño, tu trabajo aquí se ha vuelto superfluo.

Mi jefe emite esas palabras despreocupado. Tiene ese aire de celebridad que es al mismo tiempo lejana y cercana, profundamente filosófica y al igual que mundana, y remata su aspecto con el cabello medidamente desarreglado. Todo en él es cuidado al milímetro.

Recostado frente a la enorme ventana de su apartamento que da a la famosa «franja» de Las Vegas luce una mirada reflexiva, como si estuviera a punto de soltar alguna frase significativa sobre lo que ocurre abajo, sobre el cambio climático o la vida sin privacidad de los famosos. Parece listo para ser grabado con un teléfono móvil para que inmediatamente su reflexión se cuelgue en las redes sociales donde sus millones de seguidores harán comentarios y le expresarán su amor con corazoncitos rojos virtuales que en la vida moderna representan poder y dinero.

No obstante, sé muy bien que no va a decir nada trascendental, y no solo porque no hay ninguna cámara grabando, sino porque no he escrito ningún guion y no tiene suficiente cerebro para improvisar nada.

¡Hasta me sorprende que sepa el significado de la palabra «superfluo»!

Así es Koi Henderson.

Sí lo sé. ¡Koi! Sus padres eran hippies, pero le heredaron una gran estructura ósea y en la era del Instagram y YouTube eso puede ser suficiente si tienes a un buen productor detrás, es decir, yo.

Koi deja de ver por la ventana y se vuelve hacia mí con ese tipo de sonrisas reservadas para aquellos hijos de puta que no aman a los animales, pero saben que deben parecer tristes y consternados cada vez que alguien les enseña un video de un perrito maltratado.

—Todo lo que solías hacer, ahora es el trabajo de Halo. No tengo nada para ti.

Metáfora aceptada: Soy el perrito maltratado y a este idiota le importa una mierda.

Sigo sin decir nada, sentada en el sofá de piel con las manos en el regazo y las piernas cruzadas, a pesar de que me doy cuenta de que tras casi cinco años de usar mis contactos en la ciudad y mis conocimientos, además de un concepto que yo pulí, para hacer crecer sus cuentas, ganar notoriedad y mucho dinero, Koi Henderson, el *influencer* que se hizo famoso por explorar en detalle toda actividad posible en Las Vegas y al que «descubrí» cuando era camarero de un bar de tercera, me está despidiendo para darle mi trabajo a la asistente que yo entrené y que comparte con él, además de la cama, la desgracia de un nombre horrible.

Me agradaría pensar que, sin mí, todo el imperio de «Koi en Las Vegas» se desmoronaría, decirle algo así como «sin mí no eres nada», pero todavía tengo suficiente ecuanimidad para saber qué tras cinco años, y gracias a mis esfuerzos, la maquinaria sobre la que funciona está bien aceitada. Es famoso y mis conocimientos y contactos no le hacen falta para continuar.

—No es momento de ponernos sentimentales —me suelta cuando de parte de cualquiera de los dos, en este momento, hay menos emociones que las que tiene un glaciar cuando se descongela—. Nos divertimos, la pasamos bien y se acabó.

Una sonrisita inocente, y aparentemente real, remata el comentario, como si de verdad no se diera cuenta de que es un desgraciado oportunista sin mucho talento y, además, malagradecido. Como si despedirme sin ninguna causa, con la misma frase con la que se deshace de sus

compañeras nocturnas que se ponen un poquito difíciles en la mañana, fuese una ocurrencia casual, un dato en medio de una conversación con alguien a quien simplemente conoces.

—Halo ya tiene el programa de producción de este mes, el calendario de las presentaciones y está organizando todos los regalos que han llegado en las últimas semanas para ver a cuáles les vamos a hacer mención —prosigue—. Todo está controlado, así que no te preocupes.

Hace un ademán con la mano que no sé si quiere ser indiferente o enseñarme la puerta. Tal vez sirva para ambas cosas.

—¿Laura?

—¿Sí? —pregunto como una idiota porque eso sí me enseñó mi mamá: si a uno lo llaman, la educación dicta que uno responda.

—Tengo una reunión en unos minutos. —Mira su reloj de pulsera. Por cierto, fui yo la que lo convenció de que comenzara a usarlo porque, como efectivamente ocurrió, podría llegar un contrato con alguna marca.

Abro la boca y la cierro.

Una parte de mí quiere comenzar a soltar una buena, decirle exactamente lo que pienso de él, de Halo y de esta emboscada que me ha tendido al final del día, asegurándose que dejara bastante trabajo listo para la usurpadora.

¡Oye que a mí nadie me llama superflua!

¡Soy Laura Moore y en esta ciudad ese apellido significa algo!

Otra me susurra que hay que tener dignidad, que nada de lo que diga va a cambiar alguna cosa y que Koi puede ser tan vacío y pagado de sí mismo que ningún argumento o insulto va a hacerlo pensar, ni por asomo, que está haciendo algo deshonesto, así que, ¿para qué hacer subir mis niveles de adrenalina?

Finalmente gana la razón.

Me pongo de pie y me parece que veo a Koi suspirar un poco aliviado.

Sin decir ni una palabra, porque no estoy segura de qué saldrá de mis cuerdas vocales si le permito a mis labios despegarse, y vaya que la indignación es un combustible difícil de controlar, salgo del apartamento y solo cuando la puerta se cierra tras de mí, me permito recostarme a una pared.

Algo que se parece a una risa logra escapar de mi garganta, pero no puedo estarme riendo porque no estoy feliz. Es más bien un suspiro entrecortado y lo sé porque siento el sabor de las lágrimas en mi garganta y una picazón en la nariz.

«No llores, no llores, no vayas a llorar. #SiempreDignaNuncaIndigna», me repito alzando la voz en mi mente en un grito autoritario, pero la realidad me está cayendo encima como pedazos de un meteorito desintegrándose al hacer contacto con la atmósfera: No tengo trabajo.

Desde que terminé la universidad y me dije que necesitaba utilizar mi título en Comunicaciones y comenzar a hacer una vida, este es el único trabajo que he tenido y lo conseguí yo, es más, lo construí yo, y no tuve que involucrar a mi familia.

¡No tengo idea de cómo buscar un trabajo!

¡No sé cómo se hace!

¡No sé nada de nada!

Y recostada en esta pared, en el piso veintiuno de uno de los condominios más exclusivos de Las Vegas, recuerdo la última vez que me sentí así de perdida e inútil, y fue justo el día que, tras dos traiciones en una semana, escapé a un bar no muy elegante y conocí a Koi, que era el cantinero encargado de llenarme de Margaritas, una tras otra. Mucho tequila fue necesario ese

día para mitigar el dolor de un corazón roto.

Como todo tiene la apariencia de un círculo que se cierra, al igual que aquella vez, hoy mi primera reacción es quedarme muda, procesando incrédula lo que escucho. Debo suponer que ahora debo ir por algo de Tequila, solo por aquello de mantener las tradiciones.

Capítulo 2

«Babe Ruth está muerto. Lanza un strike» *Earl Weaver*

Cinco días y cinco etapas: El día que Koi me despidió estuve en negación y esa misma noche, con mi amigo José Cuervo, vino la ira, fase en la que grité en medio de mi apartamento vacío todos los insultos y maldiciones que tenía guardados para ese idiota con nombre de pez que firmaba mis cheques, además de tejer elaborados planes en los que utilizaba la influencia de mi familia en la ciudad para acabar con su carrera. Creo que, en medio de la borrachera, tras buscar conjuros de venganza por Internet que involucraban unas velas negras y un pedazo de Ónix, hasta representé algún tipo de conversación en la que, no sé por qué, sonaba como Angelina Jolie en «Maléfica».

Al día siguiente, ayudada por una enorme resaca de esas que solo puede producir el agave fermentado, vino la fase de negociación en la que imaginé diversas respuestas, algunas muy dignas, otras no tanto, que daría si Koi llamaba, inundado en trabajo y afectado por las enormes metidas de pata de Halo, rogándome que regresara. También tuvieron su espacio en mi mente millones de «qué hubiese pasado si…», en el que el más frecuente era ese escenario en el que, en ese fatídico día, no me fui a un bar para intentar mitigar el dolor que me producía mi corazón roto, conociendo al malagradecido de Koi en el proceso, sino que me quejé, le dije a todos los involucrados lo que merecían para luego, valientemente, dejar atrás Las Vegas y hacer una vida perfecta en otro lado.

Sí, esa Laura valiente se parecía mucho a la Lara Croft de Angelina.

En el fondo creo que quiero ser como ella.

«Tú, Brad Pitt, agarra tu maletita y te me vas».

Sin embargo, no soy así. La confrontación real es algo de lo que huyo como un perro con rabia huye del agua. Es mi Mandamiento número uno: «Vivirás tu vida libre de drama».

Es más fácil así.

De más está decir que necesité una buena dosis de aspirinas para salir de esa fase que concluyó cuando asumí que no quería que Koi llamara, no realmente; que lo pasado, pasado estaba, y necesitaba dejarlo ir, no solo lo de Koi.

Todo.

Honestamente creí que era una etapa superada, estaba convencida de que había reconstruido mi corazón roto dejándolo como nuevo, sin ni una sola cicatriz, hasta que mi incapacidad de decirle cuatro cosas al idiota de Koi me recordó a esa Laura de veintidós años que escuchaba perpleja como su novio de la universidad le decía que la dejaba porque se había enamorado de otra que, por cierto, ya estaba embarazada, y se martirizó viendo en las redes sociales las fotos de la apresurada boda y, posteriormente, del nacimiento del bebé.

Por cierto, mi papá, mi mamá y mi hermana asistieron a la boda y al bautizo.

¡Traidores todos!

Y, obviamente, todos esos pensamientos, en los que se mezclaba Koi con lo sucedido con mi ex, me llevaron a una terrible depresión en la que durante veinticuatro horas me convencí de que mi vida era un desastre, que no servía para nada y eventualmente tendría que vivir en la calle o buscar trabajo de desnudista en un establecimiento de tercera categoría porque tarde o temprano no podría pagar el alquiler debido a mi incapacidad de conseguir otro trabajo digno en mi área

porque mi currículo solo constaba de mi diploma en Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Las Vegas y cinco años como asistente de un *influencer*.

El sexto día de reclusión en mi apartamento llega. Abro los ojos con un poco de miedo, salgo de la cama, y mientras me tomo el café espero la aparición de algún otro pensamiento apocalípticamente negativo en mi cabeza, pero no viene ninguno. Solo queda la realidad: No tengo trabajo.

Es terrible, sí, pero tampoco es como si una epidemia zombi hubiese hecho su aparición repentina en las calles de la ciudad.

¡Finalmente la aceptación!

Simplemente necesito organizar mi vida a partir de este nuevo punto de inflexión. No me voy a quedar sin comida, electricidad o un sitio donde vivir porque la realidad es que mi familia tiene dinero, mucho dinero, y recibí un fideicomiso jugoso que casi no he gastado cuando me gradué.

¿En conclusión? Todo va a estar bien.

Solo tengo que encontrar un trabajo y no necesariamente de desnudista porque, si somos honestos, me sobran unos cuantos kilos y me faltan unas tallas de sujetador para esa profesión.

Pero primero lo primero.

Abro el portátil que está allí en la encimera de la cocina y entro a mi blog.

Lo tengo un poco abandonado, culpemos a Koi por eso, y aunque no representa una fuente de ingresos, «Babe Ruth está muerto», así se llama, es mi pasión. Me ayuda a calmarme, a desconectarme del mundo y a centrarme, y eso es lo que necesito ahora.

Sí, por cierto, otro hecho sobre mí que oculto celosamente: amo el béisbol.

Amo el juego, entiendo el deporte y sus reglas, reconozco las fuerzas y las debilidades de los equipos y los jugadores y, todavía casi dos décadas después de que vi mi primer partido y con toda la información que he acumulado a lo largo de los años, sigue sorprendiéndome y emocionándome.

Nunca trabajo el primer día de la temporada porque o estoy en el parque viéndolo en vivo o siguiendo múltiples juegos en la televisión y, sí, soy de esas que va haciendo anotaciones mientras transcurre todo y guardo en mi mente una colección nada despreciable de estadísticas, hechos curiosos y frases.

Toda esa pasión y amor la vuelco en el blog, que siempre está lleno de información y pronósticos. Tal vez por eso le va bastante bien en lo que a visitas diarias se refiere y es referencia tanto para los Juegos de Fantasía como para los apostadores que llenan las calles de la ciudad. Eso me llena de orgullo, sobre todo porque los lectores no saben quién lo escribe, y no lo digo solo por ser mujer, aunque es una de las razones, sino porque ese es otro pequeñito detalle sobre mi familia: Mi papá y mi tío son los dueños de «Los Apostadores de Las Vegas», el equipo de grandes ligas de la ciudad, y mi hermana mayor es la directora ejecutiva.

El béisbol, o algo relacionado con él, es casi el único tema de conversación en cada una de las comidas familiares, y si piensan en alguna figura importante de ese deporte en los últimos veinte años, les apuesto que me lo han presentado alguna vez. Hasta que tuve dieciocho años nuestro viaje anual como familia era para ver la Serie Mundial.

Cuando estudiaba en la universidad, siempre pensé que trabajaría como periodista deportiva o directamente en el equipo en el departamento de prensa. Esos sueños se esfumaron porque, adivinen, aquel que no debe ser nombrado es jugador de béisbol. Era la estrella del equipo universitario, con un promedio de bateo por encima de cuatrocientos y experto en sacarla del parque cuando el equipo lo necesitaba. Aunque me dejó por su otra novia embarazada una

semana antes de la selección universitaria, para dejarle claro a todo el mundo que no me había estado utilizando para conseguir un contrato, igualmente fue la primera elección de «Los Apostadores» ese año. El voto decisivo en la junta de directores para no pasarlo por alto y ofrecerle un contrato fue de mi hermana.

No lo enviaron a las ligas menores. Entró de una vez en el equipo grande y durante todo este tiempo, aunque mi parte malvada esperaba que se apagara como muchas estrellas universitarias al pasar a las mayores, eso no ocurrió. El muy hijo de puta se convirtió en una estrella, llevando al equipo a cuatro postemporadas, y creándome un desorden bipolar al desear todas y cada una de esas veces que el equipo de mi familia alcanzara la Serie Mundial, pero deseando que él perdiera.

Su carrera meteórica demostró que mi hermana tenía razón y que hizo una sabia decisión de negocios, cosa en la que siempre ha sido muy buena, pero me hubiese gustado un poquito más de lealtad.

Comienzo a abrir sitios distintos sobre beisbol para hacerme un panorama de lo que ha estado pasando en estos seis días porque necesito actualizar alguna entrada en el blog, más cuando estamos entrando a diciembre y el mercado invernal está que arde con cambios de jugadores entre equipos y contrataciones sorpresas. También, porque no todo son estadísticas, abro unos cuantos sitios de cotilleo deportivo y allí está, en todas las pestañas de mi navegador: «La esposa de la estrella de Los Apostadores de las Vegas, Bobby Salcedo, pide el divorcio», acompañada de una foto de la, cada día más rubia, Hanna Salcedo, a quien conocí como Hanna Merrit en la universidad mientras se follaba a mi novio a mis espaldas.

Según el artículo de uno de los sitios más escandalosos, Hanna está saliendo con un jugador de hockey de Nueva York, y aparentemente, la aventura comenzó hace muchos meses, antes del final de la temporada pasada, cuando todavía vivía con Bobby. Ahora, además de una gigantesca suma en pensión alimenticia, pide la custodia completa del hijo de ambos. La batalla en la corte de familia parece que será extensa.

—A Bobby le pusieron los cuernos —digo en voz alta y se me escapa una risita mientras pienso «El karma existe y es despiadado».

Claro que en lo que me doy cuenta de que me estoy carcajeando, controlo la risa porque hay un niño en medio de todo ese sórdido desastre y, además, uno no debe estarse alegrando de las desgracias ajenas, ni siquiera cuando se trata de Roberto Salcedo con sus blancos dientes perfectos, su quijada cuadrada, su piel bronceada y todos esos músculos en sus brazos. Eso arruina tu aura.

Bobby fue el novio que me engañó, sí, pero también fue mi mejor amigo durante cuatro años del que guardo recuerdos hermosos, y, por cierto, su familia es un encanto. Además, como lo conozco mejor que la mayoría, sé que estar separado de su hijo lo debe estar matando.

Rápidamente, porque necesito dejar de sentir pena por ese hijo de puta, presiono otra noticia, una cualquiera, la que por casualidad está bajo el cursor. El inminente divorcio de Bobby, rodeado de una buena dosis de karma y de un mar de sentimientos contradictorios, no es algo en lo que quiera meditar, menos cuando acabo de salir de mis días de duelo por todo el asunto con Koi.

Comienzo a leer la noticia que está ahora en mi pantalla sin prestarle mucha atención, por pura distracción obligada. Es una nota pequeña que cuenta que un lanzador relevista de los Marineros, Dallas Osbourne, fue despedido. Es decir, un día cualquiera en el mundo del deporte.

«Recibí una llamada del gerente general el último día de noviembre cuando regresaba a

Alabama a casa de mis padres para las fiestas, diciéndome que no me renovarían el contrato para la próxima temporada», dice Osbourne en el artículo y un sentimiento de solidaridad nace en mi pecho.

Sé exactamente cómo se siente eso de quedarse sin trabajo tan cerca de Navidad y sin proyectos para el año nuevo, y el caso de él es más grave que el mío: No hay exceso de oferta para jugadores promedio en un mercado competitivo, menos cuando los equipos hacen sus planes y presupuestos con antelación. Con un poco de suerte conseguirá un contrato para ligas menores.

Investigo un poco y me entero de lo básico: Osbourne nació en Alabama, fue firmado por los Marineros cuando terminó la secundaria, se mantuvo en ligas menores por cinco años y solo hace dos subió a las mayores. Su desempeño fue respetable, aunque no maravilloso, y probablemente se hubiese quedado un tiempo más si el equipo no hubiese estado en una profunda restructuración que requería todas las plazas posibles para incorporar a nuevos jugadores.

—Pobre —dijo en voz alta mientras inspecciono la foto.

Es lindo, con ese encanto del chico sureño bien educado y sonríe sin ningún rastro de orgullo, solo como si estuviese feliz de que lo estén fotografiando con el uniforme de un equipo de las grandes ligas.

Comienzo una búsqueda de información sobre las estadísticas de Dallas Osbourne y videos para ver su desempeño porque tengo una idea. Tal vez pueda escribir un artículo favorable en el blog para llamar la atención sobre su potencial, si es que lo tiene, y que el pobre chico no se quede sin trabajo, porque creo firmemente que si tienes influencia en algo debes usarla para el bien. Eso diferencia los superhéroes de los súper villanos; a Yoda de Darth Vader.

No sé cuánto tiempo pasa mientras tomo notas, pero ya el artículo va tomando forma en mi mente cuando un ruido me distrae.

Veo con curiosidad la puerta de mi apartamento porque de allí parece provenir ese ruido molesto que se repite.

Caigo entonces en cuenta de que alguien llama a la puerta, lo que es muy raro, incluso teniendo una semana escondida sin que nadie sepa de mí porque, siendo honestos, a casi nadie le interesa saber de mí.

La última década de mi vida la pasé asistiendo la subida a la fama de dos hombres, Bobby y Koi, que parecen concentrar toda la luz a su alrededor, y cuando hay un hombre que brilla, a nadie le interesa la chica que escribe cosas en la oscuridad.

Mi familia se preocupa y me quiere, pero son personas ocupadas que programan su vida y hacen citas para no perder el tiempo. Las visitas espontáneas y sorpresivas, en mi vida, pertenecen al terreno de las series de televisión o las películas románticas. A menos claro que haya ordenado algo, cosa que no he hecho; que se trate de un vendedor o un asesino serial, aunque espero que no sea el caso porque tengo que terminar el artículo sobre Dallas Osbourne y mi muerte sería un inconveniente.

Miro la pantalla del portátil, un poco indecisa, el golpe en la puerta se repite y con un suspiro me pongo de pie.

Mi apartamento no es muy grande por lo que en cuatro pasos estoy en la puerta.

La abro solo un poco porque tengo un gran respeto por todos esos programas de televisión sobre el crimen, y por la rendija veo la figura divinamente ataviada, como de costumbre, de mi hermana mayor.

Lorena levanta una ceja.

—Te ves como una mierda.

Capítulo 3

«Solo hay dos estaciones: Invierno y béisbol» *Bill Veeck*

Lorena hace su entrada al apartamento no como un huracán, no es su estilo, sino más bien como una reina de otra época, esas que tenían verdadero poder político y ejércitos, o una embajadora de un país muy poderoso o un general de alto rango del Departamento de Estado. Es decir, exudando autoridad. Creo que hasta las invisibles motitas de polvo detienen su descenso hacia el suelo solo esperando que ella les notifique que las leyes de gravedad todavía están en vigencia.

Es como una versión joven de Catherine Zeta Jones, con ese cabello oscuro, la piel clara, los ojos color miel y las facciones perfectas. La gente suele decir que nos parecemos, que ambas somos copias de mi madre, cosa que es cierta, no lo niego. Pero mientras Lorena no sale de la casa sin un maquillaje completo y la visita de su estilista para que cada cabello esté donde se supone que debe estar, yo puedo pasar días sin pintarme los labios. No recuerdo la última vez que vi a mi hermana en público sin tacones ni ropa de diseñador, mientras yo ya olvidé la última vez que utilicé algo más alto que mis zapatillas Converse o alguna prenda de vestir no comprada en algún almacén.

La entiendo profundamente. Cada prenda de vestir, cada bolso Birkin e incluso su pintura de labios es una declaración para Lorena. Una directora ejecutiva de un equipo de béisbol, mujer, no arranca muchas simpatías. Sí, mi papá es el presidente y mi tío el vicepresidente, pero es Lorena quien maneja el negocio, la que debe reunirse con otros dueños de equipos y representantes de la Liga que la consideran una niña mimada a quien le dieron un juguete de millones de dólares; con entrenadores que creen que como nunca ha tenido un bate entre sus manos no puede entender una explicación básica, y con jugadores que solo ven una mujer hermosa que decide sobre su rendimiento, contratos y salarios, y eso los irrita. Lo más generoso que suele obtener son miradas y comentarios condescendientes, aunque no han faltado otros mucho más hirientes sobre su incomprensión casi celular del negocio que maneja.

¡Como si hiciera falta un pene y dos testículos para entender un deporte!

Así que desde que asumió la dirección ejecutiva, Lorena es la perfecta imagen de una mujer en posición de poder sin perder ni un ápice de femineidad. Es su escudo que funciona al mismo tiempo como una cachetada amplificada para el mundo.

Siempre usa faldas, blusas de seda que resaltan sus atributos, las uñas largas y pintadas, el maquillaje perfecto, el cabello largo y los tacones de aguja con los que puede pisotearte sin perder el equilibrio. Una mujer orgullosa de serlo y que te cortará la polla si decides decirle lo contrario.

¿Se nota que admiro profundamente a mi hermana mayor?

Yo sería incapaz de semejante fortaleza, de emprender cada día como una batalla. A los cinco minutos estaría agotada buscando un lugar oscuro y un bote de helado.

—¿Café? —pregunta en lo que pone un pie dentro del apartamento porque el café es su principal componente alimenticio.

Hay gente a la que le gusta el café y luego está Lorena, y no hace distinciones: americano, expreso, capuchino, latte, moccachino, con caramelo, etc.

—¿Hace cuánto hiciste este? —pregunta señalando la cafetera.

—No lo sé. ¿Qué hora es?

Pone los ojos en blanco, toma la cafetera, huele el remanente y hace una mueca de disgusto. Seguidamente, vacía lo que queda de mi café matutino en el fregadero y deja allí la jarra, decidiéndose por la máquina de expreso que me regaló hace dos navidades. Saca del gabinete el café, el azúcar, las tazas, prepara la máquina y va hasta la nevera por la leche.

Soy como una invitada en mi propia casa, así que me siento en uno de los taburetes altos de la barra de la cocina, allí frente a mi portátil, exactamente en el mismo lugar en el que estaba cuando Lorena decidió irrumpir en mi sexto día de duelo por el trabajo perdido.

—¿Cuándo fue la última vez que tomaste un baño? —pregunta mientras prepara dos tazas de café—. Estás empezando a oler.

Suspiro.

Además de todo lo que dije antes, Lorena también es muy directa.

—¿Qué haces aquí, Lore?

—Faltaste a nuestro almuerzo.

—¿Cuál almuerzo?

—El que se supone que tendríamos hace dos días, nuestra cita mensual. Te envié mensajes y nunca te llegaron, llamé y la llamada fue directo al buzón de voz. Estaba preocupada. Silas se ofreció a venir a ver si estabas bien, pero preferí venir yo en caso de que hubieras muerto y el apartamento apestara.

—Silas es médico. Creo que un cadáver sería más fácil de manejar para él.

—Nuestro querido primo tiene mal carácter, aunque poca gente lo sepa. Si te encontraba muerta, hubiese ido derechito a matar a Koi y no necesitamos ese tipo de mala publicidad y el consecuente gasto en abogados.

¡Oh no!

No, no, no.

No hay nada peor que la unidad, estilo frente militar romano, de mi familia.

—¿Matar a Koi? —pregunto fingiendo inocencia.

—Cuando no pude localizarte, lo llamé.

Lorena camina hacia mí con dos tazas de café humeante en la mano. Pone una frente a mí.

—Ese hijo de puta tuvo la desfachatez de despedirte.

—Sí, bueno…

—No, no —me interrumpe negando con el dedo, el de la mano que no sujeta su café—. No era una pregunta. —Levanta una ceja perfectamente delineada—. Ese imbécil no tiene idea de la que le viene. ¿Cómo se atreve a despedir a mi hermanita? ¡Que se despida de su efímera carrera para que tenga una idea de lo que se siente!

—Vamos, Lore —digo un poco nerviosa porque es capaz de comenzar una venganza eterna por menos y ya me he mudado de mi etapa de negociación y no quiero retroceder—. ¿No acabas de criticar a Silas por su mal carácter?

—No planeo asesinar a Koi, no soy impulsiva, planeo hacer su vida miserable, y lo haré siendo feliz y exhibiendo una enorme sonrisa.

—No puedes perseguir a todo el que decida despedirme. Esas cosas pasan.

—Pueden despedirte, sí, cuando haya bases para ello. Ese idiota es lo que es gracias a ti y ahora se da ínfulas pensando que puede despedirte.

—De hecho, puede, pudo.

—Y ese fue su último error. —Asiente firmemente—. Ahora aprenderá quiénes son los

Moore en esta ciudad, así que comience a decirle adiós a las invitaciones, a los intercambios con los hoteles, a las facilidades.

—Lore, eres una mujer muy ocupada para perder el tiempo con esto.

—Tengo asistentes —declara levantando la barbilla antes de seguir consumiendo su café y no puedo sino reír, solo un poquito. Pobre de aquellos que se atreven a molestar a Lorena Moore—. De todas formas —prosigue—, vine a decirte que tus días de desempleada han terminado, así que esta apariencia de indigente —mueve circularmente un dedo en mi cara—, que siente pena por sí misma y que no se baña, ya no es necesaria. Dale nuevamente un lugar al jabón en tu vida.

—¿De qué hablas? —pregunto suspicaz porque temo el lugar a dónde irá esta conversación y vaticino que no va a gustarme.

¿Quieres saber más de Los mandamientos de Laura?

Adquiere tu copia en Amazon:

mybook.to/LosmandamientosdeLaura

Mi último: Sí, acepto

Stefania Gil

Mi último: Sí, acepto.
Copyright © 2015 Stefania Gil
www.stefaniagil.com

All rights reserved.

Los personajes, lugares y eventos descritos en esta novela son ficticios. Cualquier similitud con lugares, situaciones y/o personas reales, vivas o muertas, es coincidencia.

Fotografía Portada: Shutterstock.com
Diseño de Portada: La Taguara Design
Maquetación: Stefania Gil

Esta muestra de Mi último: Sí, acepto está cedida por su autora para que sea compartida por otras escritoras con fines únicamente promocionales.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma y por ningún medio, mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

En la actualidad.

Las lágrimas me salían a borbotones.

Sentía que no podía respirar.

Había decidido perder al hombre que amaba por estúpida. Por no querer tomar en serio lo que me ofrecía. Y todo ¿por qué? ¡Ah! ¡Sí! Porque existieron otros hombres en mi vida con los que no me había ido nada bien.

Y por esa razón, yo estaba negada a aceptar enamorarme de nuevo.

Cosa que era ridícula, porque sabía que estaba perdidamente enamorada de James.

Le di un golpe al volante del coche mientras buscaba una forma de calmarme, ya que el estado en el que me encontraba, no era el más idóneo para conducir.

Las lágrimas no me dejaban ver bien y la rabia no me permitía controlar el pie que llevaba sobre el acelerador.

Me detuve a orillas de la autovía y me aferré al volante como si estuviese tratando de salvarme de algún apocalipsis mundial.

En ese momento, me imaginé que el volante del coche era mi mejor amigo y rezaba para que le salieran un par de brazos que me abrazaran muy fuerte y que me consolaran en mi dolor.

Lloraba como histérica, sin control, casi sin respiración.

Empecé a odiar a toda la humanidad, aunque no tuviese la culpa de mi extraño comportamiento y resentimiento hacia la vida en cuanto al amor, porque en lo demás, la verdad, no me podía quejar.

Pero siempre me había ido muy mal en el amor y cuando por fin aparece un hombre que me valora, respeta y ama, yo decido huir despavorida. Todo por el miedo estúpido que siempre me hace pensar que amar, era sinónimo de sufrimiento.

Había desperdiciado mucho dinero con la doctora Rose. Mi terapeuta. También, desperdicié mucho tiempo con ella.

Estaba enterándome en aquel duro momento, de que las terapias no sirvieron para nada y estaba empezando a recordar todas las veces que la buena doctora, insistió en que debía ver las cosas desde otra perspectiva, porque no todos los hombres eran malos y no todos querían jugar con mis sentimientos.

¡Qué estúpida!

Nunca quise admitirlo y ahí estaba, con un hermoso vestido, sentada en mi coche en el medio de la autovía, con algo parecido a un diluvio empañando el parabrisas.

Solo que no era un diluvio, eran mis lágrimas.

Y James, invadiendo mis pensamientos.

Lo había perdido, por idiota. Me tenía bien merecido todo el sufrimiento por el que estaba pasando.

Toc. Toc.

Bajé la ventanilla porque no podía ver bien quién estaba al otro lado.

Un oficial de policía. ¡Grandioso!

Me alumbró directo a los ojos con la linterna que llevaba en la mano y casi se me escapa un insulto. De seguro, el muy cretino no sabía lo que se sentía llorar como histérica, con lentillas en los ojos mientras se es alumbrado por ese foco de luz como si fuese toda una criminal. En ese momento sentí que mis pupilas, al reducir su tamaño, sonaron como el obturador de una cámara fotográfica antigua y sin uso, debido al *shock* recibido por la luz y sentí que los ojos me ardían como debía arder el infierno.

—Buenas noches —saludó el oficial mientras inspeccionaba mi aspecto y el interior del coche.

—Buenas no… no… ches —respondí sollozando.

El hombre me vio con preocupación.

—¿Tuvo un accidente?

Negué con la cabeza.

Ladeó la suya observándome con curiosidad.

—¿Su coche se descompuso?

Negué con la cabeza de nuevo.

—Bájese del coche, por favor.

Hice lo que me pidió.

Cuando me bajé del auto, pude ver un poco mejor al oficial. Era un hombre guapo.

Rubio, de ojos azules. Era tan parecido a…

James.

Empecé a llorar de nuevo pero esta vez, no me aferré al volante.

Me eché en brazos del oficial como si lo conociera de toda la vida.

El hombre se quedó de piedra.

—Señora, ¿Qué le ocurre? ¿Alguien la lastimó? —ya sonaba bastante preocupado.

Trataba de apartarme de él, pero yo me negaba a soltarlo y seguía llorando sin parar.

—Te pareces tanto a él. Lo perdí. Lo perdí. Por idiota.

El oficial se zafó de mí como pudo. Debo admitir que era bueno en eso porque yo le estaba poniendo una gran resistencia.

—¿Ha consumido alcohol o drogas esta noche?

Negué con la cabeza.

—Sople aquí, por favor.

Me puso un pitillo en la boca e hice lo que me indicaba.

Sonó un *bip* y el hombre apagó el aparato de nuevo. Me estaban haciendo la prueba de alcohol. ¡Qué bajo había caído y todo por negarme a ser amada!

«Bien merecido, Jen. Ni en tus años de adolescencia habías pasado por esta vergüenza. Ahora mira, con casi 50 años y haciendo el ridículo en grande.»

—Lo siento señora, pero voy a tener que llevarla a la estación porque no puedo dejarla aquí en el estado en el que se encuentra.

Asentí resignada, tomando mi bolso y caminando hacia la patrulla.

La noche no se podía poner peor.

Mi vida antes de James.

Mi vida amorosa era como la vida amorosa de las protagonistas de las Telenovelas.

Una tragedia.

Siempre engañadas, lastimadas emocionalmente y perdiendo todas las esperanzas de encontrar al ser amado.

Una vez que se pierden las esperanzas, te conviertes en una especie de Bruja.

Como Maléfica, por ejemplo. Que después de creer en el amor y depositar toda tu confianza en otra persona, te traiciona.

Cuando eso ocurre, te encuentras en la necesidad de recluirte en tu interior y no permitirle —ni al mismísimo Dios— la entrada a tus sentimientos.

Imagínate lo que ocurre cuando te traicionan varias veces.

Eso me pasó a mí.

¿Qué tal vez pudo haber sido mala suerte?

Sí, tal vez. Pero yo estaba convencida de que tenía un ojo mágico —por no llamarlo clínico— para seleccionar a hombres que solo me hacían sufrir.

Y mucho.

Con esto no quiero decir que no haya hombres buenos en el mundo.

¡Por favor!

Mi mejor amiga de la infancia, Holly, había tenido la dicha de conseguir siempre hombres maravillosos. Empezando por su padre, a quien yo adoraba como si fuese mío.

Holly se encontró a Sam. Un hombre más que maravilloso. Era perfecto. Y un padre ejemplar. Por desgracia, la vida tenía otros planes para ellos y Sam murió en un accidente de tránsito. Pero mi querida amiga se encontró con otro hombre: Steve, con el que mantiene un matrimonio feliz. Steve es estupendo y con Holly y sus hijos, es alguien especial. Ama a los hijos de Holly como si fuesen suyos.

En fin, o era cuestión de suerte, o tal vez Holly se había topado en la vida con los únicos hombres buenos que había.

Supongo que mi caos amoroso empezaba con la ausencia de mi padre. Fue todo un imbécil que huyó en cuanto mi madre le dijo que estaba embarazada.

Mi madre, una mujer como pocas, hizo los dos papeles y estuvo bien; pero me habría gustado si quiera conocer al hombre que dio su aporte para crearme.

Dicen que el primer amor de las niñas es su padre, quizá por eso a mí me iba tan mal hasta el momento en mis relaciones amorosas, porque no conocí a mi primer amor.

Siempre fui una chica muy soñadora del amor ideal.

Tenía que reconocerlo.

Durante la adolescencia, podía pasar días inventándome historias de cómo conocería a mi príncipe azul y cómo sería feliz con él toda la vida.

Conocí a algunos chicos que me robaron el aliento y los pensamientos, pero todo acababa siempre por una u otra razón. Mudanzas, separaciones de los padres, estudios.

Nada de engaños en aquel entonces.

En la Universidad, decidí ser más selectiva y bueno, acabé casada con mi primer exmarido.

Aaron Williams me dejó sin habla desde que lo vi por primera vez.

Cada vez que se acercaba a mí, yo pensaba que iba a morir de un ataque cardíaco por la forma en la que galopaba mi corazón.

No era el tipo más atlético y guapo de la universidad, tampoco el más famoso. Pero era encantador. Tenía una sonrisa perfecta para mí y una cualidad maravillosa: me hacía reír hasta el cansancio.

La primera vez que tuvimos sexo, me dijo que me amaba viéndome a los ojos y yo supuse que ya tenía la vida hecha.

Me había conseguido con mi príncipe azul y viviría feliz con él, el resto de mi vida.

¡No podía estar más equivocada!

El primer año de matrimonio fue toda una luna de miel. El sexo era estupendo y no parábamos de hacernos reír.

El segundo año, empezamos a comportarnos un poco más serios y el sexo no era tan frecuente… ni tan estupendo.

El tercer año, recibí mi primer golpe en el amor.

Un día, volví a casa del trabajo y me conseguí a Aaron revolcándose en «nuestra» cama con una rubia que parecía la hermana gemela de la *Barbie*.

Ese fue el día en el que descubrí que llevaba a un *Mr. Hyde* guardado en mi interior.

Estallé en gritos, llanto, drama y para cerrar con broche de oro: incendié el colchón dentro del apartamento; lo que hizo que llegaran los bomberos y pagara una astronómica multa para no ir a la cárcel.

Me regresé a vivir con mi madre. Ella lo era todo para mí.

Me refugié en sus brazos mientras sanaba mis heridas emocionales.

Cuando sentí que todo estaba curado y «olvidado» me fui a un apartamento y empecé a vivir mi vida de adulta.

Siempre fui responsable en todo. Hasta en el sexo. No quería hijos, pero quería tener una vida sexual sana y divertida, así que me encargaba de protegerme de enfermedades y embarazos no deseados.

Yo no era una mujer escultural. Tenía que ser objetiva conmigo misma.

Era una mujer con lindos ojos color café, de cabello oscuro y una amplia sonrisa.

Pero tenía «un algo» que hacía enloquecer a los hombres. Algunos afirmaban que eran mis ojos; otros, mi manera de caminar; y otros, decían que mi boca era sensual.

Yo la consideraba grande.

No quería relaciones serias, así que me tomaba a la ligera cualquier demostración de afecto. Y si sentía que el asunto se estaba volviendo peligrosamente amoroso, me desaparecía sin más de la vida del candidato de turno.

Hasta que a mis 33 años, conocí a Carl.

***

Carl y yo trabajamos en la misma compañía, en diferentes departamentos.

Era un hombre de casi 40 años, con unas canas que empezaban a poblar su oscuro cabello y que lo hacían ver sexy.

Además de que era como un caballero salido de un cuento de hadas.

Me dejé deslumbrar con tanto encantos y tantos obsequios que me hacía. Porque decía que las

mujeres eran unas princesas y debían ser tratadas como tal.

En aquel momento no le ponía especial atención al «pluralismo» que siempre usaba en aquella oración.

Estaba ciega. Eso era todo.

Aunque estaba muy enamorada, decidí comportarme como la persona responsable que era y no quise precipitar las cosas con Carl. Ya no era una veinteañera que podía ir por la vida cometiendo imprudencias.

Había madurado y tenía que llevar las cosas con calma.

Carl, era especial. En dos años de noviazgo me hizo sentir en las nubes.

No había un día que no me cortejara. Siempre tenía un halago listo para decirme y para mi suerte, el sexo era más que fenomenal.

Después de dos años en una relación así, cuando me pidió matrimonio, no podía hacer otra cosa más que brincar y llorar de la felicidad.

Me lo pidió una noche, justo después de haber tenido sexo. Aun estábamos recuperándonos de tanto placer que nos habíamos proporcionado. Él seguía dentro de mí y me vio a los ojos, me besó despacio en los labios y me pidió que fuera su esposa.

En ese momento estaba convencida de que las cosas sí serían diferentes y que ¡por fin! me había topado con mi maravilloso príncipe azul. Me había dicho que me amaba y que me quería con él el resto de su vida mientras me hacía suya.

En ese momento no me percaté de que ya había pasado por una escena parecida en el pasado.

Es que yo era romántica y estúpida. De verdad.

Nos casamos, una hermosa ceremonia, muchos invitados porque la familia de Carl, pertenecía a la clase alta de Chicago y así, empezamos nuestra vida como marido y mujer.

En mi nueva maravillosa casa, descubrí mi pasión por la decoración y las flores.

Empecé a cuidar del jardín y hacer cursos para aprender a hacer decoraciones con las flores. En poco tiempo tuve un jardín de envidia que en dos oportunidades, fue retratado para una importante revista de decoración del país.

¡¿Qué más podía pedir?!

Tenía un esposo estupendo que me amaba con devoción, dinero, una grandiosa casa y una mano única para cuidar de las plantas.

Carl quiso hacerme un regalo especial para mis 40 años. Al ver que me estaba dando la crisis pre cuarenta y que el puesto de trabajo que tenía para ese momento me mantenía el nivel de estrés muy alto, decidió que era tiempo de tener un negocio propio.

Y al ver que me apasionaban tanto las flores y que la decoración con las mismas se me daba tan bien, me regaló una floristería.

Mi vida era perfecta. O eso creía yo en ese momento.

Había una casa en total abandono que estaba en un buen punto del centro de la ciudad y Carl la compró para montar allí nuestro negocio.

La casa era estupenda. Antigua, con un patio central bastante amplio. Eso fue lo que me enamoró de ese lugar, allí podía hacer un bonito jardín natural a modo de exhibición para los clientes.

Contratamos a una pequeña compañía de remodelaciones porque no necesitábamos grandes cambios. Se hicieron los trabajos necesarios y en poco tiempo, abrimos nuestras puertas al público.

El negocio era de ambos. Yo me encargaba de la parte comercial y de decoración y Carl, de los asuntos legales y administrativos.

Así fue como empezó el mejor momento de mi vida porque para mi sorpresa, empecé a tener gran éxito en el mercado.

Al poco tiempo ya era reconocida, y cuando recibí la visita de la madre de una de las mujeres más famosas de la ciudad —que era una niña que le daba mucho material a la prensa por sus fiestas y espectáculos—, supe que llegaríamos a la cima muy pronto.

En el ámbito laboral, por supuesto.

Porque el mismo día en el que la Sra. Harris me contrató para ser la decoradora oficial de la boda de su hija, me llevé el segundo golpe en el amor.

La Sra. Harris, se pasó toda la mañana conversando conmigo los detalles de la boda de Bridget y cuando se fue, yo estaba tan emocionada, que lo único que anhelaba era llegar a casa, besar a Carl hasta el cansancio y celebrar esa gran clienta que había obtenido.

Pero ¿por qué iba a esperarme hasta que cayera la noche para encontrarme con mi marido en casa para darle esa gran noticia, si podía comprar el almuerzo y sorprenderlo en su oficina?

Eso es lo que cualquier mujer haría ¿no?

Pasé por nuestro restaurante favorito, pedí comida para llevar, luego fui al súper y compré la mejor botella de champagne y dos copas.

Iba feliz, cantando con todo lo que la voz me permitía y planeando todo lo que le haría a mi marido antes de que nos sentáramos a comer.

Quería celebrar; y tener sexo en la oficina de Carl, era muy tentador.

Al llegar a la oficina, su secretaria no estaba en su puesto.

No me sorprendí porque era la hora del almuerzo.

La puerta de la oficina de Carl estaba cerrada.

Antes de poder tocar la puerta, escuché jadeos provenientes del interior de la oficina.

Sí, jadeos. En plural.

Y mi marido no hacía ejercicios en su espacio de trabajo como para pensar que tal vez, estaba quemando las calorías en la banda de correr.

No.

Sentí que se me bajaba la tensión de forma drástica.

Las manos me empezaron a temblar y sentí que estaba a punto de perder el equilibrio.

Jadeos de nuevo y escuché la voz de mi marido cuando dijo:

—Date la vuelta, que quiero penetrarte desde atrás.

Otro jadeo.

Y fue como si un demonio milenario y muy malvado me hubiese poseído.

Sentía que la sangre se me acumulaba en la cabeza en cuestión de segundos y las orejas a punto de estallar del calor.

Abrí la puerta del despacho y lo primero que vi fue el plano trasero de mi marido, al desnudo. El muy cabrón tenía los pantalones y los calzoncillos en los tobillos con la camisa a medio desabotonar.

Él se dio la vuelta y la escena se volvió más asquerosa. Su erección apuntaba directo hacia mí.

—No es lo que crees —me dijo, pasándose las manos por el cabello, como si yo me estuviese molestando porque estaba despeinado.

Levanté la ceja hasta el cielo.

¿Podía, en serio, ser tan descarado como para decirme «no es lo que crees»?

Estaba a punto de estallar.

La mujer que estaba apoyada del escritorio de Carl, tenía la falda en la cintura y las bragas en los tobillos.

¡Sorpresa! Era su secretaria.

—Deja que te explique.

Escuché decir a Carl en un intento de excusarse.

La secretaria se levantó con rapidez, se subió las bragas y bajó su falda.

No por eso ya estaba vestida. Llevaba un corsé negro que también había llegado a la cintura dejando expuesto su pecho. Se lo ajustó y tomó la chaqueta que estaba tirada en el suelo antes de salir de la oficina sin decir una palabra.

—Cierra la puerta —dijo Carl con cautela—. Tenemos que hablar.

Apoyé las bolsas en el suelo, miré a Carl y le respondí:

—De aquí en adelante, solo vas a hablar con mi abogado. Tú y yo, no tenemos nada que discutir.

—Por favor, Jen. Deja que te lo explique —dijo con súplica en la voz y acercándose para agarrarme del brazo.

Me aparté con brusquedad.

—Me das asco.

Salí de la oficina.

Antes de entrar en el ascensor, la secretaria se cruzó en mi camino porque estaba saliendo del baño ya arreglada.

La vi con odio, de la cabeza a los pies.

Ella bajó la cabeza y apresuró el paso.

—Gracias por enseñarme quién es mi marido —le dije en un tono alto. Quería que todos se enteraran de lo que acaba de hacer mi marido «el jefe» de toda la compañía.

Me importaba un rábano su estúpida reputación.

Y su adinerada familia.

La mujer se detuvo y me vio de reojo.

—De verdad, lo siento.

—Las zorras nunca se arrepienten de nada —respondí con odio.

Los que estaban a nuestro alrededor, abrieron los ojos como platos.

El ascensor llegó y yo me marché.

Con el corazón hecho pedazos pero con la cabeza en alto.

***

Al llegar a casa y cerrar la puerta, me permití derrumbarme por completo.

No podía sacarme la asquerosa imagen de Carl embistiendo a la mosquita muerta de su secretaria.

Sentía una urgencia inmediata por lavarme los oídos, porque no podía dejar de escuchar cuando le dijo que la quería penetrar desde atrás.

¡Maldito-Asqueroso-mentiroso!

Carl era un disfraz.

Y yo me había dejado engañar con románticas palabras por ese hombre que parecía ser un príncipe azul.

Ojalá entonces hubiese tenido el poder de Maléfica. Le habría incendiado su preciado miembro.

Pero no fue eso lo que ocurrió.

Me metí en la tina con agua caliente y una botella de vino a mi lado.

Allí estuve el resto del día, ahogando mis penas en el alcohol e intentando lavar mis pensamientos y mis pobres oídos de todo lo vivido aquel día.

Cuando salí del baño, me arreglé como si fuese a una cena de negocios.

Carl estaba sentado en el salón.

—¿Vas a salir? —me preguntó con una fingida sonrisa tras inspeccionarme de la cabeza a los pies.

«Me vestí así solo para darte una patada en el culo con un poco más de glamur», pensé

Lo vi fijamente a los ojos. Esa vez, deseando ser Medusa a ver si podía convertirlo en piedra.

Se puso de pie y se acercó a mí.

Yo di un paso atrás.

—Jen, cariño, vamos a aclarar las cosas.

¿En verdad seguiría con ese estúpido juego?

—No hay nada que aclarar, Carl. Te lo dije antes. No me dirijas la palabra. Mañana, mi abogado se pondrá en contacto contigo para llegar a un acuerdo en nuestro divorcio.

Él me vio con ironía.

—¿Cuál abogado, Jen? ¿Y a qué acuerdo vamos a llegar?

Lo fulminé con la mirada. El muy cretino se estaba burlando de mí en mi cara porque sabía que yo no tenía abogado. Siempre usaba el de su compañía.

Imbécil.

—Si te digo que mañana mi abogado se pondrá en contacto contigo, es porque sé lo que te estoy diciendo —No sería problema conseguir un abogado en una noche, alguien que yo conociera, tenía que conocer un abogado. Y punto—. Y el acuerdo será al que se deba llegar en estos casos.

—No voy a cederte nada material.

Abrí los ojos sorprendida.

—Deberás ceder por la vía legal, lo que corresponda.

—No te voy a dar el divorcio. Punto —dijo serio, viéndome a los ojos.

¿Me estaba retando?

—Entonces tendré que matarte para ser una mujer libre de nuevo y me quedaré con todo lo que sea tuyo.

—No serías capaz de hacerlo. No puedes ni matar a una mosca.

Lo odiaba por engañarme y por conocerme tan bien.

Decidí no seguir con ese juego.

Abrí la puerta de casa y me fui a la casa de Holly.

Necesitaba a mi amiga.

***

Después de llorar en el hombro de Holly durante toda la noche, y escuchar a Sam diciendo que iba a matar Carl si se lo encontraba por la calle, regresé a casa para recoger mis cosas y largarme de allí.

Todavía no tenía un abogado. Tenía que buscarme uno lo antes posible.

—Todavía tu abogado no me ha llamado —me dijo Carl en cuanto me vio entrar en la habitación con un par de maletas vacías.

No le hablé.

—Jen, por favor, seamos adultos. Tu actitud está siendo la de una adolescente. Ya eres una

mujer que puede entender la diferencia entre acostarse con alguien y amar a alguien.

¡Maldición! Toda la hermosa compostura que había tenido hasta ese momento, se acabó.

Dejé que la Jen impulsiva se apoderara de mí y estallé como la gran bomba atómica.

Fue la segunda aparición en mi vida de *Mr. Hyde*.

Empecé a tirar contra las paredes todo lo que veía que era frágil.

Carl me miraba con asombro al principio y empezó a verme con miedo cuando fui a la cocina, busqué el cuchillo más grande que teníamos y empecé a apuñalar todo lo que se cruzaba a mi paso.

—Cálmate, Jen. Por favor, te lo suplico. Me estás asustando.

Yo seguía sin decir ni una palabra.

Estaba en mi transformación de *Mr. Hyde* y si me volteaba a ver a Carl, estaba segura de que él recibiría mi próxima puñalada.

El sofá de cuero que estaba en el salón y que costaba una fortuna, se había convertido en una gran bola de escombros.

No sé por cuánto tiempo estuve así.

Solo sé que cuando me calmé, regresé a la habitación, llené las maletas con las cosas más básicas y bajé las escaleras.

Al llegar a la puerta, Carl aún seguía sentado en una silla del comedor que había sobrevivido a mi ataque y estaba pálido.

—Tienes razón en algo, Carl —le dije con ironía—. Soy una mujer adulta que sabe establecer diferencias. Nunca me has amado, por eso me pusiste los cuernos. Ahora, pasarás de ser marido a exmarido y tendrás que reconstruir tu casa. Porque también tienes razón en eso. Es tu casa y te encargarás tú de amoblarla de nuevo.

Abrí la puerta y me marché, como si me estuviese yendo de viaje.

No podía permitir que nadie se diera cuenta de cuan destrozada estaba por dentro.

Pero una vez que llegué a casa de mi madre y ella me abrazó, me derrumbé de nuevo.

***

Estuve en casa de mi madre por algunas semanas.

Semanas en las que trabajaba a diario por olvidarme de Carl. Pero dolía un infierno querer olvidarme de él porque lo amaba como una tonta.

Había conseguido una abogada, clienta de la floristería —por cierto— que cuando se enteró de lo que Carl me hizo, se ofreció a ayudarme con la demanda de divorcio por adulterio.

El imbécil no dejaba de llamarme porque no quería darme el divorcio y porque, según él, aún me amaba y no me quería perder.

Cambié el número del móvil, no quería recibir más llamadas; pero por supuesto, no podía cambiar el teléfono de casa de mi madre y el de la floristería.

Así que él continuó llamando allí. Sin éxito alguno porque coloqué identificadores de llamadas en todos lados para no responder a sus llamadas ni por equivocación.

Dos veces estuvo en la floristería intentando hablar conmigo. Lamenté no tener el control absoluto en la propiedad del negocio para poder echarlo con gusto.

Clarissa, mi abogada, me había dicho que no íbamos a cederle nada.

Por ponerme los cuernos, merecía quedarse en la calle. Aunque eso no iba a ser del todo posible porque Carl contaba con mucho dinero, buenos abogados dentro de la familia; y seamos honestos, quien tiene tanto poder, jamás tiene las de perder.

Yo solo le aclaré a Clarissa que podía cederle cualquier cosa, menos mi negocio.

Llegados al punto de establecer los acuerdos, Carl no se negó a darme la mitad de la venta de la casa a pesar de haberla destruido por dentro.

—Te cambio mi mitad de la casa por tu mitad de la floristería —le dije seria.

Estábamos en la sala de conferencias del bufete de abogados para el cual trabajaba Clarissa.

—Eso no va a ser posible, querida Jen, porque si te cedo la floristería, no voy a volver a verte. Además, el negocio es bueno y quiero conservarlo.

Maldito traidor.

Lo fulminé con la mirada.

—Debería pensar con detenimiento la oferta que Jen le está haciendo —acotó Clarissa.

—Opino lo mismo —dijo su abogado.

Levanté una de mis cejas viéndolo directo a los ojos.

Él me hizo un guiño y yo quise atravesar la mesa que nos separaba y clavarle las uñas en los ojos.

—No —respondió el de nuevo.

—Vas a recibir más dinero por la casa. Deja de ser tan impertinente. No vas a conquistarme de nuevo, Carl; esa posibilidad se esfuma cada vez que recuerdo cómo te encontré con tu secretaria.

—La despedí.

—¡A mí no me importa! —dije levantando la voz—. Eres un maldito miserable que lo único que hizo fue jugar sucio conmigo. ¡Maldito traidor, te odio con toda mi alma!

Estaba furiosa y empecé a llorar de la rabia que tenía contenida.

Carl se sorprendió con mis palabras. Nunca le había hablado de esa manera.

—Vamos a esperar unos días más y luego, nos reuniremos de nuevo —dijo su abogado.

Yo vi a Clarissa.

—Tres días —respondió ella.

Salimos de la oficina.

Esa pesadilla parecía no acabar jamás.

***

Pasaron los tres días, un mes, tres meses y seguíamos en el mismo punto. Carl no cedía la mitad de la floristería por nada en el mundo porque estaba convencido que esa conexión, nos volvería a unir.

Era un idiota por partida doble.

A los seis meses, el dolor de la separación y el engaño empezaba a menguar.

Me sentía mucho mejor. Tenía trabajo a montón, lo que me hacía mantenerme muy ocupada y estaba empezando a entender que el amor, para mí, no existía.

También, empecé a preguntarme por qué mis malas experiencias en el amor, siempre terminaban de la misma manera: en engaños.

Me cuestioné pensando que, tal vez, era yo la del problema. Me hice un análisis exhaustivo para entender mi comportamiento dentro de una relación.

Y seguía sin ver en dónde estaba fallando.

Así que me armé de mucho valor y fui a mi primera cita con la doctora Rose Anderson.

La primera vez que entré en su consultorio, sentí una necesidad urgente de salir corriendo a penas me senté en el bonito sofá color beige que tenía.

Me sentía incomodísima porque estaba muy consciente de que esa extraña, empezaría a analizarme en cuanto comenzara a hablar.

—Buenos días, Jen —me saludó con una hermosa sonrisa—. Ponte cómoda por favor.

Me senté en el sofá.

—Buenos días, doctora Anderson.

—Llámame Rose, por favor.

Estaba intentando crear un ambiente más cómodo para mí.

Ella se sentó en el sillón color café que estaba enfrente. Entre nosotras, había una mesa baja de madera oscura que tenía encima una bandeja con una jarra de cristal llena de agua y dos vasos.

—Cuéntame, qué te trae por aquí.

—Mis dos divorcios.

Ella tomó nota en su libreta con su elegante bolígrafo.

Luego me vio con atención. Estaba esperando a que le dijera más.

—Necesito que me haga preguntas —dije con una sonrisa fingida.

Ella me devolvió la sonrisa, la de ella si era sincera.

—Jen, no estamos en un interrogatorio. Quiero que te sientas cómoda conversando conmigo aunque nunca hayas hecho esto antes.

Ok. Tenía que hacer un esfuerzo.

Entonces le conté todo lo ocurrido en mi primer matrimonio.

Cuando le dije lo que hice con el colchón, esbozó una pequeña sonrisa. No entendí si era de burla, pensando que estaba loca; o tal vez, pensó que había hecho lo correcto.

Bueno, no lo correcto, sino más bien, lo más acorde a la situación y a cómo me sentí en ese momento.

—¿Cómo te sentiste después de quemar el colchón?

Bufé.

—Liberada.

Ella asintió con la cabeza.

—Y cuando tuviste que pagar la multa por ocasionar un incendio, ¿cómo te sentiste?

—Como una estúpida. Entendí que había actuado de forma impulsiva.

La doctora fijó su vista en el reloj que estaba colgado en la pared frente a ella. Estaba a punto de culminar la hora de la terapia.

—¿No me va a decir qué le pareció mi historia antes de que se acabe el tiempo? —le pregunté con ansiedad.

Ella negó con la cabeza.

—No, Jen, esto no funciona así. En las primeras visitas que hagas, te escucharé y analizaré tu situación. Tomaré nota de las cosas importantes que debes trabajar y será entonces cuando yo te dé mi opinión.

—Entonces creo que nos convertiremos en amigas, Rose —sonreí con ironía—. Porque toda mi vida es una larga tragedia. Como en las telenovelas.

Ella soltó una divertida carcajada.

—No pierdas ese espíritu, Jen. Ni siquiera en tus peores momentos porque es lo que te ayudará siempre a salir de las «Tragedias» —dijo encerrando entre comillas la palabra con sus dedos.

¿Quieres seguir leyendo este libro?
¡Pincha este enlace para ir a Amazon y comprar ahora!